

ALFONSO GUTIÉRREZ CARO

LA SANGRE
NO SALTA



LA SANGRE NO SALTA

Alfonso Gutiérrez Caro

MALBEC EDICIONES



A todos los que somos padres.

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1: Volver a las calles

Capítulo 2: La Marimorena

Capítulo 3: El golpe

Capítulo 4: Frente Antimarxista

Capítulo 5: Casas baratas

Capítulo 6: Villa Añoranza

Capítulo 7: Secretos heredados

Capítulo 8: La sangre no salta

Epílogo

Agradecimientos

PRÓLOGO

Alonso Quijano desarrollaba sus aventuras, reales o imaginarias, por tierras de La Mancha en un universo sin grandes sobresaltos. No muy lejos de las tierras manchegas se mueve en un *Universo salvaje*, Samuel Alonso, universo en el que por algún *Defecto de fábrica* resulta que *La sangre no salta*.

Alfonso Gutiérrez Caro es un autor, digamos, tímido, tímido en su tratamiento, en sus expresiones, pero no en sus escritos. Tres novelas tres, y esperemos que muchas más, hacen que podamos situarlo en lo más alto de la literatura regional y con paso firme hacia la nacional.

Conocimos a Samuel Alonso en *Defecto de fábrica*, apegado a su *despacho/dormitorio/cocina/estar* cochambroso. Detective sin trabajo, esperando dar el pelotazo de su vida, irónico, valiente o inconsciente, con un oscuro pasado, y, algo muy curioso: no bebe alcohol, solo Fanta de naranja. Sí, gran fumador.

Más suelto, más seguro de sí mismo encontramos a Alfonso Gutiérrez en *Universo salvaje* y a Samuel Alonso más vivo, con más tablas y más hecho. Formando un binomio perfecto con la inspectora Mara Suárez: el detective puede hacer cosas que a la policía le están vedadas y, por contra, ella es el freno a algunas paranoias de Samuel.

El autor está demostrando un saber hacer perfecto, adquiriendo sabiduría y tablas con cada una de sus novelas al tiempo que nos sorprende en esta tercera entrega, *La sangre no salta*, con algo que es poco común: asistimos al

embarazo y nacimiento de Samuel Alonso... En esta ocasión el peso de la acción recae en su padre, Santos Alonso, soportando Samuel el peso de los recuerdos. Habilidad narrativa derrocha Alfonso Gutiérrez Caro con un giro proverbial al final... Que nadie se deje el epílogo, pues en él están las claves para que Samuel Alonso siga, o no, con nosotros.

Francisco Marín Pérez

Creo que estoy desvariando. No sé qué hago, ni qué digo. Voy a cortar ya. Debería quemar esta cosa, debería quemarlo todo conmigo dentro, así acabaría esta tortura...

Perdóname, no digo más que tonterías. Ojalá y un día todo esto no importe, que haya pasado lo que tenga que pasar y podamos estar otra vez juntos, aunque lo veo complicado. Así que vive, hija, vive sin miedo, sin odio.

Algunas cosas tendrás que aceptarlas tal y como son, otras podrás cambiarlas, luchar por ellas, pero siempre dentro de unos límites. Tú sabes bien donde están, tu bondad es pura, no como la mía, que se fue pudriendo por el camino.

Ojalá y pueda darte este consejo en persona.

Mi felicidad es la tuya.

Todo lo que hago, hasta lo más horrible y despreciable, es por ti.

Capítulo 1

Volver a las calles

Era una de esas noches de verano en las que se está mejor fuera que dentro de casa. No solo por el calor de interiores, que también, sino por las vistas. No había más que levantar la cabeza para contemplar el nocturno cielo estival con sus estrellas titilantes, sus constelaciones, sus planetas lejanos brillando con una intensidad inusual. El hogar de los sueños, los recuerdos, los dioses, los alienígenas y todo lo demás. Desde el primer humano hasta el último, todos lanzando preguntas al cielo estrellado, esperando o no respuestas, ideas, pensamientos que se perdían entre la inmensa oscuridad del cosmos.

Algo así hacía Samuel Alonso, anteriormente detective privado de tres al cuarto, coleccionista de fracasos aderezados con algún que otro éxito que le permitió mantener un nombre durante un tiempo. Alonso contemplaba ensimismado el cielo; mirada perdida, cabeza hueca, compadeciéndose de sí mismo, de su nefasta capacidad de decisión, de su búsqueda mala suerte y de su variada colección de penas que pesaban en un corazón cansado y poco proclive ya a la ilusión. Aquella terraza en la que se encontraba era como su vida: oscura, solitaria, medio en ruinas. Alonso estaba sentado en una de esas antiguas sillas plegables de playa de tubos de acero y lona a rayas azules y blancas. En una mano sostenía un botellín de agua helada que exudaba y le empapaba, en la otra un cigarrillo encendido, el cual era tres cuartos ceniza y

un cuarto boquilla, al que no le había dado ni una calada y que ni siquiera tenía intención de probar. Era una chorrada, pero aquello se había convertido en una especie de ritual sosegador. Encendía un cigarrillo cada noche y lo dejaba en sus dedos consumiéndose lentamente, mientras aspiraba el humo por el que un día suspiraba, que tan enganchado le tuvo, que tanto le costó dejar, un humo que ya no necesitaba, al menos en su forma tradicional. De alguna manera el cigarrillo encendido le hacía detener el tiempo, rememorar cosas, escenas pretéritas ocurridas en otras terrazas o en otros lugares, cuando la soledad no era más que una palabra sin significado emocional para él. De la marca favorita de Laura, su ex esposa, a la que él mismo empujó al divorcio por no ser ni buen marido ni buena persona. A esas alturas ya no sentía nada por ella, si acaso algo de cariño residual, buenos deseos y todo eso, pero el tiempo vivido era todo lo que le quedaba cuando la vida se le atragantó.

Alonso ya no tenía vicios ni planes, solo tiempo, solo lienzos en blanco, pero sentía que no le quedaba ni una gota de pintura en la estantería. Y no parecía por la labor de ir a comprar un par de botes.

La noche le sorprendió, como tantas otras veces, buceando en la fosa de la memoria, mezclando recuerdos reales con ensoñaciones, trozos de vida modificados por el cansancio en la frontera entre lo despierto y lo dormido. Las luces de las estrellas arriba, las luces de la ciudad callada abajo, las chicharras cantando una estridente nana.

En algún punto de la madrugada, cuando por fin comenzaba a refrescar, cayó la colilla, cayó la botella, cayó la cabeza sobre su hombro. Soñó con muchas cosas, ninguna que pudiese recordar después, momentos repetidos en entornos distorsionados, gente que ya no estaba y gente que ya no iba a estar en su vida mezclados con la última película que había visto. Nada de eso tendría relevancia alguna, era una noche más entre tantas otras; el piso vacío, la luz de la luna bañando su baboso rostro.

Eran las ocho y algo de la mañana cuando la puerta de la terraza se abrió y su umbral fue cruzado por dos mujeres de similar complexión, similar rostro y forma de moverse, dos mujeres separadas por al menos un cuarto de siglo. La mayor había superado ya los cincuenta, la menor peinaría ya las primeras canas de los veintitantos. Ambas eran rubias, pálidas, bastante delgadas y de ojos rasgados; la mayor de color marrón, la pequeña de un cambiante verde

azulado. Ambas iban bien vestidas con pantalones de lino y elegantes blusas. Las dos se miraron contrariadas cuando descubrieron que ese hombre, que ese detective al que habían ido a ver, dormía con la ropa puesta, un bañador y una camisa de manga corta sin abotonar, en una terraza, a pleno sol y sin importarle aquello un carajo.

Ninguna quería hacerlo, pero había que despertar a aquel individuo. La señora de los cincuenta y algo carraspeó con ganas un par de veces, provocando en el antiguo detective un par de estertores primero y una sosegada apertura de ojos después. La claridad del cielo lo dejó casi ciego durante unos segundos, tiempo que gastó en desperezarse sobre la silla, caer en la cuenta de dónde estaba y qué acaba de hacer y ser consciente de que, por enésima vez, estaba en una de esas situaciones incómodas y poco ideales en las que tan bien se desenvolvía. Se levantó como un resorte al oír la frase «buenos días, ¿el detective Alonso?»

—¿El detective qué? —farfulló Alonso con una voz pasada por papel de lija. Aterrizando en el mundo, parpadeando para lograr enfocar adecuadamente, mesando su pelo en un burdo intento por mejorar su aspecto—. Mierda. Supongo que ya es demasiado tarde para darles una buena impresión.

—Bueno, no estamos aquí para llevarnos impresiones, señor Alonso —respondió la mujer de mayor edad, ya segura tras ver bien el rostro de ese hombre de que se trataba de la persona que buscaba—. No somos tan superficiales.

—Una buena respuesta, aunque casi que hubiese preferido una mueca de disgusto y una huida a tiempo. No es nada personal.

—¿De qué habla? —preguntó la mujer más joven, dejando a relucir una de esas ortodoncias casi invisibles pero que otorgan esa característica dicción al hablar.

—Verán —la voz de Alonso se recomponía, aunque su aspecto seguía siendo un desastre—, la conversación más larga que he tenido en las últimas dos semanas ha sido con una de esas teleoperadoras de Jazztel proponiéndome un montón de megas a bajo coste. Llevo durmiendo en esta terraza, en esta silla tan cómoda, ni se sabe el tiempo, y la última vez que trabajé en un caso, si es a eso a lo que han venido, fue hace tanto que ya casi no recuerdo ni cómo se hace.

—¿Ya no es detective privado? —preguntó la mayor arrugando la frente

en evidente signo de sorpresa.

—Bueno, lo sigo siendo, no le he pegado fuego a la licencia todavía, pero se podría decir que ya no me dedico a eso —Alonso estiró el cuello, haciéndolo crujir sonoramente—. Ahora trabajo de administrativo en una oficina. De hecho, estoy de vacaciones y pretendo desaprovecharlas lo mejor posible.

Las dos mujeres se miraron en silencio nuevamente, como si por alguna extraña razón se pudiesen comunicar por telepatía, o quizás fuese que se conocían tan bien que no hacían falta las palabras entre ellas para valorar una parrafada como la que acaban de oír.

—Ya nos advirtió la señora de abajo, la que vive al lado de su despacho, de que nos diría algo así —terció la mujer mayor, definitivamente la que llevaba la conversación—. Nos ha dicho, ¿cómo ha sido?... Ah, sí, que está usted más quemado que la pipa de un indio.

—Una analogía un poco gastada, pero sí, bastante acertada. Sí, señora —concedió Alonso.

—Pero eso no nos ha echado para atrás, ni verlo a usted de esta guisa tampoco —continuó la señora—. Si estamos aquí no es por usted, sino por una persona a la que conocí hace mucho tiempo y que se parece bastante a usted: su padre.

Su padre, Santos Alonso, fundador de la agencia de detectives Aloser. Un buen padre, un marido deficiente, la persona que le enseñó a Samuel todo cuanto había que saber en el negocio de la investigación privada. Un tipo duro y con marcado carácter pendenciero, de ideas que alguno podría calificar de reaccionarias. Tradicional, expeditivo, un «mala sangre» cuando te lo cruzabas en el día equivocado. Toda una perla. Su padre.

—La última vez que lo vi estaba en una caja de pino que metieron bajo una enorme losa de mármol —respondió Alonso con una falta de tacto y respeto bastante alarmantes—. Imagino que seguirá allí.

—Sé muy bien dónde está —el tono de la señora subió varias cuartas—. Y debería gastar un poco de consideración a la hora de hablar de él. Por el amor de Dios, estamos hablando de su padre.

Alonso sintió un escalofrío, uno hondo y punzante que le dejó sin aire durante una fracción de segundo. Le dolió más de lo que esperaba. Él no era tan duro como su progenitor, aunque lo quisiera aparentar, fracasaba en eso una y otra vez. Aunque el molde era similar no estaban hechos de la misma

pasta. Lo cierto era que, desde el día en que un infarto se llevó a su viejo, el mundo pasó a ser un lugar un poco más solitario.

—No hace falta la regañina —Alonso usó un tono conciliador—, nadie quiso más a ese pedazo de animal que yo. No hay día que no me acuerde de él, pero eso no cambia el hecho de que ya no esté —se quitó un par de legañas y respiró hondo, sentía que su aliento olía a perros muertos—. En fin. Cuéntenme lo que quieran, dudo que me interese, pero les prometo que mantendré la boca cerrada durante un rato.

—¿No vamos a bajar a su despacho? —preguntó, a pesar de sospechar con fuerza la respuesta, la veinteañera.

—Esto está mejor arreglado. Si quiere tomar asiento no se corte —soltó señalando con un ademán hacia la silla playera—. Es bastante más estable de lo que parece.

La muchacha resopló, también lo hizo su madre. Recordó qué hacía allí y, sobre todo, por quién estaba allí. No importaba lo impresentable o no del tipo que tenía delante, debía ser él y no otro el que se encargara de su caso, no porque fuese el mejor, ni tampoco el más barato, de hecho, no era ninguna de las dos cosas, sino porque para ella era una cuestión personal. Y además entraba en juego el destino, y ella no iba a dar de lado a tan mastodóntica y juguetona fuerza.

—Así estamos bien, gracias. Primero quisiera hacer las presentaciones debidas. Yo me llamo Carmen Carpe, y esta es mi hija Alejandra —Alejandra hizo un ademán, respondido por otro, de corte noble, por parte de Alonso—. Segundo, me gustaría, si está de acuerdo, que nos tuteásemos. Creo que nos ayudará a establecer cierta confianza, y además no nos llevamos tanto.

—Hecho —concedió sin dudar el detective.

—Perfecto. Pues, como bien has supuesto antes, estamos aquí para contratar tus servicios. Mi familia conoce la empresa de los años de tu padre, de cuando la tenía recién fundada, llegamos a conocernos bien y es esa relación, antigua ya, la que nos ha hecho volver a esta agencia.

—Así que contratasteis a mi padre hace un porrón de años —terció Alonso, guiñado por el sol matutino.

—Eso es, casi treinta y cinco, para ser exactos, fue en diciembre de 1980. Mi familia contrató a tu padre para que encontrara a una persona, habíamos oído que era bastante bueno en eso, de los mejores de la ciudad, y no dudamos en venir aquí... Bueno, aquí abajo al despacho, y contratarle.

—¿A quién tenía que buscar? —preguntó Alonso, lejanamente interesado en la historia que le estaban contando.

—A mi padre —respondió Carmen, lacónica.

—¿Le encontró?

—Bueno... sí y no —respondió Carmen ladeando la cabeza.

—Vaya, esa es la respuesta más contradictoria que me han dado en mucho tiempo.

—Nos dio pruebas de que dio con él, aunque nunca volvimos a verlo. Parece ser que iba a embarcar en Cartagena, le acompañaba una mujer... Quería cambiar de vida, empezar de cero. No nos dijo más. Simplemente se fue. Se esfumó... Nunca más se supo —respondió con voz quebrada. Los sentimientos no entendieron de tiempo pasado ni gaitas—. En el fondo siempre supimos que había más, desaparecer así era impropio de él, pero se fue y ya no volvió. Mi padre se llamaba Ulises Carpe Martínez, era natural de aquí, de Murcia, y fue uno de los llamados niños de Rusia... ¿Sabes de lo que hablo?

Alonso titubeó, se rascó la nuca, lección de historia de buena mañana. Al fin asintió.

—Sí, algo vi hace siglos en *Informe Semanal* —respondió el detective—. Niños españoles que, a causa de la Guerra Civil, fueron enviados por sus padres a Rusia. ¿Puede ser?

—Justo, a la Unión Soviética. La guerra tuvo que ser dura para todos, pero más aún para algunos. Dependía del bando, dependía del lugar. Mis abuelos lucharon del lado republicano y, cuando empezaron a perder, cuando las cosas se pusieron complicadas de verdad, decidieron ir con mi padre a Valencia, de ahí salían los barcos para tierras rusas. Aquella decisión —la señora hizo un alto, su voz mostraba emoción— no llegó a imaginar lo difícil y dolorosa que tuvo que ser..., resultó ser buena. Mis abuelos no sobrevivieron a la guerra, mi padre, aunque pasando calamidades, sí. Tras dos años en Moscú estalló la Segunda Guerra Mundial y la cosa, bueno, ya te puedes hacer una idea... —el detective asintió, Carmen hizo una parada de unos segundos antes de seguir con una historia que, de tanto hacerlo, ya prácticamente contaba de corrido—. Muchos niños fueron trasladados a diferentes zonas cuando los alemanes llegaron a Rusia. Después vinieron más y más penurias. Él nos contó algunas, se guardó más. Se notaba por su voz, por su mirada, que cuando surgía el tema era como si un millón de agujas se clavaran en su pecho. Veinte años después de marchar, en el cincuenta y siete, mi padre volvió a un

país que, precisamente, no le acogió con los brazos abiertos.

—¿El régimen franquista movió hilos para traer a esos, bueno, antiguos niños rojos? —inquirió Alonso, más interesado en el tema a cada palabra.

—Ya se sabe, politikeos —respondió Carmen negando contrariada con la cabeza—. Franco se presentaba algo así como su salvador a los ojos de la sociedad. Mi padre no lo tuvo nada fácil, pero gracias a eso, con tiempo y mucho esfuerzo, logró salir adelante. Y bueno, la prueba de eso es que aquí estamos nosotras.

Una sonrisa acudió a los labios de Samuel Alonso. Una sonrisa no de gracia, pues la historia no contenía ni un ápice de humor. Aquella sonrisa era uno de sus mecanismos de ironía, una de las formas que tenía de demostrarle al mundo que estaba esperando a impacientarse.

—Verás, eh, ¿Carmen? —Alonso se mesaba la barba de tres días—. Es una historia muy interesante, y siento mucho todas esas canalladas por las que tuvo que pasar tu padre, de verdad. La guerra es terrible, aquellos tiempos debieron de ser... Tremendos. Pero aún no sé qué estamos haciendo aquí...

—Te lo diré ahora mismo, solo quería meterte en contexto —dijo Carmen con un leve aroma a molestia en su voz—. Queremos contratarte para recuperar un objeto que perteneció a mi padre. Lo único que conservó de sus padres: un viejo reloj de bolsillo, uno de esos redonditos de oro con una vieja fotografía dentro que mis abuelos le dieron a mi padre antes de zarpar hacia tierras soviéticas. Milagrosamente, mi padre logró conservar el reloj durante muchísimos años, casi siempre escondido, enterrado en una lata fuera de las casas donde estuvo. Nos contaba que solo lo sacaba algunas noches, cuando todos dormían, para ver entre las sombras esa foto de sus padres.

—Así que volvió con el reloj a España, cuando regresó en 1957, ¿no?

—Así es, el reloj es algo así como la herencia emocional de mi familia. Lo único que nos queda de él. También tengo entendido que es una de esas antigüedades muy bien cotizadas... Lo cierto es que, no recuerdo cuando exactamente, el reloj acabó guardado en un cajón de mi cómoda. Estuvo allí años y años, de vez en cuando lo sacaba para mirarlo, para recordar... Pero la mayor parte del tiempo estaba guardado.

—Hasta que un duendecillo lo sacó de allí... —probó Alonso.

—Mi primo Joaquín. Él... bueno, siempre ha sido un chico difícil. Ha tenido, y tiene, muchos problemas, sobre todo de dinero, por culpa de sus vicios. De sus adicciones —dijo al fin Carmen, con vergüenza—. Al parecer

cogió el reloj y lo empeñó en una de esas tiendas de segunda mano. Sacó un dinero con el que seguir con sus... cosas, y dice que pretendía ganar algo de dinero y recuperarlo, pero lo cierto es que se olvidó completamente de él. Un día, cuando fui a buscar el reloj, casi me vuelvo loca al no encontrarlo por ninguna parte. Entonces a Alejandra se le ocurrió que mi primo podría haberlo cogido. Tras preguntarle, y negarlo unas cuantas veces, al fin se sinceró. Fuimos a la tienda, la Second no sé qué de Gran Vía, pero resultó que ya habían pasado sesenta y cinco días desde que se realizó el empeño, y según dice la política de la empresa...

—Pasados sesenta días, son libres de venderlos si su dueño no ha venido a recuperarlo —se adelantó Alonso—. Suele ser así en ese tipo de negocios. ¿Les dieron el nombre del comprador?

—Sí, se supone que era confidencial, pero tras contarle toda la historia que lleva detrás el reloj, bueno, el dependiente se saltó la norma —Carmen dejó la frase en el aire.

—Y...

—Y fuimos a la casa del comprador, un tal Jerónimo García que parece ser una especie de coleccionista de cosas antiguas, que vive en Vistalegre, con la esperanza de que nos lo devolviera, pagándole lo que había pagado por él, claro, más una gratificación por las molestias. Cuál fue nuestra sorpresa cuando nos dijo que le habían entrado a robar tres días antes.

—No me lo puedo creer —concedió Alonso algo boquiabierto.

—Nosotras tampoco, pero es cierto que hay una denuncia puesta, el hombre, el tal Jerónimo, fue muy amable y comprensivo, incluso nos acompañó a comisaria, pero allí no nos pudieron decir nada. Solamente que la investigación seguía su curso... Que iba a ser difícil, que ese tipo de cosas viajaban muy rápido, que había muchos coleccionistas... No sé, está claro que ese robo no es una prioridad precisamente. Entonces me acordé de tu padre, fui a las páginas amarillas y seguía estando el teléfono de este despacho. Y aquí estamos.

Carmen y Alejandra miraron a Alonso de hito en hito, ya no hacían falta más palabras ni explicaciones, estaba bien claro lo que querían que hiciese por ellas, pero por si acaso, Alonso tuvo que preguntar. Ya se sabe, hombre precavido vale por dos.

—Así que me vais a pagar para que recupere un reloj que la policía es probable que no encuentre porque, seguramente, les importa un carajo.

—Exacto. Y queremos que empieces cuanto antes.

Alonso iba a preguntar que por qué él, pero ya conocía de sobra la respuesta. No era por él, era por su padre. Aquella mujer y su silenciosa hija creían, tenían la fe al menos, en que el hijo se pareciese en algo a su padre. Y lo cierto es que en algo se parecían, no en los métodos, no en las formas, pero sí en el compromiso. Si aceptaba, Samuel no cejaría en su empeño de hacer todo lo que estuviese en su mano para recuperar ese dichoso reloj. No le apetecía especialmente, era más fácil, más cómodo, seguir sentado en la silla plegable viendo los recuerdos, como una película, pasar por su cabeza. Encender cigarrillos, beber para no deshidratarse, y simplemente seguir respirando hasta que pasasen sus vacaciones y tuviese que volver a la oficina a currar. No era mal plan, pero aquel reto parecía cosa del destino. Era lo que era gracias, en gran parte, a su padre, y por él debía hacerlo, para mantener una reputación que perduró años, una reputación que ni siquiera la esperpéntica escena del tipo dormido en la terraza había podido dañar. Además, veía bondad en esas dos mujeres, en esa familia; verdad tras una triste historia de supervivencia y crecimiento personal contra viento y marea. Alonso tenía una debilidad por la buena gente, según él, una especie que cada vez escaseaba más en el mundo. Y a las buenas personas no se les podía decir que no.

Con un escueto «veré lo que puedo hacer», Alonso despidió a Carmen y Alejandra, quienes le dejaron claro que harían el esfuerzo económico que hiciese falta para recuperar su tanpreciado reloj. Tenía gracia que fuese justo ahora, en ese preciso momento de su vida, en el que al fin tenía un trabajo que él mismo consideraba normal, con su jornal cada mes, sus pagas, sus vacaciones... Justo ahora que iba camino de convertirse en uno más del rebaño, quizás comprarse un coche nuevo, quizás pensar en mirar una casa de verdad si la cosa seguía bien. Qué casualidad que justo en esas, apareciera la alargada sombra de su padre, el hombre que tanto le dio, bueno y también malo, el que ya pensó que nunca más saldría en una conversación. Y, sin embargo, ahí estaba, ocupando el grueso de sus pensamientos de nuevo, siguiendo sus pasos no sé cuántos años después en una de esas lecciones que da la vida. Tarde o temprano todo vuelve. Vaya que sí, las calles le esperaban de nuevo.

La primera parada, tras una ducha fría y ponerse encima un polo blanco y unos vaqueros, sería la comisaría de San Andrés, lugar donde sabía que encontraría a Eugenio Sánchez, el que fuese compañero de su padre en los años en que trabajó para el Cuerpo de Policía en Robos y Atracos. No tenía ninguna duda de que en cuanto le mentase el nombre de Santos Alonso Eugenio daría un respingo y proferiría alguna maldición. Santos no era un hombre olvidable precisamente, tampoco persona de sonrisas, golpecitos en la espalda y trato fácil. Pero tenía algo: integridad, trabajo duro y fidelidad, que le hacían ser considerado como un buen hombre a los ojos de Eugenio.

—¿De verdad era tan cabrón? —preguntó Alonso a Eugenio, un hombre alto, barrigudo, medio calvo, con una gran verruga en la frente y un mostacho de morsa blanco. Vestía camisa blanca de manga corta y pantalones de pinzas. Más que trabajar contaba los días que le quedaban para su tan ansiada jubilación. Menos de trescientos, al parecer.

—No, yo creo que lo era más —respondió el policía riendo—. Tenía a todo el mundo hasta las narices. No solo a compañeros y superiores, también a los abogados, a los detenidos, incluso a las limpiadoras. Cuando lo veías aparecer te temías lo peor. Siempre estaba echando humo...

—Jo, pensé que en el trabajo se cortaría un poco —confesó Alonso haciendo una mueca de extrañeza—. Aunque claro, si lo echaron del Cuerpo sería por algo...

—En realidad, le invitaron a irse. No es que fuese mal policía, era bastante bueno, bastante eficaz en su trabajo, lo que pasaba es que no le aguantaba ni Dios. Se fue granjeando enemistades aquí y allí. A los superiores los tenía fritos.

—Aun así, estuvo bastante tiempo en el Cuerpo, ¿no? —inquirió Alonso, tratando de recordar la cifra.

—Pues si no me equivoco, trece años. Claro que aquellos tiempos no eran éstos —en las palabras de Eugenio se abría paso la nostalgia—. No había tanto cuidado ni tantos derechos, tú me entiendes... Tu padre era un activo bastante solicitado, sobre todo para los interrogatorios y esas cosas. Se le iba la mano con facilidad, daba unas hostias de padre y muy señor mío.

—Qué bárbaro —Samuel trataba de imaginarse a su padre en una de esas situaciones, importándole bien poco si el sospechoso era culpable o no, sacando la mano a paseo a la primera de cambio—. En el vecindario tampoco le caía bien a nadie. ¿En la familia? Puf, apenas se hablaba con un primo

suyo... Estaba peleado con todos. Mi abuela no podía ni verlo. Eso sí, en casa, con mi madre y mi hermano, la cosa era distinta. Digamos que el león se apaciguaba.

Eugenio asentía, conocía bastante bien a ese hombre del que tanto tiempo hacía que no oía hablar, incluso que ni pensaba en él. Había desaparecido de sus recuerdos durante un lapso, pero ahora que lo rememoraba, acudían a su cabeza decenas y decenas de detalles, pequeñas historias que conformaban un carácter de lo más particular.

—Es que tu madre, que en gloria esté, era la única que le metía en cintura. Lástima que se fuera tan pronto —añadió Eugenio con cierta tristeza en su voz mientras se acariciaba la calva—. Tu madre tenía algo especial. Un no sé qué que transmitía paz y tranquilidad a la gente.

—Bueno, sé a qué te refieres, aunque a mí me ponía un poco nervioso. Es mi madre, y era muy buena, pero eso no quita que también fuese una persona extraña... Que tuviera sus cosas, sobre todo en cuanto a sus creencias y supersticiones.

—Como todos, Samuel. Todos tenemos lo nuestro.

—Bueno, hay raros y raros, qué te voy a contar —Alonso elevó las palmas de sus manos—. Habrás visto a cada zeppelin andante por ahí...

—Pues sí, más de los que quisiera, la verdad. Pero, en fin, son ¿cómo se dice? —Eugenio hizo un alto, llevó la mirada al techo—, gajes del oficio. El granjero tiene que limpiar mierda en la cuadra y yo tengo que tratar con gentuza. Esto es así.

—Ya te digo. Hablando de gentuza, como te he dicho por teléfono, estoy aquí por si me puedes echar una mano en un caso de robo de un reloj —comenzó a decir Alonso, ante el asentimiento de Eugenio—. Se trata de un reloj antiguo, de oro, que fue robado de la residencia de un tal Jerónimo García, aunque en realidad el reloj pertenecía originariamente a Carmen Carpe, una pija del centro que tiene un primo drogata que le birló el susodicho reloj y lo vendió en una tienda de esas de segunda mano.

—Sí, recuerdo la denuncia. También recuerdo que poco o nada se pudo hacer. Ese tipo específico de robo, de objetos más menos de lujo, para coleccionistas, son bastante difíciles de rastrear. Las bandas que se encargan de ese negocio, por llamarlo de alguna manera, son auténticos profesionales y no suelen ir dejando pruebas por ahí.

—Me hago cargo, Eugenio. Pero, ¿cómo sabían los ladrones, eh, los de

esas bandas, que el tal Jerónimo estaba en posesión de ese reloj?

—Porque el muy borrico colgó una foto del mismo en el Facebook ese — respondió Eugenio, quien no pudo reprimir sonreír—. Es algo muy típico hoy en día. La semana pasada un idiota colgó en no sé qué red social unas fotos de unos operarios colocando una caja fuerte en su casa. A los dos días, cuando el tipo se fue a trabajar, unos tíos entraron en su casa y desvalijaron la caja.

Alonso se quedó unos instantes en silencio pensando en lo condenadamente confiada que era la gente, a pesar de todas las advertencias, de todas las cosas que se leían en los periódicos o se veían en televisión, compartimos nuestras cosas más íntimas, prácticamente abrimos las puertas de nuestra casa a todo el mundo para que husmeen entre nuestras cosas. Una barrera, la virtual, que algunos creen inexpugnable, pero que engendra más peligros de los que llegamos a imaginar. El detective daba vueltas a todo esto cuando fue sacado de su ensimismamiento por Eugenio.

—Por supuesto, se inspeccionó el piso de Jerónimo en busca de huellas, pero nada. Se preguntó a joyeros, tiendas de segunda mano, se hizo un barrido de la red, Ebay y demás, incluso confidentes... Pero nada. Nadica. El reloj voló, vete a saber dónde.

—Genial. Creo que este va a ser el caso más corto de mi carrera — confesó Samuel, quien no sabía si alegrarse o no—. No sé si llamar a mi cliente hoy o esperar a mañana para que parezca que me he molestado al menos.

—Bueno, también puedes intentar otra cosa. Puede ser peligrosa, y de seguro que infructuosa, pero oye, es una opción...

—...

—Pero no sé.

—Si fuese mi padre ya te habría pegado un puñetazo por dejarme con la intriga, ¿verdad? —expresó Alonso con gesto divertido, enarcando las cejas.

—No lo dudes. A tu padre había que hablarle clarito, no le iban mucho los rodeos... — Eugenio se mesó su colosal bigote. Durante un instante se quedó parado mirando al detective privado, cayendo en cómo se parecía físicamente a su padre. Samuel era más guapo y no tenía el pelo blanco como a su edad ya lo peinaba su progenitor, pero el parecido era incuestionable—. Te puedo dar un nombre, el de la persona que creemos que controla el tráfico de objetos de lujo en la zona. Ha estado vigilada, ha pasado incluso temporadas en prisión, pero tiene amigos muy influyentes... Sabe rodearse de la gente

adecuada. Es algo así como un mal necesario para muchos, ¿me explico? — Alonso asintió, creía saber a qué se refería—. Al final siempre acaba en la calle, libre como un pajarito para hacer lo que mejor se le da. Es algo así como un genio. Una cabrona bien lista.

—Vale, ya tienes mi entrada. Ahora cuéntame el resto de la película.

—Se llama Violeta Cavour, medio italiana, medio murciana. Y solo tiene 29 años, la muchacha.

—Se ha dado prisa para llegar alto.

—Su padre tiene una casita en Los Alcázares. Siendo la fecha que es, es muy probable que se encuentre veraneando allí. Lleva un dispositivo de esos en el tobillo que no le dejan alejarse más de equis kilómetros, así que apuesto a que la encontrarás allí. Si hay una persona por estos lares que sepa algo de ese reloj, esa persona es Violeta.

—Supongo que fuisteis a verla.

—Claro.

—Y no os contó una mierda.

—Ahí le has dado.

Alonso tenía la obligación de pensar que con él sería distinto, más que nada porque era la única opción que se le ocurría para seguir en el caso. Era eso o nada. Además, aquello de que no fuese policía ayudaría, imaginaba. No iba a detenerla, ella no le interesaba para nada, solo quería información sobre un simple reloj, una información por la que podía pagar bien, a tenor de las palabras de Carmen. Esa era su principal baza a jugar, la madre de las bazas: el dinero.

Se despidió de Eugenio deseándole una feliz jubilación y que no se le hiciesen muy largos los meses que le faltaban para lograrla y salió de la comisaria rumbo al centro. Aparcó su clásico y marchito Opel Kadett rojo en una de las cientos de plazas libres que tan solo era posible encontrar en la ciudad en agosto, cuando un amplio porcentaje de la población se encontraba en la playa, y bajo el sol de justicia de cerca de las dos, sudado y casi deshidratado, llegó a un pequeño comercio situado tras El Corte Inglés. Dicho comercio tenía el, para nada original, nombre de *El relojero* y, por supuesto, lo que había en su interior, era un relojero. Se trataba de uno de esos establecimientos pretéritos que había sido legado de padres a hijos desde Dios sabía cuándo. Apenas dos metros cuadrados de superficie en las que dudosamente se podrían atender a más de dos clientes a la vez.

Tras el mostrador, que era algo así como un tercio de la tienda, se encontraba un tipo ancho y con pelazo, mandíbula prominente, pecho prominente y barriga, sí, también prominente, refrescado por un ventilador de techo activo a la máxima potencia. Comenzó a reír nada más ver a Samuel asomar el morro por la puerta.

—¡La madre que me parió! Dios bendito. ¡Samuel Alonso! Sigues vivo...

—Y eso que no le he puesto demasiado empeño —respondió Alonso extendiendo su mano hacia el tipo, quien no dudó en estrecharla—. Cómo va eso, relojero.

—Bueno, pues tirando, que no es poco.

—Ya veo. Como sigas engordando un día no podrás entrar aquí —dijo el detective con sorna mirando hacia las paredes—. O salir.

—Ja y ja. Que te den, colega —el relojero enseñó su dedo corazón derecho—. ¿Qué te ha pasado todo este tiempo?, ¿ya no se te gasta la pila del reloj?

—Lo que pasa es que ya no llevo reloj. Ya sabes, con los móviles y eso, ¿quién los necesita ya? ¿Por qué te crees que han creado el iWatch ese? Un reloj con mil mierdas de aplicaciones porque lo que menos interesa es que te dé la hora. Siento decírtelo, pero regentas un negocio en vías de extinción.

—Quién fue a hablar. El detective privado, *private investigator*, no me jodas. ¿Quién no ha necesitado uno alguna vez? ¿Te da para comer todas las semanas?

—No pienso discutir mi dieta con alguien como tú.

Ambos rieron con complicidad, dando por finalizado, de momento, el carrusel de lindezas con el que, en los viejos tiempos, y por lo visto también en los nuevos, gustaban de dedicarse.

—Toma, a ver qué me puedes decir de esto...

Alonso le dejó al relojero su teléfono móvil, en cuya pantalla se podía ver la foto del reloj de oro de Ulises que minutos antes había descargado del muro de Facebook de la página de coleccionismo de Jerónimo García. El relojero abrió los ojos todo lo que pudo, mitad sorprendido, mitad porque no llevaba las gafas puestas.

—Vaya tela, esto es una joya, chaval —fue lo primero que dijo—. Suizo, de oro, puede que de primeros de siglo. El XX, no del XXI.

—Gracias por la aclaración, no sé qué haría sin tu ojo experto.

—De nada —el relojero siguió analizando la foto con la mirada —. Un

Favre-Leuba, nada menos. ¿Ves la pequeña esfera de abajo? Son las fases lunares. Buena pieza, bastante exclusivo. Aunque tiene una pequeña falta de porcelana en la esfera junto al tres, ¿ves?

—Ya... ¿Tiene mucho valor el *peluco*?

—Bueno, tendría que examinarlo —vaciló el relojero, sin dejar de mirar la pantalla—. Dependiendo del estado en que se encuentre se le podría sacar un buen pellizco. ¿De quién es?

—Eso no te importa, ¿de qué tipo de pellizco estamos hablando? De monja o de bebé...

—Yo diría que hay gente que pagaría hasta seis mil euros por él —dijo acariciándose el mentón.

Alonso silbó.

—No me digas que es un objeto perdido o algo así, ¿eh? —el relojero rio con gana—. Si ha volado no volverás a ver esta pieza en tu vida, chaval. Es demasiado exclusiva, y hay peña en el mundo muy loca por estas cosas.

—Gracias, hombre, siempre viene bien que te animen —expresó Alonso mientras recuperaba su móvil, apagaba la pantalla y se lo metía en uno de los bolsillos del pantalón—. ¿Alguna idea? ¿Lugares dónde buscar?

—Ni idea. Si lo robaron —el relojero esperó un momento, esperando a que Alonso confirmara, cosa que hizo asintiendo—, es muy poco probable que lo lleven a un museo o a alguna exposición. Habrá ido a parar a una colección privada de un mandamás de turno de vete a saber dónde.

—Ya, así que la llevo clara.

—Bastante.

—Qué bien.

—Lo siento, tío, esto ya no es coña, así lo veo yo. Ojalá pudiera serte de más ayuda... —convino el relojero, poniendo su mejor cara.

—Gracias, hombre, no te preocupes, me has ayudado bastante. Al menos ya sé de verdad qué es lo que estoy buscando —Alonso dejó unos segundos al silencio, segundos en los que perdió la vista entre la montaña de cajitas que colmaban las estanterías que había tras el relojero. Segundos en los que se preguntó qué diantre estaba haciendo—. En fin, tengo que seguir, aunque la cosa parece bastante chungu... Dale recuerdos a tu padre.

—Así lo haré —el relojero se puso en pie y estrechó de nuevo la mano del detective—. Saluda tú de mi parte a tu mujer, otra que hace siglos que no veo por aquí...

—Ni la vas a ver —dijo Alonso mientras abría la puertay se encaminaba hacia la calle —. Nos divorciamos, tuvo un crío con otro tío y creo que se fue a vivir a Madrid.

Al salir al exterior, pudo oír la blasfemia de incredulidad del relojero mientras su mente, de forma automática, cambiaba de tema y se centraba en la complicada tarea que de tan mala gana había aceptado. Cogió el coche y, tras quemarse las manos en el volante por olvidar colocar el parasol, puso rumbo a su piso-despacho sito en la calle Saavedra Fajardo. Pensó que era tontería irse corriendo a Los Alcázares, llegar allí a las tres de la tarde con la que caía, ¿para qué? No había tanta prisa, al menos no para él. La tal Violeta Cavour podía esperar un par de horas más... O las que hiciesen falta. Total, no albergaba grandes esperanzas de que le contase absolutamente nada. Así que se lo tomó con calma, aprovechó el tiempo para comer un pincho de tortilla y una marinera en un bar, tragarlo todo con una Fanta de naranja bien fría y eclipsarse un rato en su sofá con el aire acondicionado a veinticuatro grados. Cogió el sueño con ganas; dónde iba a parar un sofá comparado con una silla de playa.

Despertó al par de horas desorientado, como suele pasar cuando a uno se le va la mano con la siesta. Por no saber, no sabía ni en qué día estaba, ni qué tenía que hacer ni por qué sonaba la precavida alarma de su teléfono móvil. Por fortuna, el paso de los segundos fue devolviendo a Alonso lo que era suyo, su realidad y sus quehaceres. No tenía ganas de conducir tres cuartos de hora a casi cuarenta grados con un coche de los ochenta con el aire acondicionado estropeado, pero no le quedaba otra que hacerlo. Ya se había comprometido, había gente que dependía de él, gente que confiaba en su pericia, o quizás era en la de su padre, pero el caso es que debía hacerlo, tenía un compromiso legal y moral de trabajar. Además, sentía un cosquilleo en las tripas que hacía tiempo no sentía. Aquello lo sintió como algo bueno. Debía aprovecharlo.

Temía la hora de meterse en la caja caliente y poner rumbo a la costa, así que tuvo una feliz idea antes. No estaba seguro de que le fuese a ser de mucha ayuda, pero al menos probaría a la vez que postergaba un viaje que era más seguro hacer hacia la tarde noche. Así que bajó al sótano del edificio y se dirigió a su trastero, que en realidad no era ningún trastero: se trataba de un antiguo cuarto de escobas al que se accedía por un pasillo en una esquina del

garaje subterráneo. Al reparar en él y comprobar que nadie lo usaba desde hacía años, su padre decidió adueñarse del cuartucho poniéndole un candado en la puerta de reja y metiendo allí todo lo que en otro lugar no podía o no cabía.

Mientras llegaba, Samuel trataba de pensar en cuál había sido la última vez que había estado allí abajo, duda que quedó sin resolver. Probablemente más de una década, el tiempo que llevaba viviendo allí. Tras llegar entre penumbras, abrió el candado, empujó la chirriante puerta y entró a los vastos dominios del polvo, las telarañas y el olor a humedad recalcitrante. Aquello era bastante asqueroso, docenas de cajas apiladas sin criterio, estanterías colmadas de chismes, un armario con ropa apolillada y, detrás de cada cosa, probablemente un nido de cucarachas. La bombilla que daba luz a ese agujero infernal no era suficiente para ver con claridad, así que usó la linterna del móvil para buscar entre las etiquetas de las cajas. En el rincón de la izquierda pudo ver apilados un montón de archivadores de lomo negro y etiqueta blanca jaspeada sobre los que descansaba la vieja Olivetti de su padre. Alonso sonrió, aquello era lo que venía buscando. De abajo arriba, empezaban en el año 1979, año en que Santos montó la agencia Aloser, hasta el 2003, cuando cansado, con su corazón achuchándole, fue paulatinamente dejando el negocio en manos de Samuel. Alonso se alegró por una vez de las manías de su viejo, que no destruía un papel así lo matasen. Fue a la caja en cuya etiqueta se leía la fecha 1980 y la sacó con tiento, no se fuese a deshacer en sus manos. La abrió con cuidado también, pasó las páginas sujetas con anillas al cartón y llegó hasta diciembre de 1980, curiosamente, el mes de su propio nacimiento. Allí estaba Ulises Carpe Martínez, un pequeño historial, un escueto informe mecanografiado, una foto descolorida. En ella se apreciaba a un señor de cincuenta años, bien parecido, pelo oscuro, patillas canosas, bigote también cano, ojos grandes, cuello largo, buenos hombros. Vestía para la foto una chaqueta de pana marrón y una camisa que parecía beis. Su gesto era afable, un esbozo de sonrisa. En el informe, acabado con la palabra «cerrado», se citaban un par de bares y lugares de la época que frecuentaba Ulises, afiliación política al Partido Comunista, cómo no, pensó Samuel, en paro desde enero de 1980, doce años viudo, aficionado a la brisca. A su padre le contrató Carmen, su única hija, aduciendo que llevaba unas semanas desaparecido tras salir de casa a comprar tabaco. En este punto Alonso no pudo reprimir la risa por lo tópico del asunto. Se fue a comprar tabaco y ya no

volvió. No me fastidies. La policía apenas investigó, no era prioritario, todo hacía indicar que se había echado una amiga y se largó. Eso le dijeron a Carmen, cosa que ella puso en duda hasta que Santos se lo confirmó. Sorprendentemente no había nada más, toda la información recogida en ese papel era preliminar, ni una anotación relativa a la investigación realizaba por Santos. Solo esa palabra al final: «cerrado», y Santas Pascuas.

Alonso tomó la hojita amarillenta en la que aparecía el historial de Ulises Carpe, algo así como sus grandes éxitos, vida y milagros recopilados por Santos con informaciones, sobre todo, de su hija. Ahí estaba lo de la casa de niños en Moscú, cuando Ulises tan solo contaba nueve años. Tras la llegada de los alemanes a Rusia, fue metido en un ferrocarril y enviado junto a tantos otros a un koljós de Uzbekistán. Allí trabajó duro en lo que le mandaron hasta que en 1944 volvió a Moscú, donde estuvo trabajando en una fábrica de aviación hasta que volvió a España. Quedaba reseñado como viudo, en un matrimonio con una rusa del que no hubo hijos. Al volver sus padres ya no estaban: su padre había sido ejecutado por la Falange durante el segundo año de guerra, su madre murió un año después de tifus. Aquí encontró trabajo en una fábrica conservera y se volvió a casar. Doce meses más tarde nació Carmen, al año siguiente su mujer dio a luz un niño que murió a las pocas fechas. Cuando la niña tenía diez, su madre murió de cáncer de páncreas. El último apunte biográfico decía que había dejado su empleo en el taller Medina once meses antes de desaparecer.

Samuel cerró el archivador y lo colocó en su sitio. Trató de no hacerse demasiadas preguntas; aquello era apasionante, una historia dura de guerra, supervivencia y muerte a través del tiempo. Sobre todo, de muerte... Parecía que todos los que rodeaban a Ulises morían al poco. Quizás fue esa su maldición, una maldición y una razón por lo que huyó treinta y cinco años atrás... Pero ya poco o nada importaba todo eso. Satisfecha la curiosidad, lo único con importancia para Alonso era el dichoso reloj.

Abandonó la oscuridad del sótano para volver al piso-despacho, adecentarse, hidratarse, y prepararse psicológicamente para el abrasador viaje.

Serían las siete de la tarde cuando el Opel Kadett de Alonso enfilaba por la Avenida de la Libertad, la calle principal de Los Alcázares, atestada, como

no podía ser de otra manera, de jubilosos veraneantes. En el camino se había quedado sin radio, simplemente dejó de funcionar tras unos kilómetros, pero ganó a cambio un buen dolor de cabeza fruto de conducir por la autovía en una tartana con las ventanillas bajadas. Era eso o llegar hecho una sopa. Así que aparcó en un hueco que encontró en un descampado de tierra cerca del mastodóntico edificio del ayuntamiento, se refrescó con un granizado de limón que compró en un chiringuito, y se dispuso a verificar la información que le había dado su contacto en la policía, el agente Eugenio. Si no se había equivocado, Violeta vivía en la antigua casa de sus padres. El inmueble se encontraba en una inmejorable posición, en pleno paseo marítimo, con la playa y las palmeritas a mano, prácticamente frente al antiguo balneario de San Antonio. Era una de esas casas amplias de antaño, dos pisos, pedazo de porche con mecedoras.

El detective subió un par de escalones y, ya en el porche, tocó la puerta con un par de golpes de nudillo. No pasó nada. Volvió a golpear, esta vez tras comprobar a través de las ventanas el oscuro interior y salir del porche para ver si podía vislumbrar movimiento en el piso de arriba. Nada de nada. En estas, emergió una estridente voz que por poco no le hizo resbalar al bueno de Alonso mientras bajaba los peldaños hacia el paseo.

—¡No hay nadie! —fue lo que dijo una niña de apenas diez años que correteaba en bicicleta. Morena, coletas, le faltaba algún diente, las paletas eran enormes. Parecía sacada de una serie de dibujos animados.

—No me digas. Y yo que creía que me habían visto pinta de vendedor de aspiradoras y no me querían abrir.

La niña le miró seria. Tocó el timbre de su bici.

—Qué capullo eres.

A pesar de saber muy bien cómo se las gastaban los críos, Alonso no podía dejar de sorprenderse de la caradura y falta de vergüenza que demostraban algunos. Pasó por alto el comentario y trató de sacar provecho de la situación.

—¿Sabes quién vive aquí?

—Claro, mi amiga Viole. De mayor quiero ser como ella, ¿sabes? Es lista, guapa y tiene un coche descapotable.

—Igualita que la Barbie —Alonso no podía evitar decir tonterías, aunque sabía que aquí le podía salir el tiro por la culata—. Esto..., no sabrás por casualidad dónde puedo encontrarla, ¿eh, amiga? Es importante.

—¿Eres su novio? —preguntó con descaro mientras daba vueltas en círculos alrededor del detective.

—Ehm, no. Si fuese su novio probablemente sabría dónde está. Y si no, la llamaría a su móvil para preguntárselo. ¿No te parece?

La niña se encogió de hombros.

—Me da igual.

—Bueno, ¿entonces sabes o no sabes dónde está esa mujer?

—Sí que lo sé, pero no te voy a dar esa información gratis.

—Venga ya, no me jo... —dijo el detective medio para sí—. ¿Quieres que te dé dinero?

—Puede. Además, podrías ser un psicópata y no quiero que le hagan daño a mi amiga —la niña se detuvo justo frente a Samuel.

—Vamos a ver —Alonso hizo un gran esfuerzo de contención, se mordió literalmente la lengua—, ni soy un psicópata ni te voy a dar dinero. Si me lo quieres decir dímelo, o si no le pregunto a otro vecino.

—Bah, qué más da —la niña parecía ceder al fin—, todo el mundo está en el mismo sitio. En la fiesta *rave*, capullo.

—Espera, espera —Alonso extendió sus manos—. Dos preguntas. Una, ¿siguen existiendo esas cosas? Y dos, ¿no eres demasiado joven para saberlo?

—¿Más preguntas? Estoy de vacaciones, ¿sabes? —dijo la niña antes de enfilar el camino contrario por el que había venido—. Espero que no seas su novio. ¡Eres un gilipollas!

La niña desaparecía a velocidad de vértigo entre paseantes y bañistas, también otros que circulaban en bicicleta disfrutando de la vista.

El detective no tardó más de dos minutos en descubrir en la red todo lo que necesitaba acerca de la fiesta. Al parecer la cosa tenía lugar en la llamada Playa del Espejo, un trecho más delante de donde se encontraba, una zona con una gran plaza donde reunir multitudes. No en vano ese enclave había sido utilizado para las fiestas y conciertos veraniegos de Los 40 Principales o la Cadena Dial en años anteriores. No merecía la pena la pena volver atrás y acercarse en coche, hacía una de esas tardes agradables con una leve brisa marina que acariciaba y refrescaba el rostro mientras el sol, despacio, se iba escondiendo en su refugio nocturno. Así que Alonso caminó unos minutos por el agradable paseo marítimo, echando de cuando en cuando un vistazo a la arena, allí donde la gente tomaba el sol, se secaba, jugaba a las cartas, al voleibol, fútbol o lo que fuese, donde los adolescentes se reunían en corro a

hablar de sus trascendentales asuntos. El mar, como era de esperar, estaba en calma, apenas su superficie rizada por efecto de la suave brisa. Unos pasos más adelante, un tipo perfilaba una asombrosa escultura en arena de Cristo y los doce apóstoles ante la atenta mirada de un par de ancianos y unos zagales.

Entonces un sonido que había estado allí desde hacía rato, pero que aún no había terminado de identificar por la lejanía, fue ganando presencia a cada paso. Era un bullicio sordo, un sonido enlatado de música y alboroto que crecía y crecía con cada metro andado. De pronto hizo un giro y, de sopetón, se encontró la fiesta rave en todo su esplendor. Docenas, más, cientos de personas, jóvenes en su mayoría, quizás desde los dieciséis o diecisiete hasta los treinta y muchos, bailando, saltando, charlando, bebiendo, fumando, riendo, vomitando, sudando, besando y disfrutando.

Alonso se adentró en la fiesta, entre una amalgama de aromas desde perfume a sal pasando por sudor y alcoholes varios, tratando de encontrar la aguja en el pajar. Tratando de dar con la señorita Violeta Cavour. Medio italiana-medio murciana, qué cosa. En su teléfono disponía de una imagen más menos actualizada de la misma, cortesía de Eugenio, en la que se apreciaba a una mujer de pelo rubio cobrizo, ojos verdosos y grandes, nariz algo aguileña, labios gruesos y barbilla delicadamente partida en dos. Una mirada decidida y un historial delictivo que incluía tres años a la sombra. Alonso no sabía qué se iba a encontrar, ni siquiera si iba a dar con ella, si habría hostilidad o escucha, un trato civilizado o un puñetazo en la boca. El detective, por si las moscas, apostaba todo a lo malo, por continuar con un «no» enorme que bien podía venir con guarnición de hostias. Pero se la iba a jugar, no tenía otra cosa, y tener la opción del dinero, el dinero de Carmen, siempre era mejor que ir con nada.

Alonso continuó su camino entre la marabunta de cuerpos en contorsión mientras comenzó a sonar *Firestone*, uno de los éxitos del verano. Aguzó la mirada y trató de concentrarse, vio de todo, incluso un buen par de tetas botando sin control. Siguió adelante, llegando casi al otro extremo del deforme círculo que formaba la fiesta. Fue allí, en un claro formado por una serie de palmeros que la devoraban con los ojos, donde la vio. El mar a un lado, el sol cayendo vertiginoso al otro, dotando al lugar, al instante, de una mágica luz anaranjada que todo lo transformaba. Bailaba con gráciles y delicados movimientos, en perfecto son con la música. No era la mujer más guapa del mundo, pero tenía algo que la diferenciaba del resto, su cabello refulgía y su

vientre evidenciaba una próxima vida. Sí, era ella. La había encontrado. Violeta se percató, vio al detective entre la multitud. Era alto, su cabeza sobresalía entre la mayoría, se encontraba inmóvil, simplemente contemplándola. Ella no se detuvo, continuó el baile hasta el final de la canción, acompañándolo con la mirada, poseída por un brillo dorado, diciéndole todo sin decirle nada. Alonso quedó hipnotizado, apenas respiraba, ni siquiera trataba de descifrar aquella mirada penetrante. Movimiento, gente pasando, bailes y risas. Una ristra de bikinis y camisetas mojadas pasaron frente a él privándole de la vista de su objetivo durante un segundo. En esas acabó la canción y Violeta ya no estaba allí. Miró a la derecha y no la halló, miró a la izquierda y la encontró abriéndose paso entre la muchedumbre hacia el pueblo. La siguió, por supuesto, apartando a unos y a unas, guiñado por el sol del atardecer. Cuando al fin dejó atrás la fiesta pudo ver cómo la chica se adentraba por una de esas calles estrechas que desembocaban a su vez en otra calle aún más estrecha. Alonso aceleró el paso, correteó por las calles hasta ver cómo Violeta se adentraba en un portal. Llegó hasta allí y cruzó el vetusto umbral sin puerta.

Dos clics le dejaron más helado que un muñeco de nieve siberiano. A la derecha un chico apuntándole con un revólver. A la izquierda una muchacha apuntándole con una pistola. Frente a él, casi en penumbra, Violeta Cavour.

Alonso levantó las manos, miró a las dos armas que le apuntaban y dedicó dos segundos a pensar qué decir. Visto lo que acabó diciendo, debió haberse tomado más tiempo.

—Vale, esto... ¿son de verdad?

El chico y la chica de las armas se miraron extrañados. La expresión de Violeta, en el fondo, en la oscuridad, era difícil de escudriñar. La incompreensión reinaba en ese aviejado habitáculo. Nadie dijo nada durante unos incómodos e interminables segundos. Tras ese lapso, el detective volvió a coger la palabra.

—Porque vamos, para robarme los diez euros que llevo encima bastaba con amenazarme con el cuchillo del pescado.

Los jóvenes pistoleros compartieron otra mirada de extrañeza, uno parecía preguntarle al otro qué pasaba ahí, encogiéndose de hombros. Tras una breve vacilación, la chica optó por soltarle un culatazo a Alonso con su pistola. Por listo. Automáticamente, la ceja de Samuel empezó a sangrar.

—No vamos a atracarte, idiota —dijo al fin uno de ellos, el chico, que

era regordete y moreno, también muy alto.

—¿Quién coño eres? ¿Eh? —preguntó la chica del culatazo, algo más nerviosa que al principio. Empuñaba con cierto tembleque una pistola semiautomática plateada que parecía más grande que ella. No superaría el metro cincuenta y cinco, recogía su pelo negro en una corta cola.

—No soy nadie, joder —Alonso taponó la herida con su mano lo mejor que pudo—. Solo quería hablar con Violeta Cavour. Un asunto profesional.

—¿Profesional? —repitió la chica—. ¿Tú sabes de quién estás hablando?

—Por lo visto de la jefa de los nuevos Ángeles de Charlie.

Esta vez el revólver se elevó y brilló en el aire, pero su movimiento fue interrumpido por un sonoro «basta», que surgió de entre las sombras.

—Mirad en sus bolsillos. La cartera —dijo Violeta a continuación, cuyo rostro se iba haciendo más visible a cada paso que daba—. Veamos qué lleva aparte de diez euros.

El chico se adelantó y hurgó en los bolsillos traseros de Samuel Alonso. De uno de ellos sacó una cartera marrón en la que encontró un billete de cinco euros y algunas monedas, una entrada de cine con la tinta borrada y un carné de conducir y un DNI.

—Samuel Alonso Hernández —leyó el muchacho—. Treinta y cuatro tacos, vive en Murcia.

—Si quieres te puedo dar otros datos y medidas de interés que no aparecen en esos documentos —Alonso sonrió tras comprobar que su ceja sangraba menos.

—Serás hijo de pu...

—Vale, vale. Ya está bien. Podéis iros —ordenó Violeta.

—¿Cómo? ¿Te piensas quedar con este anormal tú sola? —la cara de la chica era una oda a la incompreensión—. No lo entiendo.

—No hay problema, es inofensivo, ¿verdad? —preguntó Violeta asintiendo hacia el detective.

—El otro día maté una cucaracha con una chancla —respondió el detective echando un vistazo al sórdido lugar en el que se encontraba—. Pero aparte de eso...

—¿De dónde narices has salido? ¿Eh? —se le enfrentó el joven, Alonso trataba de permanecer firme—. ¿Te crees que esto es una puta broma?

—No, hombre, no te lo tomes a mal. Es que cuando estoy nervioso digo

muchas tonterías. Cuando estoy acojonado, más aún —explicó antes de señalarle con un dedo—. ¿Me devuelves la cartera?

El muchacho, previo asentimiento de Violeta, y de muy mala gana, le devolvió su billetera. Su mirada echaba fuego.

—Pues no pareces muy asustado... —expresó la chica, guardándose el arma en el pantalón.

—Bueno, de eso se trata —convino finalmente Alonso.

Los dos jóvenes se quedaron mirando, tratando de descifrar el enigma que tenían delante, ese gracioso que hablaba sin temor como si estuviese en una película de acción de los noventa.

—No me gusta un pelo que te quedes sola con este payaso. ¿Estás segura de que es lo que quieres, jefa? —preguntó el joven, que aún conservaba el arma en sus manos.

—Sí, sí, volved a la fiesta —Violeta ya prácticamente estaba a un paso del detective, distancia en la que sus ojos verdes brillaban como gemas —. Yo me quedaré a charlar un rato con nuestro nuevo amigo.

—Pero...

—Nacho, Carla, no lo voy a repetir. Dejadme sola, por favor.

Los pistoleros asintieron de mala gana y abandonaron el portal con muy poco convencimiento. Era una entrada a uno de esos bloques de edificios de los años setenta, construidos por el boom inmobiliario y turístico de la época. El tiempo no había pasado en balde, todo era gris, oxidado, sin vida.

—¿Te apetece pasear? —preguntó Violeta ante la sorpresa de Alonso, quien dejó de sostener la costra de su frente.

—Claro, todo lo que sea salir de aquí me vendrá bien.

Violeta se quedó durante unos instantes mirando a Samuel, tratando de analizar al curioso espécimen que tenía frente a ella. Su rostro le parecía agradable, le transmitía buenas vibraciones, podría ser alguien a quien aborrecería en dos días o con el que podría reír toda la vida. Aún no lo podía saber, pero estaba dispuesta a comprobarlo.

—No es muy inteligente eso que has hecho —dijo Violeta mientras ambos abandonaban el portal y caminaban despacio por la anaranjada callejuela.

—¿Qué cosa? ¿Seguirte desde la fiesta o decir chorradas con dos pistolas apuntándome?

—No sabría decir cuál de las dos es menos inteligente, la verdad —confesó Violeta, que no pudo evitar sonreír levemente.

—El caso es que ha funcionado, ¿no? Aquí estamos los dos hablando tranquilamente. Diría que hasta te caigo bien, si no, quizás, habrías ordenado que me dieran una paliza. O algo peor.

—Bueno, tampoco te pases. No soy una gánster.

—¿No?, pues por el numerito de ahí dentro lo pareces y mucho —dijo el detective señalando en dirección al viejo edificio que dejaban atrás.

—En mi mundo hay que saber cuidarse las espaldas, solo es eso. Tu vida no ha corrido peligro en ningún momento, créeme. Yo no soy así.

—Me alegra saberlo.

Violeta y Alonso se miraron y prosiguieron caminando calle abajo, con el mar como si de un gigantesco cuadro se tratase, encajado entre los dos extremos de la calle. Una canción de Coldplay se sentía en el aire, lejana, las calles estaban animadas, el calor se evaporaba. En efecto, no parecía que corriese mucho peligro la vida de nadie.

—Ahora que ya hemos pasado el momento de tensión, ¿me vas a decir qué vienes buscando, Samuel Alonso? Y, sobre todo, ¿de qué me conoces?

—Sí, ya va siendo hora —Alonso carraspeó, comenzando a continuación su historia—. Te va a sonar todo un poco raro, pero trata de verlo con mente abierta, ¿eh? Yo... soy detective privado.

—¿En serio?

—En serio.

—Vaya, no lo pareces.

—¿Me falta el sombrero *fedora* y la pipa?

—Algo así.

—Es que ese es el uniforme de invierno —Alonso y Violeta compartieron una mirada cómplice, un atisbo de sonrisa, la química actuaba—. Verás, un policía me puso en tu pista, trabaja en robos y atracos, es un amigo de la familia y, bueno, me dio la información. Me dijo que tú controlabas mucho el tema de objetos de coleccionista. Cosas de lujo, antigüedades y tal.

La mujer no dijo nada, ni sí ni no, con su gesto le exhortaba a proseguir.

—Sé de buena tinta que la poli no tiene nada contra ti, además te tienen bien controlada con el cacharro ese que llevas en el tobillo. Supongo que eres algo así como la sospechosa número uno cada vez que ocurre algún robo de ese tipo. Cosa que creo que ya sabes, pues te hicieron una visita hace poco...

—Un reloj de oro de principios del siglo XX —continuó Violeta—. Sí, hablé con ese amigo tuyo, el del bigote enorme. ¿Eugenio? Y le dije lo mismo

que te puedo decir a ti: no tengo ni idea de eso.

—Ya, claro que no, pero quizás podrías enterarte de algo. No sé, conoces el mundillo, el negocio, gente... puede que, por una generosa gratificación económica, pudieras darme algún nombre. Alguna pista...

—Una generosa gratificación económica.

—Sí, eso es. Mi cliente tiene dinero, y no poco —Alonso arqueó las cejas—. Estoy seguro de que estaría dispuesta a rascarse el bolsillo por recuperar ese reloj.

—Ajá.

—Así que, ¿qué me dices? —Alonso sonrió todo lo que pudo, arqueó las cejas hasta que una le escoció—. Uf. ¿Crees que podrías...?

—Creo que debería curarte eso —Violeta señaló a la costra de su frente—. No es de buena educación no socorrer a un herido.

—¿Esto? No es nada, estoy bien, estoy más acostumbrado de lo que piensas.

—Vamos, no te hagas el duro conmigo, esas cosas de machito cavernario trasnochado no me impresionan —dijo Violeta posando una de sus manos sobre la espalda de Alonso—. Mi casa está ahí detrás, te pondré hielo.

En efecto, como el que no quiere la cosa, a través de un rebuscado callejeo, habían llegado a una de las calles que abocan al paseo marítimo. Bajaron unos metros en silencio y llegaron a la portada de la casa. Ni rastro de la niña de la bici, probablemente estaría cenando, pensó Alonso, que no se había olvidado de ella ni de su simpatía. No en vano era la primera persona que recordaba que le había llamado psicópata. Le habían tildado de muchas cosas, demasiadas, confundido con algunas bastante desagradables, pero lo de psicópata era ya el colmo. Violeta se adelantó un par de pasos y procedió a abrir la puerta con su llave. Acto seguido entró e invitó a Alonso a hacer lo propio con un suave gesto con su mano derecha. El detective dio las gracias y entró.

Aquello era un auténtico hogar, de hecho, daba la sensación de que nada en esa casa había sido tocado desde hacía años, como si su dueño, en este caso Violeta, quisiera conservar al máximo la esencia, quizás los recuerdos, que el lugar y sus cosas le transmitían. Un espacio varado en el tiempo, unos muebles de más de dos décadas, un lugar con encanto, con historia, repleto de recuerdos.

Violeta invitó a Alonso a sentarse en uno de los sofás con tapizado

multicolor de la sala, preguntándole después si le apetecía tomar algo. Samuel respondió que agua fría, añadiendo que nada calma la sed y el calor como el agua fría. Instantes después, Violeta apareció con una pequeña bolsa con hielo que el detective se aplicó sobre la herida unos segundos y un vaso de agua. Con el sudor del vaso humedeciendo su mano, y una vez la anfitriona hubo cogido sitio también en el mismo sofá, Alonso sacó a relucir su repertorio de invitado educado.

—Me encanta esta casa —dijo mirando hacia las curiosas molduras de escayola del techo—. Es acogedora, con personalidad. ¡Tiene mantelitos de ganchillo en el sofá!

—Gracias —concedió Violeta con una sonrisa, ella también bebía de un vaso de agua que sujetaba con sus manos—. Pertenecía a mi padre, era algo así como la casa de la playa de toda la familia. Abuelos, tíos, primos... Ya sabes. Familia grande. Venían todos.

—¿Dónde están ahora?

—Bueno, algunos han muerto, padre y abuelos, otros... —Violeta guardó silencio unos segundos, tragó saliva—. Simplemente ya no vienen. Ni son bien recibidos, de hecho.

—Entiendo —«Ya ninguno quiere juntas con una ladrona que pasa tres años en chirona», pensó, pero no dijo el detective —. Por cierto, ¿de cuánto estás?

Violeta se llevó instintivamente una mano al vientre. Le lanzó una tierna mirada al detective. No estaba seguro de si había reparado en su barriga, no todos lo hacían.

—Cinco meses.

—Vaya. Enhorabuena —Alonso se esforzó por poner su mejor sonrisa—. Y el padre, ¿dónde anda?

—¿Qué padre?

—El de la criatura, ¿quién va a ser?

—Ah, eso. Bueno, no hay padre.

Alonso iba a soltar alguna de sus ocurrencias tipo «supongo que habrá sido cosa de los midiclorianos», cuando, de forma instantánea, pensó en un laboratorio, en gente con batas blancas, frascos, probetas y esas cosas.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—¿Por qué?, ¿qué?

—Por qué hacer esto sola, elegir traer un niño al mundo sin padre.

—La respuesta es sencilla —Violeta dejó el vaso de agua, ya vacío, sobre una mesita de madera—. No he encontrado a ningún hombre que lo mereciera. Después de un tiempo pensándolo, caí en la cuenta de que no necesitaba a nadie. Solo ella y yo.

—Ella, así que es una niña...

—Aún no lo sé, pero tengo ese presentimiento. Es una tontería, pero siempre he pensado que es una niña.

—Bueno, tienes el cincuenta por ciento de opciones de acertar.

Ella sonrió, él también. Poco a poco, conforme avanzaba la conversación, conforme las sombras de la noche iban tomando la sala, ajenos al ruido de fuera, al mar y la luna, ellos se sentían cada vez más cómodos.

—Ahora me toca a mí, míster cotilla —dijo Violeta, acomodándose en el sofá—. ¿De verdad eres detective privado?

—Verídico.

—¿Y se puede ganar uno la vida con eso?

—Bueno, tengo mis rachas. A veces me contratan más, a veces menos. El noventa por ciento de los casos son de adulterio. Trabajo de *huelebraguetas*, ya sabes.

—Vaya, ese sí que un buen porcentaje.

—Ya lo creo. Pero también he investigado otras cosas —Alonso hinchó el pecho y se dispuso a sacar su artillería pesada—. Ehm, ¿recuerdas el caso de la dama sangrienta? Una tipa que mataba maridos adúlteros. Hará un año y pico ya, salió en los periódicos y en la tele...

—¡No! —Violeta abrió al máximo sus verdosos ojos, dio un respingo, casi se puso de pie—. ¡Eras tú! Eres ese detective, el que ayudó a cogerla. ¡El que pilló a la dama sangrienta! Tío, tú eres famoso.

—Qué va, en realidad el mérito no fue mío —A Alonso se le oscureció la mirada, no pudo evitar pensar en Mara, la inspectora al cargo del caso, su compañera de fatigas—. Vino bien la *publi* para mi agencia, pero pasado un tiempo dejó de interesarme el negocio.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que en realidad ya no me dedico a lo de detective —confesó encogiéndose de hombros—. O sea, ahora mismo sí, lo del reloj es un caso especial al que no he podido decir que no, pero desde hace seis meses trabajo de administrativo en una oficina.

—Mmm, interesante. Y, ¿cómo te va en eso?

—Pues es curioso... —Alonso se rascaba la nuca—. Yo creía que bien. Pero ya no estoy muy seguro.

—Es un cambio importante.

—Sí que lo es, y hasta esta mañana creí que era lo que quería. Un trabajo normal, un sueldo regular... Pero creo que no estaba a gusto. No en la oficina, los compañeros son buena gente, no estaba a gusto conmigo mismo —Alonso miró a Violeta, ésta le aguantaba la mirada, exhortándole a seguir—. Te vas a reír, pero llevaba varios días escondido —hizo la señal de las comillas con los dedos— en mi terraza. Mirando al cielo y viendo la nada pasar.

—Vaya, eso ha sido bastante profundo para un oficinista —terció Violeta.

—¿Sí? Se ve que tengo mis momentos... La cosa es que desde que estoy investigando esta cosa del reloj me voy sintiendo más y más cómodo. Me ha sentado bien volver a las calles. Ya sabes, con pistolas apuntándome a la cara y todo eso —riero n—. Poco a poco, me voy sintiendo más yo.

Con un sutil movimiento, apenas perceptible, Violeta se aproximó hacia la posición de Samuel en el sofá y tomó su mano. Éste se sorprendió tanto que por poco no saltó e hizo un agujero en el techo de la emoción. Hacía más de un año que una mujer no le cogía de la mano, que no sentía ese suave tacto y la calidez de un contacto que presagiaba intimidad.

—Quiero ayudarte a encontrar ese reloj, y estoy bastante segura, no me hagas dar un porcentaje, de que puedo decirte dónde encontrarlo. Pero antes, necesito que tú hagas algo por mí.

—*Quid pro quo*. Como decía Hannibal Lecter.

—Algo así —Violeta miró a los ojos a Alonso, cada vez estaba más oscuro, prácticamente era de noche ya—. Quiero que participes en mi próximo golpe.

El detective se quedó flotando en el verde de esos ojos que le hipnotizaban, escuchando esa voz que le transportaba, aspirando ese aroma que le seducía. No sabía muy bien qué hacía allí todavía, se preguntaba cómo había llegado a tanto en tan poco. Sentía una familiaridad, una tranquilidad, una química que ya creía que nunca volvería a bullir en su interior.

Decidió dejarse llevar, abandonarse al instinto, agarrar la oportunidad, exprimir el momento. Decidió vivir lo que la vida le ofrecía. Cerrar los ojos, besar esos labios. Decidió plantearse cruzar esa línea de nuevo, aquella que separa la legalidad del crimen. No sería una decisión fácil, pero ¿quién podía decir que no con esos ojos verdes mirando directamente a su corazón?

Capítulo 2

La Marimorena

24 de diciembre de 1980

Son las seis y poco de la tarde, pero es como si fuese de madrugada. Santos Alonso despierta en una habitación que conoce muy bien, pero en la que últimamente no pasa tanto tiempo como el que debería. Se encuentra echado sobre la colcha estampada de flores de su cama y tiene la ropa puesta. Una tenue luz procedente de una lamparita que hay sobre su mesilla de noche ilumina la estancia. A su lado se encuentra Concha, su mujer, durmiendo con la cabeza y media espalda apoyada en el cabecero acolchado y las manos posadas sobre la prominente barriga. Con todo el cuidado del mundo, Santos pone un pie en el suelo, luego el otro. Casi de puntillas se acerca a la pequeña cuna de madera que se encuentra prácticamente adosada al lado de la cama de su mujer. Esboza una sonrisa al ver a Pedro, su primogénito de apenas un año

y medio, durmiendo como si nada más importase en el mundo, ajeno a todos los problemas, a los quebraderos de cabeza, a la basura que se traga día tras día cuando eres un adulto. Una felicidad pura, aún sin corromper, que suaviza el genio de Santos, sus demonios y miserias, que le ayuda a relativizar las cosas. Va hacia la silla que hay pegada al armario y coge su chaqueta gris con coderas y una bufanda también gris. Se las coloca sobre la camisa blanca y anda unos pasos, llegando hasta el baño de la habitación. No enciende la luz, no es necesario. En el espejo ve reflejado a un tipo de aspecto cansado, ojeroso, con el pelo color ceniza y barba de dos días acompañando a un fino bigote sobre el labio superior. No se cae bien, si tuviera un poco más de dignidad se pegaría dos puñetazos bien dados. Sabe muy bien que los merece, pero le falta el valor para admitirlo, para cantar y sentirse liberado. Quiere dejar de jugar al juego de la negación, a mentirse a sí mismo, a llevar una vida paralela. Sea como sea, la cosa no puede pasar de esta noche. Podía haber elegido cualquier otra noche para hacerlo, cualquiera le habría servido, pero de entre todas las noches del año ha tenido que elegir ésta. Ésta debe ser la que marque un antes y un después en su vida.

Santos sale del baño y pretende enfilarse la puerta de la habitación cuando nota que su mujer ya no tiene los ojos cerrados. Se encuentra en la misma postura en la que la dejó, con el rizado pelo negro recogido en una voluminosa cola, el pijama holguero, las zapatillas puestas. Le está mirando de esa manera que tan poco le gusta. Le está mirando de esa manera en la que ya sabe qué va a decir, y qué va a contestar, e incluso cómo va a acabar aquella conversación. Ambos lo saben, son conscientes de ello, y el bebé duerme.

Quizás sería mejor dejarlo pasar, no abrir la boca, no iniciar una discusión que saben que no les va a llevar a ningún buen sitio. Pero aun siendo conscientes de todo, no pueden evitar abrir la boca.

—¿Es que te vas? —susurra Concha frunciendo el ceño con desaprobación.

Santos asiente sin mirarla. Allá vamos.

—Sabes qué día es hoy, ¿verdad?

Santos asiente de nuevo. Lo sabe de sobra.

—Por el amor de Dios, Santos —Concha eleva las manos, pero no el tono—. ¿Hoy también? ¿También en Nochebuena?

Santos al fin enfoca su mirada, encuentra unos ojos suplicando sentido común.

—Tengo que trabajar, Concha. Tengo que traer dinero a esta casa.

—La excusica de siempre —Concha, como puede, se cruza de brazos.

—¿Excusa? —Santos, sin querer, ha elevado su voz. Se da cuenta, y vuelve al susurro—. Con la que está cayendo y otra boca más en camino... — señaló a la barriga de su mujer—. ¿Qué puedo hacer?

—No creo que por una noche más que menos vaya a aparecer ese pobre diablo. Ya oíste a tus antiguos compañeros, ese hombre, ¿Ulises era?, se ha ido.

—Ya, ¿ahora eres tú la detective?

—Sssssh —Concha observa la cuna y se lleva un dedo a los labios, sus serios ojos dicen el resto—. No alces la voz.

—¿Vas a decirme cómo hacer mi trabajo?

—Bien podría, pero sé que nunca me escuchas. Si lo hubieses hecho quizás seguirías en el Cuerpo, con sueldo fijo todos los meses y tus buenas paguicas. Pero no, tú no puedes tener jefes.

—No tienes ni idea de lo que pasó...

—Claro que no, porque no me lo contaste, Santos. No me cuentas nada.

El detective se queda unos segundos en silencio, tratando de recordar qué es lo que hace a esa mujer tan especial, lo que le llevó a enamorarse de ella, lo que le hizo casarse con ella años atrás. Hacía tanto de eso que era complicado revivirlo, dejar salir ese torrente de sensaciones ancladas en algún lugar del tiempo y del espacio.

—Exageras, mujer.

Santos mira su reloj de pulsera, son las seis y cuarto. Si sigue, es posible que esa conversación no acabe nunca, en cuyo caso no podría ir a hacer lo que cree que debe hacer. En cuyo caso no podrá seguir investigando el paradero de Ulises Carpe, un tipo que, al contrario de lo que opina la policía, cree que se encuentra escondido en algún agujero de la ciudad. Tiene pistas que seguir, lugares que investigar y, además, está esa cosa por hacer. Quedarse a pasar la tarde de Nochebuena con su familia no es una prioridad.

—Me tengo que ir.

—Pues nada, si tienes que irte, vete —la mirada de Concha, su voz, su espíritu, bombardean una total decepción—. Al menos estarás aquí para cenar, ¿no? Recuerda que mi madre estará aquí sobre las...

—Claro que estaré aquí para cenar —corta de forma brusca. Al segundo, Santos suaviza su gesto—. Tengo que ir a un par de sitios, hacer algunas

preguntas. Solo eso.

Concha, con esfuerzo, se incorpora un poco, observa a su hijo girarse a un lado, es tan bueno, tan dulce, sigue durmiendo como si tal cosa, con la mantita tapando su barbilla. Aquello le despierta una sonrisa, le hace creer que quizás aún haya sitio para la mejora, para la esperanza. No en vano aquella es una de las noches más especiales y emotivas del año, una noche en la que es propicio creer en milagros. ¿Por qué no dejarse llevar? ¿Por qué no creer en las palabras de su esposo?

—Vale, aquí estaremos. Abrígate que hace frío —Concha junta sus manos y se las calienta con su aliento—. Ve con Dios.

Santos asiente y hace una extraña mueca con sus labios. Sabe perfectamente qué es lo más apropiado para decir, pero no le sale. En vez de eso pone cara de enigma y sale de la habitación.

Ya en la calle, con la rasca, busca su 124 blanco y se mete dentro. Se frota las manos para entrar en calor, arranca y conduce, con la chaqueta y la bufanda puestas. No tarda ni cinco minutos en llegar a Miguel de Cervantes, otros cinco más para dejar la cárcel vieja atrás y adentrarse en Alfonso X. Antes de ir al primer lugar del que pretende extraer información, decide invertir diez minutos más en ir a su despacho de Saavedra Fajardo a por un par de cosas. Al tiempo que conduce puede ver las idas y venidas de la abrigada plebe, los niños, los jóvenes y los viejos. Los escaparates están decorados con guirnaldas y espumillones, luces verdes, rojas y azules. Es época de turrone, polvorones, mazapanes, tortas y zambombas. El Corte Inglés, así como la mayoría de medianos y pequeños comercios, cerraron a la seis. Sin embargo, Santos sabe muy bien que el lugar a donde va después no cerrará hasta al menos las ocho o las nueve. Por mucha Nochebuena que sea.

Aparca donde puede y sube las escaleras hasta su despacho. El edificio está muy bien, pequeños apartamentos y oficinas conviven en él. El suyo le fue legado a Santos por parte de padre, antiguo despacho de abogado que Santos había reconvertido, tras el fallecimiento de su progenitor, en el despacho de su joven agencia de detectives. La oscuridad es solucionada con la luz del flexo del escritorio, para el frío tiene pensado un remedio antiguo. Se sienta y hurga en el cajón de abajo. Allí encuentra su arma, un revólver del calibre 38 con funda que se coloca discretamente en el cinturón, y una botella de vino jumillano. Del aparador que tiene a su derecha coge un vaso estirando el brazo y lo llena con el violáceo líquido que pasa a encender sus entrañas. Se detiene

un momento a saborear, a cerrar los ojos, a dejar la mente en blanco. Lo consigue, pero solo por ese segundo. Con el arma en la cadera y el vino en el estómago, apaga la luz del escritorio, cierra la puerta y vuelve al coche.

El sitio al que se dirige se llama sencillamente La Taberna, y es un bar de mala muerte del barrio de San Andrés. Uno de esos lugares en los que gente sin oficio ni beneficio bebe, entra y sale, sigue bebiendo, duerme en su barra y espera a que la vida le regale alguna oportunidad que, por lo general, nunca llega.

Ya ha anochecido por completo cuando Santos deja el coche y avista el local. Como su propio nombre indica, es una taberna de barrio sin nada parecido al *glamour*. Atmósfera pesada por los humos del tabaco, migas en el suelo, alguna cucaracha, grasa por todas partes. Tras la típica barra de granito con sus típicas tapas protegidas por el cristal anti estornudos encontramos al típico barman cincuentón con poco pelo y ataviado con mandil blanco adornado con acetosas condecoraciones. Tras él, junto a una ristra de botellas y el hueso del jamón, hay un árbol de Navidad de plástico adornado sin ganas. Frente a él, dos tipos hablan y fuman sin parar. En realidad, sí que paran, para echar un trago de sus cubalibres y seguir rajando a continuación. El barman va a lo suyo, interviniendo de vez en cuando en la conversación. Al fondo del bar, en la esquina de los lavabos, junto a un enorme barril de cerveza y bajo un calendario al que se le ha olvidado arrancar la hoja de noviembre, se encuentra otro hombre, delgado, barbudo, con una chaqueta de fieltro a cuadros, un hilo de humo saliendo de su Ducados y la mirada perdida en el suelo de ajedrez. Santos es pues el quinto elemento. Traspasa las puertas de cristal y se dirige hacia la barra mientras en el ambiente suena el *Dime que me quieres*, de Tequila. Coge asiento en uno de los numerosos e incómodos taburetes que hay libres y pide una caña.

—Oye, Salva, ¿no tienes ninguna cinta de Los Beatles? —pregunta uno de los tipos de la barra, canoso, bigotudo, chaqueta verde de chándal y vaqueros claros.

—¿Los Beatles ¿Y a santo de qué iba a tener yo una cinta de Los Beatles? —reacciona el barman, acto seguido de tirar y poner la caña al nuevo cliente.

—Pues cojones, Salva, *pa* rendirle un homenaje a John Lennon, ¿*pa* qué va a ser?

—¿Es que ahora te gusta ese fulano? —pregunta su compañero de empinar el codo. Éste es algo más joven, o se conserva mejor, lleva jersey de cuello

alto oscuro y pantalones de pana—. ¿O hay que escucharlo solo porque le han pegao cuatro tiros?

—Cinco. Le pegaron cinco tiros al menda —puntualiza el del chándal—. Vamos que... en la puerta de su casa, un hombre con una criaturica... Esas marranadas no se hacen.

—Ya te digo —el del cuello alto le pega otro sorbo a su cubata—. Yo no puedo entender cómo se puede llegar a eso. Coger y pegarle cinco tiros a un tío y quedarse ahí en la baldosa, esperando a que venga la policía.

—¿Es mejor que hubiese salido por patas?

—Pues yo qué sé... Pero es raro, no me fastidies.

—Solo lo quería ver muerto. Y matarile le dio. Punto. Ya no tenía otra cosa que hacer el hombre, así que esperó tan ricamente hasta que llegó la policía.

—Vaya un canalla... Está el mundo bueno. El día menos *pensao* saca el Salva una escopeta de debajo de la barra y nos deja a los dos más tiesos que la mojama. ¿Es o no?

—Anda y no digas más *tontás*, que me vas a espantar a la clientela —dice Salva señalando hacia Santos, cuya caña ya va por la mitad.

—Válgame la Virgen, a ver si se va a asustar ahora el hombre —dice el del chándal, girándose hacia el detective por completo—. ¿Qué dices tú, eh amigo?

Santos mira al tipo de arriba abajo y se toma otro trago de su cerveza. La deja sobre el posavasos, se limpia unas gotitas del bigote, se toma su tiempo para responder.

—¿Qué digo de qué?

—Pues de lo que estamos hablando. Del John Lennon, del que se lo ha *cargao*...

—Me da lo mismo. Por mí como si se matan todos.

El barman y los dos tipos de la barra se quedan congelados observando al extraño.

—Hombre, tampoco hay que ser así de insensible —tercia el del cuello alto.

—Pues yo creo que tiene razón —el barman señala a Santos—. Los americanos estos están *tos* locos. ¿No van y eligen a un actor de presidente? Y encima de los malos. Ronald Reagan. ¿Qué películas ha hecho ese? Por Dios. Si fuera Charlton Heston tendría un pase.

—Visto así... —los ojos de la chaqueta de chándal se pierden en algún punto de la barra.

—Pero si el pavo es inglés, ¿no? —pregunta el del cuello alto, que no lo tiene muy claro—. El Lenon. Inglés de Inglaterra, vamos.

—Pero el de la pistola no. Ese es más americano que el Winston —parece cerrar el debate el barman mientras el resto quedan dubitativos.

Una vez hecho el silencio, Santos siente que es su momento, dejarse de cervezas, de Beatles y de historias y preguntar lo que ha venido a preguntar. De momento los dos tipos de los cubalibres no le interesan. Enfrenta a Salva, el barman.

—Oye, camarero, ¿te suena este hombre? —le pregunta mostrándole una fotografía de Ulises Carpe.

—Mmm, no sé. Aquí viene mucha gente —responde después de mirar la foto con los ojos guiñados.

—Eso lo dudo mucho.

—¿El qué? ¿Qué no lo conozca o que aquí venga mucha gen...?

—Cierra la boca y mira otra vez —corta Santos sin ningún miramiento.

—Pero bueno, ¿tú quién coño te has creído que eres? —pregunta el tipo del chándal verde.

—No te hablo a ti, sigue con tu copa de meados.

—No, le hablas a mi amigo, y de muy malos modos, *cagoendiez*. Y el que se mete con mi amigo se mete con...

Al de la chaqueta de chándal le cruzan la cara de un guantazo, de los duros, con el dorso de la mano. Va directo a coger el vaso de tubo de su bebida para estampárselo en la cabeza a su agresor cuando éste, con una rapidez pasmosa, se abre lo justo la chaqueta para enseñar el revólver calibre 38 que lleva enfundado en la cintura. El del chándal da un pasito atrás y levanta las manos en señal de paz, el de al lado está blanco e inmóvil como una pared. El barman no sabe si tirarse al suelo y reptar hasta el teléfono o coger la escopeta de perdigones que efectivamente tiene bajo la barra y que sea lo que Dios quiera. No le da tiempo a decidirse por lo uno o lo otro cuando Santos saca del bolsillo de su chaqueta su antigua placa de policía.

—Policía —dice mostrando la placa a los tres tipos—. Esta es una investigación muy seria, señores, y no quisiera deteneros por obstrucción. Así que, Salvador, ¿es ese tu nombre? Mira bien la foto y haz memoria.

Salva obedece, con menos ganas aún que la primera vez, pero con una

renovada motivación.

—Eh, a ver... sí, puede que... ahora me acuerdo —dice al fin de un interminable escrutinio—. Ya estuvisteis aquí preguntando por este tío hace un tiempo. Tienes que hablar con Sarriá. Es mi socio, él se encarga de las noches. Y ese tío, si de verdad venía aquí, sería de noche porque yo no lo he visto en la vida.

Aquella respuesta no satisface demasiado a Santos, una nueva visita al antro se dibuja en el horizonte.

—¿Hoy viene?

—Ya está aquí. Es el del rincón —Salva señala con el pulgar a la chimenea humana que hay al fondo del local pegada al gran barril—. Cerramos en un rato, hoy no curra, pero él viene de todas formas.

Con una mirada *perdonavidas*, Santos se aleja de la barra y se dirige al oscuro rincón. Sobre el tipo que se encuentra allí, un barbudo con una montaña de colillas en su cenicero, hay una especie de colgajo navideño, estrellas y dos bolas rojas que a duras penas se sostienen con un trozo de cinta adhesiva. Se lee «Merry Christmas».

—¿Eres Sarriá?

—¿Quién lo pregunta?

—Policía. ¿Es que no me has oído en la barra? —Santos observa mejor de cerca a ese tipo, que parece un poco ido—. No me hagas repetir la pregunta.

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa ahora?

—¿Has visto a este tipo por aquí? —Santos muestra la foto.

—Puf, macho, ya se lo dije a los otros —Sarriá suelta una bocanada de humo que impacta con la cara del detective.

—Pues dímelo ahora a mí. Y cuidado o te tragas el cigarro.

Sarriá levanta las manos y posa el cigarrillo con cuidado en el cenicero.

—Tranquilo, hombre, sí, sé quién es. Venía por aquí algunas noches, sobre todo entre semana, muy tarde. A las once y pico, doce menos algo.

—Qué más.

—Pues nada, se tomaba algo.

—¿Por qué venía a esta mierda de bar?

—Oye, le gustaría, yo qué pijo...

—Cuidado —Santos eleva un dedo amenazador—. ¿Venía solo? ¿Hablaba con alguien?

—Más solo que la una, ya se lo dije a tus compañeros. Apenas abría la boca el *condenao* —bebe más, sus ojos hacen chiribitas—. Menos un viaje, estaba bebiendo en la barra y entonces una mujer llamó a la puerta...

—¿Cómo?

—Sí, llamó a la puerta con los nudillos. Toc, toc, toc. Cuando lo hizo un par de veces todo el bar se giró, y entonces el hombre este se levantó de su asiento, dijo que la conocía y se fue con ella a la puerta.

—¿Qué pasó después?

—Pues qué va a pasar. Se fue con ella.

—¿Y ya no volvió?

—No, no, qué va. Él sí que siguió viniendo. Algún parroquiano intentó tirarle de la lengua después, pero el pavo no soltaba prenda. No suelen venir muchas hembras por aquí, ¿sabes? Yo creo que era una querida. Eso les dije a los otros.

Y ahí es donde los otros, la policía auténtica, dejó el asunto. Fuga con querida. Un viudo no tiene queridas, en todo caso nuevo amor. La cosa parece clara: Ulises venía a La Taberna a hacer tiempo para encontrarse con esa mujer. Aquella vez, por la razón que fuese, ella pudo salir antes de donde quiera que estuviera y por eso vino a buscarlo. La pregunta del millón que ronda a Santos: ¿por qué este sitio? No es por el ambiente, no es por la calidad de la bebida, ni por el servicio ni la compañía. No le pilla cerca de casa, no es una zona agradable. Por tanto, ¿por qué aquí?, ¿qué hay en este barrio? ¿Acaso ella vive aquí?

—¿Cómo era ella?

—Ni idea —Sarriá coge otro cigarrillo de su cajetilla, con mucho, mucho tiento—. ¿Tú te crees que se ve un carajo con esos cristales llenos de mierda? La tía no entró.

De manera instintiva, Santos echa la mirada atrás, fijándose en una vieja puerta con varios carteles pegados y un color que, precisamente, no es transparente.

—Vale. ¿Qué hay aquí? Cerca, algo conocido, que atraiga a gente.

—¿Aquí? Poca cosa aparte de la estación de autobuses. Como no salgas y te des una vuelta... Aunque te advierto que hoy esto está todavía más muerto de lo normal. Ya sabes, está *to quisque* en sus casas haciendo como que quieren a sus familias.

A Santos no le parece mala idea lo de darse una vuelta, de hecho, es la

única idea que se le ocurre. Mira su reloj, aún hay tiempo para todo lo que quiere hacer esta noche. Como suele decirse, la noche es joven. Se va del bar tras dejar cinco duros en la barra y sin decir palabra. Los cuatro tipos lo miran desde sus respectivos sitios con una mezcla de tirria y alivio. Esperan no volver a saber de él en sus vidas.

El detective sale al helor de la noche y camina tranquilo fijándose en los edificios que hay a ambos lados de la calzada. Tras unos minutos dando vueltas advierte que ese es el único bar abierto en toda la manzana, probablemente el que más tarde cierra a diario, y quizás sea esa la razón por la que Ulises se tenía que conformar con tan pobre lugar. Simplemente no había otro mejor donde esperar. Santos debe centrarse en la misteriosa mujer, siente que ella es la clave, la razón de todo el tinglado. Él la espera porque ella está cerca. No hay más.

La estación de autobuses tiene un tráfico normal. Autobuses llegan y autobuses parten, la gente baja, la gente sube. Nada sospechoso. Dentro hay un quiosco de prensa, una tiendecita de comestibles. Taxis en la puerta. Santos se acerca a dos taxistas que charlan entre el humo de sus cigarrillos y muestra la foto. A ninguno le suena de nada. Hace lo propio en las taquillas de la estación, incluso a algún autobusero. Nada de nada. El detective se desespera, se va quemando lentamente de frustración. El tiempo pasa, la cena se aproxima, el momento que tanto ha estado postergando se acerca. No sabe qué es peor, si no avanzar en el caso o tener que ir a hacer lo que debe hacer, una visita antes de la cena que no desea hacer para nada. Sí, esa cosa.

En esas se encuentra cuando, al doblar una esquina camino al coche, se topa con un luminoso letrero de neón que parpadea: «SALÓN DE JUEGOS», dice en grande. «Abierto toda la noche», dice en pequeño. En la puerta hay un tipo larguirucho, al menos metro noventa, vestido de uniforme gris con gorra de plato, pistola a la cadera y cara de perro acrecentada por un mostacho tupido. A juzgar por su arrugado rostro, su mirada y su tendencia a jorobarse, el tipo está cerca de la jubilación. Ese es el guardia de seguridad del salón, cuya función, en teoría, es conseguir que las cosas no se vayan de madre y, cuando hay alguna clase de altercado, ponerle solución de forma rápida y eficiente. A Santos no le gustan los guardias, como tampoco los porteros, una animadversión que viene de antiguo, de sus años en la policía, de un par de experiencias para nada gratificantes.

Santos pasa junto al guardia sexagenario y emite una especie de gruñido

que simula un saludo. El guardia asiente, le invita con la mirada a coger la puerta y entrar. Se trata de una de las típicas salas de juego que se puede encontrar uno en cualquier rincón del país. Tragaperras en hilera con su taburete en frente, musiquita maquinaera, campanitas, luces y cerezas, mesas de cartas, máquinas de tabaco, el humo del tabaco estancado en el techo, como si de una enorme nube tóxica que cubre el cielo se tratase. También hay una barra, obvio, tras la cual, un par de camareros charlan más que trabajan, sobre todo porque apenas hay clientes más allá de un par de jinetes de tragaperras.

—Avisad al encargado. Asunto policial —de nuevo Santos echando mano de su antigua placa.

—Ese soy yo —dice uno de los que hace las veces de camarero. Treinta y tantos, buena mandíbula, buena espalda.

—Estoy buscando a este hombre —el detective muestra la foto—. ¿Recuerdas haberlo visto por aquí?

—Pues la verdad es que no. Mira, Paula, échale un ojo a este señor. Paula tiene mejor memoria que yo —admite el tipo mientras la tal Paula, la camarera castaña y veinteañera que se encuentra tras la barra vaciando una bandeja, se aproxima—. ¿Qué ha hecho? No tiene cara de maleante.

—Eso no te importa —responde sin mirarle siquiera, mientras aproxima la foto a la chica.

—Mmmm, no sé. Viene un montón de gente cada día aquí —Paula se esfuerza, niega con la cabeza—. Ahora mismo no me suena.

—Ya. ¿Tenéis cámaras de seguridad?

—¿Cámaras? —el hombre ríe con gana. Se detiene al observar que el rostro del que dice ser policía parece una roca—. Qué más quisiera, nos ahorrarían más de un disgusto. Fijo que sí. Pero no, esto no es Las Vegas.

—¿Hay más camareros? ¿Más empleados? Necesito hablar con todos.

—Bueno, hoy me parece que no va a poder ser —el encargado se encoge de hombros, pone cara de circunstancias—. Nosotros cerramos en poco más de una hora, por ser la noche que es, ya me entiende. Y mañana no abrimos. Así que si se quiere pasar el viernes...

—El viernes, claro —Santos aprieta los dientes, se gira, de nuevo siente la frustración—. Maldito Ulises...

Entonces algo sucede. La llama prende, los resortes de la memoria se accionan.

—¿Cómo ha dicho? —pregunta la chica, que seguía atenta a toda la

conversación, llevándose las manos a la cintura.

—¿Eh? Nada —Santos se da media vuelta, mesándose el bigote—. Ya volveré cuando...

—No, ese nombre...

—¿Qué nombre? ¿Ulises?

—¡Sí! —Paula chasquea sus dedos—. Menudo nombre, ¿eh?

—¿Conoces a alguien que se llame así?

—Bueno, conocer, conocer no, pero Pili, una chica que trabajó aquí hasta hace unas semanas, tuvo una historia con un tío que se llamaba así.

—Pili —Santos cruje su mandíbula—. Ok, sigue.

—Pues eso, tampoco hay mucho más. Era un tío al que estaba conociendo, ella decía que era muy buena gente, que la estaba ayudando a pasar una mala racha. Pero bueno, tampoco somos íntimas ni nada parecido. Desde que se despidió no he vuelto a saber de ella.

—¿Algo más?

—Si quiere saber más hable con Jesús, el guardia jurado que tenemos en la puerta —interviene ahora el encargado, que no había perdido detalle alguno. A su lado Paula dice que sí con la cabeza—. Se llevaba muy bien con Pili. Puede que le cuente más cosas. Yo, aparte de la dirección que nos dio, poco más puedo decirle.

—Apúntala en este papel —Santos le da al tipo una hoja que acaba de arrancar de una pequeña libreta que guarda en el bolsillo interior de su chaqueta—. Seguiré con el guardia.

Paula y el encargado, que ni siquiera ha llegado a decir su nombre, se quedan mirando al supuesto policía que se dirige hacia la puerta doblando la pequeña hojita de libreta y guardándosela el bolsillo. Dicen algo que llega a Santos en forma de cuchicheo inteligible, él sabe muy bien de qué va la cosa. Sequedad y falta de modales, vaya tío más desgraciado. Y lo cierto es que le importa bien poco.

Deja atrás el agotador y repetitivo ruido de las máquinas tragaperras y vuelve a la fría noche de diciembre. En la puerta del salón Jesús pisotea un Celtas mientras exhala la última bocanada de su bendito humo. En el movimiento le suena el tintineo de las esposas que tiene enganchadas al cinto. Santos las observa, al igual que el revólver corto que porta. Sabe que el guardia sabe cosas, así que intenta dejar sus prejuicios a un lado, no verlo como un guardia de seguridad, esa subespecie a la que por injustas razones

tanta inquina tiene. Después de todo, ¿no es Santos peor que todos los guardias jurados que ha conocido juntos? Va reflexionando sobre todo eso cuando el guardia le da las buenas noches. Él no responde, pero se le queda mirando, a lo que el guardia le pregunta que qué se le ofrece. Entrecierra sus ojos, se sostienen las miradas. No es un duelo del oeste, pero ambos se encuentran alineados como en una película de Leone en la acera del salón de juegos. Clint Eastwood *versus* Lee Van Cleef.

—Policía. Me han dicho que conoces a Pili. La ex camarera.

—Te han dicho bien.

—¿Y qué sabes de ella?

—Algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Las que me ha contado. Ni más ni menos.

—Ya —Santos traga saliva, bonita manera de empezar—. ¿Vamos a seguir así toda la noche?

—Depende de ti.

Santos suspira, no está enfocando bien el asunto. Necesita respuestas, necesita irse de allí con algo. Irse sin nada sería mala cosa, muy mala, la obsesión no cesaría, el sueño apenas vendría. No se lo puede permitir, debe cambiar la pose.

—Me han dicho que sois buenos amigos —vuelve Santos a la carga—. Que tenéis buena relación.

—Y la tenemos. Bueno, la teníamos —Jesús se rasca la cabeza apartando un poco la gorra—. Hace tiempo que no sé nada de ella.

—Desde que se despidió.

—Eso es.

—¿Sabes los motivos?

—Es una chica con muchos problemas. Sobre todo, por sus compañías.

—¿Ulises Carpe?

—No, hombre. Ese se supone que era bueno, quería ayudarla a salir de su pozo sin fondo... Eso decía ella.

—¿No te contó más?

—No mucho más. Nos llevábamos bien porque veía en mí algo así como un padre. El suyo desapareció cuando ella era una zagala, cogió la puerta y se largó. Eso me dijo. Bromeábamos y me decía papá, yo le decía que casi podría ser su abuelo.

—¿Tú también la ayudaste a salir de esos supuestos problemas?

—Le presté dinero, bueno, en realidad se lo di. No espero que me lo devuelva, ni quiero que lo haga.

—Entiendo —Santos saca la libretita y toma alguna nota—. ¿Has dicho que frecuentaba malas compañías?

—Sí, gente de la peor calaña. Alguna vez vinieron a recogerla, daba escalofríos nada más verlos. Esas pintas, esas miradas. Estaba seguro de que iban armados bajo los chaquetones. Eso se sabe. ¿Me entiendes? —Santos dice que sí con la cabeza—. No sé cómo decirte, pero ella parecía más bien una prisionera que una amiga. No se iba muy contenta. Todo lo contrario a cuando venía Ulises.

—¿Llegaste a conocerlo en persona?

—Sí, me lo presentó Pili una noche. Era algo mayor para ella, pero bueno. Quedaban casi a escondidas, él la esperaba algunas noches en un callejón ahí atrás. Y así iban, hasta que ella dijo que dejaba el trabajo y se largó.

—¿No has intentado contactar con ella?

—Claro que sí. La he llamado muchas veces, también he ido a su piso, aunque nunca estaba... Una vez me cogió el teléfono, hará ya dos semanas, me dijo que estaba bien, que no me preocupara, pero en su voz se veía que era mentira. No sé qué es lo que pasa, pero tiene que ver con esa gente. Y ese tipo, Ulises, ha tenido que verse enredado también.

—Ya veo.

—¿La vas a ayudar?

—Busco a Ulises. Lo que me interesa de ella es que me lleve hasta él.

—Qué bonito.

Jesús le dedica al detective una mueca de asco, Santos bufa, no se dedica a lo que se dedica porque sea bonito.

—Bueno. ¿Ya está? —pregunta Jesús.

—Ya está.

—Pues nada. Espero que tengas suerte. Pili lo merece... y ese Ulises también.

—La suerte no tiene nada que ver con los méritos.

—Bueno, supongo que tienes razón. Felices Pascuas.

Santos no dice nada, en vez de hablar dedica una mirada respetuosa al guardia jurado, un ademán cortés que ya era mucho más de lo que nadie había

conseguido de él en mucho, mucho tiempo. Al final no ha sido para tanto, al revés, ha sido la charla más fructífera del día, probablemente de la semana, y la ha tenido con un guardia jurado. Eso debe significar algo. Puede que las cosas estén cambiando. Es un buen inicio para la noche.

Santos vuelve al coche y enseguida se planta en la avenida de La Fama, pasados la plaza de toros y el estadio de fútbol. Allí, en el edificio indicado en el trozo de papel que sujeta con las manos, se encuentra el piso de Pili. Se está haciendo tarde, se le está pegando el arroz como quien dice, pero siente que debe hacerlo, debe echar un vistazo. Debe probar.

Llama al timbre de abajo pero no le abren. Espera un minuto y vuelve a intentarlo sin éxito. Afortunadamente es una noche de trasiego, de ir y venir de familias en busca del lugar, del hogar, escogido para la gran cena del año. La puerta se abre, una pareja y un niño salen del edificio. Santos saluda con el mentón, la pareja dice un escueto y educado buenas noches. El detective pasa cerrándose la puerta tras él. Sube las aviejadas pero limpias escaleras, todo el lugar huele a lejía, y llega a la segunda planta. Toca la puerta varias veces. Ni un movimiento se siente.

Santos tiene dos opciones: la opción A es volver otro día, en otro momento más propicio; la opción B es intentar abrir la puerta con cuidado y entrar a echar un ojo. La primera no constituye delito alguno, la segunda es allanamiento de morada. Lo sabe muy bien, pero de todas formas se arriesga con la B.

Una ganzúa, un par de movimientos, un clic. No ha sido demasiado complicado. El detective entra y cierra la puerta con delicadeza. A tientas acierta con el interruptor de la luz. El piso no es gran cosa, pero al menos es cálido. No de temperatura, sino de calor hogareño. No es un piso grande, pero para una persona sobra y mucho. En el salón, cuadrado, hay un par de sofás y un televisor. En medio una mesita de café. Hay fotos por ahí, ella y la familia, es de suponer. Con sumo cuidado, y pretendiendo que nadie sepa jamás que ha estado allí, Santos comienza a físgonear por cajones y estanterías. Sobre la tele hay una librería sin libros. En su lugar alguna estatuilla, algún marco con foto, un reloj digital sin pilas. En una de las paredes hay una especie de cómoda con varios cajones. Allí encuentra ropa de cama y de mesa, una caja de cubertería, incluso un par de vídeos VHS. Nada que le sirva. La cocina está

toda en perfecto orden y limpieza, salvo por una finísima capa de polvo sobre la encimera que denota que esa casa lleva cerrada un tiempo. La nevera está prácticamente vacía a excepción de un cartón de leche caducada, fruta negra y un par de litros de cerveza. Ni rastro de árbol u otra decoración navideña. Dos semanas mínimo sin pisar el piso. Hay dos habitaciones, la pequeña tiene una cama de cuerpo y un armario de pino. En el armario poca ropa, la que no cabe en el armario del principal, piensa Santos, sandalias y bártulos de verano. En la mesita de noche solo una lámpara y un diccionario Sopena. En el dormitorio principal, presidido por una cama grande con la colcha ligeramente revuelta, hay dos mesitas de noche y un gran ropero enfrente. En el ropero solo hay ropa y cajas de zapatos. En la mesita de la izquierda bragas, sujetadores y calcetines, aspirinas y pastillas para dormir. En la de la derecha un cajón vacío y otro con un par de cajetillas de cerillas y una pila de octavillas. Santos coge las cerillas, pertenecen a la célebre discoteca Ditirambo, sale la dirección y el teléfono. Se la guarda y toma una de las octavillas. La lee para sus adentros: «*¡Español, tu patria te necesita!*»

La realidad que vive el pueblo es muy diferente de las promesas del rey Juan Carlos. Las palabras democracia, paz y prosperidad que tanto repiten en la radio, televisión y la prensa se convierten en aumento de precios, congelación de salarios, detenciones ilegales, apaleamientos y torturas. Un joven herido de bala en Madrid por expresar su opinión, una chica apaleada en Murcia por pedir derechos e igualdad. Eso es lo que pasa hoy en España, la realidad contra la que hay que luchar. «*Si apalean, apalearemos. Si disparan, dispararemos. Si matan, mataremos. Únete. Movilízate. Lucha por tu país. F.A. Frente Antimarxista*».

De pronto la tensión se multiplica, una gota de sudor que no se debe al calor, porque no lo hace en absoluto, cae por el cogote de Santos, un escalofrío la acompaña, revolviendo todo su cuerpo y colocándolo en posición de alerta. El caso, con apenas unas líneas, se complica hasta lo insospechado. Frente Antimarxista. Grupos de ultraderecha. ¿Terrorismo? El detective traga saliva, cierra los ojos un instante y dobla la octavilla. Se la mete en un bolsillo de la chaqueta, cierra el cajón y se larga del piso cuanto antes. Hay cosas con las que es mejor no meterse, hay historias a las que es mejor no apuntarse. No es miedo lo que siente, es incertidumbre, es algo que se le escapa de las manos, de la mente, es una liga en la que nunca ha jugado, ni siquiera cuando era policía. Lo positivo del asunto es que no tiene por qué

hacer nada ahora mismo, de hecho, no tiene por qué hacer nada en ningún momento. Puede coger el folleto, hacer una bola con él y tirarlo a la primera papelería que encuentre. Pero por alguna maldita razón no va a hacerlo. No, porque si hiciera eso no sería él, estaría renegando de un código ético autoimpuesto, una forma de hacer las cosas, de ser, que le impide dejar algo a medias. Se dice de imbécil para arriba, sabe que se va a arrepentir y mucho, pero ya no podrá dejar de tirar de ese hilo, le lleve a donde le lleve.

Abandona la avenida de La Fama y vuelve al auto. Allí se para unos segundos para pensar en su próximo movimiento. Efectivamente, no es noche para ir por ahí molestando a la gente en busca de información de este grupo, de esos antimarxistas. Ya habrá tiempo para eso. Ahora hay un asunto más apremiante, un asunto postergado que precisa de una rápida solución. Esa cosa que le lleva rondando la cabeza durante todo el día. Debe ir a un sitio a finiquitar algo, un último lugar antes de volver a casa y, con suerte, llegar a tiempo para el postre, las caras largas de Concha y la bronca de la suegra. Pero eso dará igual si su conciencia está de una vez libre. Merecerá la pena si logra librarse del peso que lleva encima.

Arranca su 124 y vuelve al carril. Ahora apenas hay tráfico, apenas tampoco hay gente en las calles, un último rezagado, el borracho de turno, el vagabundo al que no le apetece ir a la casa de socorro... Poco más. Llega a la Gran Vía y aparca en doble fila. ¿Qué más da? Es Navidad. Su mano bucea en uno de los bolsillos de su pantalón y saca de él un llavero con dos llaves. Usa una en un portón y la otra, nueve pisos más arriba, previo paso por el ascensor, en la puerta de un apartamento. Nada más abrir obtiene un afectuoso recibimiento de parte de un chico de poco más de veinte años, alto y delgado, moreno, bien parecido, que viste vaqueros y holgada camisa blanca. El chico besa impulsivamente en los labios a Santos. El detective no le corresponde y da un pasito atrás, levanta las manos en signo de disculpa. No, hoy no ha venido para nada a eso.

—¿Qué tal? —el chico no puede reprimir una gran sonrisa—. Qué sorpresa, no me puedo creer que estés aquí hoy, esta noche.

Silencio. Santos no sabe cómo decir lo que va a decir. Lo quiere rápido, como arrancar una tirita. Ya se visualiza fuera de allí, con la tormenta pasada, el recuerdo escociendo y nada más.

—Pasa, pasa, no te quedes ahí —la sonrisa del muchacho es cada vez más amplia—. Llegas a tiempo, aún podemos compartir la cena...

—No he venido a cenar, Carlos.

—Vale, está bien. Pasa de todas formas.

Pero Santos no pasa de la zona del recibidor. Lo que le tiene que decir se lo puede decir ahí mismo, no va a esperar mucho más.

—He venido a hablar.

—Hablar, claro —Carlos asiente nervioso. Ya imagina por dónde van los tiros—. Mira, Santos, lo sé, y no es la primera vez que...

—Te aseguro que será la última.

—Vamos, deja el drama, ¿por qué dices eso? No podemos simplemente sentarnos y...

—No, Carlos. Ya no hay tiempo para eso. Ni para nada más entre nosotros.

Carlos niega y niega con la cabeza. Se mesa los cabellos, poco a poco se va poniendo más y más nervioso, y más rojo.

—Vamos a ver, no te entiendo, Santos, de verdad que no. ¿Por qué quieres tomar ese camino? ¿Por qué seguir mintiéndote?

—Sabías lo que había desde el principio. Nunca te prometí nada.

—Lo sé, pero..., pero lo nuestro es real, lo que ha ido creciendo entre nosotros es auténtico.

—¿Auténtico? —el tono de Santos sube—. Deja que te diga qué es auténtico: un hijo y una mujer embarazada. Eso es real.

—Pero tú no...

—¿Yo no qué? ¡No qué! No te atrevas a hablar de más, porque sé qué piensas. Y te equivocas —Santos levanta un dedo en señal de amenaza, pero se contiene, no le va a hacer nada, pero ese instinto no puede reprimirlo.

—Tú eres el que se está equivocando. Yo..., yo te quiero de verdad.

—Eso crees, pero no. Solo soy una fantasía, Carlos, la que te has montado en tu cabeza.

—¿De qué coño hablas? —Carlos también grita ahora—. ¿Fantasía? No puedes pretender que no hayan pasado cosas que han pasado. Por mucho que te empeñes no...

—Me tengo que ir —Santos le aparta la vista.

—¿Ah sí? ¿Ya está? ¿Te vas así? —Carlos le sigue, le agarra el brazo—. Tendrás los huevos de irte y dejarme así.

—Tengo una familia a la que atender —Santos se suelta, da la vuelta y coge puerta—. Si no lo entiendes, no es mi problema.

—¡No te vayas!

—Lo siento.

—Hijo de puta.

El detective aguanta el pomo de la puerta y lo aprieta con fuerza. Recuerda que el último que le llamó algo parecido necesitó varios puntos de sutura y unas cuantas sesiones de recuperación en el centro de salud. Pero éste no es aquel, la situación no se parece en nada, ahora es merecedor de cada palabra que salga de su boca, aunque nunca lo vaya a reconocer.

—Por favor, Santos, perdona, escúchame, solo escucha un minuto —el tono de Carlos es ahora suplicante, al igual que su rostro, sus lágrimas—. Perdóname, yo... —Santos se detiene justo bajo el umbral de la puerta, al menos le debe eso—. Sé lo que piensas, los prejuicios y todas las cosas que tenemos que aguantar. Mírame, lo sé muy bien, mejor que nadie. Pero no merezco esto.

—Lo siento, Carlos. No tengo más que decir.

—¡Desgraciado! Si cruzas esa puerta me voy directo a tu casa a decirle a tu mujer que...

Carlos no llega a terminar la frase. Una enorme mano apretando su tráquea se lo impide. Una fuerza invisible, avasalladora, irracional, arde dentro de Santos, una fuerza que no controla y que le hace apretar y apretar con más y más intensidad. El cuerpo de Carlos se levanta del suelo un palmo, su espalda golpea contra una de las paredes del pasillo de la entrada, sus ojos se vuelven más y más rojos. El aire no entra, el aire apenas sale. La mirada de Santos es negra e infinita como el infierno. La de Carlos horrorizada, desesperada. Es miedo. Ahí lo ve y entonces lo suelta. Hay muchas razones para hacerlo, elige una y lo suelta. Es incapaz de pensar, incapaz de ver, pero Santos lo suelta. La tensión por las nubes, una vena en el cuello a punto de estallar. Le habría matado allí mismo. Pero afortunadamente lo suelta.

—Si alguna vez te veo cerca de mi mujer o mis hijos, te mataré.

Carlos lo mira desde el suelo, tratando de recuperar el aliento, rezando porque ese animal salga de su casa cuanto antes. Ya no va a decir nada más, porque no puede y porque sería la mayor estupidez de su vida. Santos está ya en el rellano, pulsa el botón del ascensor y se medio gira hacia Carlos. Su mirada sigue en el suelo. Le dice que se acabó, le dice que lo acepte. Le dice adiós.

El sonido de un prolongado sollozo le acompaña cuando entra al

ascensor, su pecho ya está más calmado, su cabeza comienza a aclararse con cada piso que baja. Respira hondo. Ya está hecho. Ya se está arrepintiendo de la forma en que ha ocurrido, pero se ha acabado. La cosa, al fin, se ha acabado. Nunca le dirá que a él también le duele la situación, que él también sufre con la idea de no verlo nunca más. Pero esta es la única forma; solo quebrando su corazón puede sentirse libre. Solo partiendo su relación en mil pedazos puede retomar su vida, esa vida que anhela y que se supone que debe tener.

Ahora sí que las calles están vacías, el tráfico es casi inexistente. Santos conduce sin prisa, aun siendo consciente de que llega tardísimo a la cena, aun sabiendo que le esperan malas caras y alguna recriminación en casa. Pero no le concede importancia a eso, por primera vez en mucho tiempo vuelve a respirar tranquilo. Algo araña su corazón, pero ese algo tendrá que llevarlo dentro consigo un tiempo, un duelo por una historia a la que ha querido ponerle fin. Ha sido su decisión y está contento con ella.

Minutos después llega a su calle de Espinardo, aparca justo en la puerta de su edificio y sale a la noche. El relente comienza a posarse sobre las carrocerías y cristales de los coches, en algún lugar cercano alguien toca una zambomba mientras un irregular coro canta *La Marimorena*. Un aroma a leña quemada inunda sus fosas, trayéndole recuerdos y vivencias pretéritas. Es el aroma de la Navidad.

Santos abre el portón, sube las escaleras y se detiene un instante ante su puerta, ya lleva las llaves en la mano, ya puede oír a Concha hablándole cariñosamente al bebé, el cual responde en su inteligible y preciosa lengua. También oye a su suegra gritarle algo a la tele. Todo está en su sitio, todo es tal y como lo espera. Ahí está su hogar, su dulce hogar.

Al fin se decide a abrir, llegándole un intenso aroma a asado de cordero y cocido con pelotas. Por el camino que le lleva al salón deja llaves y chaqueta, va de la oscuridad a la luz. Las luces del Nacimiento están encendidas, así como un par de velas rojas sobre el armario de la televisión. Concha y su madre se giran para lanzar la esperada mirada reprobatoria que el detective sabe que se ha ganado a pulso. Sus platos están a medio, el suyo intacto, frío. Santos encaja bien las miraditas, va directo a Pedro, que juega en su parque con unos peluches y mordisquea una manta. Lo toma en brazos y le dice alguna

tontería. El bebé ríe y le da unos golpecitos con uno de los peluches que se ha llevado consigo. Se le engancha al cuello, Santos siente su calor, su necesidad de protección, su incondicional cariño. Si no fuese quien es y si no le estuvieran mirando quienes lo hacen, lloraría. Emocionado por dentro, revueltas las tripas, se decide al fin a hablar con los adultos.

—Lo sé. Se me ha hecho tarde.

—¿Tarde? ¿No me digas? —la que dice eso es su suegra, con una voz que chirría como una puerta vieja—. ¿Qué estabas, por ahí tomándotelas?

—No diga usted tonterías. Estaba trabajando.

—Trabajando en Nochebuena —la mujer niega con la cabeza—. Pues serás el único, majo.

—Alguien tiene que poner esa comida en la mesa.

—Anda, siéntate y no digas más *burrás*, que este caldo y estas pelotas me las he traído yo de mi casa. Será una miseria, pero con mi paguica me da *pa* alimentarme a mí y a unos cuantos.

Santos lanza un gruñido que debe significar algo así como *touché*, mientras el niño sigue jugando con el peluche y tirándole del cuello de la camisa.

—Date brío que ya casi estamos terminando —añade la suegra—. Por perderte, te has perdido hasta el mensaje del rey.

El detective la mira con gesto de me importa un carajo. Se pasa la mano por el bigotillo, le hace una carantoña al crío mientras Concha prosigue guardando silencio. Santos teme el momento en que se arranque a hablar.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha dicho? —pregunta Santos tratando de aliviar la situación, volviendo a dejar al bebé en su sitio y aproximándose a su silla en la mesa, justo al lado de Concha y frente a su suegra.

—¿Pues qué va a decir? Lo mismico de *tos* los años. Que si entrañables fiestas, que si orgullo de ser español, que si crisis y terrorismo...

—Ya... —responde Santos, aunque en realidad no ha escuchado una palabra de lo que le acaba de decir la suegra. Bastante tiene con lo que lleva encima, bastante tiene con buscar un furtivo y silencioso perdón de su esposa—. Qué se puede esperar.

La suegra sigue lanzando palabras al aire mientras Concha busca con la mirada a Santos. Clava sus ojos en los de él, haciéndole saber su estado de ánimo. Se acaricia la gran barriga, siente una buena contracción, cada vez son más fuertes, lleva así días. Los ojos de Santos piden misericordia, un

descanso, una tregua. Él mismo coge el cazo y se echa una de las pelotas de la suegra en su plato de asado frío, bañándola a continuación de espeso caldo amarillo. Por debajo de la mesa Concha busca y encuentra la mano de su esposo, la toma, la aprieta con fuerza y le pega un suave tirón, haciendo que Santos se acerque un poco más a ella. Entonces abre la boca y, susurrando, procurando ser oída solamente por quien le interesa. Le dice que como vuelva a hacer algo así no volverá a ver a su hijo nunca más. Ni a ella. Esa noche es sagrada, y si quiere pasar más con ellos tendrá que llevar cuidado de no llegar tarde nunca más. El detective siente un escalofrío, el mero hecho de pensar en la pérdida de su familia le hiela la sangre. Él ya no dice nada, asiente, carraspea y se da prisa por coger una cucharada del plato y llevárselo a la boca. Las manos siguen entrelazadas, a escondidas, bajo el mantel de las ocasiones especiales. En la caja tonta, Laura Valenzuela presenta la actuación de Conchita Márquez Piquer. Se oye un aplauso enlatado, la cena prosigue al fin. El crío juega, la mujer suspira, la suegra da su opinión sobre lo que va saliendo en pantalla. Santos se va sintiendo reconfortado por segundos. Todo está, al fin, como debe estar.

Capítulo 3

El golpe

Tres fueron los motivos que llevaron a Samuel Alonso a participar en el robo: lo hizo por curiosidad, lo hizo por deber, lo hizo por amor. Curiosidad de aquél que en su vida lo máximo que ha afanado es un paquete de galletas Príncipe del ultramarinos de la esquina de su calle cuando no era más que un mocoso; el deber adquirido en forma de contrato con unos clientes que le inspiraban respeto y familiaridad; por el amor ese de las películas de los años cuarenta, ese que, con solo una mirada, unas palabras después y un beso, uno se cree que va a ser para toda la vida.

Obviamente, no las tenía todas consigo cuando aceptó participar en el golpe. Primero porque no era éticamente correcto, aquello se estampaba de pleno con una serie de valores y reglas que habían regido su vida hasta ese momento. Se suponía que él estaba del lado de la autoridad, no de los delincuentes, se tenía por uno de los buenos, aunque en aquellos tiempos,

buenos y malos se confundían e intercambiaban los papeles tan a menudo que era difícil discernir lo que era lo uno y lo que era lo otro. Aun así, robar estaba mal, lo decían las leyes, se lo decía su madre en esos recuerdos de infancia que tan grabados a fuego tenía. Lo decían los libros religiosos, se lo decía el sentido común. Pero había allí una fuerza mayor que todo eso, un torrente invisible y avasallador que le empujaba a la sinrazón. Una de esas cosas que no se deben hacer pero que al final se hacen de todos modos, contra todo pronóstico, amparado en un enorme y auto complaciente no será para tanto.

La cuestión era más gorda, no quería quedarse a oscuras en un caso que, ya de por sí, era complicado de resolver; no quería quedarse a medias. Y definitivamente, no quería alejarse de Violeta, quería exprimir al máximo el tiempo que pudiera pasar a su lado. De él dependía si ese tiempo sería un rato, unos días o, quién lo podría adivinar, quizás más. Lo que tenía claro es que el primer paso para mantenerla a su lado era ganarse su confianza, hacerse digno de ella participando en su curioso intercambio de favores. Curioso por aquello de que su parte del trato era cometer un delito, mientras que la de ella era suministrar información, ser de ayuda en la búsqueda del reloj. El detective no dudaba de que ella podría ser un gran activo para dicha investigación, conocía el submundo criminal, tenía un estatus ahí dentro, un respeto ganado a base de favores y dedicación para una carrera que no se estudia en la Universidad. Sabía que con ella podría llegar hasta lugares donde a él no le dejarían ni acercarse, ni a él ni a la policía. Podría navegar entre las entrañas más podridas de la ciudad con algo así como un salvoconducto. Uno rubio cobrizo y precioso.

Cuando despertó, tardó unos segundos en ubicarse. No conocía esa cortina, ni esa cómoda, tampoco ese sillón lleno de cojines, ni esa cama en la que se encontraba. Ni siquiera a esa mujer que dormía a su lado. El sol incidía con fuerza sobre las sábanas, vaticinando otro caluroso día del cada vez más largo verano. Él llevaba la ropa del día anterior puesta, ella vestía un corto pijama rosa y blanco que dejaba al descubierto sus largas piernas y el dispositivo de seguimiento tobillero. Entonces comenzó a recordar, comenzó a rememorar lo que había sido una gran noche, una de las mejores de los últimos tiempos. Como una ráfaga disparada por una ametralladora, llegaron a su cabeza los tallarines a boloñesa que cenaron, la copita de vino para acompañarlos, el paseo por la arena con la luna al fondo y las estrellas como

testigos mudos. El beso. Recordó volver a la gran casa del paseo marítimo de Los Alcázares, hablar en el sofá, seguir hablando en la cama. Ambos hablaron del fallecimiento de sus padres, del accidente de coche que se llevó la vida del hermano de Samuel años atrás. Él le contó cosas de su ex mujer Laura, también cosas de la inspectora Mara Suárez, la última en acariciar su corazón. Ella le habló de lo que creyó que sería un gran amor y resultó no ser nada. Él le explicó por qué se hizo detective, ella por qué ladrona. Sorprendentemente, no había en su vida grandes traumas, ni abandonos, ni malos tratos ni infiernos personales. Se dedicó a ser ladrona porque así lo quiso. Alonso no sabía exactamente la hora que se les hizo, pero la madrugada estaba ya bien entrada cuando el sueño les venció sin apenas darse cuenta. Habían estado hablando y hablando sin parar; conociéndose a fondo, relatándose sus historias, sus placeres, sus risas, sus llantos, sus manías. Recordó haber sentido las dichas mariposas en el estómago. Rememoró ese beso.

—¿Qué, te has decidido ya?

La pregunta pilló a Samuel con la boca abierta y la mirada perdida en algún punto de la ventana.

—¿Eh? ¿Así es cómo tú das los buenos días? —Alonso parpadeó un par de veces seguidas, volvía al presente.

—Bueno, la verdad es que tengo un repertorio bastante amplio. Pero hoy me he decidido por esto —Violeta se incorporaba hacia el cabecero. Sonreía—. Creo que es lo más importante ahora mismo.

—Puede que sea lo más importante, pero no es lo ideal —dijo Alonso, separando la espalda del cabecero y quedando solamente sentado en su lado de la cama.

—Cuando el tiempo te empuja no hay lugar para el recreo, guapo.

—¿Qué significa eso?

—Que necesito una respuesta ya. Si estás dentro estás dentro, si no tendré que preparar otra estrategia. Ya te dije que quiero hacerlo lo más pronto posible. Y contigo es posible que sea un éxito.

—Ya, ya. Es que... No sé —Alonso miró a los grandes ojos verdes que tenía enfrente. No podía decirles que no—. Entiéndeme, soy nuevo en esto. No quisiera juzgarte, pero no es mi... estilo de vida.

—¿Estilo de vida? Por lo que me contaste anoche, tu vida no tiene ni estilo, ni rumbo, ni aliciente. Estás dormido, Samuel —Violeta se acercó al detective, de nuevo tomó su mano con suavidad—. Has dicho que no vas a

juzgarme, pero lo estás haciendo. Solo te ofrezco un trato justo. Eso y que confíes en mí.

Alonso iba a decir que no la conocía tanto como para eso, pero enseguida se reprimió. No quería pronunciar esas palabras, puede que solo hubiesen pasado una noche juntos, pero por alguna extraña y mágica razón sentía que la conocía de mucho más. De hecho, sentía que la conocía mucho mejor que otros que siempre habían estado cerca. Le había contado lo que era, lo que le había llevado a ser como era. Ahora era cuestión de aceptarla, de cerrar los ojos y tirarse a la piscina.

—Me hago cargo. Pero me gustaría estar seguro de que no voy a acabar en chirona, el trullo, el talego o como sea que lo llamen ahora.

—Vaya cosas dices —Violeta no pudo evitar reír—. No puedo asegurar ni que llegues a tu casa de una pieza. Igual te resbalas en la ducha... Ya sabes. Lo que sí te puedo asegurar es que no hay nadie en el mundo con menos ganas que yo de volver a la cárcel. Si haces lo que te diga cuando te lo diga, todo irá bien.

—Ya, suena de lujo —Alonso se rascó la cabeza—. Solo que yo suelo ser esa clase de tío que tiene problemas con las cosas que le mandan...

—¿Ah sí? —Violeta arqueó las cejas—. ¿Eres una especie de rebelde o algo así?

—Más bien un palomita suelta, no me siento cómodo trabajando en equipo.

—Estupendo porque, como te expliqué, tu parte la realizas tú solo. Además, no hay riesgo, será como entrar y salir. Tú no te llevarás nada.

—Pero vamos a ver —Samuel se puso de pie, trató en vano de alisarse con las palmas de las manos el pelo arrugado—. ¿Por qué estás tan segura, si acepto a participar en esto, de que esa mujer a la que quieres dar el palo me va a dejar entrar en su casa?

—Porque le vas a gustar.

—Venga ya, no soy lo que se dice un *latin lover*, precisamente.

—Mejor, eso la espantaría. Eres un hombre joven, pero no un crío, eres atractivo, inteligente, ingenioso —con cada palabra que escuchaba Alonso se iba poniendo más rojo—. Conozco a esa mujer, sé cómo funciona su cabeza. Lo único que tienes que hacer es llamarla por teléfono, darle tus credenciales... Tienes carné de detective privado, ¿no?

—Sí, aunque si te digo la verdad, no sé dónde para ahora mismo... —

respondió Alonso, que no podía evitar cierto pesimismo.

—Bueno, entonces le dices que estás en una investigación importante sobre unos cuadros robados, que trabajas codo con codo con la policía y bla, bla, bla. Ella dudará al principio. Te pedirá un número de contacto y te dirá que luego te llama —Violeta seguía acomodada en la cama, hablaba tan rápido que empezaba a faltarla el resuello—. Entonces colgará, te investigará y te verá. Verá tus fotos en la prensa, leerá tus grandes éxitos, el serbio, la dama sangrienta... Y te volverá a llamar para concertar una cita.

—No me dijiste por qué la conoces tan bien... —inquirió Alonso, muy, muy interesado.

—Bueno, hace tiempo, mucho tiempo, trabajamos juntas.

—¡Venga ya! —el detective dio una sonora palmada—. ¿Estás de broma? ¿También es una ladrona de guante blanco?

—Algo así, sí.

—¿Y una ladrona me va a dejar entrar a su casa para hablar de Van Gogh? —la cara de Alonso era todo un poema—. ¿Por qué?

—Porque es una narcisista —respondió Violeta con calma—. Créeme, la conozco muy bien. En cuanto le digas que necesitas su experta opinión para resolver el caso, que te han dicho que nadie conoce tan bien el mundo del arte como ella, no podrá resistirse. Aunque no será necesario hablar de Van Gogh.

—Vale, ¿y cómo se supone que sé yo eso?

—Porque eres un investigador competente, y a poco que preguntases en dos sitios saldría su nombre. Sabrías que prácticamente fundó un imperio de la nada.

—¿Y qué paso con ese imperio?

—Cuando se sintió más acosada por la policía, se retiró.

—¿Así sin más?

Violeta no respondió, en su lugar abrió las manos y puso cara de signo de interrogación.

—Ya te he contado más de lo que debería. Ten en cuenta que aún no me has dicho que sí. Sé justo, ahora mismo nada te impediría salir por esa puerta, avisar a la policía y fastidiarme el trabajo.

—¿Y qué les iba a decir? ¿Que una embarazada con antecedentes por hurto me dijo que robara en la casa de una antigua colega suya? Me iban a mandar un poco a la mierda.

—Está bien. Volvamos al principio —Violeta se puso cuidadosamente en

pie metiendo los pies en sus chanclas de dedo—. Si dices que sí te contaré todo lo que necesitas saber para hacer el trabajo. Si dices que no nos iremos a tomar un café y después, probablemente, tendrás que irte.

Alonso tragó saliva, ese era el momento crucial que determinaría todo lo que estaba por venir. Una respuesta monosilábica. Sí o no.

—¿Te has decidido ya?

El detective cerró los ojos y, en uno de esos instantes que parecen horas, quedó meditabundo viendo escenas de su pasado pasar como si se proyectasen en un viejo cine. Ahí estaba su padre, ex policía y detective privado, su madre, ferviente católica, mujer de bien y orden que no pudo verle crecer, su abuela, ¿qué pensaría su abuela si supiera que su nieto andaba metido en esos berenjenales? Probablemente sería lo último que le pasaría a la mujer, un último pesar que la llevaría directa a la tumba. ¿Y qué hay de Laura, su ex mujer? A Alonso ya no le importaba demasiado, habían perdido hacía mucho el contacto, pero siempre es preferible pensar que alguien que ha sido importante en tu vida te recuerda con cariño y que mantiene una visión más o menos positiva de ti a que sepa que eres un delincuente, que te han caído tantos años por robo y que eres un desgraciado más que ha sucumbido en las golosas redes del crimen. Se acordó entonces de su sobrino Luis, un adolescente que años atrás le idolatraba, ¿qué ejemplo sería para el chaval tener a su tito entre rejas? Eso le atormentaba y mucho al bueno de Samuel, pero lo cierto es que no lo estaba enfocando bien. Estaba poniéndose en la piel de los otros, tomando su decisión en función de esos otros, unos muertos y enterrados hacía mucho, otros a los que ya apenas veía y cuya incidencia en su vida era prácticamente nula porque así lo había elegido él. Ahora más que nunca debía seguir haciendo lo que había estado haciendo hasta ese momento: mirar por sí mismo, decidir en función de sus propios intereses, de lo que le dictase el corazón. Nunca había sido muy bueno tomando decisiones, y aquella vez no iba a ser distinta. Tendría que vivir con lo que de allí saliese. No había otra.

—Vale, sí. Me apunto.

Esas cuatro palabras significaban que estaba en el barco, que para bien o para mal, aceptaba las condiciones de Violeta. Esas cuatro palabras significaban que cerraba los ojos y saltaba al vacío, confiado en llevar enganchado el arnés. Esas cuatro simples palabras significaban que, para bien o para mal, era suyo.

Una vez dirimido lo importante, fueron a tomar ese café, granizado; después siguieron charlando de otras cosas que nada tenían que ver con robos ni con mansiones y sus dueñas. Alonso trataba de evitar el tema, aún no quería centrarse en eso. Violeta sabía que no era el momento, que éste llegaría pronto, y que era mejor relajarse y pasar un rato agradable antes de entrar en faena. Hacía un calor tan horrible que lo único que pedía el cuerpo era bebida. Beber, beber y beber. Para seguir sudando y volver a beber. Como buen domingo de agosto, no había un alfiler en Los Alcázares. La gente se agolpaba en la arena, atestaba el paseo marítimo, inundaba las calles más céntricas tomándose sus tapas y sus helados.

Violeta llevó a Alonso al restaurante El Patio, donde comieron carne a la brasa, volvieron a la casa y durmieron la siesta como si fuesen una pareja que llevara años juntos. De hecho, como si fuesen simplemente una pareja, cosa que los hechos decían, pero no las palabras. Al despertar, Samuel dijo que tenía que irse, y era cierto, porque si no, se hubiese quedado allí indefinidamente sin dudarlo. Debía volver a Murcia para, como diría su madre, hacer unos mandados. Violeta también le dijo que tenía cosas que hacer, llamadas pendientes y gente a la que ver. Todo le sonó a Alonso muy a película de Scorsese. La despedida fue un «luego te llamo», por parte de Violeta, seguido de un «ok» por parte del detective. La mirada sostenida, la sonrisa dibujada en los labios. Querían volverse a ver.

Alonso cogió carretera y manta y se puso en poco más de cuarenta minutos en la capital murciana. Su jefe era un buen tío. De hecho, era tan buen tío que hasta aceptó recibirle un domingo por la tarde de improviso. Roberto, que así se llamaba uno de los mandamases de la Empresa de Trabajo Temporal Terra, era un hombre alto y con barriguilla, poco pelo y buena barba, de gustos sencillos, costumbres mundanas. No gustaba de viajar, odiaba las playas en fin de semana, la montaña tampoco era lo suyo. Los críos y la mujer se bañaban en la piscina esos días mientras él, tranquilo, visionaba películas del Oeste acostado en su sofá y con el aire acondicionado a tope. Él también estaba de vacaciones.

—No es por hacerte la rosca, pero esta casa es preciosa —dijo Alonso cuando entró al amplio y blanco salón.

—Gracias, hombre. Hay que procurar tener un buen sitio ya que la casa de

uno es donde más tiempo se pasa, ¿no?

—Ya te digo —respondió Alonso, que pensaba que no todos tenían esas prioridades. Algunos, como él, vivían en un cuchitril que ni siquiera era una casa propiamente dicha.

—Bueno, siéntate —ambos lo hicieron casi a la vez—. ¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza?

—No, no, gracias, Roberto. No quiero abusar, bastante es que hayas accedido a verme hoy.

—Para eso estamos —el tipo sonrió, se mesó la barba—. Aunque quisiera a ti no te puedo decir que no, mi familia te debe mucho.

—Olvida eso, solo hacía mí trabajo. Espero que el chaval esté mejor.

—Sí, sí que lo está. La clínica le ayudó mucho, y además ha madurado. Juanito es otro.

Alonso había sido contratado un año atrás para investigar las misteriosas desapariciones de Juanito, un chaval de dieciséis años que solía esfumarse una vez al mes y permanecer dos o tres días en paradero desconocido. Después volvía hecho una calamidad. Tras seguirle la pista, Alonso descubrió que el chico era una mula, que una vez cada tres o cuatro semanas cruzaba a Marruecos para traer droga en su interior. Droga que ayudaba a distribuir y que, por supuesto, también consumía. Una vez enterados, Roberto y su familia tomaron cartas en el asunto y enviaron a Juanito a una clínica de desintoxicación de Toledo. Por todo ello, Roberto sentía que tenía una deuda con el detective.

—Va, Samuel, cuéntame —Roberto echó una miradita a la televisión, tenía en pausa la película Grupo Salvaje—. ¿Qué te ha traído por aquí?

—Sí, bueno —el detective se rascó el cogote—. Me da vergüenza pedirte lo que te voy a pedir, pero es que lo necesito de verdad.

—La orden, Samuel, me estás intrigando.

—Lo siento, es solo que he vuelto a aceptar un caso.

Los ojos de Roberto se abrieron de par en par.

—¿En serio? Vaya, yo creí que ya no querías dedicarte a eso.

—Y yo, yo también lo creía —Alonso se rascó la cabeza compulsivamente—. Pero esto es distinto. Es una cosa... familiar. ¿Sabes lo que te digo? —Roberto asintió—. No podía decir que no. No a esta gente.

—Vale, entiendo. Y, ¿qué necesitas? —Roberto juntó sus manos tipo rezo—. Lo que esté en mi mano...

—Se me acaban las vacaciones el martes y no sé, pero estoy casi seguro de que no habré resuelto el caso para entonces.

—Necesitas unos días más —acertó Roberto.

—Sí. Sé que es una jodienda y que te descuadrará la cosa y tendrás que fastidiar a otro, pero al menos necesito esta semana que entra entera para tratar de resolver este caso que te digo. Si no fuese imperativo no te lo pediría, sabes que te estoy muy agradecido por todo.

—Claro, claro, lo sé. No te preocupes, Samuel. Tú, tranquilo. Si tienes que tomarte algunos días más, tómatelos.

—¿De verdad? —Alonso puso cara de estar chupando un limón—. ¿No te fastidio mucho?

—Para nada, hombre, además esta época está floja la cosa en el campo, ya lo sabes — Roberto, comprensivo, asintió y sonrió—. Sin problema, ya ajustaremos cuentas, ¿eh?

Alonso se puso de pie y aproximó su mano estirada hacia Roberto, este hizo lo propio, se las estrecharon con ganas.

—Muchísimas gracias, Roberto. Dale saludos de mi parte a tu mujer y los niños —desde allí los oía gritar y chapotear—. No te molesto más, dale al *play* que esa *pele* es cojonuda.

—¿La has visto?

—Claro, es buenísima. Los *protas* son los malos. Como para olvidarla...

—Cuídate, Samuel.

—Lo mismo digo. Te llamaré esta semana. Gracias.

Roberto acompañó a Samuel hasta la puerta y le despidió con un gesto que pareció militar. No era cariño lo que le tenía a ese tipo que abandonaba despacio su casa y se internaba en un viejo vehículo rojo con matrícula de Murcia. Tampoco era admiración, el tipo cumplía, pero no daba el cien por cien en el trabajo pues más bien parecía un espectro. Era mucho agradecimiento lo que sentía por él, pero sobre todo era pena. Sentía pena por ese muchacho tan brillante y tan perdido. Durante los treinta segundos que tardó en entrar al coche, bajar las ventanillas, arrancar y largarse, Roberto no hizo más que desear que todo le fuera bien, que al fin encontrase lo que andaba buscando y que tuviera las agallas para ser él mismo, con todas las consecuencias.

Alonso se percató de que su jefe aún seguía en la puerta y se despidió con un leve toque de claxon. Conduciendo por calles desiertas en las que el

horizonte bailaba y se derretía como si caminara por el más extenso desierto, Alonso llegó su piso-despacho para darse una ducha, tomarse un par de Fantas bien frías, recostarse en su sofá y pensar en Violeta.

No fue hasta la noche que recibió la llamada que tanto llevaba esperando. Llamada que traía una sorpresa doble. La primera era que Violeta se encontraba en Murcia, en su piso de Juan Carlos I, lo cual produjo un agradable cosquilleo en el estómago del detective. La segunda sorpresa fue que el trabajo de la mansión lo harían al día siguiente, cosa que produjo un vuelco en la cavidad intestinal de Alonso. Tenían que hablar, y hacerlo cara a cara.

No tardó mucho en presentarse allí. El piso, en realidad un ático, era una auténtica pasada. Al menos doscientos metros cuadrados, suelo de parquet, cristaleras por todos lados, un salón abierto, una amplia terraza con dos piscinas, una grande y con forma de L, con sus chorros y cascada, la pequeña, rectangular, que daba al dormitorio principal, una suerte de enorme bañera de hidromasaje.

—Esto debió de costarte un riñón —aseguró Alonso, quien notaba que la lujosa terraza en la que se encontraba no era para nada como la de su edificio.

—Tampoco tanto, recuerda que la cosa bajó bastante —Violeta se encontraba en uno de los tres sofás blancos de exterior, bajo una pérgola que, evidentemente, no estaba echada. El agua que caía de la cascada artificial de la piscina llenaba de paz aquel lugar—. Poco más de medio millón de euros.

—Nada, una bagatela —Alonso se crujió el cuello.

—Vamos, cierra la boca y siéntate —dijo mientras daba palmaditas al asiento que tenía al lado—. Tengo que contarte todos los pormenores.

—Te has movido rápido, ¿eh?

—Tienes prisa, ¿no? Por lo que yo sé, el reloj ese que buscas puede estar ya en la China. Cuanto más tiempo pase, más probabilidades hay de que haya volado bien lejos.

—*Touché* —respondió Alonso mientras tomaba asiento, aquello era más cómodo aún de lo que esperaba, las luces de las estrellas se fundían con las de la ciudad al horizonte.

—La señora a la que vas a visitar mañana se llama Eloína Morales —a su lado tenía una tablet que acercó al detective—. Ten, échale un vistazo.

—Uhm, parece que gasta bastante clase la señora Eloína —comentó tras pasar varias fotos con el índice. En las imágenes se podía ver a una mujer que no aparentaba más de cincuenta, cabello caoba recién salido de la peluquería, gafas de sol de Dolce & Gabbana y un elegante vestido dos piezas de vaya usted a saber qué firma—. Cuanto pijerío.

—No te lo puedes ni imaginar. Sigue pasando.

—Ajá. Y ésta es la choza —convino Alonso al ver un enorme chalé con un enorme patio, una enorme cancela de acero franqueada por, también, unos enormes muros—. Parece que está a buen recaudo esta mujer.

—Es una de las casas más seguras de la ciudad, no solo por lo que ves, sino, sobre todo, por lo que no se ve.

—¿Cámaras y demás parafernalia?

—Las cámaras son lo de menos. Lo peor es el sistema de seguridad que protege la casa. Te diría el nombre, pero seguro que para ti esto debe sonarte a mandarín.

—Se dice a chino —corrigió Alonso divertido, aunque por dentro era un mar de nervios—. Y sí, es muy probable que sea así.

—El caso es que se trata de uno de esos sistemas que es casi imposible circunvenir, podría hacerse, pero sería muy arriesgado.

—Circunvenir. Otra palabra para agregar a mi diccionario.

—Qué gracioso —pero Violeta no se reía—. Lo más seguro en estos casos, si no se quiere fallar, y créeme, no queremos, es usar un inhibidor de frecuencia. En concreto, éste —del bolsillo de su pantalón de chándal sacó un pequeño dispositivo parecido a un *pendrive*—. Con esto no hay alarma que valga.

—¿Puedo? —preguntó el detective, un segundo después tenía el pequeño aparato en sus manos—. Déjame adivinar, esto es lo que tengo que meter en la casa para que se anulen las señales de la alarma.

—Muy bien, progresas adecuadamente.

—Gracias, siempre he sido un poco empollón —Alonso miraba el dispositivo, fruncía el ceño—. Una pregunta: ¿esto no podrías enviárselo a la tipa esta por correo? Quiero decir, lo metes en un sobre, lo pones a su dirección, el cartero o el mensajero lo lleva, ella lo abre, cree que es un *pen* de esos de publicidad y hala, inhibidor dentro de la casa. No me necesitarías.

—Echa un vistazo alrededor, ¿crees que me podría haber comprado este ático si no supiera bien lo que hago? —Violeta dejó al silencio actuar unos

segundos, Alonso, increíblemente, no dijo nada—. Si hiciera eso que dices el paquete no saldría de correos. Ni de ninguna empresa de mensajería. Este aparato no pasaría el escáner de seguridad. Es algo así como un arma.

—¿Un arma? —de pronto Alonso dio un brinco y devolvió el dispositivo a Violeta, la cual rio con ganas—. ¿Esta mierda explota?

—No seas tonto. Es un dispositivo militar que deja rastro, era usado por cierto ejército para anular los aparatos electrónicos en zonas de guerra. Por supuesto, era usado para entrar en lugares de máxima seguridad.

—Entiendo. Otra cosa que cuesta un ojo de la cara.

—Además de verdad. Por eso deberás ser muy cuidadoso con él y colocarlo en un lugar del que ella jamás sospeche. Debe de ser cerca de la entrada, como mucho a dos metros del cuadro de alarma. Si no, no funcionará. ¿Me sigues?

—Sí, señora —Alonso tenía cada vez más calor, y no era solo por la temperatura ambiente—. Entro, disimulo, y coloco el objeto.

—Eso es —Violeta se atusó el pelo—. ¿Te parece muy difícil?

—Bueno, depende de la maña que me dé llegado el momento. También de los nervios, de la dichosa Eloína y del hecho de que en mi cabeza todo el rato estará saltando una jodida alarma.

—Lo harás bien, es más sencillo de lo que crees.

En ese momento, Samuel sintió la cálida palma de la mano de Violeta en una de sus mejillas. Una caricia suave, cariñosa y cómplice. Sus cuerpos se acercaron, después lo hicieron sus labios. Un ardiente sello entre ambos que ponía todo en su sitio, que hacía ver las cosas con otra perspectiva, con mayor ligereza. Él ya no sabía si se lo estaba camelando porque le venía bien para el golpe, o que era verdad que entre ambos había saltado una chispa. Alonso quería creer ciegamente en lo segundo, también en que ella correspondería su acción y le ayudaría a encontrar el viejo reloj de Ulises.

—Todavía no me has dicho concretamente qué es lo que vas a robar allí —dijo Alonso mirándola a los ojos, demandando una respuesta que se estaba haciendo de rogar.

—Arte. Eloína tiene una fabulosa colección de pinturas valorada en tanto dinero que tardarías toda una vida en contarlo.

—Así que me quieres para meter un aparatito en una casa para que podáis entrar después sin hacer saltar las alarmas y robar un par de Picassos.

—Algo así.

—¿Cuándo lo haríais?

Violeta miró a Samuel, aquel tipo no se conformaba con lo que le contaban, siempre quería más.

—Después.

Samuel asintió con insistencia, se estaba convenciendo de que aquello era factible. De hecho, lo era, y el delito que iba a cometer no parecía tan horrible como podía pensarse. Iba a introducir un aparato, iban a robarle a una ladrona rica. En ese momento vino a la mente del detective el clásico refrán: quién roba a un ladrón, tiene cien años de perdón. Quizás cien años no bastasen, pero no era mala cifra. Si lo pensaba bien, veía hasta algo del karma, el universo restituyéndose a sí mismo, equilibrando, quitando lo que a su vez le habían quitado a otros. Desde luego no era el peor escenario posible, aunque tampoco era uno como para saltar de alegría. Si todo salía bien, y todo debía salir bien, la cosa acabaría en unas horas, se sentiría libre al fin de la carga delictiva y podría seguir con su investigación... Seguir buscando una antigualla que, en el mejor de los casos, siempre y cuando diera con ella, volvería ser guardada en un cajón para el resto de la eternidad.

—¿Te quedas? —preguntó Violeta

Y se quedó. Y siguieron hablando del golpe. Y cenaron. Y bebieron. Y siguieron charlando sobre lo humano y lo divino hasta que la madrugada les envolvió en su pasmoso silencio, sorprendiéndolos acurrucados el uno junto al otro sobre el bonito sofá de exterior.

La mañana llegó como había esperar. La mañana de un día que se antojaba crucial. Crucial y raro, pues Alonso iba a tachar una de esas cosas que nunca se le habría ocurrido poner en una lista de cosas por hacer. A primera hora realizó la llamada de marras usando un móvil que Violeta, pendiente de cada palabra posterior gracias al manos libres, había dicho que era seguro. Eloína era una persona que hablaba muy fino, quizás demasiado, con un tono altivo con el que pretendía dejar claro que estaba convencida de que era mejor que el resto de la humanidad. Como Violeta había predicho, no le fue muy complicado concertar una cita con ella. Tras la correspondiente identificación por parte del detective, vino la consabida historia inventada de un nuevo y desconcertante ladrón de obras de arte. A Eloína se la notó pronto interesada en el tema, sobre todo cuando Alonso pronunció las palabras mágicas:

«necesitamos de su experto asesoramiento». Tal y como dijo Violeta que haría, instó a Alonso a que esperase a que consultara su agenda, éste le dijo que le gustaría verla cuanto antes, que era un asunto urgente que requería la mayor celeridad, y ella colgó tras una frase cortés en la que prometía devolverle la llamada. Al rato cumplió su promesa, cuando ya había tenido tiempo de informarse sobre Samuel. Había picado el anzuelo, le recibiría a eso de las seis y media.

Al colgar, detective y ladrona se quedaron mirando durante un instante, ese en el que no hacen falta las palabras, pues todo está ya más que hablado y *requetehablado*, ese en el que ya son conscientes de que ya no hay vuelta atrás.

Alonso sabía su papel de memoria y aun así lo estuvo ensayando gran parte de la mañana, entre café y café, entre nervios e inseguridades. Violeta tuvo que salir a media mañana, tenía que ultimar la operación con el resto de su equipo, frase que produjo en el detective un escalofrío. Le dijo a Samuel que se quedara en el piso hasta que ella volviera, pero éste declinó la oferta argumentando que debía volver al suyo a ducharse, afeitarse y plancharse el traje de las ocasiones, el negro que le quedaba como un guante. Aquél con el que con una vez le dijeron que parecía un agente del FBI.

Eloína Morales tenía el chalé al final de la larga avenida de Los Jerónimos, muy pasada la UCAM. Una parcela enorme, rodeada de altos árboles, protegida por unos muros que apenas dejaban ver la forma del techo desde el exterior. A menor escala, pero parecía una de esas casas que las estrellas de Hollywood tienen en Beverly Hills.

Las primorosas puertas de reja se abrieron automáticamente para que Alonso, que había dejado su Opel Kadett cien metros más atrás siguiendo las indicaciones de Violeta, entrara. Apenas recorrió unos metros sobre gravilla hasta posicionarse frente a la majestuosa entrada. Dos columnas hacían de centinelas de una enorme puerta blanca con detalles dorados. No hizo falta llamar a ese timbre, pues en seguida se abrió la puerta y se recortó en el umbral la silueta de la elegante y ceremoniosa Eloína. Vestía un elegante vestido de manga corta y falda por las rodillas, sandalias con cuña, pelo suelto, bastante maquillaje para disimular los escarnios de la edad. Le miró de arriba abajo con descaro mientras Alonso subía los tres escalones que llevaban hasta ella.

—Bonito traje, pero será mejor que pase cuanto antes. Debemos estar a

cuarenta grados.

—Sí, gracias, de todas formas, creo que ha sido un acierto por mi parte no ponerme corbata.

—No puedo decir que me alegre por ello... —terció ella con tono juguetón.

—Los ladrones deberían robar solo en invierno, así me vería con el kit completo.

Eloína asintió conforme y se retiró con un estiloso ademán del hueco de la puerta, permitiendo a Samuel la entrada en la casa. Nada más poner un pie en el interior el detective se dio cuenta de que solo el recibidor era casi tan grande como todo su piso-despacho. El blanco dominaba en paredes y muebles, había lugar incluso para un silloncito con una bonita tapicería y una mesita redonda con un jarrón y una flor roja. Delante, a la izquierda tenía las escaleras que llevaban al piso superior. A la derecha, un par de columnas cilíndricas (a la señora le iban las columnas) hacían de arco de entrada hacia la zona de salón. Justo antes, frente a ese rinconcito de bienvenida florida, Samuel se percató de un estrecho mueble con un par de cajones en cuya cúspide se encontraba la escultura de un pajarraco, una especie de halcón, y encima del mismo, la caja de alarma llamada Securnova. Por supuesto, el aire acondicionado estaba puesto, dotando al lugar de una agradable temperatura que contrastaba con el bochorno del exterior. Eloína acompañó la acción de cerrar la puerta con un fugaz vistazo de la parte trasera de Alonso. Esbozo una sonrisa como dándole un ok.

—Cuando me dijo su nombre por teléfono me sonó —dijo la señora, tras seguir los pasos de Alonso, que se hallaba quieto frente a la entradilla de las columnas—. Luego he podido comprobar de qué: he visto en la prensa y en varias páginas webs lo que hizo el año pasado, el caso de la asesina en serie aquella, lo del niño... Un trabajo impresionante, le felicito.

—No fue para tanto, yo era un mero asesor de la policía, pero se lo agradezco mucho. Y, por favor, tutéeme, apenas acabo de salir del cascarón.

—Está bien, lo mismo te pido. No me gusta para nada esa rigidez del usted esto, usted aquello. Además, tampoco nos llevamos tantos años...

Alonso respondió con un leve asentimiento de cabeza y una pícaro medio sonrisa. Estaba empezando a desplegar su innato encanto en gotitas de a poco. Enseguida supo que no le iba a costar mucho hacerlo, le gustaba todo lo que veía ahí dentro.

—Pasa, por favor —indicó Eloína hacia el salón más allá de las columnas con un ademán—. Ponte cómodo.

El amplio salón era definitivamente un lugar decorado con buen gusto. No era para nada excesivo, tampoco daba la sensación de faltar nada. Todo en su sitio, un equilibrio de tonos pastel, alguna pincelada de color gracias a unos cuadros con garabatos que Alonso no podía comprender pero que probablemente costarían un ojo de la cara, un tresillo y un sillón a juego, tapicerías elegantes con brillantes tachuelas y una mesa de cristal sobre la cual descansaban un par de bandejas con jarras y vasos llenos.

—¿Quieres tomar algo? Eso de ahí es granizado de limón, y aquel de café —dijo señalando con el dedo—. Como no sabía cuál preferirías, te he preparado ambos.

—Vaya, gracias, no tenía..., no tenías que haberte molestado. Yo salgo barato, con un vaso de agua fría habría bastado.

Ambos sonrieron, aunque por dentro el detective estaba maldiciendo un poco por el exceso de detalle de su anfitriona. Con todo eso ahí iba a ser más complicado hacer que Eloína le dejara solo unos minutos para colocar el dichoso aparato que llevaba en el bolsillo del pantalón. Afortunadamente, tenía algún que otro as en la manga.

—Supongo que te lo dirán mucho. Pero este lugar es increíble.

—Sí que me lo dicen, pero admito que también me gusta mucho oírlo.

—Bueno, es un halago justo.

—Y bien recibido —Eloína se acomodó en el sillón, cruzando a continuación las piernas—. Más si viene de un hombre tan elegante y con buen gusto como tú.

—Bueno, te lo agradezco, pero recuerda que el hábito no hace al monje —dijo mientras se sentaba en el tresillo de enfrente y se ajustaba uno de los gemelos al más puro estilo James Bond.

—Mm, ¿y qué quiere decir eso?

—Más allá de estos trapos finos, lo cierto es que soy un tipo bastante... elemental.

—Elemental. Me gusta esa palabra. Brindemos por eso —Eloína tomó uno de los vasos de granizado de limón. Alonso se quedó un momento parado, pero después hizo lo propio con uno de café.

—¿Se puede brindar con esto? —inquirió Alonso haciendo alusión a la evidente falta de licor.

—No es muy glamuroso, pero es lo que mejor va en un día como éste — dijo con una sonrisa impostada—. ¡Por las personas elementales!

Brindaron y bebieron un pequeño pero refrescante trago. Alonso se podría haber tirado toda la tarde tonteando y hablando de sí mismo, pero pensó que ya era hora de hacer a lo que había ido a hacer. En teoría iba en nombre de la autoridad, de un caso súper importante y súper prioritario, y tampoco debía levantar sospechas dejándolo demasiado de lado. Tras un leve carraspeo, comenzó a relatar el cuento que tan bien se había aprendido.

—Como empecé a decirte por teléfono, quería hablar contigo a causa de una oleada de robos de obras de arte que han venido ocurriendo en la zona de Levante desde hace unas semanas —mentía con bastante naturalidad, pensó que quizás debió dedicarse al cine o al teatro—. La familia que me ha contratado, la cual prefiere permanecer en el anonimato, quiere lo que es suyo a toda costa y, hablando con la policía, apareció pronto tu nombre como experta en estas lides.

—¿Experta en robar?

—Experta en el arte de robar arte —dijo Alonso, quedándose tan pancho—. Métodos, mercado, distribución... Según me han dicho, eres poco menos que una leyenda en este mundillo.

—Bueno, me sonrojas... Pero ya hace años de eso. Ahora, como supongo que sabrás, estoy retirada. Ya pagué mi deuda con la justicia, como se suele decir... —Eloína hizo un alto, señaló con las manos a las paredes—. Todo lo que ves, y lo que no ves, ha sido adquirido de forma legal.

—Claro, entiendo. Únicamente estoy aquí para que me digas lo que sepas sobre estas obras de arte —Alonso introdujo una de sus manos en un bolsillo de la chaqueta y sacó un móvil—. Estamos algo perdidos, quizás tú puedas arrojarnos un poco de luz...

El detective se inclinó y acercó el móvil a Eloína, que lo cogió con suavidad, no sin antes rozar sus dedos con los del detective, y comenzó a pasar tranquilamente las imágenes de la galería que Violeta le había enviado a Alonso. Se trataba de colecciones menores, arte contemporáneo en su totalidad, que la propia Violeta y su grupo habían robado meses atrás. Colecciones menores pero que significaban réditos de unos cuantos ceros si se movían en la dirección correcta.

—Vale, reconozco estas obras. La mayoría son de Vassé, un belga que últimamente está de moda. Podemos estar hablando de varias decenas de miles

de euros.

—Eso dicen sus dueños legítimos.

—¿Y qué dice la policía? —se interesó Eloína, devolviendo el móvil a Alonso y, de paso, haciendo que sus manos se rozaran intencionalmente.

—Hablan del mercado americano —eso dijo Violeta que dijera—. Que allí es donde mayor cantidad le sacarían. Pero la investigación no ha dado resultados. Aún.

Eloína rio de buena gana.

—Ni los dará. Desde luego que estáis perdidos. Permíteme que te diga que sois unos aficionados.

—Por eso estoy aquí, Eloína. La policía sabría que no los recibirías, por eso me dijeron que probase yo.

—Por una vez tuvieron buena idea —expresó Eloína, la cual le ponía ojos tiernos al detective.

—Estoy de acuerdo —Alonso se incorporó ligeramente del asiento, le siguió el juego—. Ayúdame y te deberé una.

—¿Y qué podrías darme tú que yo quisiera?

—Bueno, no sé, ahí tendrás que tirar de imaginación.

Había llegado pronto al momento deseado, ese en el que el flirteo daba un paso adelante y las miradas, los gestos y el coqueteo sin disimulo comenzaban su baile.

—Asia.

—¿Cómo dices? —preguntó Alonso.

—Estáis mirando en la dirección opuesta. Esas obras, si no están ya allí, irán camino de algún importante país asiático.

—Uhm, interesante.

—Desde luego que lo es.

—¿Te gusta ese tal Vassel? —esta pregunta también venía en el guion—. ¿Tienes alguna obra suya?

—No está mal —Eloína descruzó y volvió a cruzar las piernas, esta vez en el otro sentido—. Pero mis gustos son más... clásicos.

Alonso sonrió, marcó un par de hoyuelos, fijó su mirada en ella para después pasearla por las obras que decoraban las paredes del majestuoso salón.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —planteó el detective, volviendo sus ojos a ella.

—Claro, me encantan las preguntas personales.

—Lo suponía, no pareces una persona a la que le guste ocultar las cosas.

—Ya no, aunque toda mujer debe tener sus secretos...

—Por supuesto. Y por ahí va mi pregunta... —Alonso hizo una pausa, dejó la intriga en el aire—. De todas las cosas que has... poseído, cuadros, esculturas, joyas... ¿Cuál dirías que fue tu favorita?

A la mujer le encantó aquella pregunta. Y Violeta sabía que aquella pregunta le encantaría. Por supuesto. Había dos cosas que Eloína amaba por encima de todas las cosas. La primera era ella misma, la segunda se la iba a descubrir Alonso en unos segundos.

—Fue, es y será —respondió Eloína, haciéndose la interesante—. Si me das un minuto, te la mostraré.

Samuel asintió y se levantó de forma cortés al ver que Eloína lo hacía primero. Ella indicó con el índice de su derecha hacia arriba, y acto seguido se dirigió hacia las escaleras casi susurrando un «espérame aquí». Alonso la siguió con la mirada y escuchó con atención cada pisada de cada escalón que llevó a Eloína al piso de arriba, probablemente a su dormitorio. Ese era el momento que había propiciado, no tendría más de un minuto, minuto y medio para sacar el inhibidor de frecuencias de su bolsillo y colocarlo en algún lugar cercano a la entrada. Con sumo cuidado, prácticamente de puntillas, y poniendo toda su atención en los sonidos que provenían del piso de arriba, Alonso se dirigió a la entrada de la casa y observó detenidamente los elementos que allí tenía. Una mesita, un florero pequeño, un mueble y una figura. Esa debía ser la respuesta. Dio un pasito y contempló el gran halcón que tenía frente a él. Iba a posar sus manazas sobre él cuando recordó las advertencias de Violeta: no tocar más que lo imprescindible. El pájaro parecía hecho de mármol o alguna roca tallada. Quizá estaba fabricado con el material con el que se hacen los sueños, pensó divertido recordando una famosa película de Humphrey Bogart. A continuación, sacó el pañuelo que decoraba el bolsillo del pecho de su chaqueta y, con cierto esfuerzo dado el peso de la escultura, logró mover un poquito el pájaro. Lo justo para colocar detrás el dispositivo, entre halcón y pared. Cuando volvió a dejar al pétreo animal tal como estaba, se cercioró de que ese aparatito era imposible de encontrar sin mover la escultura.

Con el deber cumplido volvió al sofá, justo se sentaba cuando comenzó oír los crujidos de la escalera. No tardó en llegar ni un suspiro. Esta vez

Eloína se sentó en el mismo sofá, a su lado, regalándole un intenso aroma a perfume recién puesto. En su expresión se podía leer que estaba más feliz que una perdiz, una niña con su juguete preferido. En sus manos portaba una elegante cajita blanca con ribetes plateados.

—¿Ahí está? —preguntó Alonso señalando a la cajita.

—Aquí está. ¿Preparado?

—Por supuesto.

Eloína, muy ceremoniosa ella, abrió la cajita. Al clic le sucedió un destello que hizo a Alonso entrecerrar levemente los ojos. De pronto ahí estaba la cosa, el objeto del deseo de Eloína. Una gran piedra roja rodeada de brillantes engarzada a un anillo de oro blanco que brillaba como una mañana de verano.

—Bonita sortija —expresó Alonso quien, apenas terminar la frase, notó el gesto contrariado de Eloína.

—¿Sortija? ¿Tú estás viendo esta maravilla?

Y lo cierto es que lo era, fijo que era la joya más llamativa y opulenta que Samuel había visto en toda su vida. La cuestión es que, para él, una persona poco o nada aficionada a las joyas, lo mismo le daba un diamante que un guijarro, aquello no le impresionaba lo más mínimo, aunque debía fingir que sí.

—No te vas a creer a quién perteneció...

—Sorpréndeme.

—¿Qué me dirías si te dijera que este anillo era de Liz Taylor?

—¿No? ¿Liz... Liz Taylor? ¿*Cleopatra, La gata sobre el tejado de zinc*? ¿Esa Liz Taylor?

—Esa. Veo que controlas el séptimo arte...

—Me gusta mucho, y Elizabeth Taylor es una de las grandes estrellas de todos los tiempos... Quizás la más grande —exageró todo lo que pudo—. No me lo puedo creer.

—Pues créelo, este anillo de rubí y diamantes fue un regalo que le hizo Richard Burton en la Navidad de 1968 —a Eloína, a pesar de haberlo visto un millón de veces, se le salían los ojos de las órbitas—. Magnífico, ¿verdad?

—Vaya que sí. ¿Quieres decirme que tú... esto...? ¿Cómo diantre lo hiciste?

—¿Qué? No, hombre, no. Qué cosas tienes. Lo compré en una subasta en Nueva York.

Samuel silbó. Tanto la joya como la historia eran bastante llamativas, pero lo cierto es que a Samuel Alonso poco le impresionaban esos marujeos de famosos, tampoco era muy fetichista ni adorador del lujo. Disfrutaba del cine, pero no le importaba nada la vida de los que participaban en él. Para Alonso, todas las personas valían lo mismo, la exposición en una pantalla grande no te hacía más digno ni mejor, y mucho menos te hacía merecedor de pagar una millonada por un objeto ya de por sí caro, pero que por el mero hecho de pertenecer a quien pertenecía habría visto multiplicado su precio por diez. Con la verdad en la mano habría dicho que le parecía una estupidez, pero nada de verdad había aquella tarde, en aquella casa.

—Esto es... es... —Alonso miraba al anillo y miraba a Eloína. Anillo. Eloína. Anillo. Eloína—. Una inesperada maravilla.

La última palabra vino acompañada de un estruendo seco y potente que les hizo sobresaltar. En menos de lo que tardaron en girar sus cuellos hacia la zona de donde provenía el ruido, la entrada, cuatro personas con pasamontañas y ropas negras se habían personado en el salón. Uno llevaba un ariete de acero, otro solo portaba sus manos enguantadas, mientras los otros dos empuñaban sendas armas de fuego. Un revólver negro y una semiautomática plateada. Alonso las reconoció en seguida. Nacho y Clara. Nacho y Clara y sus pistolitas otra vez. Tragó saliva, intentó contener a los demonios que se precipitaban por su garganta. Un giro inesperado, una sorpresa mayúscula. Estaba pasando.

—Al que se levante le pego un tiro —dijo el del revólver apuntando hacia Eloína y Samuel.

—Tranquilo, capullo de mier...

—¡Silencio! —cortó a Alonso una voz femenina que salía distorsionada por un pasamontañas que dejaba al descubierto unos conocidos ojos verdes—. Esto no va contigo.

—Entonces, déjame salir de aquí —replicó el detective, sus ojos parecían la boquilla de un soplete.

—Si no cierras la boca, te la agujereo —el tipo del revólver, ese tal Nacho, estaba cada vez más cerca, el cañón de su arma apuntaba directo a la cabeza de Alonso.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Eloína la cual, bien por obediencia, bien porque el miedo la tenía paralizada, no se movió ni un centímetro de su posición.

—Adivina. —De nuevo la voz de mujer. La de la semiautomática se había posicionado justo detrás del sofá donde Samuel y Eloína se encontraban sentados, acrecentando con ello la tensión que ya de por sí sufrían.

—Está bien. Está bien —Eloína levantó las manos al aire—. Llevaos lo que queráis, ¿ves esos cuadros? Cogedlos. Valen mucho. Arriba, en la segunda habitación a la izquierda hay una caja fuerte con las llaves puestas. Debe de haber unos veinte mil en metálico, también joyas. Cogedlas. Cogedlo todo, pero por favor, no me hagáis daño.

—Sabes muy bien cómo se hace, ¿eh? —dijo de nuevo la que llevaba la voz cantante. Mientras, la persona del ariete permanecía unos pasos atrás, en segundo plano. Alonso la miraba de reojo, sin dejar de vigilar a los dos que, de nuevo, apuntaban sus armas hacia él y Eloína—. Crees que controlas la situación, como siempre.

—No entiendo. ¿No habéis venido a por mis cosas? ¿Dinero? ¿Joyas? Pues lleváoslo todo y largaos de aquí —aunque intentaba sonar firme, la voz de Eloína temblaba—. No estoy oponiendo resistencia.

—¿Es que no reconoces mi voz, Elo? ¿Ya te has olvidado de tu antiguo equipo?

Sin mayor dilación, Violeta se sacó el pasamontañas de la cabeza, encontrándose con un rostro furibundo, el de Samuel, y con otro desencajado por la sorpresa, el de Eloína. Clara y Nacho permanecían embozados y apuntando con sus armas a los del sofá.

—¡Tú! —Eloína no podía tener los ojos más abiertos.

—¿No me esperabas, Elo? —Violeta se acercó al sofá, estaba ya apenas a un metro—. No eres tan lista como creía.

Eloína se iba a poner de pie, pero fue frenada por un empujón del tipo del revólver que la devolvió al sofá, al lado del detective que se encontraba atento a cada movimiento, expectante por el desarrollo de acontecimientos. Sintióse traicionado. Sufriendo como un condenado.

—Te recomiendo que no te muevas de ahí —le dijo con dureza—. No es necesario para que escuches lo que he venido a decirte.

—Pues entonces di lo que tengas que decir y lárgate rápido. Será lo mejor... —pidió Elo a Violeta en tono amenazante.

—¿O qué? ¿Llamarás a tus amigos policías? ¿Eh? ¿Nos colgarás otra vez todos los muertos? ¿Eh? ¿Harás eso? —Violeta hizo una pausa, se notaba que se estaba desahogando con cada palabra pronunciada—. No, no lo creo. Esta

vez no.

—Qué mala memoria tienes, Viole... ¿Ya has olvidado que te acogí cuando no eras más que una niña sin futuro? Yo fui tu maestra, tu mentora, todo lo que tienes te lo di yo, ¡yo! ¿Y ahora me vienes con estas? Eres una desagradecida.

—¿Desagradecida? —la mirada de Violeta se tornó virulenta—. Maldita zorra. ¿De qué vale todo eso si luego me tiras a los leones? Me he pasado tres años dentro. ¡Tres!

—Tres comparado con lo que te podría haber caído no es nada, créeme. Yo hice todo lo que pude por ti.

—¡Y una mierda! No hace falta que te molestes en escenificar una comedia, Elo, ya conozco toda la verdad. Me mentiste, me utilizaste como cabeza de turco. A mí y al resto del equipo.

—¿Y qué queríais que hiciera? —a pesar del aire acondicionado, Eloína ya comenzaba a sudar—. ¿Eh? Alguien tenía que pagar, el delito se paga, todos los que nos metemos en este negocio sabemos de sobra que hay riesgos.

—Para todos menos para ti, ¿no? Chivata, confidente —Violeta escupió con rabia sobre Eloína, Alonso quedó atónito—. Sé muy bien que llegaste a un trato con esos policías. Tú les diste nombres, lugares, mercancía, y tú quedaste libre.

—Eso no es así, yo...

—¡No se te ocurra volver a interrumpirme! Una señal mía y este tío te mete un tiro en la rótula —Violeta señaló a Nacho, quien asintió. Alonso iba cada vez hundiéndose más y más en su asiento—. A mí me cayeron tres, pero hubo otros a los que jodiste más. Te las arreglaste bien, pero ahora lo vas a pagar caro.

En ese instante se hizo el silencio, apenas se oía respirar. La tensión hacía latir las paredes de aquella ostentosa casa, transformando la atmósfera, la realidad, en algo así como un sueño del que era difícil escapar. Los personajes parecían figuras en un tablero de ajedrez, nadie se movía, todos mantenían su posición aguardando al próximo y pensado movimiento. Samuel ya hacía rato que había unido todas las piezas en su mente. Le habían utilizado, pero no para cometer un robo. Aquello no era un golpe a la antigua ni nueva usanza, aquello era otra cosa. Una mucho peor, oscura y peligrosa. No podía adivinar la próxima jugada, solo deseaba estar ya lejos de allí, que todo acabase de una buena vez y no verse salpicado. Los nervios lo devoraban. El tiempo se

eternizaba.

—Pepe —Violeta miró atrás—. Toda tuya.

Pepe, que era el tipo que portaba el ariete, dejó el pesado objeto en el suelo y se desembozó el pasamontañas, dejando al descubierto un rostro orondo, castigado por los años pero más por el trabajo y una vida dura. Un tipo de más de medio siglo cuyos ojos reflejaban una emoción que no podía controlar.

—¿Te acuerdas de Gabi? —preguntó Violeta, que no esperaba respuesta, era obvio que Eloína lo conocía—. Supongo que por ser el más joven, el que tenía menos experiencia, el que menos conocías, era también el más fácil de fastidiar —mientras Violeta hablaba Pepe avanzaba a paso lento pero firme. Samuel ya solo tenía ojos para él—. Gracias a tu testimonio le cayeron diez años. Diez. ¿Sabes? Hay gente que es incapaz de sobrevivir en la cárcel, por mucho que lo intente. El primer año lo pasó regular. El segundo fue peor. El tercero insoportable. El año pasado consiguió cortarse las venas con un trozo de cristal —Pepe se paró justo frente al sofá, al lado del tipo del revólver. Alonso sintió como su corazón se encogía, Eloína ya apenas balbuceaba de puro terror—. Su madre, tras conocer la noticia, se tomó un bote entero de pastillas antes de acostarse. Ya no se levantó —Pepe se echó la mano la espalda y cogió un enorme cuchillo—. Este hombre, como ya habrás imaginado, es el padre de Gabi.

—No..., no..., no —Eloína levantaba las manos en signo de rendición, sus ojos se encontraban encharcados, su piel blanca como la leche. Se empezó a orinar encima—. No, por favor, no puedes...

—Yo no voy a hacer nada, Elo. Lo que quiera que pase ahora depende de este hombre —Violeta le buscó con la mirada, pero el hombre solo podía mirar a Eloína—. Tú, levanta, nos vamos.

Ese «tú» era Samuel Alonso, el espectador de lujo, el convidado de piedra. Despacio, tambaleándose, Alonso logró ponerse en pie, paseando su mirada por toda la estancia, por todos y cada uno de los personajes de aquella inesperada obra. Agarró el vaso del que había bebido granizado y se lo llevó con él hacia la entrada. Antes de irse dedicó una última mirada a Eloína, una mirada neutra que nada expresaba. Ni sentir, ni pena, ni agrado. No iba con él aquel asunto, le parecía que esa mujer merecía lo que le fuese a pasar, pero la escena era tan violenta que no pudo evitar sentir el corazón en un puño. Una vez alejados del salón, Violeta preguntó a Alonso por la situación del

inhibidor. Éste señaló hacia el pájaro de piedra. Tras dar con él abandonaron la vivienda con paso lento pero firme.

Dejaron atrás el patio delantero, traspasaron la majestuosa reja. Alonso ya no podía más. Se paró en seco y enfrentó a Violeta.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Alonso mientras se quitaba la chaqueta y dejaba a la vista sendos surcos de sudor que recorrían su camisa desde las axilas hasta casi la cintura—. ¿Estás loca?

—Lo siento —fue lo que dijo Violeta mientras echaba un rápido vistazo atrás y delante, no había nadie allí—. Créeme que lo siento.

—Debiste decírmelo. Eso... eso que ha pasado ahí dentro no está bien. Es... ¡es una locura!

—No podía arriesgarme a contártelo, entiéndeme.

—Me has utilizado, me has mentido. Lo que ha pasado ahí dentro no es un robo, eso es mucho peor, joder. ¿Qué le va a pasar a esa desgraciada? ¿Eh? ¿La van a rajar en canal?

—Ni lo sé ni quiero saberlo. Puede que nos enteremos, puede que no. Nosotros hemos ayudado a Pepe a llegar hasta aquí, la línea la debe cruzar él solito. Ahora es cosa suya y solamente suya.

—No me lo puedo creer —Alonso se llevaba las manos a la cabeza, se mordía el labio. Se sentía fuera de sí—. Esto es demasiado... ¡Dijiste que confiara en ti!

—Lo sé, y te repito que lo siento —Violeta le miraba con aprecio y arrepentimiento—. Llevaba mucho tiempo esperando este día, y tú lo has hecho posible.

—El día de tu venganza.

—El día en que se ha hecho justicia. ¿Es que no lo ves?

Samuel no las tenía para nada consigo, podía ver cómo era esa Eloína, también podía ver en su mente a ese hombre con ese gigantesco cuchillo. Inevitablemente llegó a su mente el recuerdo de una brumosa noche londinense, una cabina roja flotando en la oscuridad, ese momento tiempo atrás en el que él mismo se saltó el procedimiento y se tomó la justicia por su mano para que el malo pagara. Conocía esa sensación, la angustia, esa punzante frustración de quien sabe que el sistema, a veces, es injusto. Pero no podía volver a aquello, se juró una y mil veces que no volvería a pasar por un trago así a no ser que fuese del todo inevitable. Pero ahí estaba él, en medio de una historia que ni le iba ni le venía, pero de la que ya formaba parte, que

había posibilitado sin saberlo.

Aquello era demasiado, sí. Violeta arrancó a andar y Alonso la siguió sumido en sus pensamientos hasta el coche. El detective abrió la puerta del Opel Kadett y lanzó al asiento trasero la chaqueta y el vaso con restos de granizado, que se hizo añicos contra una de las puertas. Se sentó lleno de rabia en el asiento del piloto y Violeta hizo lo propio, de manera más sosegada, en el del copiloto. El sol le había pegado bien, era casi como entrar en un horno.

—¿Y ahora qué? —Alonso sudaba de lo lindo—. ¿Corremos un tupido velo y hacemos como esto nunca ha ocurrido?

—Ojalá fuese tan fácil... Simplemente seguiremos adelante.

—¿Seguiremos adelante? ¿Cómo se hace eso?

—Nos centraremos en otra cosa. Iremos a lo tuyo —Violeta se echó el pelo para atrás con ambas manos, era fuerte, decidida, pero en sus ojos se podía leer que la escena que acababan de vivir le había afectado emocionalmente. Era su venganza, su justa atribución, pero había dejado huella en su interior. Lo siguiente lo dijo acariciando su barriga, bien disimulada con la ropa negra—. He hecho algunas llamadas. He apretado a un par de contactos. Mañana temprano iremos a ver qué hay.

—¿Iremos? ¿Juntos? —dijo Alonso, extrañado y dolido—. Ahora mismo no estoy seguro de querer ir contigo a ningún sitio...

—Lo sé, pero aún me necesitas para encontrar ese reloj. Si todavía lo deseas, puedo ayudarte a entrar en sitios donde no entra ni la policía.

Samuel Alonso sintió grillos retrelando por su espalda.

—Puedo ayudarte a entrar en las casas baratas.

Alonso respiró hondo y cerró los ojos. No podía evitar la sensación de salir de Guatemala para meterse en *Guatepeor*. También cerró los puños, pensó en otras cosas, en otros tiempos, tratando de relajar su respiración. La tarde más extraña del mundo no tenía pinta de mejorar. El sol caía en el horizonte, la gente comenzaba a salir a la calle. La vida seguía su curso, ajena, como es normal, a las acciones y miserias de la mayoría. Alonso lanzó una nueva mirada a Violeta, que fue correspondida con un imperativo vámonos de aquí. El detective introdujo la llave en el contacto y arrancó. Pronto quedaría atrás esa calle, esas casas, esos recuerdos. Un secreto compartido del que jamás supo la resolución. Nunca preguntó si Pepe usó o no ese cuchillo. Nunca más volvió a saber de él ni de Eloína. Nada apareció en los periódicos, ningún informativo abrió con ninguna noticia relacionada con ella. Su destino,

su final, si es que fue eso lo que encontró, nunca le fue revelado. No era asunto suyo. Con el tiempo hizo como que aquello nunca había pasado. Como con Londres, empujó el momento a lo más profundo de su ser, lo encerró en la caja fuerte de los secretos, el escondite de la infamia. Se consoló pensando que, al fin y al cabo, él solo había sido un peón, una pieza en un juego del que ni era protagonista ni tenía poder ni derecho de decisión. La historia de Eloína murió para Alonso en ese coche, en ese silencioso y doloroso trayecto que le devolvió de nuevo a su realidad.

Capítulo 4

Frente Antimarxista

25 de diciembre de 1980

Aparte de la familia y allegados, nadie está para nadie el día de Navidad. Santos lo sabe bien, por eso aparca sus ansias de seguir con el caso de Ulises Carpe y espera. Veinticuatro horas no son nada, se dice, ya algunas menos. El día avanza inexorable, lo que pasa es que apenas soporta estar encerrado en casa ni un minuto más. Se ha tragado el concierto de Navidad de no sé qué orquesta alemana y el musical de John Denver y *Los Teleñecos* que echaron por televisión. Ya ha comido todo lo que debería haber comido para una semana. Ha bebido casi media botella de vino, no se ha fumado un puro porque odia el tabaco. Mientras su mujer e hijo descansan, y aprovechando que su suegra les ha dado una tregua yéndose a felicitarle la Navidad a sus vecinas, Santos se tumba en el sofá y mira al techo. Solo espera que el tiempo pase rápido, que llegue a su fin un día en el que la mayoría del mundo dice ser

feliz pero que a él no le supone más que un estorbo. Es un día perdido en lo que a sus obsesiones se refiere. Y su principal obsesión ahora es dar con Ulises.

No le vendría mal una mano de pintura. Al techo, claro. Tampoco vendría mal mudarse, piensa, a una casa mejor, una más grande, más nueva, una en las que las tuberías no tengan vida propia. De los pensamientos acerca de la casa pasa a los del caso. Le da muchas vueltas al asunto, pero sabe lo que hay. Apenas tiene nada sólido, solo una media historia de amor, un folleto de propaganda fascista, una caja de cerillas de una conocida discoteca y un nombre: Pili. Insuficiente para encontrar a Ulises, suficiente para poder seguir intentándolo. Tendrá que ser mañana, hoy solo hay calor de hogar, luces parpadeando y buenos deseos.

Se levanta y va hacia la mesa de la cocina con la intención de echarse otro vasito de vino cuando se le ocurre a dónde puede ir. Detiene su avance y desanda unos metros, se dirige ahora al dormitorio, el remanso de paz donde Concha y Pedro duermen casi abrazados. Los contempla un instante, bella estampa, todo está bien. Todo está como se supone que ha de estar. Coge la chaqueta de coderas, se la pone y se dirige a la entrada de la casa. Allí, junto a la puerta, siempre hay un cenicero lleno de llaves, un bolígrafo bic y un pequeño bloc. Pasa hasta una hoja en blanco y escribe: «Me voy al despacho. Vuelvo enseguida».

Deja la nota pillada en una esquina por el cenicero, coge puerta y se va..., pero no al despacho.

El coche está helado. Cuando consigue arrancarlo se frota las manos y sale adelante. Siente un leve mareo que se va disipando con el aire fresco que acaricia su cara a través de la ventanilla. Al principio conduce por conducir. Está dando un deliberado rodeo, no las tiene todas consigo. Quiere, pero no quiere. Le importa y a la vez le da igual. Muy raro todo. Da vueltas sin sentido por las semi desérticas calles. Ha elegido un buen día para conducir, es prácticamente el amo de la carretera, la gente aún sigue en la alargada sobremesa de turrón, alfajores y mantecados. Y cafés, anís, cava, sidra y whisky. Se para en un semáforo, cuando se pone verde sigue parado. Mira al horizonte, sin ver nada, se masa el bigote, ensimismado, no sabe por qué le cuesta tanto decidirse.

De un volantazo cambia el sentido y se dirige raudo hacia el lugar que no sabía si quería o no quería visitar. No anda lejos, en menos de cinco minutos

se encuentra frente al edificio adosado a la iglesia, lugar también conocido como la casa del cura. Paredes blancas, portón de reja. Llama al timbre y, al minuto, la puerta se abre. Detrás de la misma hay un hombre mayor, muy mayor, que debe superar con amplitud los ochenta. Pelazo blanco, ojos grandes, grandes bolsas bajo ellos y espesa barba blanca. Viste de negro con *clergyman* al cuello. Al principio le cuesta reconocer al tipo que ha llamado a su puerta. La última vez que lo vio tenía el pelo negro, no llevaba bigote. Sus ojos eran también distintos.

—¿Santos? —Santos asiente serio—. No me lo puedo creer... —dice asombrado el cura—. Loado sea Dios. ¿Cuánto hace que no te veía? ¿Catorce, quince años?

—Algo así, Horacio —responde Santos con sequedad—. Cuando te fuiste a vivir tu aventura en Colombia.

—¿Aventura? Bueno, es una forma de decirlo —el sacerdote se mesa la barba—. Yo más bien diría: mi misión.

—Ya, una misión comunista en el otro lado del mundo. No sé cómo no te detuvo Franco por rojo cuando volviste.

—Ni rojo, ni verde, ni *morao* —responde Horacio, sacando carácter—. Aquello era labor humanitaria, ¿sabes lo qué es eso? Yo luchaba por la igualdad, la justicia, porque esa pobre gente tuviera un plato que llevarse a la boca.

—Claro... ¿Lo conseguiste?

—Pues se hizo mucho, aunque no lo creas, o no te interese saberlo. No todo es como sale en las noticias, Santos, no todos son unos locos con armas viviendo en la selva.

—No digo que lo sean ni que lo dejen de ser... Digo que no era cosa tuya.

—Algo tenía que hacer. Hay dos clases de personas en este mundo, Santos. Los que ven algo y creen que pueden ayudar y ayudan, y los que ven ese algo, pero se dan la vuelta y lo ignoran.

—Como tú me ignoraste a mí.

Tras aquellas frases se hace el silencio, un silencio incómodo y frío, en una calle solitaria y húmeda por la que corren ecos de murmullo, jolgorio y villancicos. También resentimiento y culpa.

—Eso es injusto, Santos, yo...

—Tú eras un padre para mí, Horacio. Fuiste más padre que mi propio padre y lo sabes. Pero te largaste.

—No digas eso, él...

—A él solo le interesaba su trabajo. Los hijos para sus madres, eso es lo que siempre decía... —Santos baja la mirada, siempre le causa dolor hablar de su padre—. Lo tengo grabado.

—Pero...

—Pero nada, tú llenaste ese vacío durante muchos años. Eras la única persona a la que podía acudir, la única en la que confiaba... —Santos se para un momento, traga saliva—. Hasta que te largaste a tu condenada selva.

El padre Horacio se queda un instante mirando a Santos, trata de escudriñarlo, de ver más allá de la carne. Ira, eso era lo que ve en su mirada, una fiereza mayor de la que ya de por sí solía gastar el ex policía. Algo pasa en su vida, algo no va bien. El mero hecho de que esté ahí parado en su puerta tras tantos años es por algo, dice mucho, no podía haber ido solo a echarle en cara cosas que pasaron más de una década atrás.

—¿Por qué no pasas, Santos? —pregunta el cura, echándose amablemente a un lado y dejando hueco para pasar—. Vamos, por favor, hablemos dentro.

El detective vacila, se queda en la puerta inquieto, resopla.

—Siento mucho que pienses que te abandoné. Pero tenía que irme —los cansados ojos de Horacio claman perdón—. Tenía que hacerlo. Además, ya no eras ningún crío... El Señor me reclamó allí, ¿entiendes? Por favor, Santos. Te conozco, sé que no estás bien. Entra. Entra y cuéntame lo que quieras. Sea lo que sea que te pasa, tiene solución.

Al fin Santos concede. Se mesa el bigote nervioso, mira al suelo y emprende la entrada a la casa. El interior es austero, frío, paredes viejas, gotelé gris, algún crucifijo, algún cirio encendido. Un estrecho pasillo da a una pequeña sala algo más acogedora. Horacio le indica a Santos que tome asiento en una de las dos butacas que se encuentran dispuestas frente a la mesita de la televisión. Encima de la tele hay un pequeño Nacimiento, sobre el mismo un calendario con la imagen de la Virgen con casi todos los días de diciembre tachados.

—¿Te apetece un café? Acabo de hacer una cafetera... —ofrece Horacio su particular pipa de la paz.

—Está bien.

El cura desaparece de la estancia por la puerta de la cocina. Desde la salita Santos oye cómo coge unas tazas y vierte líquido en ellas. En aquel lugar, con ese aroma, los recuerdos llegan al detective en cascada; muchos

ratos pasó allí, en su juventud, en sus años de monaguillo. Del colegio a la parroquia, de la parroquia a casa. Ese era su día a día, su rutina. Se levantaba con su madre, lo llevaba al colegio, después a la parroquia, hasta que lo recogía por la tarde-noche para hacerle la cena y arroparlo para dormir. A su padre podría pasar días sin verlo, siempre en su despacho, siempre con trabajo, siempre con algún cliente al que supuestamente debía visitar. Horacio le acogió, le dio consejos cuando Santos los pidió, se convirtió en alguien de confianza, alguien con el que se podía contar. Incluso iba al colegio a hablar con el director cuando Santos armaba alguna, o simplemente cuando querían felicitarlo por sus buenas notas. Era la persona que estaba ahí.

En esas está Santos cuando aparece Horacio con las dos tazas y un azucarero. Santos coge una mientras el cura toma asiento frente a él. El detective da un sonoro sorbo. Le sienta de maravilla. Nota que Horacio sonrío.

—Me hace muy feliz verte aquí, hijo. En tu sitio, como si el tiempo no hubiese pasado...

—Pero ha pasado.

—Lo sé, lo sé —Horacio deja la taza en una mesita auxiliar que hay al lado de su sillón—. No hay más que echarnos un vistazo. Me vas a perdonar que te lo diga, pero no tienes muy buena cara, Santos.

—Tan suspicaz como siempre, padre.

—Sé que algo te aflige, hijo, lo vas proyectando por todas partes —de nuevo se rasca la densa barba—. Sé también que no has venido a hacerme una visita de cortesía, aunque te agradezco mucho que te hayas acordado de mí en un día tan señalado...

—El día es lo de menos, Horacio. Yo... —Santos siente como las palabras se le quedan en la garganta—. Creí que podrías ayudarme, darme consejo como hacías antes.

—Habla, hijo, por Dios. No tengas miedo de las palabras. Necesitas desahogarte, contarme tus penas. Siempre he sido bueno escuchándolas, ¿no?

—Estoy aquí porque no sé muy bien cómo hacer... —Santos hace otra pausa, le cuesta un mundo explicarse—. Estoy viviendo un momento... Estoy algo perdido, padre.

—Perdido.

—Eso es. Yo... las palabras sabes que no son lo mío.

—Inténtalo, Santos, todos tenemos nuestra forma de comunicar lo que sentimos.

—Ese es el problema. No estoy seguro de saber qué siento y qué no siento —dio un sorbo largo de su café y dejó la taza en la mesita—. ¿Sabes que me casé?

—¡Claro!, con Conchita Hernández, una muy buena mujer. A veces viene por aquí a misa, aunque ahora que lo pienso hace mucho tiempo que no la veo.

—Sí. Pues tenemos un crío. Y, bueno, hay otro en camino.

—¡Eso es maravilloso, hombre! —Horacio se alegra de verdad, se le nota en la cara, su expresión cambia por completo—. Has sido bendecido con una hermosa familia, no sabes cuánto me alegro. ¿Cuál es tu problema entonces?

—La cosa es que no estoy mucho con ellos, y cuando estoy me quiero ir. No sé —Santos niega con la cabeza—. Tengo algo dentro que no está bien, padre. Yo... necesito buscar otras cosas fuera, no sé si me entiendes, pero en el fondo...

—En el fondo sabes que lo que quieres es a tu familia —termina Horacio con la frase.

—¡Exacto! —el rostro de Santos tiembla—. Estoy intentando reconducirme, pero ¿por qué es tan difícil?

—Porque todo lo es, hijo. No hay nada fácil en esta vida.

—No debería ser así.

—Ya, pero lo es —el cura se incorpora de su asiento—. Mira, a veces hacemos cosas que se escapan de nuestra lógica, cosas que nunca pensaríamos que haríamos. Pero las hacemos. Nos arrepentimos nada más hacerlas, pero volvemos a caer una y otra vez. Así somos las personas, tú no eres especial, Santos. Solo eres uno más, como todos.

—Como todos, no —Santos niega, se ve a sí mismo agarrando por el cuello a Carlos, el miedo a la muerte en sus ojos—. Créeme, Horacio. Como todos, no.

—Bueno, supongo que hay mejores y peores, pero todos somos hijos de Dios. Todos podemos ser perdonados si lo deseamos de verdad —Horacio se queda callado unos segundos, se mesa la barbilla—. Aguarda aquí. Tengo una cosa que enseñarte.

Horacio desaparece de la sala durante un par de minutos. Santos nota cómo sube unas escaleras hacia el piso de arriba y oye cómo arrastra un pesado mueble por el suelo. Después silencio, otro par de ruidos, y de nuevo pisadas en los escalones. Cuando al fin Horacio aparece en la sala Santos no puede evitar dar un leve respingo en su asiento. Abre los ojos todo lo que

puede, le mira a la cara y luego a la cosa que tiene entre manos. Frunce el ceño y pregunta alarmado.

—¿Qué demonios es eso?

—Tú que has sido policía lo sabrás, digo yo. Es un AK-47 —responde el sacerdote con tranquilidad, portando el fusil como si tal cosa—. Un instrumento peligroso, muy peligroso.

—¿Puedo?

Santos se pone de pie y avanza hasta Horacio el cual, con cuidado, le presta el famoso fusil de asalto soviético. Una joya dentro del mundo de las armas, probablemente el fusil más producido y usado de la historia. El detective lo toma con ambas manos, lo gira, comprueba su peso, examina sus partes, el cañón, el gatillo, el cargador, vacío, de baquelita, el pistolete y la culata de madera envejecida... Sin duda, esa arma ha sido usada, sin duda, si pudiera hablar, contaría horribles historias de muerte y desolación.

—¿Te trajiste esto de...? —comienza a preguntar Santos.

—Sí.

Santos silba.

—¿Cómo pudiste meterlo en el país?

—Bueno, no fue tan complicado —admite el cura—. Traje un arcón lleno de cosas. Ropas, recuerdos, incluso comida de allá... Esto iba despiezado y escondido en el fondo. No suelen registrar demasiado a un cura.

—Ya veo —Santos sigue contemplándolo con cierto asombro—. Ahora tengo que preguntarte por qué.

—Fue un regalo —contesta el cura con una sonrisa y brillo en los ojos.

—Menudo regalito.

—Bueno, lo acepté por lo que significa. Lo guardo porque me hace recordar justo lo que te quería decir: que un hombre, incluso el peor, puede cambiar si se lo propone.

—Uhm. Tú... ¿lo usaste? —pregunta Santos a la par que le devuelve el fusil a su dueño.

—¿Yo? No, no. ¡Dios bendito! —Horacio niega con todas las partes de su cuerpo—. Jamás he empuñado uno, de hecho, no estoy seguro de saber ni cómo cargarlo...

—Claro que sí. Debiste verlo muchas veces allá, como tú dices.

—No te creas, como te he dicho, mi labor era bien distinta. Yo ayudaba a todo lo relativo a mejorar las condiciones de vida y espiritualidad de algunas

aldeas. Son muy pobres, apenas tienen alimento para pasar el día, sin servicios de ningún tipo, date cuenta, cabañas en medio de la selva.

—Pero están en guerra.

—Sí, por desgracia la guerra está presente en el día a día, es una cosa más a la que se han acostumbrado. A la que te acostumbras. Como la lluvia o los mosquitos —Horacio parece meditabundo por momentos—. Otros compañeros sí que tomaron un arma y lucharon, yo la única arma que tomé fue la palabra de Dios.

—¿Y te fue bien con eso?

—Sí... No. No lo sé. Conseguimos algunas cosas, en cambio otras... —la mirada del cura se oscurece por momentos—. Muchos murieron. Hubo sufrimiento, pero también esperanza. No se puede vivir siempre sufriendo, esa gente, la gente salía adelante con lo que tenía. Muchos eran felices con lo que tenían. Con solo vivir un día más.

—¿Y el AK? —pregunta el detective señalando al fusil.

—Ah sí. El AK —Horacio vuelve a su butaca, posa el fusil en su regazo—. Pertenece a Martín Carrillo, uno de los soldados del Ejército de Liberación Nacional que protegían las aldeas en las que estuve. Un tipo duro, reservado. Un asesino. Pero cambió, ¿sabes? Cambió cuando conoció a una muchacha.

—Venga. ¿Me vas a contar una historia de amor?

—Todas las buenas historias son de amor —tercia Horacio, provocando un dubitativo asentimiento en Santos—. A Martín lo llamaban el verdugo, no hace falta que te explique por qué... No tenía problema para apretar el gatillo, algunos dirían que hasta disfrutaba haciéndolo. Pero todo cambió cuando se cruzó en su camino Roberta, la muchacha que te decía. Al principio era como un romance secreto, yo lo conocía porque ella venía a confesarse. Ya sabes. Más que nada me hablaba maravillas de Martín, que en el fondo era bueno, que la guerra le había absorbido, pero que no era así... Que no era un asesino.

—Si matas eres un asesino. Punto.

—Pero hasta un asesino es perdonado por Dios, si de verdad está arrepentido —añade el cura, elevando sus índices ligeramente hacia el techo—. La relación se oficializó cuando Roberta quedó encinta, imagina la sorpresa de todos, excepto la mía, claro. Me pidieron que los casara, cosa que hice, por supuesto. Martín, poco a poco, fue cambiando. Se le veía más cercano, más sonriente, más humano, en definitiva.

—Ya veo por dónde vas —admite Santos, que apura su café.

—Imagino. No es una historia muy original, solo es una historia real — prosigue Horacio—. Cuando nació el niño decidieron irse de la aldea. Aquel lugar, con aquel oficio... no era el mejor entorno para el crío, desde luego.

—¿Un soldado? ¿Irse? ¿Eso no es desertión?

—Escucha. Ocurrió una noche. Entraron en mi estancia y me contaron sus planes. Sabían que podían confiar en mí. Me dijeron que irían al norte, probablemente a alguna ciudad donde empezarían de cero. Una nueva vida, los tres juntos. Martín me dijo que nunca más quería volver a coger un arma, mucho menos usarla contra nadie. Por eso me dio el AK-47. Era su forma de dejar una vida atrás, de abrazar una nueva.

—Ya veo —Santos se repantingó en la butaca—. ¿Y qué fue de ellos?

—No tengo ni la más remota idea. Aquella noche fue la última vez que supe de ellos —Horacio sonríe, son duros, pero a su modo bellos, esos recuerdos—. Todos los días rezo porque estén bien, porque llegaran sanos y salvos a dónde quiera que fuesen. Quiero creer que es así, que han encontrado su sitio y que son felices.

Santos dedica una mirada piadosa a Horacio. No se lo va a decir, pero cree que es un iluso, que guarda demasiada esperanza para un mundo que se consume, que golpea y que mata cada día. Probablemente no avanzaron ni un par de kilómetros, piensa el detective, Martín, Roberta y el bebé. ¿Quién sobrevive solo y desarmado en un sitio como ese? Aprecia y entienda la historia de Horacio, pero no va a compartir su opinión, su punto de vista pesimista sobre algo que nunca llegará a saber.

—Entiendes por qué te he contado esto, ¿verdad?

Santos contesta emitiendo una suerte de gruñido.

—Si un asesino pudo cambiar, cualquiera puede hacerlo. Si él fue capaz de dejar su fusil, sus balas y sus muertes, cualquiera puede abandonar lo que sea que le impide centrarse en lo que de verdad importa. Él comprendió que eso era su familia. Imagino que tú también lo comprendes, que sabes de su importancia. Ahora tienes que creértelo de verdad.

Detective y cura se quedan contemplándose durante un instante, un instante, una contemplación, que significa una vida, catorce, quince años o los que sean. A pesar de estar tanto tiempo sin verse la complicidad es la misma de siempre. A pesar de que Horacio intuye, pero no sabe nada de la doble vida de Santos, y que éste imagina, pero no sabe las cosas que el cura tuvo que

hacer en Colombia, hay un entendimiento tácito entre ambos.

—Ya sé por qué he venido —Santos esboza algo parecido a una media sonrisa—. No lo sabía, pero echaba de menos tus sermones.

—Vete a hacer gárgaras —dice haciéndose el ofendido—. Debes estar muy mal si has venido solo a eso.

—Y lo estoy, padre, lo estoy. Me agobiaba en casa, necesitaba poder hablar con alguien. Soltarlo.

—Y tu lista de amigos no es muy larga.

—No. No hay ni lista.

—Me alegra que hayas venido, me alegra mucho verte aquí. Poder conversar como antes —el anciano empezaba a emocionarse, pero supo contenerse—. Que me cuentes algo, aunque, como de costumbre, creo que callas más de lo que dices.

—No creo que eso vaya cambiar —Santos se pone de pie, ya ha tenido bastante—. Hoy no.

—Vuelve cuando quieras, ya sabes que tú y tu familia siempre tendréis estas puertas abiertas.

—Lo sé —el detective hace una pausa, chasquea la lengua, va a decir algo que no suele decir nunca—. No olvides que tú también eres mi familia.

Santos y Horacio sellan finalmente la paz con un apretón de manos. Un apretón que significa muchas cosas, pero sobre todo una: el rencor puede desaparecer. Santos no siente que haya recuperado a algo así como a su padre, pero casi, siente que se ha quitado una espina que cada día le infectaba más. Ese hombre no tuvo la culpa de que su madre fuese una pusilánime, ni de que su padre fuese un hijo de perra putero que nunca le quiso de verdad. Solo hizo lo que tuvo que hacer, lo que sintió que tenía que hacer y fue hasta dónde debió ir. Al fin y al cabo, era su vida y Santos no tenía derecho a cuestionarla. Santos sabe bien que la única persona que actuó como un padre en su vida es ese anciano que se fue a la selva a luchar por la decencia humana.

—Feliz Navidad, hijo.

Esas son las tres últimas palabras que Horacio dice a Santos antes de que éste abandone su casa, coja el coche y vuelva a su hogar. Al llegar a casa no le dice nada a Concha, que ya se encuentra despierta, incómoda por los casi nueve meses de niño que lleva en el vientre, dándole la papilla a Pedro mientras éste hace pedorretas y salpica de crema todo lo que entra en su radio de acción. Santos se quita la chaqueta, besa en la frente a su mujer. Pero no le

cuenta dónde ha estado. Por alguna razón prefiere no hacerlo. Orgullo, quizás. Una vez dijo que no volvería a hablar con ese maldito cura nunca más. Textualmente. En el fondo Concha sabía que era una bravuconada, que hablaba por hablar, pues era bien consciente de lo que Horacio significaba para Santos. Sabía bien el afecto que le tenía a ese hombre. Le daba pena por Horacio, una buena persona en su opinión, que no merecía el trato dispensado por su marido. Pero él era así, siempre tomando afrenta contra aquellos que creía que le fallaban. No, Santos no le dice a dónde había ido, pero muy bien podría hacerlo. A ella le parecería bien, se alegraría por él. Pero no, no dice nada. En vez de eso se sienta a la mesa de la cocina y coge una gasa con la que limpia la boca, las mejillas e incluso las manos a su hijo. Pronto surge un tema cualquiera, cosas del día a día y hablan. Terminarán de darle la papilla al crío, pronto estará durmiendo. Cenarán algo, se irán a ver la tele un rato y después a descansar. Como un matrimonio normal, como una familia normal.

Al día siguiente la actividad es bien distinta. Pasado el festivo, la gente vuelve a sus quehaceres diarios, a la misma rutina de siempre, solo que con las digestiones más delicadas y con menos ganas de dar chapa que de costumbre. En una de las puertas del bar confitería Tudela se encuentra un tipo alto, con poco pelo, gran bigote de morsa y una llamativa verruga en la frente. Cuando Santos llega hasta él se dan la mano con vigor y pasan adentro. Son las doce del mediodía, buena hora para tomarse un pastel de carne con una cerveza. El típico tentempié murciano. A la espera de que el joven y delgado camarero les traiga lo que han pedido, Santos y el tipo alto se sientan en una de las mesas junto a la cristalera.

—Así que nada, el jefe tan mamón como siempre, los demás tan holgazanes como los recuerdas. No ha cambiado mucho la comisaria desde que te fuiste, la verdad.

—La verdad es que me importa poco, Eugenio —responde Santos con cara de asco—. Se pueden ir todos a tomar por culo.

—La leche, Santos, ya casi no recordaba lo borde que eres.

—Me echaron como a un perro. ¿Qué esperabas?

—Qué exagerado, más bien te invitaron a abandonar. Ya ha llovido desde aquello, hombre —dice Eugenio mientras el muchacho les sirve los pasteles y las cervezas—. Hay que pasar página.

—Yo paso página —Santos coge su tercio—. Pero no olvido. Y mucho menos le voy a dorar la píldora a esa gentuza.

Ambos dan un trago de sus cervezas y se sacuden las manos antes de empezar a pegarle bocados al pastel. Eugenio ve algo raro en su ex compañero, no son solo los años, que no pasan en balde, es otra cosa, algo oscuro y raro, es su mirada, son sus gestos.

—¿Y qué tal te va con la agencia? ¿Muchos clientes?

—Los suficientes, supongo —Santos solo mira su plato.

—Ya, hay mucho cornudo por ahí, ¿verdad?

—Más de los que parecen.

—Pues me alegro —Eugenio hace una pausa, da un par de dentelladas a su almuerzo—. Quiero decir, me alegro por ti, no por los cornudos... Pobrecillos, bastante tienen.

—Y que no falten.

—Amén a eso —Eugenio alza su botellín, pero al ver que Santos no hace lo propio, lo choca de todas formas contra el del detective en signo de brindis—. Bueno, ya que veo que estás tan hablador como siempre, así que iré directo al grano. No me has dado mucho tiempo, pero gracias al Muñoz, el de la brigada antiterrorista, te he podido conseguir un informe bastante majo sobre el grupo ese que me dijiste.

—El Frente Antimarxista —a Santos apenas le quedaba pastel ni cerveza ya.

—Exacto —Eugenio se limpia las manos con un par de servilletas del expendedor y echa mano de una cartera que había dejado en el suelo. De ella saca una carpeta azul en la que lleva varios papeles—. Esto es lo que hay. El nombre que te debes grabar en la cabeza es el de Mario Infer.

—¿Infer?

—Sí, el apellido le va como anillo al dedo. Al parecer es un buen elemento. Pertenece a la conocida como Triple A: Alianza Apostólica Anticomunista, igual te suena —dice Eugenio ante la cara de piedra de Santos—. Es, o más bien era, un grupo terrorista de ultraderecha que operó en diversos lugares del país. Sobre todo, en el norte y en la capital. Lo suyo más bien era vandalismo callejero, palizas, pintadas..., pero también algún asesinato político. El grupo reivindicó su autoría en los asesinatos de un concejal madrileño y un maestro de escuela que se decía pertenecía al PCE. Al parecer, este Infer era algo así como la mano derecha del líder del grupo.

Además, su padre era un hijo de mala madre bastante peligroso que era veterano de la División Azul, no te digo más.

—¿Y qué se le ha perdido aquí?

—Se ve que tuvieron sus diferencias, este era más radical, quería su puesto, hacer las cosas a su manera —Eugenio hace una breve parada, se enciende un pitillo—. Al cabrón le salió mal, preparó un atentado contra su propio jefe, imagínate. En plan príncipe que mata al rey...

—El humo —corta Santos, desvaneciendo con rápidos movimientos de su mano el humo que llega a su rostro.

—¿Qué? Ah ya, no recordaba que eras anti tabaco.

—Soy anti porquería.

—Ya, lo que tú digas —el policía aparta el cigarrillo y prosigue contando—. Como te decía, después de intentar cargárselo tomaron caminos distintos. Infer se vino a ocultarse al sur, después de estar apenas un par de años en prisión. Salió con la amnistía de 1977.

—Políticos.

—Sí. El caso es que aquí fundó su propio movimiento —Eugenio hace la señal de las comillas con los dedos en el aire—, por llamarlo de alguna manera. Otro grupo neonazi del que, de momento, solo se sabe que ha lanzado panfletos, participado en algunas peleas y destrozado un par de lunas de bancos.

—No parece para tanto.

—No te fíes, Santos. Este mamón las tuvo y gordas en Madrid. Ahora con la democracia y toda la pesca estos grupos se están debilitando, pero eso no quiere decir que no sean peligrosos. Hace unas semanas se encontraron a dos fiambres relacionados con esta chusma en una vieja casa de las afueras. Esto me lo ha dicho Muñoz en *petit comité*, no salió ni en la prensa. Al parecer estaban manipulando algún tipo de material explosivo y se les fue de las manos.

—Pues que les den. ¿Algo más?

—Pues poquito —Eugenio echa un último vistazo al informe antes de pasárselo a Santos—. Ahí aparecen un par de sitios que suele frecuentar, échales un ojo. Ah, y una foto más o menos reciente del interfecto... ¿Tiene o no tiene cara de demonio?

La fotografía, tomada en una comisaria con los típicos números de fichado, muestra a un hombre de unos treinta y tantos, rubio con el pelo

cortado a cepillo, ojos oscuros, cejas gruesas y una mueca de satisfacción, una de esas que dicen yo estoy por encima de esto. Me río de ti. Me río de vosotros.

—Bah. Solo es una cara —tercia Santos, indiferente.

—¿Y qué vas a hacer? —Eugenio apura la espuma de su cerveza—. ¿Buscarlo y cuando des con él preguntarle amablemente dónde está el tipo ese que buscas? ¿El tal Ulises?

—No seas animal, Eugenio —contesta Santos mientras escruta la fotografía y echa un vistazo al informe—. A mí no me interesa para nada este tío... Aquí está, ¡la Ditirambo!

—¿Qué pasa con eso?

—Una conexión. Encontré cerillas de este local en el piso de Pili.

—¿Entraste al piso de esa Pili? —pregunta Eugenio con los ojos desorbitados.

—Sí, entré... —Santos se queda pensativo ante la mirada reprobatoria del policía—. Ella e Infer son algo. O lo eran. Ya tengo por dónde seguir.

—Pues lleva mucho cuidado, compañero, he oído que en esa Ditirambo se reúne lo más granado de cada casa. No sé si me explico.

—Te explicas.

—Pues extrema precauciones. No me gusta nada lo de los antimarxistas estos... Son imprevisibles y, por tanto, peligrosos. Esa gente no se anda con zarandajas.

Santos responde con su gruñido mientras se echa una mano a la cartera, en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta. Eugenio se lo impide levantándose como un resorte, matando el cigarrillo contra el cenicero y poniendo quinientas pesetas sobre la mesa. Dice que invita él, que le ha gustado volver a verle después de tanto tiempo, a pesar de que siga siendo un cascarrabias y un *quemao*. Que por los viejos tiempos y todo eso. Santos acepta a regañadientes y le tiende la mano a su ex compañero.

Después cada mochuelo se va a su olivo. Santos vuelve a su 124, mira el reloj de su muñeca y pone rumbo a la calle Calvario de Espinardo. Allí, en la puerta de su edificio se encuentra ya Concha, con un bolso lleno de cosas colgado del hombro y una expresión en el rostro que dice algo así como ya era hora. Concha se monta en el coche y Santos conduce hasta el hospital universitario Virgen de la Arrixaca. De momento se encuentra bien, ningún aviso, pero su mujer sale de cuentas ese mismo día. Tiene cita con el

ginecólogo, una revisión que les dirá cómo va su pequeño.

El viaje se hace en menos de quince minutos, Concha habla y habla sobre cosas que Santos oye, pero no escucha. Su madre y el crío, algunas contracciones, la compra, la comida del domingo, la Navidad. Santos se limita a asentir, a decir sí, sí, mientras en su cabeza pasan el tal Infer y la tal Pili, Ulises Carpe, terroristas, neonazis, la Ditirambo. ¿Dónde narices se está metiendo? ¿No debería preocuparse más por su esposa y el bebé?

Llegan al hospital a tiempo. Concha entra en la consulta, Santos se queda fuera, recorriendo la zona de espera una y otra vez. Si fuese una película de dibujos animados dejaría arado el suelo. Elucubra, sopesa opciones, modos de actuar. ¿Merece la pena intentarlo? Algo le dice que Ulises y Pili siguen cerca, que la teoría policial de la fuga por amor no se ha consumado. Lo más probable porque no han podido, porque alguien lo ha impedido. Un niño de Rusia cincuentón y una camarera de casino: la chica del gánster, bueno, en este caso la chica del neonazi, lo cual suena aún peor. Peligroso, como dice Eugenio, muy peligroso. Aún medio retirado una persona así no es agradable de enfrentar, ni de vigilar, ni de seguir. Pero Santos va a tener que hacerlo, es la única pista que tiene, la conexión Infer-Pili-Ulises.

Entonces, de repente, no sabiendo muy bien por qué, algo sucede. Santos siente un vuelco en su estómago, una sensación extraña, un malestar general, una preocupación brutal. De golpe todo en lo que ha estado pensando hasta un momento atrás se desvanece. El caso, la camarera, el Frente Anti lo que sea se van como quien tira de la cadena. En su cabeza únicamente hay sitio para su mujer, sitio para su hijo, sitio para su próximo hijo. Lo más importante es la familia, como dice el padre Horacio. Santos gira la cabeza y mira a la puerta tras la cual se encuentra Concha. La puerta está ahí, quieta, inanimada, como congelada en el espacio-tiempo. Detrás lo más importante de su vida, era eso, ¿verdad? El motivo por el cual debía levantarse cada día, la recompensa al llegar a casa después de una larga y dura jornada de trabajo. Santos siente angustia, una desazón que le va comiendo de dentro a afuera, un sudor frío que emana de lo más profundo del alma. La conciencia zarandeando al cuerpo.

Unos instantes después sale Concha. Respira hondo, se persigna, junta sus manos, parece murmurar una oración. Santos se acerca preocupado.

—¿Qué pasa? ¿Cómo va...?

—Bien, muy bien —responde Concha esbozando una sonrisa—. Me han dicho que apenas he dilatado un centímetro. Aún es pronto, probablemente me

queden un par de días o más para que nazca. Mejor nos vamos a casa.

—¿Sí? ¿Estás segura? Yo... ¿Quieres que hable con el médico?

—¿Qué es, Santos? Está todo bien, no tienes por qué preocuparte.

—¿Qué no? Claro que me preocupo. ¿Cómo no preocuparme?

—¿Qué te pasa, cariño? —Concha se acerca aún más y acaricia una mejilla a su marido—. No tienes buena cara, tiembles...

—Pues Concha, yo... no sé, me ha dado miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—Miedo de todo, mujer —Santos se limpia el sudor de la frente—. Por ti, el niño. Porque todo salga bien.

—Estamos muy bien, de verdad. Lo ha dicho el ginecólogo.

—Ya, pero no solo es eso. Soy yo. Siempre soy yo, Concha —con un gesto dulce se quita la mano de su mujer de la mejilla y la sujeta, la acaricia—. Te mereces, os merecéis algo mejor.

—No digas tonterías, nosotros te queremos a ti.

—Merecéis un mejor yo —Santos va controlando la emoción, viendo claro lo que quiere decir, lo que le sale de su interior—. Y voy a serlo, Concha. Voy a ser mejor.

Concha mira a su marido emocionada, no puede evitar sentir lo que siente, aunque sepa muy bien cómo es, aunque en su fuero interno sepa que nunca cambiará del todo, que siempre será Santos Alonso, con sus defectos, muchos, y sus virtudes, también algunas. Ella le eligió a pesar de sus miserias y le sigue queriendo, le sigue aceptando porque tiene la certeza de que nunca se va a rendir.

El abrazo dura una eternidad, al menos para los que están en la sala esperando, para los doctores, enfermeros y celadores que pasan a su lado, que se quedan mirando, barruntando si no serán malas noticias, si uno de los dos se está muriendo, si al bebé le pasa algo. Nada saben, mucho imaginan, pero Concha y Santos están felices, es su momento, su mejor momento en meses. No hay prisa porque acabe. No quieren que acabe.

Con sonrisas y buenas sensaciones vuelven a casa para comer y descansar. Las palabras de Horacio han surtido efecto, Santos se aplica la enmienda, debe cambiar, hacerlo poco a poco. La tarde pasa en un suspiro, plácida, en familia. No hay nada mejor que hacer en ese momento. Un paseo, Pedrito ríe y corretea, se cae, vuelve al ataque, juega hasta la extenuación. Horas que son oro. Momentos que llenan y que ya no recordaba que lo hacían,

porque llevaba demasiado tiempo mirando hacia otro lado. Mucho tiempo negándose a sí mismo esa necesidad. Su parte de padre, de esposo, de hombre familiar.

Cuando llega la noche, el escenario cambia para Santos. Se afeita, se arregla el bigote, se pone un buen traje y vuelve a las calles, a las heladas y coloridas calles del centro. Llega hasta la Circular y aparca, de ahí va andando hasta la avenida Constitución, el lugar donde se encuentra una de las discotecas más famosas del momento: la renombrada Ditirambo. Es viernes, es casi medianoche, buena parte de Murcia está allí. Si hay un sitio con un gran porcentaje de posibilidades de encontrar a Mario Infer, ese es la Ditirambo.

Hay ambientazo hasta en la puerta. Cuando Santos la traspasa, entra de lleno en el mundo disco. El *Dont stop 'til you get enough* de Michael Jackson suena enlatado mientras baja las escaleras y pasa de largo por la zona de guardarropa. Unos escalones más y llega a la zona de baile. Oscuridad y flashes de luces, camisas demasiado ajustadas, con cuellos demasiado grandes, algún pantalón de campana, reminiscencias setenteras y vestidos multicolor. Santos se sitúa en la zona de la barra, decorada con las mismas chufas de colorines y demás motivos navideños que ha visto en los escaparates de las tiendas. Pide una cerveza y se queda de pie de espaldas a la misma. Desde allí puede controlar las dos pistas de baile, la más amplia y abarrotada que tiene delante y la pequeña y más exclusiva, reservada para los VIP, niños de papá y algún que otro viejo zorro, que tiene a su derecha. Apenas ha mojado sus labios con la espuma de la caña que le acaba de servir el camarero cuando una chica de unos dieciocho años, con el pelo cardadísimo y un dos piezas de pata de gallo, protuberantes hombreras y minifalda con medias de rejilla, se persona ante él.

—Hola, guapo, ¿quieres coca?

Santos la radiografía con la vista de arriba abajo.

—Piérdete, guapa.

—Venga, hombre, no me seas chapa —la joven se acerca, le acaricia a Santos el cuello con un dedo y su larga uña pintada de negro—. ¿Alguna pirula? Cómprame algo, que te lo rebajo por ser tú.

—No me interesa. Corre a venderle esa basura a otro.

—¿Y a quién se la voy a vender si ya están todos puestos? ¿Eh? ¿Eh?

—¿Qué me importa a mí?

—Vamos, hombre, un poco de consideración. No te preocuparán los maderos, ¿no? Aquí no pasa nada, aquí se puede, ¿me entiendes? —la joven hace un doble guiño a gran velocidad—. ¿Ves esos dos idiotas de allí? Maderos.

Efectivamente, Santos reconoce a esos dos idiotas que la joven señala con el dedo. Sánchez y Lorente, dos buenas piezas conocidas en comisaría bajo el original y para nada explotado sobrenombre de el gordo y el flaco. Dos auténticos elementos para los que el alcohol, las drogas y las prostitutas eran la mejor forma de pasar su turno laboral. Mejor evitar cualquier contacto con ellos, incluso el ocular.

—Vaya par de hijos de puta —continúa la chica—. Encima hay que hacerles rebaja, ya sabes.

—¿Por qué sigues aquí?

—¿Cómo que aquí? —pregunta la chica con rostro de interrogación.

—No me interesa nada de lo que me quieres vender ni de lo que me estás contando.

—Maaadre mía, con el dandy. ¿Te estoy molestando? ¡Mira éste! ¿Y qué es lo que te interesa a ti, si puede saberse?

Entre frase y frase de esa conversación tan estúpida, Santos lanza miradas a ambos lados de la chica, tratando de dar con el hombre al que ha venido a buscar. Tarea ardua pues debe de haber varios cientos en la pista moviendo el esqueleto. Tarea que precisaría de cierta ayuda extra. Tarea para la que podría usar a cierta joven molesta cual mosca cojonera que tiene delante.

—Pues mira, a lo mejor me puedes servir de algo.

—No estarás pensando en lo que yo creo, ¿eh, cochino? Porque yo no soy de esas...

—Calla y escucha —Santos da un paso adelante para asegurarse de la que la joven le escucha bien, la música está a tope—. ¿Conoces bien a la clientela de este sitio?

—¿Que si la conozco? Mira, tío, yo paso más horas aquí que en mi casa. Esto es casi una cárcel para mí, tengo que pedir hasta permiso para salir —hace una pausa para juntar sus muñecas como si estuviese esposada—. ¿Cómo te quedas? Así que sí, conozco bastante a la fauna que se suele mover por aquí, son todos una panda de hijos de...

—Vale, vale, escucha. Necesito cierta información. Información confidencial. Te puedo pagar bien.

—¿Has dicho pagar? Eso ya me gusta más.

—Estoy buscando a un tipo. Es alto, pelo muy corto y rubio. Puede estar metido en asuntos chungos. Se llama Infer.

La joven da un instintivo respingo hacia atrás al escuchar ese nombre. De pronto su gesto cambia, la despreocupación que lleva en el cuerpo se esfuma de golpe.

—¿Por qué buscas a ese tío?

—¿Le conoces?

—Bueno, sé quién es. Viene mucho por aquí.

—¿Hoy?

—¿Cómo que hoy? —la joven frunce todo lo que pudo el entrecejo—. ¿Hoy qué?

—Que si está hoy aquí.

—Pues sí, está, al menos estaba hace un rato.

—¿Dónde?

—¿De verdad lo quieres saber?

Santos echa mano de la cartera, saca un par de billetes de mil pesetas. Los acerca a la joven, pero todavía no los suelta.

—De verdad de la buena.

—*Ok, makey* —la chica agarra los billetes y se gira hacia la pista grande—. Está en ese fondo con sus amigos. Hay un par de mesas y unos taburetes, siempre están ahí.

Para variar, Santos no da ni las gracias. Asiente y se dirige hacia la pista cuando siente cómo algo o alguien lo retiene por la espalda. Es la joven pegándole un tirón de la chaqueta.

—Supongo que ya lo sabes, pero esa gente es peligrosa —la joven lo mira directo a los ojos—. A mí no me gustan un pelo, he oído cosas, hay historias de mis compañeras... Yo procuro acercarme lo mínimo. Solo te digo que tengas cuidado.

Santos vuelve a asentir con la cabeza, pero esta vez es un gesto distinto, mucho más cálido y cómplice, más humano, más agradecido.

Al internarse entre la marea de cuerpos en movimiento comienza a sonar el *Call me Lady Champagne*, de Bibi Andersen. Entre la humareda de los cigarrillos, los cuerpos en imposibles danzas y los rayos de luces del techo,

Santos llega hasta la zona del fondo. Oculto por el gentío, mira disimuladamente hacia la zona señalada por la joven camello. No tarda mucho en dar con un grupo que le encaja a las mil maravillas con lo que anda buscando. Ropas oscuras, *bombers* y botas militares, pelos a cepillo, risas escandalosas. En el fondo, rodeado, agasajado como un rey de tugurio, se encuentra el tipo de la foto que le enseñó su compañero Eugenio, el tipo descrito a la joven minutos atrás. Bebe cerveza de un botellín, fuma como un carretero. Ahí está Infer. Parece más joven de lo que dice su expediente, seguramente será la ropa, chaqueta de aviador negra con forro interior naranja, pitillos, botas Dr. Martens. Los demás a su alrededor danzan y hacen el idiota, él se mantiene sentado, quieto, se lo pasa bien, pero no se excede, parece tratar de controlarlo todo. Santos le observa durante un buen rato desde su segura posición. Se acaba la caña y sigue disimulando con el vaso vacío en su mano. No baila porque en su vida lo ha hecho, le basta con ocultarse tras la gente que le hace de pantalla para pasar desapercibido. Pasan los minutos y al fin hay movimiento. Infer se pone de pie y el resto de perros lacayos le hacen un corro. Hablan algo que evidentemente es imposible de oír para Santos y desaparecen por una puerta que hay en una esquina. Una puerta trasera vigilada por un portero. Probablemente una puerta no apta para todos los públicos. Santos decide ser precavido y abandonar la discoteca por donde entró.

Desanda el mismo camino que había realizado un rato antes. Al llegar a la barra se fija, pero ya no ve a la joven impertinente. Pasa del guardarropa, sube las escaleras hacia el mundo. Ya en la calle, en el frío de la madrugada, no tiene más que dar la vuelta a la manzana y tratar de localizar a la banda. Avanza a paso ligero cuando se percata de la presencia de los interfectos y se detiene al amparo de un portal. Observa cómo, al final de la calle, Infer y dos de sus acompañantes entran en un Renault 5 oscuro. Entonces Santos acelera el paso, llega a su 124, introduce la llave con celeridad para no perder de vista al Renault, pero no llega a abrirlo. Siente un duro golpe en la nuca que le hace quedar a oscuras durante un tiempo indeterminado. La maquinaria se para, el mundo se echa una gran siesta.

Al venir en sí siente dolor de cabeza, mareo y una arcada que logra reprimir tragando con fuerza. Con cada parpadeo que realiza el escenario en el

que se encuentra va cobrando forma: suelo pavimentado, paredes de hormigón, techos de uralita. Un par de tubos de luz parpadean en algún lugar. Puede ver su propio aliento, la humedad se le mete en los huesos. Se encuentra en una especie de nave industrial atado a una vieja silla giratoria de oficina a la que le han quitado las ruedecitas.

Frente a él hay dos tipos, y nota como detrás hay al menos otros dos más. Uno de los dos que tiene delante es Mario Infer, con su mueca de superioridad, su cabeza de melocotón, su mirada de serpiente. El otro es un tipo increíblemente alto ataviado con gorro de lana negra y la mandíbula prominente. A Santos le recuerda a cierto villano de las películas de James Bond.

—Hola, compatriota. Espero que no te duela mucho el melón —Infer da un pasito al frente, mira a Santos a los ojos—. Le dije a este que no te atizara muy fuerte, pero ya sabes cómo son estas cosas, es difícil calcular la fuerza para dejar a alguien KO. A veces más vale pasarse que no llegar. ¿No?

—Suéltame. Ya.

—¿Llevas toda la noche vigilándonos y ahora te ha entrado prisa por irte? Yo creía que eras un poco tímido, que necesitabas tu tiempo para acertarte a charlar. A tirarnos los tejos o algo.

—¿Qué?

—Te acabo de facilitar una entrevista. Si tienes algo que preguntarnos este es el mejor momento. Cara a cara, con paz y tranquilidad, no como en la disco.

—Vale. Desátame y hablamos.

—Ya... es que, no sé. Mejor no. Tienes cara de ser un tío peligroso —Infer da un pasito más hacia Santos, se mete una mano en uno de los bolsillos de su cazadora y saca el revólver del detective. Lo muestra y lo vuelve a guardar—. Alguien que va por ahí con este cacharro no es de fiar. Prefiero que sigas un ratito más atado.

—La estás cagando a base de bien. Soy policía.

—Sí, claro. ¿Lo dices por esto? —Infer saca la placa que minutos antes había sustraído del pantalón de Santos—. Esta antigualla no te va a servir para nada. La única forma de que te suelte es que lleguemos a un acuerdo.

—¿Un acuerdo sobre qué?

—Sobre Ulises, ¿sobre qué va a ser! —contesta Infer gesticulante—. Te hemos investigado bien, ex poli. También te hemos estado siguiendo la pista

desde hace unas semanas. Desde que te visitó la hija de ese rojo de mierda para contratarte, señor detective. Hemos visto cosas interesantes... Tus idas y venidas. Tu joven amiguito de la Gran Vía... Aunque nada de Ulises, por ahora.

—Pues jódete.

Infer se ríe de buena gana. Intenta entrar en calor frotándose las manos y soplando con ellas juntas. A continuación, se las pasa por la cabeza, se masa la cara. Mira a su compañero.

—Dale una hostia al Clint Eastwood éste a ver si se le quitan las ganas de faltar al respeto.

El tipo alto, encantadísimo con la orden que acaba de recibir, da unos pasos y atiza a Santos con la mano abierta. Una hostia que casi le da la vuelta a la cabeza al detective.

—Cobarde hijo de puta.

Esas cuatro palabras traen un nuevo golpe al rostro del detective, esta vez más fuerte, esta vez con el puño cerrado. La nave da vueltas. Santos escupe sangre y saliva al suelo. Levanta la mirada, la clava en la del gigantón del mentón.

—¿Ya? ¿Quieres que le dé otra? —pregunta el tipo, divertido, buscando la aprobación de su jefe.

—Cuidado —responde Santos recomponiéndose, con los dientes rojos clavando sus ojos inyectados en odio—. Si me tocas acabarás con los dientes en el estómago.

Infer y el grandullón se miran, conteniendo la risa. Infer asiente con la cabeza y el de la gran mandíbula se acerca para dar un nuevo golpe cuando es sorprendido por un brutal cabezazo de Santos que provoca una leve brecha en la frente del detective y un mar de sangre en la boca del gigante. La bestial embestida hace que Santos se tambalee en su silla mientras el gigantón retrocede un par de pasos llevándose las manos a la boca. Al comprobar que un par de piezas de su dentadura se encuentran partidas la ira le invade, una rabia que inyecta sus ojos y le lanza hacia la posición del detective como una exhalación.

—¡Te voy a matar, cabrón!

—¡Quieto! —exclama Infer, congelando el movimiento de su hombre—. No se te ocurra dar un paso. Hay que saber perder, y tú acabas de perder.

—¿Cómo? Pero jefe...

—Vete a que te miren eso. ¡Vamos, largo de aquí!

El grandullón se va lentamente, girando la cabeza cada dos pasos, disparando ira y maldiciones por los ojos, sujetando su enorme mentón y tratando de contener la catarata roja que emana de su boca.

—Vaya, esa no la veía venir, compatriota. Eres bueno. Mejor de lo que pensaba —Infer silba divertido—. Me voy a quedar a una distancia prudente. Nunca he ido al dentista y no tengo ningunas ganas de estrenarme ahora.

—Pues entonces suéltame.

—Escucha, león. Te voy a hacer lo que llaman una contraoferta. No sé cuánto te paga la hija de ese mierdecilla, pero yo te pago el doble si encuentras a Ulises y me lo traes a mí.

—No.

—¿Cómo que no? —pregunta Infer sorprendido—. ¿Por qué haces esto? ¿No es por dinero? Pues yo te doy más. Mismo trabajo, más dinero. Es fácil elegir, ¿no?

—No si tienes ética.

—¿Ética? —su cara es todo un poema—. ¡Venga ya! Ética. Cosa más inútil no hay. Bueno sí, los escrúpulos. Ética y escrúpulos no son más que zancadillas que nos ponemos a nosotros mismos. No nos dejan avanzar, no nos dejan hacer lo que de verdad queremos.

—¿Y por qué quieres tú a Ulises? Porque te robó la chica, ¿no?

—¿Qué? ¿Que me robó la...? —Infer se detiene y empieza a reírse, mira a los dos del fondo y les contagia la risa—. Supongo que hablas de Pili, ¿no? Mira, no estoy buscando a Ulises porque se liara con Pili, eso ya pasó, ya la castigué en consecuencia. Digamos que lleva su castigo marcado en la cara... Dudo mucho que otro hombre se vuelva a fijar en ella, no sé si me entiendes.

—Desgraciado...

Santos frunce el ceño, algo ahí no cuadra. Lleva su castigo marcado en la cara. Un escalofrío recorre su cuerpo con esa frase, con la idea, las posibilidades. Aparte del *affaire* hay algo más.

—¿Entonces cuál es tu interés? —pregunta el detective, ávido de conocimiento.

—Pues muy sencillo, ese camarada intentó matarme, así que ahora lo quiero ver muerto yo.

—¿Cómo?

—¿Te sorprende? ¿No me digas que te has creído la historia de que es un

pobre desgraciado que ha sufrido mucho en la vida y que es un pedacito de pan? Todo mentiras. Pasaría lo que tuviese que pasar en su infancia, pero ese comunista no es el alma de la caridad que te han vendido. Ulises es un soldado, al igual que lo soy yo. Se acercó a Pili para acercarse a mí, para quitarme de en medio. Y casi lo logra.

—Mentira.

—Tú mismo. Investígalo. Cada uno tiramos para nuestro bando, no le culpo por eso. Pero lo que tampoco puedo es dejarlo correr. Intentó matarme, al tío se le da bien fabricar bombas caseras. Se llevó por delante a dos de mis compañeros con una que había preparado para mí. Pero falló, claro. Se supone que yo debía estar allí, pero me fui antes de tiempo.

Santos siente un escalofrío, la información que le ha suministrado Eugenio sobre los dos cuerpos encontrados semanas atrás víctimas de una explosión encaja demasiado bien ahí. ¿Será cierto? ¿Ulises, el pobre niño de Rusia, matando con bombas a seguidores de extrema derecha?

—Tuve suerte, mis hombres no, y ahora eso lo tiene que pagar —continúa Infer ante la mirada cada vez más desorbitada de Santos—. Tengo que dar con él. Y tú me vas a ayudar... De una forma o de otra.

—¿Qué quiere decir eso?

—Si no quieres dinero, a lo mejor puedo hacerte entrar en razón con otras cosas... ¿Tienes familia, Santos?

Un huracán de fuego revuelve las entrañas del detective, tensando su cuerpo, apretando sus dientes, disparando sus ojos y su lengua.

—Si les tocas un pelo te juro que te despellejo viv...

—¡Vamos, compatriota! —Infer levanta sus manos en señal de paz—. No hay necesidad de eso. Lleguemos a un acuerdo. De hombre a hombre. No habrá necesidad de tocar a Concha ni a...

—¡No se te ocurra nombrarlos! —la voz de Santos casi hace estallar el cristal del ventanuco enrejado por el que se veía la luna—. ¿Por qué no amenazas a su hija, eh? Esa Carmen. Secuéstrala, hazle daño, verás cómo Ulises sale de su agujero.

—Joder con el señor detective. ¿Qué ha pasado con eso de la ética? —Infer mira a sus compañeros, divertido—. Menudo fichaje serías...

—Solo miro por los míos.

—Te entiendo, y lo comparto. Cada uno tiene que proteger lo suyo como pueda, a toda costa. No creas que no he pensado eso que dices de atacar a su

hija, pero es más chungo de lo que parece —Infer hace una pausa, da un par de pasitos alrededor de Santos. Se para justo detrás de él—. ¿Has visto Flash Gordon?

—¿Flash qué?

—Sí, hombre, la película, no pongas esa cara —Infer vuelve a posicionarse frente a su prisionero, se humedece los labios, parece un niño emocionado—. Yo la vi hace un par de días en el cine Coliseum. No está mal, deberías ir a verla. Resulta que el malo, uno que parece chino, tiene una máquina que provoca terremotos, maremotos, erupciones de volcanes y otras desgracias del estilo. ¿Te imaginas tener una de esas? Un botón para poner bombas, otro para secuestrar. Si fuese así de fácil...

—Estás loco —dice Santos entre dientes.

—Sí, es una locura, así que prefiero tenerlas vigiladas por si a Ulises se le ocurre hacerles una visita o ponerse en contacto con ellas. Es un camino rápido si ese rojo da un mal paso.

—¿Y por qué secuestrarme a mí? ¿Eso es más fácil?

—Bueno, tú me has seguido primero. Si lo piensas tampoco me has dejado mucha opción, no podía dejar que me siguieras y descubrieras mi sitio. Además, echándole un ojo a tu historial, creí de veras que aceptarías mi pasta. No creí que fueses tan... íntegro.

—No todo está en los historiales.

—Claro que no —Infer niega con la cabeza, se cruza de brazos y se encoge de hombros—. Espero que no seas otro de esos rojos, o peor aún, otro de esos borregos que se han creído el cuento de la democracia... Eso no va a durar. Estamos en guerra, el país necesita mano dura para volver a ser lo que fue.

—Deja el mitin, no me interesa esa basura.

Infer asiente, toma aire, baraja sus cartas.

—Ya veo, tú eres de otra especie, ¿eh? Un lobo solitario, vas por libre. Caminando entre trincheras, esquivando la artillería. Y encima te va la carne y el pescado, ¿eh? —negó con la cabeza—. Eso está muy feo, eres una especie de desviado sin control...

—¿Piensas tenerme toda la noche aquí escuchando tus mierdas?

—No, supongo que tengo que liberarte. De todas formas, ya sabes lo que quiero, y sabes lo que puedo hacer y lo que puedo decir... Tú vida, tu carrera tal y como la conoces acabará. Espero que eso te sirva de incentivo.

Santos advierte movimiento a su espalda. Apenas trata de abrir la boca cuando uno de los tipos le pone un trozo de cinta adhesiva en la boca mientras el otro le enfunda una capucha negra que le priva de toda visión. Patalea, trata de liberarse, pero es misión imposible. Después lo agarran y lo ponen de pie violentamente.

—Ha sido un placer, compatriota —dice Infer mientras el detective se aleja arrastrado por los dos captores—. Encuentra a ese comunista muerto de hambre y todo habrá acabado. Nosotros estaremos cerca, seguiremos tus pasos con atención, señor detective.

Diez minutos de coche después, Santos acaba tirado como una colilla en medio de la carretera. Le han soltado las ligaduras que ataban sus manos, le han lanzado el revólver cerca. Cuando recupera la verticalidad y se quita el trozo de tela que cubre su cabeza solo puede ver un coche oscuro que se aleja calle arriba a toda velocidad. Mira a ambos lados en busca de vida, pero no hay nadie en absoluto. Se quita el trozo de cinta de carroceros de la boca, recoge el arma, la guarda y se lleva una mano a la nuca. El frío de la noche le envuelve, el relente cubre el asfalto y los vehículos aparcados. Música enlatada, ristas de luces de colores destellan desde un balcón.

No es hora de lamentos ni de juicios precipitados, tampoco de dejarse llevar por el fuego de la rabia. Habrá tiempo para todo eso y más si no hay más remedio, si no le queda otra. Ahora debe descansar, debe esperar a enfriarse y encarar las cosas con más tranquilidad. Es hora de pararse a pensar, estudiar posibilidades, lamerse las heridas. Es hora de volver a casa.

Capítulo 5

Casas baratas

Un timbrazo matutino despertó de un brinco al bueno de Samuel Alonso. Al otro lado de la puerta se encontraba Violeta, mano ejecutora del primer sobresalto del día y de la gran conmoción de lo que llevaba de año. Con un gesto con la mano, y los ojos todavía medio cerrados, Alonso la invitó a pasar a su desordenado piso-despacho. Una auténtica leonera con ropa usada por las sillas, zapatos y calcetines por el suelo, el sofá cama deshecho, el escritorio del fondo atestado de papeles, latas, bolsas y envoltorios de comida varios.

—¿Qué hora es? ¿Las seis de la mañana? —preguntó Alonso desperezándose.

—Es hora de que limpies un poco esto —respondió Violeta mirando en derredor—. Menuda pocilga.

—¿Qué más te da? ¿Ahora eres inspectora de sanidad o algo así? —respondió Alonso con cierta hostilidad.

—Solo lo digo por tu bien.

—Te dije que me llamas, no que vinieras aquí —dijo Alonso mientras transformaba el sofá-cama en solo sofá—. Últimamente he tenido muchas cosas en la cabeza, muchas por tu culpa. Ninguna relacionada con la limpieza.

—Eso salta a la vista... Pero tranquilo, he estado en sitios peores.

—No lo dudo —Samuel buscaba una camiseta en una cajonera que había al fondo del despacho. Sacó una blanca y se la puso, después localizó el reloj en el escritorio, entre el portátil, su funda y las gafas de sol—. Las ocho y cuarto.

—Te dije que vendría temprano.

—En vacaciones se considera temprano a partir de las diez de la mañana.

—No seas crío —Violeta se sentó en el sofá, vio unos vaqueros tirados en el suelo y los lanzó al detective—. Al sitio al que vamos es mejor ir lo más pronto posible. Antes de que despierten... las bestias.

—Genial —Samuel se puso los vaqueros y fue en dirección a los zapatos —, parece que me llevas a la selva.

—Bueno, no creo que sea muy diferente, la verdad —Violeta se desesperaba por la lentitud de movimientos del detective—. ¿Piensas abrir la persiana hoy o mañana?

—A veces ha estado semanas cerrada y no se ha muerto nadie...

—Ya veo... bueno, ¿qué es lo que me puedes decir de las casas baratas?

—No sé. ¿Qué es un nido de gentuza y delincuencia? —Alonso tiró de la cinta de la persiana, abriéndola dos palmos.

—Tampoco te pases. No todos los de las casas baratas son criminales, también hay buena gente allí. Personas normales, honradas y trabajadoras.

—Pues estarán bien escondidas —dijo Alonso mientras abría su pequeña nevera y sacaba de la misma un botellín de agua.

—De eso nada, lo que pasa es que las otras se ven más. Tienen mucho más protagonismo, ya verás a qué me refiero.

—Lo que espero es que hoy no haya sorpresitas inesperadas —Alonso dio un largo trago del botellín, al fin sacaba el tema que le tenía lleno de tirantez—. Con lo de ayer tuve bastante ración de puñaladas por la espalda para un par de vidas.

—Sí... me hago cargo. De nuevo tengo que disculparme, siento mucho todo el tema de Eloína. Te entiendo bien, aunque no te lo creas, pero entiéndeme a mí, me viniste como caído del cielo. Te necesitaba... y sentí que tenía que aprovecharte. Aún eres más especial para mí por eso.

Alonso se la quedó mirando mientras apuraba su agua. Resultaba obvio que no le había gustado un pelo nada de lo sucedido el día anterior. Para siempre sería recordado como uno de esos días negros a los que es mejor no

acudir jamás, uno que hay que tratar de olvidar, fingir que no existió. En adelante pensar en él solo le traería dolor e incertidumbre, un agujero interno que no sería capaz de tapar. Aunque a cierto nivel comprendía lo que había pasado en aquella lujosa casa, en esencia que los caminos de la justicia a veces son inescrutables, Alonso no podía dejar de condenar moralmente todo lo allí ocurrido. Para él, había varios culpables, como en todo, aunque a lo que a él tocaba directamente toda la culpa residía en Violeta y solo en Violeta. Confió en ella y le engañó. Aquello no solo había abierto una herida en su confianza, sino en la forma en que veía a Violeta. Por más que lo intentara ya nada sería como antes. La ilusión inicial por aquello que tenían, porque algo tenían, ¿verdad?, comenzaba a desgarrarse sin remedio. Ahora esperaba y deseaba que el nuevo día no le deparara tantas emociones repentinas. Que la mañana pasase tranquila y sin sobresaltos.

A los cinco minutos salieron del piso-despacho y llegaron al BMW serie 2 de Violeta. Samuel propuso que en su coche darían menos el cantazo allá a donde iban, pero Violeta le respondió que no importaba, que la conocían bien allí. Le debían mucho, los cuidaba bien, así que no había problema alguno ni para ellos ni para el coche.

Aparcaron en un vasto descampado de tierra rodeado de cascados bloques de viviendas y pequeñas casitas de al menos un siglo. Iban al bloque que se encontraba más al norte: el más grande, el más machacado, el más conflictivo. Una especie de isla rectangular, un gigantesco monstruo rosado formado por bloques adosados de paredes desconchadas y agujereadas, cables colganderos, ropa multicolor en tendederos y decenas de horripilantes grafitis. Aquello era el reino del vandalismo urbano y la pintada macarra, no había pared que no estuviese decorada con nombres y motes varios, amenazas veladas, mensajes a la policía, mensajes a los chivatos, símbolos del dólar o falos varios. Hacía ya varios años que por allí no pasaba el autobús urbano, ni tampoco los mensajeros, ni siquiera los repartidores de Telepizza. No merecía la pena perderlo todo por un paquete o una pizza cuatro quesos.

A pesar de la temprana hora ya pegaba el sol con ganas. Los treinta grados estaban cerca. Los vecinos más madrugadores ya se reunían en corros, fumando y hablando del tiempo, de los fichajes del Madrid y del desgraciado de fulanita o menganita.

—Bueno, ¿y a quién vamos a visitar exactamente? Si se puede saber... — preguntó Alonso al salir del coche y echar un vistazo al desolador panorama.

—Mi gente ha estado haciendo unas llamadas. Como era de esperar, nadie ha visto ni oído nada sobre un reloj de oro antiguo. Pero hay una chica, Guido se llama... —Violeta abandonó también el coche y lo cerró pulsando el botón de la llave.

—¿Guido?

—Guidomar.

—Vaya —Alonso arqueó las cejas.

—Pues la tal Guido nos dijo que su novio, Israel creo que se llama, estaba mosqueado con su colega de curro —Violeta hizo la señal de las comillas en el aire—. Se ve que habían dado un palo a un tío que tenía un montón de joyas y antigüedades en su piso y no le había dejado coger nada.

—¿Cómo es eso?

—Al parecer el amigo iba a por una cosa en concreto, no le habló de qué a Israel, y le dijo que no podían llevarse nada más, que a quien robaban era un buen hombre y que tal y que cual. Él le pagaría por acompañarlo, esa era la condición, pero una vez allí se ve que tuvieron problemas entre ellos y discutieron. No se respetó el trato. Lo bueno es que ahora tenemos algo con lo que seguir. ¿No te parece?

—Pues sí, todo concuerda —el detective asentía con vehemencia—. Robo a coleccionista de antigüedades, solo se llevaron una cosa... Hay bastantes probabilidades de que sean los que robaron el dichoso reloj.

Violeta y Alonso dejaron el descampado atrás y llegaron hasta la entrada del edificio, que estaba abierta, como todas las demás. Guido vivía con su madre en uno de los pisos de la segunda planta. Al cruzar el umbral que separaba la calle del interior, Alonso no pudo evitar un escalofrío que le sacudió entero. Se estaba adentrando, literalmente, en lo desconocido. Nada más entrar, a mano derecha, les esperaba una especie de comité de bienvenida en una casa a la que le había sido arrancada la puerta. En una estancia cuadrada con las paredes pintarrajeadas y mierda acumulada en cada rincón se encontraron a un tipo con camiseta blanca interior sin mangas con el faldón metido por dentro del pantalón vaquero pirata que lucía y chancletas Adidas con el pelo corto por delante y muy largo por detrás y a una cuarentona hiper delgada con cara de zombi. Ambos estaban sentados en un colchón y compartían un porro cuyo aroma inundaba la estancia.

—¡Anda, Violeta! ¡Dichosos los ojos! —dijo el tipo de las tracas mientras se levantaba, dejando a la vista el mango de la pistola que llevaba

metida por el cinturón.

—Hola, Paquillo —Violeta estrechó su mano con la de él—. ¿Qué, cómo van las cosas por aquí?

—Pues van, como siempre. *Asaos* de calor, *aburríos perdíos*, con ganas de marcha.

—Ya veo, ya. ¿Y tus sobrinos?

—Puf, *pos* dando por culo *tol* día. No ves que no tienen educación ninguna. Esos en un par años aquí los tengo, intentando robarme la droga.

—Bueno, no seas exagerado, Paquillo —Violeta hizo una pausa, la mujer que acompañaba a Paquillo se había quedado dormida sobre el colchón con el cigarro encendido en la mano—. Os llega lo mío bien, ¿no?

—Sí, sí, todo fenómeno... ¡Coño! —Paquillo, una vez se dio cuenta, acudió raudo a coger el porro de las manos de su amiga—. Esta drogata asquerosa, mírala, *tol* puñetero día así. Da igual la hora que sea. Dale que dale al *porrico*. No vive *pa* otra cosa esta *desgraciá*...

—Venimos a ver a la Guido, ¿sabes si está en su casa? —preguntó Violeta haciendo caso omiso al comentario sobre la chica.

—*Pos* eso me parece. Anoche llegó con el novio, el maricón ese del Isra. Intentó que le fiara un gramo, yo le dije que de fiar *naica*, y menos como están las cosas últimamente... Se me puso chulo y *to* el pavo —Paquillo se mordió el labio inferior con rabia, a continuación, le dio una profunda calada al porro —. *Jodeputa*, le corto la cabeza a él y a *to* su familia.

—Pues vamos para arriba a ver si sigue allí —dijo Violeta, obviando el último comentario y girándose lentamente para salir de esa suerte de portería fumadero.

—Tírale, a ver si tienes suerte —consintió Paquillo señalando hacia arriba con su porro—. Por cierto, ¿quién es tu amigo? Echa un tufo a finolis que no puede con él.

—Éste... —Violeta miró a Alonso que llevaba un rato aplicando el viejo dicho de mirar y callar—. Este es... mi novio. Samuel.

—Sí.... Su novio. Samuel. Encantado —fue lo que acertó a decir el detective a la vez que alargaba su mano y quedaba en el aire unos segundos.

—Sí, venga, tira *parriba*, anda —respondió Paquillo, ignorando la mano del detective y probando otra calada de su narcótico cigarro.

Violeta le hizo una señal a Samuel con la mirada y ambos abandonaron la estancia y dirigieron sus pasos hacia los escalones. Mientras subían, él no

podía evitar mirarla con una fugaz sonrisita en los labios. Novios, ¿acaso eran eso? ¿Acaso aún podrían llegar a serlo? Por un momento se había relajado y olvidado del lugar en el que se encontraban, del peligro y la poca broma, del cuidado y la reserva que a cada paso debía tener. Por un momento había olvidado que ya no confiaba en esa mujer.

—Así que tu novio...

—He pensado que es una buena forma de que salgas de aquí con la cartera al completo y esos zapatos tan caros puestos.

—¿En serio? ¿Me robarían los zapatos?

—Si supieran lo que cuestan... No lo dudes.

—Lo pillo —Alonso miraba bien cada puerta de la segunda planta, lugar en el que se encontraban. Cada una era distinta a su modo, algo sutil, muchas cerraduras, arañazos, nombres escritos, rayados en la madera— ¿Y tú vivías aquí?

—No en este edificio —Violeta se encaminaba hacia la puerta marcada con un tres—. En uno de los del otro lado de la calle. Era el piso de mi pareja de entonces... Gracias a él, conocí a Eloína. Y bueno, ya todo lo demás vino después.

—Así que fue una *Love Story*.

—¿Qué?

—Nada, nada. Todo suele empezar siempre igual.

Violeta golpeó la puerta que tenía frente a ella con los nudillos. Tras aguardar unos segundos, volvió a repetir la operación. El silencio reinante fue roto por unas pisadas y una cerradura abriéndose. Al otro lado del umbral apareció una mujer de unos cuarenta años con el pelo oxigenado y un camisón de estar por casa. En su cara se podía leer que acababan de despertarla.

—¿Viole? —preguntó la mujer nada más abrir la puerta, con los ojos todavía pegados de legañas.

—Sí, Raquel, soy yo.

—¡Vaya sorpresa, nena! —a Raquel se le abrieron los ojos de golpe—. Pasa, pasa. Bueno, pasad los dos *pa* dentro. ¡Cuánto tiempo!

—Este es Samuel —presentó Violeta a la vez que entraban en un piso pequeño pero agradable, limpio y arreglado.

—Encantado —dijo Alonso estrechando la mano de la mujer.

—Igualmen... —empezó a decir Raquel cuando, de pronto, reparó en la redondeada barriguita de Violeta. Abrió la boca todo lo que pudo—. Nena, ¿es

que estás *preñá*?

Violeta sonrió y asintió, instintivamente sus manos fueron de nuevo a parar a su tripa.

—Vaya, nena, qué alegría, ¡enhorabuena! —felicitó Raquel efusivamente—. Bueno, a los dos.

—¿A los dos? No, no. Yo no he tenido la culpa aquí —empezó a decir Alonso, quien en cosa de cinco minutos y un par de pisos había pasado de ser novio a padre.

—Él no es el padre —dijo Violeta sacando al detective del apuro.

—Ah, bueno. Tierra trágame —Raquel rio, Violeta le hizo una señal de que no se preocupara—. De todas formas, hacéis buena pareja, ¿eh? Pero no me hagáis mucho caso, por aquí muchos dicen que estoy un poco loca.

—¿Y por qué dicen eso? —preguntó Alonso, repentinamente interesado.

—Pues porque estuve un tiempo yendo al psiquiatra tras acuchillar a mi padre con un tenedor. ¿Os apetece tomar algo?

—No, no, gracias, tan amable como siempre —rechazó Violeta con una sonrisa, Samuel no sabía si había oído lo que acaba de oír acerca de un tenedor—. Veníamos a ver a tu hija, a la Guido. ¿Está en su habitación?

—¿Eh? No, no creo —la mujer negaba ostensiblemente con la cabeza—. Encontró trabajo hace unas semanas, ¡ya estaba bien! Entra todos los días a las ocho, en una empresa de esas de limpieza de comunidades. Hoy se iba a una del Cabezo.

—Vaya, pues me alegro mucho por ella —admitió Violeta con una sonrisa.

—Ya, gana una miseria, pero al menos es algo. Siempre viene bien —confesó Raquel con cierta tristeza y desazón—. Qué te voy a contar que no sepas ya.

—Ya, lo sé. Precisamente quería hacerte un regalo, ya sabes, por lo bien que te portaste conmigo —Violeta echó mano a su cartera y sacó de la misma unos cuantos billetes amarillos—. Ten, esto es para vosotras.

—¿Eh? No, tía, no. Eso es mucho, no, ¿por qué...?

—Porque puedo, Raquel, sabes que ayudo a muchas familias aquí, y a ti hacía tiempo que no. Cógelo, te va a venir bien. Por los viejos tiempos.

—No puedo aceptarlo, esto es tuyo. Yo no quiero limosnas...

—No es una limosna, es un regalo de amiga —explicó Violeta, que aún sujetaba los billetes cerca de Raquel—. Vamos a hacer una cosa: coge el

dinero, será un préstamo, ¿vale? Uno sin intereses y sin vencimiento. Cuando puedas, si es lo que quieres, me lo vas devolviendo.

Raquel miró a Violeta con mirada de perro pachón y, finalmente, tomó los billetes de su mano, los contó por encima, resopló, incluso se emocionó ligeramente. Definitivamente les venía muy bien, no eran tiempos para hacerse la dura.

—Perdón por romper esta escena tan entrañable, pero ¿sigue aquí el novio de su hija? —terció Alonso poniendo cara afable.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé —respondió Raquel, fajo en mano—. Es posible que siga en su habitación. Ese es más vago que las mantas, si se quedó anoche seguro que no se levanta hasta las doce. No me gusta *naíca*, pero qué le vamos a hacer, es mi hija la que elige...

—¿Podemos...? —empezó a preguntar Violeta.

—Sí, claro, es su habitación de siempre. La del fondo.

Alonso y Violeta dejaron a Raquel en la salita y se internaron por un estrecho y oscuro pasillo salpicado de puertas. Justo al final había una cerrada decorada con un póster de One Direction.

—Escucha —susurró Alonso mientras se internaban por el pasillo—. ¿Ha dicho que apuñaló a su padre con un...?

—Ssssssh, que te va a oír.

Violeta se adelantó un metro y llegó hasta la puerta de la habitación de Guido. Llamó a la puerta, un par de toc toc después y ni el más mínimo sonido o movimiento. Violeta se decidió a dejarse de cortesías y abrir la puerta. Al hacerlo pudieron ver a un tipo rubio extremadamente delgado que solo llevaba unos bóxers durmiendo boca abajo en una cama de noventa.

—¿Isra? —llamó Violeta.

—Colega, ¡despierta! —ayudó Alonso acompañando esa frase con un par de palmadas.

Isra se giró como una croqueta en una sartén, abrió los ojos con dificultad, se fue, muy despacio, incorporando de la cama.

—¿Qué cojones pasa? —dijo con voz de inframundo—. ¿Qué forma es ésta de despertarme, *hijoputas*?

—Tranquilo, chaval. Un respeto —dijo Alonso, adelantándose a Violeta.

—Ni respeto ni hostias —respondió Isra levantándose de la cama de un salto—. A ver, ¿quiénes sois vosotros dos?

—Mírame, seguro que te suena mi nombre, niño. Me llamo Violeta

Cavour y he venido a hacerte un par de preguntas.

—¿Violeta Ca...? Me cago en la pu...

La última palabrota la soltó el joven mientras se daba la vuelta y llegaba a la ventana de un par de zancadas. Todo ocurrió de forma tan rápida e inesperada que cuando Violeta y Samuel se quisieron dar cuenta, Isra ya había metido medio cuerpo por la ventana y se disponía a salir al alféizar.

—¡Vamos, Samuel! Ve tras él... —exclamó Violeta señalando con su dedo hacia la ventana.

—¿Qué?

—¿Quieres recuperar el reloj o no?

—Claro que quiero.

—¡Pues tira! No dejes que escape.

—Pero yo...

—No querrás que salte yo de la ventana, ¿verdad? —terció Violeta clavando de forma severa sus ojos verdes sobre los pardos de Alonso, cuya mirada se fue instintivamente a la barriga de la chica.

—Mierda.

El detective no lo pensó más y se arrojó con todo hacia la ventana. Apoyó las manos sobre el aluminio del marco de la ventana y se encaramó hacia la repisa. Sacó tres cuartos de cuerpo por la ventana y, tras quedar momentáneamente cegado por el sol, vio que a su izquierda se encontraba Isra saltando de una repisa a otra y de esa otra a un balcón. Tras proferir una maldición al aire, el detective se preparó para seguir los pasos del jovenzuelo. Las ventanas estaban bastante cerca las unas de las otras y solo era un segundo piso, así que aquello quitaba algo de dramatismo al asunto. Aunque al fin y al cabo estaba saltando entre repisas, cosa que nunca se le pasó por la cabeza que haría. Ni ese día ni nunca. Hizo como dicen en las películas, no miró abajo, procuró concentrarse y se agarró como una lapa a cada trocito de pared a la que accedía. Abajo un par de chavales jaleaban, gritaban ¡que te caes!, ¡no te tires, capullo!, y cosas por el estilo entre risas. Se lo estaban pasando de vicio. Alonso no, él sufría con cada salto, con cada tentativa. De la primera a la segunda, bien, de la segunda a la tercera, un mínimo resbalón que le transportó el corazón en la boca. El salto al balcón era el más sencillo, quizás por eso, porque se confió, en vez de caer dentro con ambos pies dio una vuelta para aterrizar con la cabeza sobre unas macetas. Recuperó enseguida la verticalidad, comprobó que su cabeza parecía en buen estado y entró en el

piso al que pertenecía ese balcón. La casa estaba vacía, abandonada, con pintadas en las paredes y restos de una hoguera en el suelo. Corrió unos metros y llegó hasta la puerta, que estaba abierta. Salió al pasillo, se encontraba en el bloque de al lado. Se encontró con escaleras. Escaleras para arriba y escaleras para abajo. Lo más lógico era que aquel saltimbanqui hubiese tirado hacia la calle, hubiese llegado a su coche o a su moto y hubiese salido echando humo. Pero entonces Alonso pensó que no tendría las llaves, lo único que llevaba ese muchacho eran unos calzoncillos. Isra pensaría que él creería que su objetivo era irse a la calle, cuando lo que de verdad pretendía era ocultarse en el edificio. Así que Samuel no perdió más tiempo y tiró para arriba. De dos en dos, de tres en tres iba subiendo los escalones, aguzando el oído, tratando de percibir el más mínimo detalle que le indicara un lugar, una dirección que seguir. El tercer piso estaba vacío, en silencio, siguió subiendo. El rellano del cuarto, igual. Era temprano, era agosto, la mayoría aún dormía, allí no se oía nada. Estaría en la terraza. Golpeando una puerta metálica entreabierta, Alonso salió al imperio de los tendedores de ropa. Cuerdas para acá y para allá, sujetas en los lugares más insospechados, una intrincada red de camisetitas, camisas, calcetines, ropa interior, sábanas, muchas sábanas colgando. Alonso las iba apartando con cautela, temiendo que, al hacerlo, que detrás de cualquiera de ellas, se encontrase con el muchacho y alguna sorpresita en forma de golpe. No fue así. En lugar de encontrarse a Isra portando un trozo de cristal o aguardándole tras una funda de sofá para atizarle con un cubo o algún ladrillo, lo que sucedió fue que Alonso escuchó un griterío ininteligible, un chillido desgarrador después y un golpe duro y seco que heló su cuerpo. Confundido, Samuel llegó hasta la barandilla de la terraza y miró para hacia abajo. Circundado por una nube de curiosos, estaban Isra y sus sesos desparramados por el asfalto.

De pronto esa sensación angustiada que sale de las tripas y hace desmoronarse al resto del cuerpo, esa hiel que emponzoña el alma e impide respirar, atacó sin piedad al detective. El bloqueo duró unos segundos, no podía dejar de mirar esa horrorosa imagen, ese joven reventado en el suelo sin nada salvo unos calzoncillos, sin movimiento, sin ilusiones, sin vida. Muerto por una tontería, muerto por una locura, muerto por intentar trepar por un cable de la luz que unía un edificio con otro. Menudo imbécil. Menuda desgracia. Alonso no era capaz de adivinar qué se pensaba, qué correría por la cabeza de aquel pobre diablo cuando se decidió a emprender la ridícula fuga que acabó

con su vida. Hay formas y formas de morir, todas son iguales al final, algunas son inevitables, otras son pura mala suerte. Ésta era pura estupidez. Sería culpa de las drogas, pensó Alonso, sus efectos, paranoia, manía persecutoria, quién sabe, quizás pensaba que algo que hizo en el pasado venía a pedir lo que era suyo. El caso era que ya no lo sabría, y que lo cierto es que ya daba igual. Se había matado por no responder a un par de preguntas.

El detective se encontraba enfrascado en su particular tormento de hipótesis y preguntas sin respuesta cuando una mano se posó sobre su hombro derecho, pegándole uno de los sustos más grandes de los últimos tiempos.

—Venga, Samuel... ¡Alonso espabila! Vámonos de aquí.

—Violeta. Yo... yo no he hecho nada. Te lo juro, yo no, no entiendo...

—Déjalo, ese chico nunca ha estado bien la cabeza.

—Pero... ¿y la gente, la policía? ¿Qué van a decir? Nosotros... Él... En menudo lío nos hemos metido.

—No van a decir nada. No va a pasar nada.

—Sí, claro. Ojalá fuese tan fácil eso.

—Lo es. Mírame, Samuel. Escucha con atención: nosotros no hemos estado aquí. ¿Entiendes?

—Ya, no, pero ¿y los que nos han visto? ¿Y toda esa peña de abajo? ¿Y el camello, la suegra de este chaval...? —balbuceaba Alonso en shock.

—Tranquilo. Ellos jamás dirán mi nombre. Yo me encargo de eso. No tienes que preocuparte por nada. ¿Sabes cómo llamaban a este chaval? —preguntó Violeta, Alonso negó—. El Spiderman de Espinardo.

—¿Qué?

—A este tío le gustaba ir escalando por las paredes, era un loco del *parkour*. Saltaba en las plazas, entre edificios... En todas partes. A nadie le va a extrañar que haya acabado como ha acabado.

—Venga ya, no me jodas —Alonso llevaba las manos en la cabeza un buen rato. Los ojos como platos. No sabía si vomitar ya o dejarlo para otro momento—. Esto es demasiado... ¿Y ahora qué? ¿Qué pasa con el puñetero reloj?

—Tengo una dirección.

—¿Cómo dices?

—Mientras tú corrías tras él, yo eché un vistazo a su teléfono móvil. Lo tenía sobre la mesilla, junto a la cama. He mirado sus últimas conversaciones de Whatsapp y tenía una con un tal Aquino. En ella hablaban del reloj, del piso

del coleccionista... Muy profesional, ¿eh? Le he preguntado a Raquel y sabe quién es, me ha dado la dirección de su madre. Una tal Pili. ¿Te suena de algo?

—Mmm, pues no, ni idea.

Comenzaban a oírse las sirenas de la ambulancia cuando Alonso y Violeta abandonaron la terraza. Bajaron las escaleras a escape y redujeron la velocidad al salir por la puerta de la calle. Aquello se había convertido en un circo en apenas un par de minutos. Ya no eran un puñado de curiosos los que rodeaban el cadáver de Isra, se podían contar por decenas las gentes de toda edad que llegaban y hacían más y más grande la pelota.

Violeta y Samuel decidieron dar un rodeo, echar por otra calle hasta llegar al coche. Durante el corto trayecto que les llevó hasta la dirección de Pili, en el cercano barrio de Los Rectores, Alonso estuvo extrañamente callado y reflexivo, impactado por las desgracias de la vida, por los insondables destinos a los que nos abocan nuestras decisiones. Algo se estaba rebelando en su interior, una sensación hartamente desagradable de no estar haciéndolo bien. De ir contra sus principios.

La calle a la que se dirigieron era tranquila, soleada y llena de viviendas unifamiliares adosadas. Un barrio apacible y limpio con la fábrica de la Estrella de Levante y el centro comercial de El Tiro al fondo. Alonso bajó del coche, caminó siguiendo a Violeta, pero seguía como ausente, con la imagen del chico estampado en el suelo monopolizando su cabeza. Un horror que tardaría en limpiar de su mente. Ya iban dos horrores en apenas veinticuatro horas. Iba a empezar a filosofar consigo mismo acerca de la fragilidad de lo vivo cuando fue interrumpido, sacado de su trance más bien, por una pregunta de Violeta.

—¿Estás bien?

—¿Eh? —Alonso reaccionó mirando a los ojos a la chica, tardando lo suyo en decir lo que iba a decir—. Sí, sí. Estoy bien. Estoy procesándolo. No es el primer muerto que veo, pero da igual... No me hago a la idea. ¿Tú?

—No, supongo que no —Violeta pasó su mano suavemente por el hombro derecho del detective—. Sé lo que te puede estar rondando la cabeza. Y la respuesta es «no». No es tu culpa. Nadie le dijo a ese colgado que saliera corriendo. Nadie le dijo que subiera a la terraza y que se pusiera a jugar al trapecista con el cable de la luz. Tomó él solito un mal camino. Es una desgracia. Punto.

—Ya, ya, lo sé, pero es muy fuerte. No puedo apretar un interruptor y

simplemente quitármelo de la cabeza.

—Ya imagino. Intenta pensar en el caso, centra tu atención en lo del reloj. Vamos a hablar con esta mujer, a ver si con suerte está su hijo y podemos sacarle algo acerca del reloj.

Alonso asintió con vehemencia, obligándose a cambiar de registro, dejar apartado el traumático incidente vivido minutos atrás y centrarse en el asunto que le había llevado hacia todo aquello. Por terrible que fuese, ya no podía hacer nada por ese chaval maleducado que no muchos parecían tener en alta estima. Ese chaval que disponía de toda una vida por delante para acertar o para equivocarse, para seguir igual o para cambiar. Ya no importaba, ya no había más vida para él. Ya nada se podía hacer por el Spiderman de Espinardo.

Llegaron hasta un bonito dúplex de color teja y llamaron al timbre de la puerta enrejada, antesala de un pequeño patio delantero. Al poco la puerta de dentro se abrió, emergiendo una mujer mayor, bastante delgada, vestida con blusa blanca y pantalón beis. Su pelo, abundante y blanco, lo peinaba en una cola, su rostro, aun siendo una mujer bastante guapa, tenía algo extraño a vista lejana que se fue aclarando conforme se acercaba hacia Violeta y Alonso. A pesar del maquillaje, Pili no podía ocultar unas terribles cicatrices que surcaban la mitad derecha de su rostro. Un ojo algo caído, un párpado a medio cerrar, surcos alrededor de la boca, una mejilla con injertos de piel.

—¿Sí? —preguntó la mujer, justo al otro lado de la puerta enrejada, aún sin abrirla.

—¿Es usted Pili? —inquirió Violeta.

—Sí... —respondió la señora, pero mirando a Samuel Alonso fijamente. Frunció el ceño, no le dejó de mirar en los siguientes segundos—. Soy... soy yo. ¿Nos conocemos?

—¿Nosotros? —Alonso se señaló a sí mismo, señaló a la señora a continuación—. Me da que no.

—Verá, señora, estamos buscando a su hijo —Violeta volvió a tomar la palabra—. ¿Se encuentra en casa?

—¿Mi hijo? —preguntó Pili extrañada, parapetada en la seguridad de las rejas—. Pues no, no está, se fue a pasar el fin de semana a la playa..., a casa de unos amigos. ¿Quiénes sois?

—Somos amigos de un amigo suyo que puede que lo haya metido en un lío —explicó Violeta, que no perdía detalle de cómo Pili miraba a Samuel, escrutándolo con descaro—. Solo queremos hablar con él.

—¿Un lío? Mi hijo no se ha metido en ningún lío —dijo Pili, que parecía más nerviosa por momentos—. Os habréis equivocado. Sí, seguro que sí. Por favor, marchaos.

—¿No sabe nada de un reloj de oro? ¿Uno antiguo y muy valioso? —inquirió Alonso mientras agarraba uno de los barrotes de la puerta.

Pili no respondió, en lugar de eso se quedó como pasmada, congelada en el tiempo, mirando sin parpadear al detective, analizando a cada segundo su rostro, preguntándose si era posible aquello en lo que pensaba. Después, su mente desconectó un segundo, un azote interno vino después haciendo que sus piernas flaquearan, cayendo Pili hacia la puerta, agarrándose como pudo a uno de los barrotes. Alonso reaccionó rápido, introduciendo una mano por uno de los huecos de la reja y sujetando a la mujer para que no cayera al suelo.

—No... tú no —dijo mientras sentía como su mundo se desvanecía—. El reloj... ese reloj me pertenece.

Mientras decía las últimas palabras se fue escurriendo por la puerta, a pesar de los esfuerzos de Alonso desde el otro lado. Al menos no cayó de golpe, no hubo que lamentar ninguna herida, pues el detective evitó el desplome. A través de las rejas Violeta pudo registrar el bolsillo de Pili y sacar las llaves. A continuación, y con sumo cuidado, abrió la puerta. Entraron y entre ambos cogieron a la señora, que se hallaba medio grogui, pero no había perdido del todo el conocimiento. Entraron en la casa con la mujer a cuestas y la acostaron en un sofá de una coqueta sala. Violeta se fue a la cocina y humedeció un paño con agua, Alonso se quedó en todo momento al lado de la señora, sujetando su mano. El paso de los segundos, el paño mojado en la frente y las suaves palabras de Violeta hicieron, poco a poco, volver a Pili en sí misma.

Samuel miró a Violeta, buscando una respuesta a una pregunta que no llegó a formular. No hacía falta, era obvio que ella sabía algo sobre el reloj, que sabía bastante, que ese algo, ese bastante, era importante, profundo incluso si había provocado tal desmayo.

—Ya que se encuentra mejor, creo que nos debe una explicación, Pili —dijo Violeta, con un tono agradable mientras la señora se iba sentando en el sofá, sujetando un vaso de agua del que bebía a pequeños sorbos, que le acaba

de traer la joven—. Me parece que hay una historia detrás de lo que acaba de pasar.

—Una historia —dijo Pili, muy despacio, acomodándose, asegurándose de que todo volvía a estar bien—. Siempre hay una historia. Aunque a veces, es mejor no saberla. ¿No?

—¿Me dice a mí? —terció Alonso, sorprendido—. Por mí no se corte, me encantan las historias. Podría decirse que vivo de ellas.

—Me ha sonado tu cara en cuanto te he visto, pero no te he reconocido hasta que has dicho lo del reloj —terció la señora, dejando el vaso de agua sobre la bonita mesa de cristal y acero cromado que tenía justo delante—. ¿De verdad quieres saber?

—Uhm, sí... —Alonso miraba a Violeta de reojo, ésta le devolvía un gesto de ignorancia—. Mire, señora, últimamente tengo la cabeza en los pies, pero estoy bastante seguro de que es la primera vez que la veo.

—Eres muy distinto a él en muchas cosas. Pero os parecéis más de lo que crees.

—¿De qué habla? ¿Se encuentra bien? Igual deberíamos llamar a emergencias...

—Hablo de Santos... Tu padre.

Aquella réplica produjo cierta actividad eléctrica en el estómago del detective. No habría imaginado que su padre saldría a relucir en aquel día.

—¿Mi padre? Pero, pero ¿cómo sabe usted que yo...?

—Sois como dos gotas de agua. Bueno no, él era mucho más serio, tenía otro semblante, otro gesto. Pero lo demás es igual, mismos ojos, misma nariz, misma boca.

—¿Tanto le conoció? —preguntó Alonso extrañado.

—En realidad no, solo le vi una vez... Pero nunca le olvidaré. Llevo treinta y cinco años viéndole aquí —Pili señaló con su dedo índice una de sus sienes—. En mi cabeza.

—No entiendo. ¿Qué hizo?, ¿qué pasó? —exhortó Alonso, gesticulante por los nervios.

—Él... encontró a Ulises.

—Y su reloj —intervino Violeta, encauzando el tema a dónde le interesaba.

—Así es.

—El reloj que tienes tú —prosiguió Violeta sonsacando—. ¿Tú lo

robaste?

—No. No fui yo.

—Tu hijo, fue tu hijo y su colega, Isra —terció Violeta, mirando al detective de soslayo—. Pero ¿por qué? ¿Por qué precisamente ese reloj y nada más?

—Lo vio por el Internet, en una página de un hombre que colecciona cosas antiguas. Hasta su dirección salía... ¿Sabes? Yo le había hablado mucho de él a mi Aquino, ese objeto... significa mucho. Muchas veces le conté la historia de Ulises y su reloj, por eso cada vez que veía en el ordenador uno parecido a lo que yo le había descrito venía corriendo a enseñármelo... Cuando me mostró esa foto no me lo podía creer, me quedé como en shock: era el mismo reloj que yo tenía grabado en mi mente. Con el mismo defecto en la esfera junto al número tres. Era el reloj de su padre.

—¿Su padre? —Alonso se sobresaltó, no comprendía—. ¿Está hablando de Ulises?

—Así es. Ulises no solo tuvo una familia. Él y yo, hace treinta y cinco años... —la emoción acudía a la garganta de Pili—. Estábamos enamorados. Podríamos haber sido una familia de verdad, podríamos... haber sido felices. Pero todo salió mal.

—A ver si me aclaro, señora. Mi padre fue contratado para encontrar a Ulises. Dio con él cuando iba a subir a un barco con destino desconocido y, según me dijo su hija, le entregó el reloj a mi padre para que se lo diera a ella —Alonso hacía un esfuerzo mental, trataba de juntar todas las piezas, hacer la historia sólida.

—Tu padre dio con él, sí, pero no en un barco —Pili asentía, bajaba la mirada. Ya no podía reprimir más las lágrimas.

—¿Cómo dice?

La señora levantó la mirada un momento, justo para buscar la de Alonso y decirle lo más duro que escucharía en su vida.

—Dio con él y le mató.

Alonso dio un involuntario paso hacia atrás. Se llevó la mano al pecho, el aire, de repente, dejó de entrar con normalidad. Una ardiente cascada de miedo y desasosiego le bañó de la cabeza a los pies. Buscó con la mirada algo en Violeta que ésta no le podía dar. Todo eso era nuevo para ambos. Era nuevo para prácticamente todo el mundo. Un secreto enterrado en el tiempo. Una acusación que trajo el mayor miedo que Samuel sintió en su vida. El miedo a

no haber conocido de verdad a una persona que era fundamental para él. Un pilar de su vida. Uno de los gordos. Los cimientos de una personalidad. Su propio padre.

—Pero ¿qué está diciendo? ¡Miente! —tras el miedo la reacción de Alonso fue, como era de esperar, de negación—. ¿Cómo se atreve...?

—Cálmate, Samuel —dijo Violeta, acercándose al detective, que no quería ni alivio ni consuelo, tampoco manos en el brazo. Solo quería la verdad—. Dejemos que se explique. Escuchémosla.

—No miento, de verdad. Te juro por lo más sagrado que no miento.

—Esto no tiene el menor sentido, ¿por qué iba mi padre a matar al tipo que buscaba? ¿Eh? —Alonso iba perdiendo la batalla de los nervios—. Mi padre pudo ser muchas cosas. Un ogro, un hijo de puta al que casi nadie quería, pero no era un asesino.

—No estoy diciendo que lo fuese —Pili tragó saliva, enjugó sus lágrimas, parecía que podría mantenerlas a raya un rato—. Solo digo que lo mató... Que tu padre mató a mi Ulises. Eso es así.

El detective no podía dejar de decir que no con la cabeza.

—No me creo una palabra. No puede ser. ¿Dónde están sus pruebas?, ¿eh? O es que tengo que creer a pies juntillas lo que dice una loca que roba relojes que ve en Facebook...

—Añoranza —dijo Pili casi en un susurro.

—¿Año... qué?

—Añoranza. Villa Añoranza —puntualizó Pili, secándose la nariz con un pañuelo que había extraído de su bolsillo—. Allí está Ulises, bajo el columpio. Allí ha estado los últimos treinta y cinco años.

—Bajo un columpio, dice. Esto no tiene ni pies ni cabeza —Alonso elevaba las palmas de sus manos al cielo, a falta de comprensión esperaba algún tipo de intervención divina que arreglase aquel desconcierto—. Si eso es cierto, ¿por qué no lo ha denunciado? ¿Por qué no llamó a la policía? ¿Por qué ha estado guardando silencio treinta y cinco malditos años?

—Porque no es tan fácil —la mujer suspiró profundamente—. Porque soy débil. Porque soy una cobarde. He tenido miedo toda mi vida, he vivido ahogada, enterrada por el miedo. Al principio no pude hacerlo, ¿qué crees, que esto fue un accidente? —con rabia contenida señaló las terribles cicatrices de su rostro—. Eran otros tiempos, yo... no era libre. Vivía amordazada por el miedo, la violencia... siempre lo he hecho. Hasta que al fin

la vida me libró de todo eso, me libró de él. Del culpable de todo. Después fue pasando el tiempo, meses, años... ya no se podía arreglar, ¿lo entiendes? Había pasado demasiado tiempo y ya no podía hacer nada. Además, tampoco fue su culpa.

—¿Hablas de mi padre?

—Sí. Él le obligó a hacerlo.

—¿Quién? —preguntó Violeta, quien no perdía detalle alguno de la reveladora historia de aquella mujer—. ¿Quién le obligó a hacer algo así?

—Él. El malo de esta historia. El que me hizo esto en la cara: Mario Infer.

—¿Infer? ¿Quién es ese tío? —preguntó Alonso en tono ya más sosegado, tratando con dificultad de entender todo correctamente.

—No era un simple hombre, Infer era otra cosa... Era un demonio —con cada palabra, Pili se iba sintiendo mejor. Más segura, más entera, estaba desahogando un corazón lleno de miedo y secretos guardados durante demasiado tiempo—. Un loco. El mal hecho hombre. Yo... nunca he culpado a tu padre, fue terrible, pero al final hizo lo que tuvo que hacer.

—Pero, pero no puede ser. Yo le conocía bien. Por el amor de Dios, era mi padre. Él no pudo...

—Ve a Villa Añoranza, está casi al final de la Senda de Granada, es una vieja casa en plena huerta. Investígalo. Desentierra la historia. Haz lo que yo nunca tuve el valor de hacer...

—¿Y por qué el reloj? —preguntó entonces Violeta, quien también trataba de encajar todas las piezas—. ¿Por qué arriesgarse en un robo? Allanamiento... —ella sabía bien de qué hablaba—. No lo entiendo. ¿Tan importante es?

—El reloj es Ulises —contestó rápidamente Pili—. Es más que un simple reloj, refleja su sufrimiento, sus ganas de vivir. Ese reloj era su propia vida.

—Lo mismo me dijeron su hija y su nieta —terció Alonso, dejando a Pili unos segundos en silencio—. Que el reloj es algo así como la herencia emocional de la familia. Por eso estamos aquí.

Pili eliminó con el pañuelo las últimas lágrimas que comenzaban a secarse en su cara. Acto seguido se llevó las manos a la altura del cuello, a la fina y discreta cadenita de oro que de él colgaba. Tirando de ella sacó de entre el cuello de la blusa un objeto esférico y dorado, castigado por el tiempo, con una pequeña ruedecita adosada. Se sacó la cadena y abrió con un clic el reloj, contemplando una vez más esa cosa que tanto decía, que tantas emociones

transmitía, que tantos recuerdos atesoraba. Cerró los ojos y alargó la mano hacia el detective, dándoselo, pero no dándoselo. Diciéndole cógelo, pero deseando que no lo hiciera. Alonso lo cogió con dos dedos, muy despacio, contemplando que, en efecto, solo era un viejo reloj. Aquello no otorgaba súper poderes a su portador, tampoco era especialmente bonito, solo era un cachivache para ver la hora más. Una pieza de museo por la que pasarías delante sin ni siquiera fijarte.

—Tenemos que irnos —dijo Violeta, sacando de repente a Alonso de su ensimismamiento.

—Espera, ¿qué dices? Aún hay muchas incógnitas sin resolver —respondió Samuel, metiéndose el reloj en un bolsillo del pantalón.

—Aquí ya no vas a encontrar más respuestas, Samuel.

—Pero yo, ella...

—Nos iremos ya, Pili. Sentimos mucho lo ocurrido —dijo Violeta hacia una ausente Pili que hacía ya unos minutos que estaba, pero no estaba allí—. Estese tranquila por lo de su hijo, solo queríamos el reloj. No se verá afectado por nada de esto.

La mujer no dijo nada, tan solo asintió despacio sin siquiera mirarla. Sus ojos se perdían en el suelo, su mente en algún lugar anegado por el mar del tiempo. Samuel iba a decir algo, pero su presencia allí ya se le antojaba innecesaria, también sus palabras. La verdad era que, si aquello existía realmente, esa Villa Añoranza estaba a pocos kilómetros de allí. Así que se dio la vuelta y abandonó la casa junto a Violeta, en silencio.

Una vez fuera, el potente sol les recordó que iba a ser un día largo y tórrido. Alonso no sabía cómo sentirse. Acababa de resolver el caso, tenía el reloj de oro de Ulises en el bolsillo e incluso había desaparecido de su mente el tema de Eloína y la imagen del joven cadáver de Isra. Ahora le bullía algo más importante en su interior, exageradamente personal, algo que jamás imaginó pero que, dadas las circunstancias, tenía muchos visos de ser realidad. Un caso había acabado, otro inmediatamente daba comienzo. Debía ir a aquella villa, Villa Añoranza, debía comprobar si Pili decía la verdad. Si allí encontraría lo que ella decía y, de ser así, qué tenía su padre que ver en todo aquello. Debía saber si su padre era o no un asesino.

—Escucha, Samuel. Mírame. Creo que esto lo tienes que hacer solo —le dijo Violeta acercándole las llaves de su coche.

—¿Qué? —Samuel arrugó el entrecejo, alargó la mano, pero no llegó a

coger las llaves—. ¿No vienes?

—Cógelas, yo llamaré a un taxi —Violeta le puso ella misma las llaves en las manos a Alonso. Éste la miró, ella le devolvió la mirada, se acercó y le dio un casto beso en los labios que no tuvo respuesta—. Sé fuerte, no confíes en nadie, solo en ti. Solo en lo que te transmitan tus ojos... Cuando quieras, ya sabes dónde encontrarme.

Alonso contempló a Violeta alejarse calle abajo mientras ésta sacaba y se llevaba el teléfono móvil a una oreja. Era hora de reaccionar, abandonar el estado de trance en el que las confesiones de Pili le habían metido. Apretó con fuerza las llaves y se encaminó hacia el BMW de Violeta. Abrió la puerta, entró en el asiento del piloto, ajustó el espejo, introdujo la llave, se dio una maldición en forma de arena y arrancó.

La zona de la que había hablado Pili se encontraba a apenas cinco minutos de allí. Un carril estrecho salpicado de casitas a diestra y siniestra, algún que otro chalé enorme, huertos de naranjos y limoneros, más alguna palmera. Zona de huerta total, casi un laberinto de cercados y pequeñas villas en el que lo verde se abría camino. Una casa vieja, casi al final de la Senda de Granada. Alonso apostó consigo mismo que no sería fácil dar con ella. Tampoco encontraba a nadie que le ayudara en aquel microcosmos de casitas y huertos. Siguió avanzando hasta que prácticamente solo había huertos a un lado y a otro, vallas metálicas, árboles y ruinas. Tras unos kilómetros sin novedad, Alonso vio a un anciano llevando una carretilla por el borde del carril. Paró el coche a su altura y bajó la ventanilla.

—Buenas —dijo Alonso, casi gritando—. ¿Le importa si le hago una pregunta?

—Hazla si la *ties* que hacer, no te *via* cobrar —respondió el hombre tras detenerse y secarse el sudor de la frente con un pañuelo. Llevaba la camisa de manga corta abierta y unos pantalones grises polvorientos. Alonso se fijó en la enorme nariz en forma de berenjena que dominaba en su rostro—. Lo más que puedes es gastar saliva.

—Y tiempo.

—¿*Ices*?

—No, nada. Estoy buscando una vieja casa que se supone que anda por estos lares. Villa Añoranza la llaman. ¿Le suena de algo?

—Uh, que sí me suena —el señor se persignó en medio segundo—. Yo de *usté* ni me acercaba allí, fíjese lo que le digo.

—¿Por qué? —preguntó con cara de extrañeza.

—Hombre, pues no le *via icir* que esté *encantá*, pero a mí siempre me ha *dao* mucho repelús esa casa.

—¿Cómo que *encantá*? ¿Me está usted hablando de...?

—Ánimas, espíritus, cosas raras de esas. Cosas que uno ha *io* oyendo. Nadie se acerca allí, ¿sabe *usté*? Es un sitio de esos que da respeto.

—Ya, ya, ¿y qué cosas se cuentan? Si se puede saber.

—*Joer*, ¿es que va a escribir un libro *desto* o qué?

—Pues mire, me lo voy a pensar. Últimamente me pasa cada cosa...

—Entonces vaya a Villa Añoranza y verá —el señor hizo un gesto con la mano como abanicándose—. *Icen* los que vivían cerca que *toas* las noches había ruido de críos jugando, y lo raro es que en esa casa no vivía nadie desde principios de siglo, del *pasao*, ¿me entiende? Me da escalofríos *na* más de decirlo.

—¿Eso es todo?, me esperaba otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Pues no sé, una bruja o algo así. Pero críos jugando...

—Se nota que no estaba *usté* ahí por las nochecicas. Si no, a lo mejor, otro gallo le cantaría.

—Es posible —Alonso se acarició la nuca, iba siendo hora de ir al grano y poner fin a esa extraña conversación—. Bueno, y ¿dónde está la villa esa?

—Pues tiene que seguir hasta allí al final, ¿ve esas dos palmeras? —dijo señalando al horizonte—. Cuando llegue a su altura vaya por el caminico de tierra de la derecha y ya tire *to recto pa* la casa.

—Ok, gracias —Samuel se apresuraba a volver a encontrar el botón de subir la ventanilla—. Me faltaba ahora encontrarme con un fantasma...

—¿Mande?

—Nada, hombre, nada. Que con Dios.

Alonso siguió su camino, dejando paulatinamente atrás al buen hombre, que no tardó en volver a coger su carretilla y proseguir con su sacrificada jornada. En efecto, al llegar a las dos palmeras del fondo había un camino de tierra, camino que no carril, pues el coche apenas pasaba rozando la maleza de más de un metro de alta que se agolpaba a ambos lados de la senda. Al final del mismo estaba la casa, o más bien el recuerdo de lo que debió ser una casa.

Sí que parecía una casa propia de las películas de terror: gris, devastada, oxidada. Una planta, tejado a dos aguas cubierto de cañizo, paredes de adobe con el encalado reseco y descascarado. Los árboles se cernían sobre ella como si su misión fuese darle cobijo. Los grillos, chicharras y demás bichos que en sus ramas habitaban chillaban como si no hubiese un mañana. Todo formaba un cuadro muy raro, con maleza y enredadera por cada grieta de unos muros que parecían aguantar a duras penas el irresistible paso del tiempo.

Samuel echó el freno de mano y abandonó el coche. Junto a la puertecita de la valla de cañizo que daba entrada a la finca había un cartel de madera tallada que rezaba Villa Añoranza. Entró en un pequeño patio delantero en el que no había nada salvo matas, profusa vegetación que dejaba un pequeño sendero que conducía a los dos escalones de piedra que a su vez llevaban a una puerta de robusta madera de roble. Por el marco derecho trepaba una lagartija. Alonso iba en busca de la ganzúa que solía llevar en la cartera cuando decidió probar suerte y mover el pomo. La puerta se abrió con un gruñido que se oyó en toda la huerta. Dentro todo era como una fotografía de color sepia: mesa y sillas cubiertas por una gruesa capa de polvo, un polvo que se encontraba a espuestas en el aire, flotando parsimonioso en el viciado ambiente. Un jarrón que algún día debió contener flores le dio la bienvenida. Un espejo negro, comido por el tiempo, parecía la entrada a otra dimensión. Un felpudo bajo el cual habría decenas de micro especies.

Alonso dejó el recibidor atrás y pasó a lo que parecía ser el salón. Al cruzar el umbral que separaba ambos espacios se percató de un enorme agujero, a la altura de su cabeza, que decoraba la puerta de la sala. La nueva estancia seguía la tónica de la anterior, polvo por doquier y una oscuridad apenas rota por un par de haces de luz que entraban por entre las lamas de la persiana. Había una gran mesa de madera cubierta por un mantel oscuro, dos sillones de mimbre con los asientos desgastados, una mecedora y una chimenea en una de las paredes laterales. Sobre la misma una repisa de fotos viejísimas en blanco y negro que apenas se distinguían por efecto del polvo acumulado. En las paredes colgaban media docena de platos pintados, la típica decoración de barraca de toda la vida. Pendiendo del techo, entre las colañas, otra pieza de museo, una antigua y señorial lámpara de araña. Siguió avanzando a través de un oscuro pasillo salpicado de puertas, sintiendo y oyendo el crujir del suelo con cada pisada. Al final se encontraba la luz. Una escalera que daba a la planta de arriba y nueva puerta daba al patio trasero de

la villa, mucho más amplio que el delantero, también más florido y salvaje. Una vieja bicicleta oxidada, un banco de madera, un par de higueras con decenas de frutos negros en el suelo. Flores, muchas flores creciendo sin control. Alonso clavó su mirada en la figura central del patio: un viejo columpio con dos asientos de madera carcomida colgando de oxidadas cadenas. Ahí vino el primer escalofrío. Un escalofrío a más de treinta y cinco grados centígrados de temperatura.

El detective se acercó a la zona del columpio sin despegar los ojos del suelo. Balanceó uno de los asientos, provocando un molesto chirrido que se metió en su cabeza. Después se puso a pisar por la parte central, justo entre ambos asientos, levantando la tierra con poco convencimiento con la punta del zapato. No podía ser. No se lo podía creer. ¿De verdad había allí lo que había dicho Pili? ¿De verdad encontraría un cuerpo? ¿Un cadáver? ¿Huesos bajo tierra? De repente, todo se había vuelto como una película, una de esas en las que el personaje que creías que era como era resultaba que no era para nada como parecía que era. Una en la que los secretos sobrevivían varias décadas, soterrados por el egoísmo y el miedo.

Llegados a aquel punto, Alonso tenía dos salidas. La salida número uno era abandonar ese lugar que le ponía los pelos como escarpas y no volver jamás. No hablarle de ello a nadie, obligarse a borrarlo de la mente, como debía hacer con tantas otras cosas que le habían sucedido últimamente. Hacer como que no sabía nada, que aquella historia nunca había llegado a sus oídos. No remover el pasado, dejarlo enterrado. La salida número dos le llevaba a entrar en un pequeño cobertizo de madera situado tras la higuera, buscar una pala o alguna herramienta parecida y ponerse a cavar como un condenado en la zona del columpio. Con la primera su vida seguiría siendo exactamente la misma, por la salvedad de un y si que le acompañaría toda la vida. ¿Y si era verdad? ¿Y si pude hacer algo? ¿Y si papá era un asesino? Con la segunda se arriesgaba a descubrir la verdad sobre su padre. La verdad sobre Ulises. La verdad verdadera. Merecía la pena indagar en busca de la verdad. ¿No se dedicaba a eso? Debía olvidarse de teorías y repercusiones. Debía ser él. Debía decidirse y lo hizo. Efectivamente, en el cobertizo había varias y enrobinadas herramientas. Entre ellas una pala de áspero mango y oxidada plancha.

Era casi mediodía, el sol caía de pleno. Los bichos aumentaban el volumen de su concierto. Alonso se quitó la camiseta, la dejó colgando de la

parte superior de la estructura del columpio y empezó a cavar. Pala al suelo, pie a la pala, sacar tierra. Una vez, y otra, y otra, y otra más. Secarse el sudor de la frente. Vuelta a la tierra. Alonso negaba con la cabeza, no se lo terminaba de creer. De pronto se sentía ridículo, perdiendo el tiempo, haciendo el indio en medio de ninguna parte. Al menos nadie había allí para verlo, ningún testigo que observara a un tío sudando como un cerdo haciendo un agujero en un patio de una casa perdida de la huerta. El caso es que siguió dándole a la pala, siguió sacando tierra, con el cegado empeño de quien busca un tesoro. Solo que aquello, si lo encontraba, era todo lo opuesto. Lo contrario a un tesoro. ¿Cómo llamar a eso? Alonso dio pronto con la palabra: no estaba buscando un tesoro, estaba buscando un castigo. Uno para algo que él no había hecho, ni siquiera buscado o merecido, pero que de dar con él le devastaría.

Siguió cavando, haciendo el agujero más y más profundo, agolpándose en los laterales la tierra extraída. Ya se hacía necesario entrar en el hoyo para proseguir. Samuel echó un rápido vistazo, la tierra se le había adherido por todas partes, pantalones y zapatos polvorientos, una fina película de tierra se le pegaba en el torso, creando con el sudor una asquerosa capa que tardaría en abandonarle más de una ducha.

Escupió al aire y siguió cavando. No se iba a ir ahora. Si las negras previsiones eran ciertas, estaría ya muy cerca. Si era una macabra broma, aún seguiría cavando un buen rato más. Pero nada de bromas, el destino no iba a ser tan amable. Dos palazos después, dio con algo sólido. Un *crack* en toda regla. Ese fue el momento del segundo escalofrío, el definitivo. Tragó saliva, clavó la pala a un lado y se agachó. Aquello tenía toda la pinta de ser lo que parecía ser. Lo que se suponía que debía ser pero que Alonso deseaba que no fuese. Utilizando las manos comenzó a apartar la tierra de la cosa, limpiando con los dedos, soplando incluso hasta quedar bien definidos sus contornos. Cuanta más prisa se daba, más claro quedaba que aquella cosa que iba a sacar de la tierra era un cráneo humano.

El detective se limpió el sudor con el antebrazo y se sentó en su hoyo. Tenía muchas cosas en las que pensar, muchas opciones que sopesar, mucha hiel que tragar. Algunas relacionadas con el honor y la nobleza, otras con la mentira y la miseria. Podría haber enterrado literalmente la verdad, ser otro portador de aquel secreto durmiente durante treinta y cinco años. Callar durante treinta y cinco más. Mirar a otro lado... Pero no lo iba a hacer. No podía dejar de averiguar de quién era ese cráneo que no podía dejar de

observar. Quizás fuese de Ulises, quizás no. Quizás fuese asesinado por su padre, quizás no. Aquello dejaría de depender enteramente de él en unos segundos. Iba a hacerlo público, el secreto iba a dejar de ser tal. Podría destapar la caja de Pandora, pero le tocaba hacerlo. Estaba decidido, iba a dar parte.

Alonso sacó su teléfono móvil de uno de los bolsillos de su pantalón y comprobó si tenía cobertura. Una raya. Debía ser suficiente. Marcó el número de la policía y se llevó el móvil a la oreja. Estática, pitidos, el primer tono. Pronto se sabría la verdad. Pronto aquel apartado rincón se llenaría de agentes del orden y de la científica. Pronto un nuevo agujero se abriría en el alma de Samuel Alonso.

Capítulo 6

Villa Añoranza

28 de diciembre de 1980

Largo. Infructuoso. Perdido. Así nota Santos que está siendo el fin de semana. Se ha recorrido media ciudad para nada. Ha vuelto a hablar con todo familiar, amigo y conocido de Ulises para nada. Con los compañeros de partida de dominó del bar de su barrio, con los vecinos de su bloque, hasta con el médico de cabecera. Ha vuelto a contactar con su amigo Eugenio, ha intentado hacerlo con alguien más de la policía, pero aquello es una vía muerta. A los polis no les ha gustado nada, no les gusta Santos, no le van ayudar. Le han dado con la puerta en los morros.

Para más inri no ha estado solo en sus empeños. No tardó mucho en percatarse de cierto Renault 5 gris oscuro que le seguía allá donde iba, que se paraba allí donde él se paraba. Mañana, tarde y noche. Incansable. Una

sombra perenne con el nombre de Mario Infer escrito a fuego. Parecen dos tipos, los del coche, probablemente los mismos que le golpearon y que acompañaron a Infer durante su charla, por llamarla de alguna manera, del viernes noche en la nave abandonada. Santos no solo está agotado mental y físicamente, encima está presionado con una vigilancia constante y asfixiante. Una presencia descarada que le dice a las claras una cosa: encuentra a Ulises o pasarán cosas. Cosas para nada buenas, desde luego, cosas que ni siquiera se atreve a pensar. Cosas que podrían desencadenar lo inimaginable.

Sea como sea, Santos no se puede concentrar. Además, hace rato que se le han acabado las ideas, aunque es demasiado terco como para admitirlo. Bebe cerveza en el Príncipe de Gales, un pub situado justo al lado de su despacho, mirando al techo, buceando entre el aborrecido humo del ambiente, esperando que la divina providencia ilumine una senda en la que no sabe por dónde tirar, pero la divina providencia no parece interesada en iluminarle nada. En lugar de eso hace acto de aparición lo que parece ser una mujer de metro noventa, permanente en su negrísimo pelo, chaqueta multicolor de imitación de piel, camiseta amarilla, minifalda azul y leotardos oscuros, que calza botas de mosquetero. Santos se lleva una mano a la frente nada más verla, nada más reconocerla. La mujer se sienta en el taburete de al lado y sonrío todo lo que puede, dejando para la posteridad una blanquísima dentadura.

—Hola, guapo —dice la mujer, que de cerca no parece tan mujer.

—Vete a tomar por culo, Santiago.

—Madre mía, Santos, ¿qué te pasa?, ¿así es cómo saludas a las viejas amigas?

—Yo nunca he sido amigo tuyo —responde el detective tras dar un trago de su cerveza.

—Hay que ver que cabecica más mala tenemos cuando queremos, ¿eh, guapetón? —el tal Santiago se acerca cada vez más a la posición del detective, a punto está de invadir su espacio vital—. Cuando ya no te hace falta alguien, hala, a tirarlo a la basura.

—Humo. O te arranco esa peluca tan fea.

El tal Santiago vuelve a su posición en el taburete, puede leer en el semblante de Santos que no está para muchas bromas.

—¿Qué te ha pasado, chico? Estás hecho un asquito, te lo digo desde el cariño que te tengo, ¿eh?

—No te importa.

—Bueno, vale, no me importa —Santiago se hace el ofendido, disimula haciendo como que se arregla sus larguísimas y azules uñas—. Tampoco hay que ponerse así, solo me estoy preocupando por ti.

—Pues corre a preocuparte por otro.

—En esas estaba, no te creas. Llevo todo el día intentado hablar con tu amiguito Carlos, pero parece que se lo ha tragado la tierra. ¿Tú sabes algo?

—No. —Otro trago a la cerveza; ya queda nada.

—¿Cómo que no? ¿Creí que tú y él...?

Santiago no llega a terminar la frase porque, de repente, tiene dos enormes manos agarrándole de la pechera y levantando todo su peso, que no es poco, al menos un palmo sobre el suelo. Cuando Santos se percata de que tanto el barman como algunos clientes lo miran, de que se ha hecho cierto silencio alrededor, suelta a Santiago y vuelve a su cerveza.

—¡Qué carácter, chico! —dice Santiago, atusándose las ropas y volviendo a sentarse en su sitio—. Solo te estaba preguntando por él.

—No sé nada de él. Y no voy a saber nada nunca. ¿Estamos?

—Vale, vale, no te sulfures más. Creí que te preocupabas por él, eso es todo.

—He ayudado mucho a Carlos, lo sabes, pero ya no es asunto mío. Ya no.

—Lo pillo, lo pillo —Santiago levanta las manos en símbolo de paz—. Sé que Carlos te está muy agradecido. Ya sabes, no es fácil llevar esta vida. Pero bueno, él también te echó una mano de vez en cuando, ¿no? —Santiago guiña un ojo, se la está jugando y lo sabe—. Tú me entiendes.

—Escucha —Santos mira a un lado y al otro, acerca su cabeza a Santiago, éste hace lo propio—. Lo de confidente ya es agua pasada, no te debo nada. De hecho, ni te conozco oficialmente. No eres nada, no vales nada... Cierra la boca o te la parto.

—Tranquiiiilo. Ya lo dejo, ya —Santiago se mete la mano en la chaqueta y saca un paquete de tabaco—. ¿Quieres que hablemos de otra cosa?, ¿política? Soy una chica de recursos, universidad de la calle, ya sabes. No sé, ¿te va la política? ¿Cuántos telediarios crees que le quedan a Adolfo Suárez? Un cliente me dijo la otra noche que...

Santos se levanta sin siquiera mirarle, deja unas monedas sobre la barra y se dirige hacia la salida. Unos pasos después, la voz de Santiago se confunde con otras decenas de voces, al poco ya no escucha nada. Sube los peldaños que le devuelven a la calle, a la fría y navideña noche murciana. De algunas

ventanas cuelgan las lucecitas de colores, espumillones y otras chufas del estilo de las que ya se está hartando. Santos no tiene tiempo de reparar en eso, de dejarse llevar, de disfrutar de las entrañables fiestas. Mira a un lado y otro de la calle, ni rastro del Renault gris, quizás los hombres de Infer también tienen que descansar, comer y todas esas cosas. ¿No tienen a más gente para el relevo? Vaya usted a saber. Aquello le sienta bien al detective, el sentirse libre, aunque sea por un rato. Está siendo el peor fin de semana del año y se puede convertir en el peor de su vida. Podría volver a casa junto a su mujer y su hijo, desde luego que ya es hora, y más sabiendo que las cosas en casa están empezando a mejorar, pero decide subir un momento a su despacho. Dos son los motivos que le impulsan a dicha decisión: el primero, como siempre, para dejar la pistola y la antigua placa de policía. Concha no quería ver la pistola ni en pintura. Eran palabras textuales, una orden que Santos acataba sin problema. La segunda razón se encuentra en uno de los cajones de su escritorio, es de un cristal verdoso y contiene un delicioso líquido morado. Subirá, dejará el arma y se tomará un par de chatos de vino. Solo un par pues debe conducir a casa y, aunque no anda lejos, tampoco hay que tentar de más a la suerte.

Sube con prisa los escalones de su edificio y llega a la puerta de su despacho. Enseguida se percata de que algo no cuadra, algo no va bien. Tensión en la nuca, sudor frío, los sentidos en alerta. La puerta está entreabierta.

Santos desenfunda su revólver y se aproxima a la entrada muy, muy despacio. A su cabeza acude de todo en un segundo, desde que son los hombres de Infer a que le han entrado a robar. O quizás solo es que se dejó la puerta abierta la última vez que salió del despacho, cosa que duda enormemente. Avanza intentado hacer el mínimo ruido, se pega a la puerta, no oye nada, el interior está oscuro. Con una mano empuja suavemente la puerta para abrirla del todo mientras que con la otra apunta con su arma al interior. Un instante después, la luz del rellano le permite ver la razón de la puerta abierta: sobre el suelo, hecho una pelota, se encuentra Carlos. Su amiguito Carlos. Santos se acerca con tiento, observa que no hay nadie más allí. Se agacha y comprueba que, aunque poco y con dificultad, Carlos respira. Trata de volverlo en sí, pero no lo consigue ni por asomo. Su cara le recuerda a la de Rocky Balboa durante su combate con Apollo Creed. No le caben más hostias por centímetro cuadrado. No podría abrir los ojos, aunque quisiera,

tiene cortes y magulladuras por todos lados. En la frente lleva tatuada en mayúscula la palabra maricón. La rabia, la impotencia, empiezan a hacerse fuertes en el interior del detective. Una sensación que empieza a dominar su cuerpo, llenando sus pensamientos de dolor, sangre y violencia. Corre a colocarlo sentado para intentar cogerlo cuando llega lo peor. El chico lleva una nota grapada al jersey lleva una nota. Un trozo de papel que dice: «Encuentra a Ulises pronto o la próxima será tu mujer».

Santos aprieta los puños y los dientes con tal fuerza que está a punto de hacerse saltar los empastes. Quiere gritar, pero sabe que no debe. Quiere destrozarlo todo a su alrededor, pero sabe que no es lo más inteligente. A pesar de la rabia que siente es capaz de tener la sangre fría para no fastidiarla. De encontrar la serenidad suficiente para no hacer estallar su vida en mil pedazos. Arranca la nota del pecho de Carlos y se la guarda en un bolsillo. Decide comprobar cómo está el muchacho. El resto de su cuerpo no parece mejor que su rostro. El detective observa las manos ensangrentadas, faltan varias uñas. Santos levanta el jersey y observa multitud de moretones y cardenales, su torso parece un mapa del ensañamiento. No tiene ni idea de esto, pero es muy probable que este chico tenga algo roto, algunas costillas fijo, quizás algo más. De pronto, su vista se detiene unos centímetros más abajo, ¿cómo no se había dado cuenta antes? La entrepierna de Carlos sangra profusamente.

Santos necesita pensar qué hacer, y necesita hacerlo con la mayor celeridad posible. Por nada del mundo quiere que le relacionen con Carlos. ¿Qué iba a pensar la gente? El detective maricón ¿Qué sería de su carrera como investigador? Ya todo se acabaría. ¿Qué sería de su día a día? Ya nadie le miraría igual, ya nadie le trataría igual. ¿Qué pasaría con Conchi, con Pedro y con el pequeño que está por venir? Probablemente lo perdería todo. Debe sacarlo de allí, dejarlo en otro lugar, llamar a una ambulancia y que sea lo que Dios quiera.

Entonces se le enciende la bombilla. Es de noche, y tarde, así que eso juega en su favor. Sale al descansillo y llama al ascensor. En lo que tarda en llegar, Santos se apura a coger a Carlos por las axilas y arrastrarlo hasta el rellano. Nervioso, rezando porque ningún vecino aparezca en ese delicado momento, el detective aguarda hasta que las puertas del ascensor se abren. Victoria, no hay nadie. Vuelve a arrastrar al chico, esta vez al interior del ascensor, y pulsa el botón de menos uno, el garaje. Antes de que las puertas se

cierren, Santos abandona el habitáculo, él irá por las escaleras. Toda precaución es poca. Llega abajo a la vez que el ascensor. El garaje está oscuro, húmedo, solitario. Santos vuelve al ascensor y, esta vez, toma con sumo cuidado a Carlos cargándolo en su hombro. Por fortuna, el muchacho es bastante tirillas, lo que se dice un peso pluma. Aun así, le cuesta llegar hasta la puerta trasera, la usada para entrada, y que les llevará a la calle de atrás. Antes de salir, Santos se cerciora de que no hay ningún caminante nocturno por aquellos lares ni ninguna ventana indiscreta. No hay moros en la costa, así que Santos avanza hasta un contenedor de basura y deja al maltrecho Carlos sentado con media espalda apoyada en él.

No hay tiempo para un último vistazo, no hay tiempo para la ira, no hay tiempo para decir lo siento. Santos acelera el paso, callejea y vuelve a su calle. Allí le aguarda una cabina telefónica, lugar desde el que llama a Emergencias. Es muy escueto, a un hombre le han dado una paliza. Está grave. Dice el nombre de la calle y, cuando le van a preguntar por su nombre, cuelga.

Con paso aparentemente tranquilo, pero con un mar embravecido de nervios en el interior, Santos cruza la calle y entra otra vez en su edificio. Llega por las escaleras hasta su despacho al que, esta vez sí, se le había olvidado cerrar la puerta, y entra. Cierra, da unos pasos hasta el escritorio y enciende un flexo. Se posiciona cuidadoso en la ventana y, tras las cortinas observa a Carlos apoyado en el contenedor. El pobre está reventado. Santos se queda ahí quieto, muy quieto, apenas respirando, sintiéndose todo lo culpable que se puede sentir, rogando para que la dichosa ambulancia llegue de una maldita vez. La angustia va en aumento, la incertidumbre de no saber qué va a pasar. A Carlos, a él, pero sobre todo a su familia. La decepción, la traición, un torrente de malas sensaciones que se hacen fuertes en su estómago. Al par de minutos comienza a escuchar la inconfundible sirena. La ambulancia se interna en la calle, sus faros iluminan a Carlos. Dos sanitarios abandonan como un rayo la furgoneta y se disponen a atender al muchacho.

Santos suspira y se aparta de la ventana. Ahora más que nunca necesita ese par de chatos de vino. Agarra la botella y ni busca el vaso. Saca el corcho y directo al colete. Un trago, otro. El calor interior reconforta, aunque el dolor es muy intenso. Está a nada de derrumbarse, pero no va a caer. Tiene demasiado que perder como para dejarse llevar, como para permitir hundirse. Una cosa la tiene bien clara: no va a ir a la policía. Nadie le quiere allí, nadie va a creerle, nadie debe saber nada de su relación con Carlos. Así que bebe un

poco más. Entre trago y trago lo decide: esta noche va a ir a casa acompañado. Concha no se va a enterar, pero hoy se lleva el revólver con él. Por si las moscas, por si le siguen presionando, por si las amenazas se transforman en hechos... Por si tiene que usarlo. Decía uno que es mejor tenerlo, pero no necesitarlo que necesitarlo y no tenerlo. Como en las películas, lo va a meter debajo de la almohada.

Abandona el despacho y vuelve al gélido exterior. Sube al coche, lo arranca con paciencia y se dirige a casa. Ya apenas hay tráfico, vuelve a ser el dueño de la carretera. Es lo que tiene conducir a esas horas. Asfalto y luces, el cielo negro y nada más. Cuando llega a casa el hogar se encuentra en tinieblas. Tratando de hacer el menor ruido posible avanza hasta la habitación y se quita la chaqueta, la camisa, los pantalones y los zapatos. Antes de meterse en el sobre observa a Pedro durmiendo como un bendito. Entra en su frío lado de la cama, pone con disimulo la pistola y se arropa hasta el cuello. Hace más frío del que creía, los efectos del vino se van disipando. Santos se queda mirando la lámpara, en realidad no está viendo la lámpara, solo tiene los ojos abiertos de par en par, mirando, pero no viendo nada. Solo sangre, golpes, un túnel oscuro del que no ve la luz.

—¿Estás bien?

—¡Dios! —expresa Santos sobresaltado llevándose una mano al pecho—. Perdona, Concha, creí que estabas dormida.

—Lo estaba, hasta que he abierto un ojo y he visto al conde Drácula a mi lado... Tienes muy mala cara.

—No es nada, mujer.

—Algo será, te tiras todo el día fuera y vuelves a casa a las tantas apestando a vino y con ese gesto tan... no sé, se te ve muy preocupado.

—Eso es porque estoy preocupado. El caso, el bebé que no sale, ya sabes.

—No, no puede ser solo eso. Casos has tenido muchos y nunca te he visto así de obsesionado. Y por éste, no te debes preocupar —Concha se acaricia su barriga con ternura—. Yo creo que está demasiado a gustico aquí dentro y no quiere salir.

—No me extraña...

—Santos...

—Es verdad, no hay más que... —el detective hace una pausa, aprieta los dientes, no quiere decir una barbaridad— miedo y sufrimiento por todas

partes.

—También hay otras cosas bonitas y felices, todo está en los ojos del que mira. ¿Por qué te cuesta tanto apreciar lo que tienes?

—No es eso, Concha —Santos echa un nuevo vistazo al niño, arropado en su cuna, soñando con los angelitos—. Es que cuanto más busco a este Ulises más mierda encuentro.

—¡Esa boca! —le riñe Concha—. Quizás deberías dejar de buscarlo. Otros casos vendrán, no estamos tan mal.

—Ese no es el problema. El problema... —Santos se detiene, no puede contarle nada de Infer, nada del Frente Antimarxista de las narices, nada de las amenazas. Mucho menos hablarle de Carlos—. Es que di mi palabra a esa gente. Debo encontrarlo. Pero ya no sé por dónde tirar.

—Estás atascado.

—Más que nunca.

—A lo mejor deberías cambiar la perspectiva —prueba Concha con suavidad, preparada para la típica reprimenda de su marido en plan tú no sabes nada de mi trabajo—. Solo digo que a lo mejor hay algo que se te esté escapando.

—He hablado con todo el puto mundo que...

—¡Santos!

—¿Qué? Perdón, yo...

—Te he dicho muchas veces que no quiero que hables así, y menos con el crío delante.

—Concha, por Dios, está durmiendo. Además, no tiene ni dos años.

—Pero los bebés lo cogen todo, las malas energías de cuando hablamos mal o estamos enfadados. Cuando tenemos el aura muy cargada los críos se preocupan, no son felices. Hay que intentar evitar transmitirle cosas que no sean buenas. Te lo he explicado ya mil veces, ¿no te acuerdas?

—Sí —Santos resopla—. ¿Puedo seguir?

—Claro.

—No hay persona en la tierra que conozca a Ulises y con la que no haya hablado.

—Anda que no eres exagerado tú ni *na*.

—¿Exagerado?

—¿Tú sabes la cantidad de gente que pasa por nuestras vidas, desde que nacemos hasta que morimos... o desaparecemos? —Concha hace la señal de

abundancia juntando las yemas de los dedos—. Cualquiera puede saber algo. No son decenas, son cientos y cientos. Es imposible verlas a todas.

—Lo que tú digas.

—Escúchame —Concha posa su mano sobre la de Santos—. ¿Qué has hablado, con la gente de su día a día? ¿Familia, amigos, compañeros de cuando trabajaba?

—Pues claro, mujer. Con todo Di... —Santos se reprimió a sí mismo—
Con todos.

—Eso no son todos —Concha niega con la cabeza—. Pregunta al quiosquero, al que le vende el pan cada día, al carnicero, a sus antiguas novias, si las tiene, a viejos amigos, no los de ahora, los de la infancia. A sus profesores, si están vivos.

—¿A sus profesores? —preguntó Santos con gesto de asco.

—Antiguamente se tenía un mismo maestro casi todo el colegio —explica Concha, ante la atenta mirada de Santos—. Los maestros pasan casi más horas con los críos que sus propios padres. Imagínate la de cosas que pueden saber de ellos. Si se acuerdan, claro...

Santos se quedó boquiabierto mirando a su esposa durante unos segundos. De pronto todo aquello le sonaba bien, muy bien. Eran posibilidades, caminos por los que ir, rutas para escudriñar. Opciones remotas probablemente, pero opciones, al fin y al cabo. Después de todo, todos los niños guardan secretos, secretos que muy pocos saben o que muy pocos llegan a averiguar. Lo máximo que podía perder era otra mañana de infructuosas entrevistas, pero ya tenía algo con lo que seguir.

—Su infancia.... Mañana empezaré por ahí.

—¿Cómo? —todo el cuerpo de Concha expresa sorpresa.

—Su infancia. Me parece un enfoque acertado y que hasta ahora ni se me había pasado por la cabeza.

—¿Me vas a hacer caso?

—Es una idea brillante.

—¿De verdad?

—Sí —Santos esboza algo semejante a un principio de sonrisa—. Me enteraré de cuál fue su colegio, sus mejores amigos, los que tenía antes de irse a Rusia.

—No pierdes nada, quién sabe, ¿no?

—Exacto —Santos vuelve a quedarse mirando a Concha, termina de sacar

la sonrisa, se le acerca y la besa en la mejilla—. Gracias, de verdad.

Santos vuelve a su sitio de la cama, se acomoda y cierra los ojos. Concha se le queda mirando entre tinieblas. Por un momento le recuerda al hombre al que conoció años atrás, el hombre fuerte y con determinación, pero también cariñoso y dialogante. La persona que escucha, que la aprecia, que la mira con dulzura. Solo es un momento, pero es oro, es presente, es la sensación de volver a lo que se quiere, al amor sin fecha de caducidad, a la posibilidad de que todo vaya a mejor, de que todo lo roto se arregle. Concha va a llorar, pero se contiene, no quiere estropear ese momento, quiere seguir observando a su marido en la penumbra, satisfecho, con una expresión amable en el rostro después de tanto tiempo agrio. En algún momento de la noche ella cierra también los ojos, se deja caer sobre el cabecero y se duerme. Va a soñar con algo bonito, va a descansar como no lo hace en meses.

Concha vuelve a abrir los ojos, pero su marido ya no está a su lado. La claridad de un nuevo día comienza a entrar por la ventana y el pequeño Pedro no tardará en pedir lo que es suyo. Santos se encuentra ya en la otra punta de la ciudad, en uno de esos pisos que dan a la plaza de toros. Allí viven un hombre y su padre, ambos maestros de escuela, ambos responden al nombre de Daniel. Uno ya está retirado, el otro apenas empieza su andadura en la aventura pedagógica. El maestro retirado cuenta ya ochenta y tres primaveras, y fue maestro, entre otros sitios, en el colegio El Pinar, lugar en el que estudió un jovencito Ulises Carpe.

Santos tiene dos noticias buenas y otra mala. La primera buena es que no hay ni rastro del Renault 5 gris que le venía siguiendo días atrás. Se ve que con lo de Carlos y la nota amenazante han decidido darle un tiempo de cortesía al detective. La otra buena, obvia, es que ha encontrado al maestro de Ulises, la mala es que ese hombre tiene Alzheimer. Eso le ha dicho su hijo, el otro Daniel, cuando le ha telefoneado Santos desde su despacho. No se pierde nada por intentarlo, pero aquello no tenía pinta de ser fácil.

Daniel hijo recibe a Santos y le estrecha la mano, le invita a entrar en el salón. El piso está bien, solo que se nota a la legua que allí solo viven dos hombres. Hay cierto desorden y falta de limpieza a fondo, pero no está mal, no es ninguna pocilga. Está todo lo que tiene que estar, aunque no todo en su sitio.

—Bueno, como le he dicho por teléfono, mi padre tiene días buenos y

días malos —explica Daniel ante la atenta mirada de Santos—. Incluso en un mismo día puede estar muy lúcido y luego, al minuto siguiente, cambiar. Hoy se ha levantado muy parlanchín, pero ahora está un poco así, así...

—Vaya.

—Sí, entiendo que es importante para usted encontrar a ese Ulises del que me ha hablado, pero le pido por favor que no presione a mi padre si se va por los cerros de Úbeda. No es bueno en su estado y, además, él no lo hace queriendo, recuerde que no puede evitarlo. Está enfermo.

—Le doy mi palabra.

—Está bien, sígame —Daniel hijo le hace una señal y comienza a internarse por un pasillo—. Mi padre está en su habitación, allí está más cómodo. Le pusimos entre mi hermano y yo una tele allí y un sillón de esos reclinables. Normalmente pasa la mañana ahí, luego ya comemos en el salón y se queda toda la tarde con nosotros. Como verá su capacidad de movimiento es reducida.

La habitación es pequeña pero acogedora, la cama está hecha con prisas, las cortinas descorridas para que el sol entre alegremente en la estancia. En un gran sillón de escay marrón hay clavado un tipo en bata muy, muy aviejado, con cabello blanco y bigote, con la cabeza hundida en los hombros y con evidente sobrepeso. Mira la televisión, pero parece estar en su mundo, embobado, ajeno a todo lo que pasa alrededor, incluso a lo que está pasando en la caja tonta. A pesar de los años, a pesar de su estado, de las arrugas, de la piel muerta, su rostro refleja bondad.

—Papá. ¡Papá! —llama Daniel hijo a Daniel padre, totalmente absorto este último en algún punto entre las cortinas y las noticias de la tele—. Ha venido un señor a verte.

—¿El Señor? —pregunta Daniel padre, algo desorientado.

—No, hombre, cómo va a venir el Señor. Un señor —puntualiza el hijo ante la sonrisa de su padre—. Es Santos Alonso, un detective privado que quiere hablar contigo de cuando eras maestro.

—Pufff, no ha llovido ni nada. Tenía yo un *dos caballos* nada menos. En vez de carreteras eran todos caminos de cabras.

—Claro. A ver si te acuerdas de una persona que está buscando este detective —Daniel hijo posa su mano en uno de los hombros de su padre antes de partir hacia la puerta—. Os dejo solos, si necesita algo estoy ahí al lado.

Santos asiente, se masa el bigote mientras observa como el hijo sale de la

habitación. Cuando vuelve a posar sus ojos sobre el anciano, éste le está mirando fijamente con una sonrisa pintada en los labios.

—¿Eres detective?

—Sí.

—¿Cómo Philip Marlowe?

—¿Eh?, bueno...

—¿Cómo el detective de la Continental?

—No, yo...

—Ese sí que me gustaba, ¿ha leído alguno de sus casos? —pregunta el anciano con los ojos muy abiertos—. Qué grande que era el tío, jugaba con todos como si fuesen sus títeres. Siempre se las apañaba para dejar las cosas como a él le interesaban.

—Ya, es lo que tiene la ficción.

—¿Cómo dices? ¿Ficción?

—Sí, son detectives de novelas, Marlowe, el otro, y cien más.

—¿Tú no eres así? —pregunta Daniel padre como lo haría un niño.

—Me temo que no.

—¿Y cómo eres tú?

—Distinto, supongo. ¿Puedo sentarme?

Santos acompaña la pregunta con un ademán hacia una silla de madera que hay al lado de la televisión. Daniel padre asiente con ganas.

—Sí, sí, hombre. Ponte cómodo. Me acuerdo de las imaginarias en la mili. ¿Has hecho la mili, joven?

—Claro —responde Santos sentándose en la silla.

—Doce horas de pie, a veces más. ¿Sabes que yo la hice en Madrid? En el Palacio de invierno. Y en invierno. Menuda rasca, recuerdo que se me congelaba el moquillo sobre el bigote.

—He venido a preguntarle por...

—¡Ah sí! Perdona, muchacho, ¡Que descortés por mi parte! —Daniel mira a diestra y siniestra—. ¿Quieres un café? ¿Un traguico de coñac? En estos días tan fríos es lo que mejor entra en el cuerpo.

—No quiero nada.

—Mm, ¿sabes quién me dijo eso el otro día? Y además con esa misma cara que tú. No quiero nada, me dijo Manuel Azaña. El presidente Azaña nada menos. Estaba de visita en la escuela, en vez de querer algo me dijo ¿qué es lo que necesitas tú? Y yo le dije... le dije...

—Oiga, Daniel, ¿se acuerda usted de Ulises Carpe? —pregunta Santos viendo que el anciano no deja de divagar—. Era un niño al que dio clase.

—¿Eh? —Daniel se inclina un poco de su asiento—. ¿Ulises dices? Sí.

—¿Sí? ¿Le recuerda?

—Claro que sí. Ulises, menudo nombre, ¿eh? Como para olvidarlo. Joses, Pacos, Antonios y Juanes he tenido muchos, pero Ulises solo uno. Claro que me acuerdo de él. ¿Qué le ha pasado?

—Aún no se sabe —Santos se acaricia el bigotillo—. Ha desaparecido.

—Válgame Dios. Con lo pequeño que es...

—No, él ya... —comienza a decir el detective cuando cae en la cuenta de lo que puede estar pasando por la mente del viejo—. Bueno, su familia le anda buscando. Sí, sí, están muy preocupados.

—Natural. ¡Qué miedo deben estar pasando! —el gesto de Daniel es de evidente preocupación, incluso se incorpora un poco en su sillón—. ¿Cuánto hace que se fue?

—Unos días.

—Desastre, qué desastre... —Daniel se lleva las manos a la cabeza—. Con lo buena gente que son sus padres. Se le habrá dado parte a la Guardia Civil, ¿no?

—Por supuesto, muchos le buscamos. Yo estoy aquí por si usted puede decirme algo que pueda ayudarme a dar con él. Conoce al crío bien, ¿verdad?

—Sí, sí, claro que le conozco bien, llevo un par de añicos con él, desde que tenía seis. Muy listo, muy trasto también.

—¿Trasto? ¿Se porta mal?

—Hombre, tampoco es un gamberro, pero es un crío. Está en esa edad, ya se sabe, tiene que jugar, explorar límites. Todas esas cosas.

—¿Qué límites?

—Pues lo normal, lo que se puede y no se puede hacer, el bien y el mal. Aún está en edad de saber qué es eso —Daniel hace una pausa, cierra los ojos unos instantes, los abre mirando hacia arriba—. ¿Crees en fantasmas, detective?

—¿Qué? —Santos frunce todo lo que puede su entrecejo.

—Fantasmas, espíritus, el más allá.

—Pues no.

—¿No? —pregunta Daniel dando un respingo del asiento—. ¿Y eso?

—Nunca me he cruzado con uno —responde Santos frotándose las manos.

—Entiendo. Les pasa eso a muchos, ¿eh? Hay que ver para creer, siempre es lo mismo. Pero algunas cosas solo hay que sentirlas, ¿sabes? No verlas, notarlas, están ahí, aunque no las vemos. Da que pensar...

—Ulises.

—¿Eh? ¡Ah, sí! Perdona, que pierdo el hilo —Daniel padre se echa de nuevo hacia adelante, cada vez rebosa más energía—. Dicen que por la huerta hay fantasmas. Casas abandonadas, familias enteras, muchas generaciones que fueron enterradas ahí mismo, en sus tierras.

—¿Qué tiene eso que ver con Ulises?

—Mi abuela vive en la huerta, en una de esas casicas con unas tahúllas en las que tiene naranjos —dice señalando hacia atrás con el dedo—. Decía la mujer que en las casas vacías pasaban cosas raras. Ruidos, cristales rompiéndose, humo, gritos de niños. Que cuando iban para ver qué pasaba no se encontraban con nadie. Todo estaba vacío, quieto. Les asustaba. Una noche estaba yo cenando en su casa cuando empezaron a oírse unos chillidos. Mi abuela empezó a persignarse y a rezar un Padre Nuestro, yo le dije que iba a ir a ver qué pasaba. Los gritos venían de una vieja casa de primeros de siglo que estaba casi entera cubierta de maleza.

—¿Y qué pasó? —pregunta Santos con desconcierto, no sabe a dónde quiere llegar ese pobre hombre.

—Pues me cogí un candil y me fui yo solo. Fui con tiento, no te voy a negar que daba algo de canguelo la situación, aunque parezca tonto decirlo, estaba muy oscuro, se oían los típicos ruidos de la noche... —el anciano gesticula y pone la mano como si ahora portara el candil—. Entré en la casa con solo empujar la puerta. Todo estaba oscuro, apenas podía avanzar con la luz que llevaba. Oí un crujido que me puso los pelos como escarpías. Giré y vi a un par de críos que se fueron corriendo por un pasillo. Yo salí detrás de ellos hasta salir al patio. Ahí ya no tenían escapatoria. Cuando se pararon y pude alumbrarlos vi que uno de ellos era Ulises. El muy pillo se colaba en casas para asustar a la gente, sobre todo a ancianitas. El otro chaval, al que no reconocí, salió pitando y trepó el muro. Ulises se quedó, avergonzado. Lo normal hubiese sido cogerlo de la oreja y llevárselo a sus padres, pero en vez de eso yo le pregunté.

—¿Qué le preguntó?

—Que por qué estaba allí, que por qué hacía eso... Eran cosas de críos, pero eso no era propio de él. Le pregunté y después de darme varias vueltas

me dijo que a veces robaba en casas de la zona. Me confesó que en esa vieja casa tenía escondidas cosas como relojes, bandejas de plata y cuberterías. Tenía un buen botín el granujilla.

—¿Se lo dijo a sus padres?

—No, no —Daniel mueve ostensiblemente su mano derecha, como espantando una mosca—. Le vi arrepentido de verdad. Como te dije antes, aún debe conocer los límites de lo correcto y lo incorrecto. Así que recogí todas las cosas que había robado y las devolví. Por supuesto no le dije a nadie que era cosa de Ulises. A él le hice prometer que nunca más volvería a hacer eso.

—¿Y lo hizo? ¿Cumplió?

—Por supuesto —levanta la mano como el que jura—. Aunque sigue yendo a la vieja casa de la huerta. La de la maleza. Para él es algo así como su rincón secreto, el sitio que más le gusta. El lugar donde transcurren sus aventuras.

Aquello le suena interesante a Santos, realmente interesante. Si aquella casa es su refugio de niñez, un sitio abandonado que prácticamente nadie conoce, es un gran sitio para esconderse. Es un gran sitio para ir a investigar. Es un gran sitio para que esté allí de verdad. En su interior siente el nervio del posible éxito.

—¿Recuerda exactamente dónde está esa casa? —pregunta Santos.

—Sí, claro. Tiene un nombre curioso... —Daniel se masa el espeso bigote, pone cara de esfuerzo mental—. Villa no sé qué... Mmm, villa crianza, Bonanza... ¡Añoranza!

—¿Añoranza?

—Villa Añoranza, se llama —Daniel da una eufórica palmada—. No tengo la cabeza tan mal, ¿eh? En la Senda de Granada la encontrarás, bien adentro. Hay un cartel en la carretera.

Santos se pone en pie, alarga su brazo derecho, extiende su mano y la estrecha con la del anciano.

—Gracias, muchas gracias Daniel.

—No hay por qué darlas, hombre —Daniel sonríe satisfecho—. Tú encuentra al crío. No le des un azote, que eso no está ni ha estado nunca bien. Enséñale, hazle ver por qué no tiene que hacer eso. Intenta que no vuelva a hacer de las suyas.

—Lo intentaré.

En esas aparece Daniel junior en la habitación, alarmado por la palmada

que su padre acaba de dar. Cuando ve que todo anda bien, que su padre tiene gesto feliz, que el detective también esboza una sonrisa en su rostro, siente un gran alivio. Comienza a decir algo, pero el detective ya no escucha, ya ha tenido suficiente. Ya tiene lo que había venido a buscar.

Santos se despide con pocas palabras, agradeciendo la colaboración, y vuelve a la calle. Vuelve a su 124. Echa un vistazo atrás a través de los espejos, nada ni nadie. Aún tiene carta blanca. Pone rumbo a la Senda de Granada, a los carriles de huerta. En su cabeza dos cosas, bueno, tres: su familia, Ulises y el pobre Carlos hecho un guiñapo. Imposible desterrar esa imagen de su mente. Parece que el señor Carpe se aferra a la nostalgia. Al primer refugio. Al lugar especial de la infancia. ¿Por qué no? Es un sitio genial para ocultarse, para lamerse las heridas, para preparar el siguiente movimiento. Santos siente ese hormigueo en el estómago de que puede que haya dado con la tecla correcta, lo ve bien, tiene un buen presentimiento. Si está ahí tendrá que hacerlo salir, tendrá que hacerlo recapacitar, tendrá que convencerlo para que se entregue a la policía, hablar y así poner fin a todo. Si ha matado a los hombres que Infer dice que ha matado debe pagar. Si puede incriminar de alguna manera a Infer debe hacerlo. Solo así podrá escapar de la pesadilla que le persigue.

El día se oscurece por momentos, unas enormes nubes negras avanzan a toda velocidad desde el horizonte, cubriéndolo todo. Santos conduce despacio, apenas hay movimiento en la carretera, de vez en cuando le adelanta algún coche o alguna moto. A su derecha hay un tipo con su carretilla, lleva la camisa abierta a pesar del frío, y un notable gesto de esfuerzo en su curiosa cara. Santos se piensa si parar y preguntarle, pero con las indicaciones del viejo Daniel cree que es suficiente para encontrar esa Villa Añoranza. Pasa de largo.

Avanza y avanza por la interminable Senda a través del homogéneo paisaje verde. Conforme más avanza más oscuro está el cielo, evidente presagio que no surte efecto en alguien como Santos. Sigue a treinta por hora y cree ver algo. Frenazo, marcha atrás. Abre la ventanilla del pasajero y se asoma. En efecto, a su derecha hay un viejo cartel de madera tirado en la cuneta. Da unos metros más marcha atrás, deja el coche medio en asfalto medio en tierra. Se baja del coche y da unos pasos hacia el cartel. Logra

voltearlo con el pie. Sobre el mástil de madera hay un trozo rectangular de madera tallada que dice Villa Añoranza. Debe ser ese camino que sigue a la derecha. Al fondo, entre unos árboles, se divisa el inconfundible techo a dos aguas de una barraca. No está lejos, así que mejor ir a pie para no levantar sospechas con el ruido del motor.

Conforme se acerca lo ve más claro, la estructura de una vieja casa de huerta rodeada de vegetación. Una casa en la que hace décadas que no vive nadie... Salvo, quizás, ¿un fantasma? Ya está ahí, no ve ningún coche, ninguna moto oculta. Ninguna pista de que pueda haber alguien dentro. Pero no se fía, por supuesto que no se fía. En la puerta, la de la valla de cañas y carrizo, hay un cartel similar al de la carretera con el nombre del lugar. La traspasa sin problema y entra en el descuidado patio delantero. Dos escalones le conducen a la puerta de la casa. Se acerca despacio a ella y pega la oreja derecha. No oye absolutamente nada. Intenta abrirla girando el pomo, pero no hay manera. Por suerte se le da bien abrir puertas cerradas. Se trata de una de esas viejas cerraduras de llave grande de hierro en plan calabozo. En el llavero tiene una navaja suiza. La abre, la introduce en la rendija y la trastea. No tarda en oír el clic que esperaba. Con cuidado, tratando de minimizar en lo posible el chirrido de los goznes de la puerta al abrirse, entra en la casa y entorna tras de sí.

Una casa vieja, con muebles vetustos, suciedad y polvo de décadas. En un jarrón hay una flor, una flor fresca. Alerta. Sentidos al mando. No cuadra, aquello no cuadra. Santos se abre la chaqueta y desenfunda su revólver. Todo está demasiado tranquilo, demasiado muerto, pero esa flor... Avanza pistola en mano dejando atrás el recibidor. Llega hasta el umbral de lo que parece el salón, se ve muy poco, una mesa, un par de sillones. Va a entrar cuando un sonido que le es familiar le hiela la sangre y le hace buscar cobijo a un lado de la puerta. Es una escopeta amartillándose. Santos se queda a un lado del umbral, se agacha, se aferra a su arma. Debe echar otro vistazo adentro, una rápido, fugaz, eléctrico. Tiene que comprobar quién demonios está ahí. En el segundo en que su cabeza se asoma por el umbral puede ver a un tipo con boina y barba, agachado junto a un sillón de mimbre, apuntando con su escopeta hacia su posición.

—¿Ulises? —pregunta Santos desde su oculta posición—. ¿Eres Ulises Carpe?

—¡Largo, facha! Largo de aquí o te agujereo —es la respuesta que Santos

obtiene. Una voz rota, desesperada, la que la realiza.

—Vamos, Ulises, he venido a ayudarte.

—¡Y una mierda! Sé que te ha mandado Infer.

—¿Infer?

—No te hagas el tonto. No sé cómo narices me has encontrado, pero te juro por mis muertos que como vuelva a ver tu cara te la quito de en medio.

Santos traga saliva, debe intentar hacerle entrar en razón, convencerlo de alguna manera de que él no es el enemigo. Convencerlo con palabras. Uno de sus puntos débiles... Las malditas palabras.

—No me envía ningún Infer —Santos vuelve a la carga—. Soy detective privado, me envía tu familia. Tu hija Carmen es la que me ha contratado para encontrarte.

—No, no me engañas, facha.

—Vamos, hombre. Piensa. Déjame que salga, baja el arma y lo hablamos.

—¡Eso!, eso, sal, tú sal. Te llevo esperando mucho tiempo... —se desgañita Ulises—. A poco que te vea te vuelo la cabeza, malnacido.

—Dios. Mira —Santos se echa la mano a la chaqueta, saca la placa y la lanza en un gesto veloz—. Échale un vistazo a eso. Yo era policía. Policía, no un criminal. Quiero ayudarte.

—¿Eso es todo? ¿Una placa que puedes haber sacado de mil sitios? —dice Ulises, que observa de reajo la placa que no ha caído lejos de su posición—. Te recomiendo que te vayas. Lárgate ahora de aquí. Es la única opción que veo de que salgas vivo.

—Vamos, Ulises, sé razonable —Santos trata de pensar todo lo rápido que puede, la situación está tomando un peligroso cariz que no le gusta un pelo—. Sé que estás metido en algo malo, sé lo de los hombres de Infer a los que atacaste, pero yo te puedo ayudar. Todavía tengo contactos en la policía.

—No me vas a liar, desgraciado —Ulises no deja de tener encañonada la puerta del salón—. Me puedo pasar así todo el día, todo el puñetero día. En cuanto te muevas, ¡pam!

—Hijo de perra —dice el detective para sí—. ¡No me estás escuchando!

El detective se desespera, ve que ese hombre no está bien, es incapaz de razonar, de ver más a allá de su paranoia. Quizás sea el tiempo que lleva solo ahí, probablemente más de tres largas y exasperantes semanas. Mucho tiempo para estar escondido, solo, viviendo con miedo, pensando en lo peor, sospechando de cada crujido del suelo o de cada rama que mece el viento. Es

probable que no haya dormido bien ni una noche. Es probable que no haya comido bien ni un día. Ese hombre está desgastado, machacado, atormentado. No escucha porque ha decidido que no tiene otra escapatoria que vivir o morir a fuego.

—Ulises, por favor, déjame que te cuente... —Santos lo vuelve a intentar, no sabe muy bien qué decir, ni mucho menos qué reacción va a despertar en Ulises—. Hay una salida. Confía en mí. Puedes volver a estar con Carmen, tu hija. Puedes volver a estar con Pili.

—¡No menciones sus nombres, bastardo! —exclama Ulises con una voz que parece salir de una garganta rasgada tras tragarse varias cuchillas—. No se te ocurra hablar de ellas, ¡estamos! Te voy a matar... Te voy a matar.

El detective comprende que Ulises ha perdido la cabeza. Sea el encierro, sean los acontecimientos recientes, sea el recuerdo de los pretéritos. La locura se ha hecho presa de ese hombre que agarra su escopeta como si no hubiese nada más en el mundo. A cada segundo está más nervioso, más ansioso también, cegado por la ira, por la sangre y por una venganza que cree que va a caer inclemente sobre él. Santos no sabe qué hacer ni qué decir para salir de allí airoso, con cada palabra que sale de su boca parece encolerizarlo más y más.

—Sé que has pasado mucho en tu vida... —comienza a decir Santos—. La guerra, lo de Rusia...

—No tienes ni idea. ¡Ni puta idea! —Ulises se sigue desgañitando, todo lo que lleva dentro flota a su alrededor, recuerdos, dolor y otras miserias—. Hazme un favor, cállate, calla la boca y lárgate de una buena vez.

Doblemente viudo, arrancado de sus padres a los nueve años, llevado a un helado país dejado de la mano de Dios del que no conocía ni el idioma. El estallido de la segunda guerra mundial, los trabajos colectivos... la añoranza. Incluso perdió un hijo. Aunque es tarea imposible ponerse en su pellejo, Santos se hace una ligera idea del bagaje que Ulises lleva en la mochila.

—¿De verdad no vas a hablar conmigo? —tienta Santos de nuevo.

—Sí que hablo, ¿es que no me oyes? Te estoy diciendo que desaparezcas de una vez o vas a acabar con un agujero en el pecho del tamaño de un limón.

Santos se encuentra en un momento crítico. Parapetado tras una pared, sabe muy bien que si se asoma recibirá un tiro. Si decide irse hacia la entrada, probablemente recibirá un tiro por el camino. Se ha fijado bien, es una vieja escopeta de caza, una Winchester, puede que de calibre 30. Si le alcanza, y es

difícil fallar a esa distancia y más en interior, puede apostar todo lo que tiene a que no lo cuenta. Y si consigue salir le perderá para siempre. Si Santos abandona la casa Ulises se irá a otro lugar, a otra ciudad tal vez. A un nuevo agujero que no tendrá la suerte de encontrar. Ya no tendrá su sitio especial, su cuartel general de la infancia. Su Villa Añoranza. Ya no se podrá proteger tras ese escudo de fuerza mágico e infranqueable. Volará, ya no habrá maestros seniles que le den pistas, si Ulises escapa nunca le volverá a ver.

Entonces seguirán las amenazas de Infer, la presión, el Renault gris en el cogote, el miedo por la familia, el miedo por la verdad, los secretos volando de boca en boca, de oído en oído, destrozando su reputación y su vida. Aniquilando todo lo que tiene.

La paliza a Carlos. La tortura. La nota sobre su familia. No podía acabar. No acabaría nunca. Tiene que hacer algo. Se decide a hacer algo.

Cierra los ojos, levanta las manos, aún con la pistola y respira hondo. Cuando abre los ojos ya está fuera, a la vista, sin pared alguna que le proteja. Abre los ojos y ve el fuego, el estallido. No tiene tiempo de mucho, solo de ver con asombro el enorme agujero que la escopeta ha hecho en la puerta que tiene entreabierta a su lado. Es ahora cuando puede ver a Ulises claramente. Un hombre asustado, deshecho, roto. Un hombre sin esperanzas, sin sueños ni metas. Un hombre al que ha exprimido la vida, que ya no cree en nada, que no anhela nada. Un hombre con la mirada negra. Un hombre que se dispone a apretar de nuevo el gatillo, pero Santos dispara antes. Ulises deja caer la escopeta al suelo. La escopeta y algo más, un objeto cilíndrico, de cierto peso, que tintinea en su contacto con el suelo. Ahora cae él, como a cámara lenta, tratando en vano de apoyarse en la silla, deslizándose contra la pared que tiene a su espalda con su mano derecha en el pecho.

Santos se acerca titubeante, le da una patada a la escopeta, alejándola lo más posible de su dueño, un dueño cuyo rostro refleja la antesala de la muerte. En un momento ha perdido mucha sangre, palidece por segundos, su rostro se demacra, la camisa está cada vez más teñida de rojo. El tiro no ha podido ser más certero. Ulises levanta como puede un brazo y señala hacia el suelo, hacia algo que hay a poco más de un metro. Santos sigue con la mirada lo que señala Ulises, va hacia allí, lo coge. Se trata de un reloj de bolsillo. Parece de oro, parece antiguo. De la caída se ha resquebrajado el cristal de la esfera que protege las manecillas. Ulises asiente despacio, le dice con la mano que se acerque. Santos obedece, se guarda el revólver en su funda y se pone en

cuclillas junto a Ulises. Éste toma de la mano del detective el reloj, lo mira, sonríe, cierra los ojos con fuerza. De pronto coge de la mano a Santos, aprieta, se deja las últimas energías en el empeño. El detective acerca su oído derecho a la boca de Ulises. Van a tener lugar las últimas palabras. Santos las escucha con total atención.

Le dice que le d e el reloj a su hija. Le dice que no cuente nada. Le dice que no le querían, ni aquí ni all . Nadie salvo ellas.

Ulises se va entre estertores. Una mano roja presionando una herida imposible de sanar, la otra abierta con el reloj señalando una hora que no es. Santos coge el reloj, lo aferra y se queda mirando a Ulises un tiempo indefinido. Le mira sabedor de que nadie más le mirar  nunca. De que estaba y ya no está. Que es un cuerpo vacío, inerte, que ya no hay más. Niño de Rusia, sufrido padre de familia, viudo, desaparecido sin rastro. Santos se va haciendo a la idea de que le ha matado, de que le acaba de pegar un tiro al tipo que buscaba. Que se acaba de convertir en algo así como un asesino.

Era Ulises o él,  no es cierto? Se repetir  una y mil veces. Es la primera vez que dispara su arma contra algo que no es ni una diana ni una lata de refresco. Un primer y único tiro. Uno inconvenientemente certero, mortal. Ha matado a un hombre. Ha matado a Ulises Carpe y no ha podido hacer nada.  O quizás s ?  Por qué tiene la sensación de que quería que lo mataran?

Lo va a tener que soportar. Va a tener que vivir con ello, apechugar como ha apechugado con tantas cosas en su vida, y lo va a hacer bien porque está acostumbrado, porque lleva años de silencioso entrenamiento.

Ulises se lo ha buscado. Maldita excusa, le ayudar  a dormir por las noches, cuando todo quede a oscuras y en silencio, cuando los niños sue en y Concha descansa. Todo ha acabado. Todo empieza. Se cierra el caso, se abre el abismo. Muerte, dolor, tristeza. Otro oscuro secreto del que se tiene que hacer cargo.

Capítulo 7

Secretos heredados

El ascensor tardó apenas unos segundos en llegar a su destino, pero ya se sabe, el tiempo es relativo. En ese escaso lapso, Samuel Alonso pudo revivir vívidamente uno de sus más preciados recuerdos de niñez. Mientras pensaba en lo mala sombra que era su padre, en lo misterioso que resultaba ser, en todo lo que conocía de él y, más aún, en todo lo que desconocía, entre el miedo y la melancolía, entre el dolor y la pena, se acordó de la Turbodiligencia. Alonso no tenía ni idea de cómo había llegado aquel recuerdo hasta su mente en ese preciso momento, entre las angustias y los desvelos de no saber, de no querer saber, de pensar o de no pensar si su padre era un asesino. La Turbodiligencia se instaló en su mente, con sus ruedas supersónicas, su forma aerodinámica, su caballo robótico volador tirando de un carro armado con cañones láser y gobernado por un loco cowboy espacial. Recordó cómo ansiaba tener ese juguete cuando tan solo contaba diez años. La quería, la deseaba para Reyes. Esa Navidad no quería nada más ni nada menos, la Turbodiligencia, la Turbodiligencia, la Turbodiligencia, la llegó a escribir cien veces en la misma carta destinada a sus majestades de Oriente. Por supuesto para aquel entonces,

él ya sabía de sobras la verdad de los Reyes Magos, faltaría más. Pero eso no significaba que la anhelara menos, quería su regalo, quería vivir las mayores aventuras de vaqueros espaciales. Se había hartado por activa y por pasiva de pedir la dichosa Turbodiligencia, pero llegaron las vacaciones, las fiestas, los días señalados y nadie aún le había ido a comprar su ansiado juguete. Pasaron un par de días más, llegó el año nuevo, Santos no tenía prisa, en realidad no era una prioridad para él, no le otorgaba la importancia que para su hijo sí que tenía. Ya iré. Ya la compraré. No te preocupes hijo que la tendrás, te lo prometo. No des más el follón. Pero no la tenía. Acudió a su madre, pero Concha no se encontraba ya bien para aquel entonces, pasaba los días en cama, luchando contra la implacable fuerza que poco después se la llevaría a la tumba. Delegó en Santos, era cosa suya, debía hacerse cargo cuanto antes. Cuando al fin Santos se dispuso a comprar la diligencia de marras, con el crío mediante para no equivocarse y comprarle otra cosa por error, no obtuvo el éxito esperado. En El Corte Inglés se habían agotado ya. ¿Era tan popular esa carroza? En realidad, no tanto, no habían traído muchas. Visitaron otro par de jugueterías más o menos importantes, pero nada. Ya no quedaban, ni rastro de Turbodiligencias. Fueron al Continente, al Pryca. ¿Dónde narices estaba ese juguete? ¿Existía acaso? ¿No sería producto de la imaginación del crío? Lo cierto es que Santos no tiró la toalla, no probó a colocarle otra cosa, ni por un momento trató de hacerle cambiar de opinión. Si su hijo quería una Turbo no sé qué, su hijo tendría una Turbo no sé qué. La encontraría, aunque tuviese que buscar en otra ciudad, aunque tuviese que salir de la condenada provincia la encontraría. No se acabarían las fiestas, no habría colofón a la Navidad si su hijo no tenía entre manos su preciado objeto de deseo. Entonces Santos cayó en la cuenta, recordó que existía una pequeña tienda a la que acudía con su madre a comprar los regalos de cumpleaños y también de Navidad, una de las pocas actividades que parecían activar a su progenitora. Era una de esas tiendecitas próximas a la extinción, pequeñas, agobiantes, en las que las paredes hasta el techo y buena parte del suelo estaban forradas de toda clase de juguetes y muñecos. El sueño de todo niño, un lugar con un halo mágico, con el aroma de antaño, con luces y colores por todas partes.

Atendía el negocio un viejecito, ciertamente, también de cuento. O esa era la visión que Alonso tenía de él, el recuerdo viajando en un océano de tiempo. Menudo, con gran bigote de ratón y perilla de chivo, gafas redondeadas, vestido con chaleco y pantalones de pana marrón, parecía sacado de una

película de dibujos animados. Allí no hizo falta preguntar, y eso que Santos entró con el piloto automático, buscando al vendedor con la mirada y dispuesto a no perder ni un segundo más de los necesarios en caso de que tampoco lo tuvieran. Pero lo cierto es que allí sí que lo tenían. Samuel ya lo había visto al poco de entrar, junto a unas figuras de acción de He-Man y los Masters del Universo. Allí estaba la caja con la Turbodiligencia conducida por un vaquero espacial que disparaba su arma láser en un perdido y, probablemente, peligroso planeta desértico. Samuel se quedó atónito, parado, como si la imagen que tenía frente a él no fuese del todo real. Estaba embelesado, casi babeando. La había encontrado al fin. Santos se percató de lo que miraba su hijo justo cuando iba a preguntar, justo cuando ya salían las primeras palabras de su boca. No llegó a terminar la frase, fue hasta donde su pequeño y agarró la caja de la Turbodiligencia. No la sostuvo ni dos segundos antes de dársela a su legítimo dueño. Es tuya, le dijo, y sus ojos no podían irradiar mayor felicidad, mayor ilusión, mayor emoción. Al fin la había encontrado, al fin era suya. No fue fácil, no fue rápido, pero su padre había cumplido su palabra, le había conseguido la Turbodiligencia.

Las puertas del ascensor se abrieron, sacando de golpe a Samuel de su ensoñación. De todos los recuerdos, de tantos años, tantas vivencias, tantos momentos remarcables, Alonso no entendía por qué se había acordado precisamente de ese tan aparentemente estúpido. La Turbodiligencia. Menuda cosa. ¿Dónde estaría eso? ¿Dónde acabaría? Le había perdido la pista hacía tanto que ya era imposible saberlo. Nadie lo sabría ya, ni él mismo recordaba que existía tan solo un minuto atrás. Simplemente había sido escondido en su base de datos personal, relegado a un confín de los recuerdos durante más de dos décadas. Pero no había desaparecido, aún seguía ahí, la Turbodiligencia, o mejor, el día en que su padre le hizo tan feliz con un trozo de plástico con ruedas.

Samuel estaba hecho un lío, no sabía qué pensar, no sabía qué decir, no sabía qué hacer. Santos el policía. Santos el detective privado. Santos el esposo. Santos el padre. Santos el mentiroso. ¿Santos el asesino? ¿Con cuál se quedaría? ¿Cuál era el auténtico? ¿O acaso lo eran todos? ¿Por qué tendría que elegir uno? Justo antes de abandonar el ascensor se echó la mano a la parte trasera de la cintura. Ahí seguía, bien sujeta con la cintura del pantalón, el viejo revólver de su padre.

Un infinito pasillo blanco immaculado salpicado de puertas, olor a formol,

alguna que otra persona en bata y alguna que otra portando flores. Se notaba que era la hora de la siesta pues apenas había movimiento. Alonso avanzó fijándose en los números sobre las puertas. Solo se oían sus pasos y nada más. Cuando llegó a su destino cerró los ojos, contó mentalmente hasta tres y procedió a accionar la manecilla. Al abrir la puerta, y tras entrar y cerrar tras él, pudo ver a un anciano postrado en una cama. El tipo, que mínimo tenía setenta años, era flaco y de rostro huesudo. Barbilla y pómulos prominentes, un rosario de arrugas, piel muerta y manchada por doquier y la cabeza rapada con algún que otro destello rubio. Una cabeza que parecía un melocotón.

—¿Eres Mario Infer? —preguntó Alonso tras aclararse la voz.

—¿Cómo? —musitó el anciano, con los ojos medio cerrados.

—Qué si tú eres Infer.

—¿Tú? ¿Qué maneras de hablar son esas? —preguntó con indignación en su voz cuando al fin pudo ver a Samuel frente a la cama—. ¿Es que no te han enseñado modales, muchacho?

—Los modales son para tratar a las personas, no a los animales.

—¡Qué cojones! —Infer hizo ademán de irse a levantar, pero únicamente pudo estirar un poco el cuello—. ¿Quién te has creído que eres, niño?

—Abre bien los ojos, viejo, ¿o es que aparte de parálítico estás también ciego?

Los ojos del anciano se abrieron hasta casi reventar, temblaban en las desvencijadas cuencas, recorridos por decenas de hilos rojos que iban a morir al ya grisáceo iris. Acabó de caer en la cuenta.

—¡No! Tú... Tú estás muerto.... Las pastillas, deben ser estas condenadas pastillas.

—Nada de pastillas, escoria, no soy él, aunque para ti como si lo fuese — Samuel se echó la mano a la espalda, un instante después empuñaba el revólver negro directo a la cara del anciano—. Esto sí que es de él. Esto es lo que mi padre debió hacer hace mucho tiempo...

—Oh, por favor —al anciano le cambió la cara nada más ver el cañón apuntándole, de alguna manera se relajó, la vena del cuello se desinfló, se clavó el cuerpo en la cama—. Así que has venido a eso. Bien, bien. No te lo voy a poner difícil. Ven, acércate más, procura no fallar.

—Viejo loco.

—Dos palabras, esa respuesta es muy de tu padre. Dentro de poco empezarás a hablar solo con monosílabos, a follarte a maricones y a matar a

gente inocente. Tal y cómo hacía él.

—¡Cierra la boca! —Alonso dio un paso más hacia la cama, apuntando todo lo firmemente que podía el arma hacia la cabeza del anciano. Tragó saliva, trató de sosegar sus nervios, pasar de sus provocaciones, sabía lo que ese hombre se proponía—. No he venido a matarte, desgraciado, eso sería mucho más de lo que mereces. Un alivio a tu vida de mierda. No, gracias, prefiero que sigas postrado en esa cama, cagándote y meándote encima todos los días de tu vida hasta que te pudras.

Infer se quedó helado durante un momento, vacilante, perdido.

—Entonces, ¿qué haces con ese cacharro? ¿Eh? ¿Lo has traído para jugar a vaqueros e indios?

—Necesitaba verte, tenerte enfrente, mirarte a los ojos y encañonarte, sentir lo que me transmitías —Alonso hablaba más calmado, midiendo las palabras. Guardó el arma donde la llevaba escondida antes—. Me habían dicho que estabas jodido, pero no imaginaba que lo estabas tanto. ¿Qué fue, un resbalón? Un simple resbalón en la calle... Debe de ser muy frustrante poder mover solo la cabeza, pareces un muñeco de esos de los coches.

—Cabrón de mierda.

—¿Es cierto que llevas quince años así? —preguntó Alonso enarcando una ceja—. No está mal, aunque espero que sean muchos más. Sabes que lo mereces.

—A qué viene todo esto, ¿eh? ¿Qué eres, el nuevo justiciero marica? Tienes cara de no haberte enterado de nada en tu puñetera vida.

—Puede que tengas razón, pero por lo poco que sé, le hiciste la vida imposible a mucha gente. Pili me ha contado cosas interesantes. ¿Te creías que era de tu propiedad? La jodiste bien, pero luego la vida te jodió a ti.

—Si no vas a pegarme un tiro, lárgate. No quiero escuchar tus chorradas.

—Pues lo vas a hacer de todos modos —repuso el detective, apretando la mandíbula y cerrando los puños para controlarse—. Te decía que Pili me contó cosas jugosas. Cosas que imagino que no sabes y que te van a dar mucho gusto.

—Mírame bien, me importa todo una mierda.

—Ya veremos —Alonso hizo una pausa, ese tipo de la cama estaba en verdad devastado—. ¿Viene tu hijo a verte alguna vez?

—No te importa.

—Lo dudo mucho, porque tú no tienes hijos.

—¿Qué coj...?

—Calla la boca y abre bien los oídos —Alonso cortó—. El niño al que Pili dio a luz no era tu hijo sino el hijo de Ulises, imbécil. Fue al hijo de Ulises al que estuviste alimentando, criando y dándole un techo hasta que te pasó lo que te pasó y te quedaste... así.

—Mientes —el castigado rostro de Infer era todo incredulidad—. Mientes, desgraciado.

—Más quisieras. Supongo que ésta es una de esas cosas que en el fondo se saben, uno tiene que saber si el niño que mira es suyo o no. Tú lo sabías, pero nunca te atreviste a decir nada. Eso es patético, perdedor. Conseguiste que mi padre matara a Ulises, pero él no murió del todo. ¿Me entiendes?

Infer comenzaba a revolverse por dentro, su mortecina piel ya era totalmente blanca, sus ojos más rojos que de otro color, su expresión era angustiada y deleznable. Daba asco verlo.

—Cállate. ¡Cierra la boca de una vez! Yo no hice que tu padre hiciera nada.

—¿Por qué mentir ahora, Infer? Estamos tú y yo, a nadie más le importas. Mírate, eres un desecho, un desperdicio humano que nadie se atreve a tirar a la basura.

—El único que miente aquí eres tú, no sé a qué viene todo este numerito, pero andas detrás de una imagen que no es cierta.

—Qué sabrás tú de la imagen que yo pueda o no tener. A pesar de haberme enterado de cosas terribles hace poco, yo siempre supe que mi padre no era ningún santo —en este punto no pudo reprimir una sonrisa contradictoria—. A pesar de su nombre.

—No te voy a negar que me vino bien que se cargase a Ulises, era lo justo, él trató de matarme a mí primero. Sí, sí, no pongas esa cara, ese rojo que iba de santurrón ha tenido siempre la suerte de ser visto como una víctima, pero de eso *nanai*. Supongo que tenían eso en común, él y tu padre, ambos escondían cosas. Yo era lo que era, sin disfraces ni máscaras.

—Una escoria terrorista neonazi. Es para estar orgulloso...

—Tú no viviste lo que yo viví, no viste lo que yo vi —a Infer le temblaba la voz—. A lo mejor me comprenderías si así fuese. Comprenderías mi lucha.

—¿Mi lucha, dices? Eso ha sonado de lo más hitleriano. Nunca comprenderé a un asesino, seas tú, sea mi propio padre.

—Curioso que digas eso cuando hace unos minutos me apuntabas con un

arma.

—Idiota. El arma está descargada —Alonso volvió a tomar el arma, abrió el tambor y enseñó los huecos vacíos—. Solo quería ver tu cara, como he dicho, y que sintieras miedo por tu vida. Pero ha sido mejor que eso, el destino ya te la había jugado, es peor desear la muerte y no morir a que te peguen un tiro y todo acabe en un momento. Pero tenía que saberlo.

—Ya... ¿Y ahora qué, héroe?

—¿Ahora? —Alonso volvió a guardarse el revólver—. Supongo que un día de estos vendrá la policía a hacerte algunas preguntas. No te preocupes, querrán tu testimonio, supongo, aunque es obvio que no te tocarán. Tú ya eres demasiado viejo, demasiado enfermo. Tú ya estás condenado.

—Tú también —repuso Infer, clavando sus infectos ojos sobre el detective.

—Puede. Pero lo sobrellevaré. Lo superaré. Todo saldrá a la luz, no estoy dispuesto a dejar el pasado encerrado en un baúl. Lo que tenga que ser será.

—Creí que querías a tu padre...

—Y porque lo quiero hago esto. Él tendría sus razones para hacer lo que hizo, para ocultar lo que ocultó. Pero yo no. Se abrirá una investigación, se removerá el pasado, pero es como debe hacerse. Los muertos deben descansar en paz.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo que quiero.

—Igual salen cosas peores que ni imaginas... —dijo Infer con mirada sibilina.

—Yo no soy él —Alonso notó que le temblaba levemente la voz—. Cada uno vive con las decisiones que toma y, aunque puede que nunca termine de conocer de verdad a mi padre, al menos no seré cómplice de sus errores.

—No solo no tienes modales, tampoco veo mucha nobleza y lealtad en ti. Vender a tu propio padre, supongo que estaría orgulloso...

—Soy leal a mí mismo —expresó el detective señalándose a sí mismo con un dedo en el pecho—. Mancharé a quien tenga que manchar con tal de que todo se aclare. Ya te queda menos, Infer. Pronto saldrás en la prensa, en los medios, la gente hablará de ti en las redes sociales. El antiguo terrorista postrado, el asesino cumpliendo penitencia en su cuerpo putrefacto.

Infer le dedicó una mirada llena de odio e ira. Habría llorado si tuviese esa capacidad. En cambio, el detective se sentía mejor, más liviano,

descargado de un peso que llevaba a la altura del pecho y que no le permitía respirar con normalidad. Ya había dicho todo lo que tenía que decir, ya había visto todo lo que tenía que ver. Lo que pasara a continuación era una cosa que dejó en manos del destino, no iba a permitirse seguir sufriendo por algo que estaba fuera de su alcance. Por cosas que él nunca había hecho. Alonso sintió que ya era hora de marcharse, el enfermero pasaría su ronda en breve, así que dirigió su mirada primero y sus pasos después hacia la puerta.

—Espero no volver a verte en la vida —dijo Infer antes de que Alonso agarrase el pomo.

—Espero que vivas muchos años más —contestó Alonso antes de abandonar la estancia.

El detective volvió al pasillo, volvió al ascensor. El trayecto esta vez se le hizo mucho más corto. Logró dejar la mente en blanco, solo accionar los botones necesarios, caminar hacia la salida, dirigirse al coche. Automático, embobado. Una vez dentro del Opel Kadett, dejó la pistola en la guantera, la próxima vez que la sacara de allí sería para entregarla a la policía como prueba, y asió el volante con fuerza. Apenas puso la llave en el contacto cuando se derrumbó. Lloró y lloró como un bebé hasta que no le quedaron más lágrimas que derramar. Lloró porque no era tan fuerte como él creía, porque a pesar de todo quería con toda su alma a su padre. Las lágrimas, lejos de debilitarle, le hicieron sentir mejor. No tenía dudas de lo que estaba haciendo, aunque fuese casi como delatar a su padre. Y sin el casi. Iba a aplicar aquello de que la verdad os hará libres. No iba a vivir ni un día más con horrorosos secretos heredados. Iba a terminar de liberarse, de poner todas las cartas sobre la mesa, de dar el paso definitivo que marcaría el principio del fin del caso.

Secó su rostro, limpió su acuosa nariz con un pañuelo de papel, observó su cara colorada en el espejo retrovisor durante un instante y arrancó. Apenas un cuarto de hora de conducción después llegó hasta su calle y aparcó con toda la suerte del mundo en la misma puerta del edificio de su despacho, zona de carga y descarga. Subió los escalones y se encontró con que su cliente se había adelantado diez minutos a la cita.

—Hola, Carmen, perdona que...

—No, no, es culpa mía, me he adelantado. Estoy tan ansiosa tras tu

llamada que no he podido esperar.

—Comprendo —Alonso se dio prisa en abrir la puerta de su piso-despacho, recién limpio y ordenado para la ocasión—. Pasa.

Carmen Carpe iba, de nuevo, vestida de forma casual e informal. Vaqueros blancos ajustados y blusa verde, alhajas, cabello recogido en una gran cola de caballo. Esta vez acudió sola, por deseo expreso de Samuel, quien en su llamada le exhortó a que fuese sola a la cita. Los temas que iba a tratar eran demasiado delicados y se sentiría más cómodo si su joven hija no estaba presente. Carmen cumplió con su parte, ahora tocaba lo difícil.

—Siéntate, por favor —indicó Alonso señalando hacia la mesa que había frente a su escritorio mientras se dirigía a la suya, a la de detrás, junto a la ventana.

—No, gracias, prefiero seguir de pie, si no te importa —Carmen tenía la frente espejada de sudor—. Estoy algo nerviosa, lo siento.

—Tranquila, como prefieras —terció Alonso, cogiendo el mando del aparato del aire acondicionado y pulsando la tecla de encendido en dirección al mismo—. Voy a poner un poco el aire a ver si refresca. Esto parece un horno.

—Cuéntame, Samuel. ¿Lo has encontrado? —preguntó Carmen con los ojos muy, muy abiertos—. ¿Tienes el reloj?

—Tengo bastante más.

Carmen se quedó mirando fijamente a Alonso, deshaciéndose, exudando nervios por cada poro de su piel. El detective no sabía, no encontraba la mejor manera de decir lo que tenía que decir. El motivo más probable para esto es que no había forma buena de contar una cosa así. Todas las opciones que se le ocurrían eran horribles, así que optó por soltar la carga sin rodeos y que fuese lo que Dios quisiera.

—Carmen, he encontrado los restos mortales de tu padre.

La frase cayó sobre Carmen como una tonelada de piedras. Al principio tardó en reaccionar, en asimilar lo que acababa de escuchar. Después su cuerpo se fue arrugando, recogándose sobre sí mismo como una flor que se marchita en segundos.

—¿Cómo?... ¿Sus restos? No entiendo. ¿Estás seguro?

—Bueno, aún tienen que hacerles pruebas, pero yo te puedo asegurar que es él.

—No entiendo nada —Carmen negaba con la cabeza—. ¿Pero qué...?

¿Desde cuándo sabes esto? ¿Dón... dónde lo encontraste?

—En Villa Añoranza. Es una vieja casa de huerta que está...

—Sé dónde está —Carmen tenía los ojos abiertos, pero tenía la mirada perdida. No veía a Alonso ni el escritorio que tenía detrás. Veía una ruinoso casa de campo con vegetación por todas partes—. No oía ese nombre desde que era niña. Había olvidado hasta que existía... Mi padre me habló de ella, hasta me llevó un par de veces. Era... un sitio especial.

—Sí —Alonso asintió mientras observaba a aquella mujer, casi convertida en un espectro—. Al parecer tu padre se cruzó con gente bastante peligrosa en el ochenta, cuando desapareció... Un grupo terrorista de extrema derecha. No se fugó con una amiga como te dijeron, se estuvo escondiendo en Villa Añoranza, huyendo de esa gente hasta que dieron con él y...

—Dios. ¿Estás... estás insinuando que le asesinaron? —de pronto se activó. Carmen se acercó a Samuel, casi le agarró de la camiseta—. ¿Me estás diciendo que mataron a mi padre?

—Habrá que esperar a esas pruebas... Pero todo indica que sí. Le encontraron y le mataron.

Carmen hizo un amago de desmayo, Alonso estuvo al quite y logró sujetarla antes de que cayera al suelo. No llegó a perder el conocimiento, pero a punto estuvo. Su cuerpo temblaba, sus piernas a duras penas soportaban su peso. Alonso la ayudó a tomar asiento en la silla que le ofreció al principio y fue raudo a por un vaso de agua. El líquido elemento le vino bien a la mujer, que a pesar de los veintitrés grados que marcaba el aparato de aire acondicionado del despacho no dejaba de sudar.

—Lo siento, Samuel. Lo siento de veras —expresó la mujer llevándose una mano a la frente—. Después de todos estos años creí que estaría preparada para cualquier cosa.

—No tienes que disculparte. Nunca se está preparado para algo así, Carmen. Nunca.

—Todo lo que me dices me suena tan... no sé cómo decirte, como si me estuvieses contando una película. No me lo puedo creer.

—Pues aún hay más —dijo Alonso con semblante serio, en ese momento hubiera preferido estar encerrado en una jaula con un tigre que allí con esa mujer—. Mis investigaciones indican que la persona que mató a Ulises fue... fue... mi padre.

El rostro desencajado de Carmen reflejaba total estupefacción. Abrió la

boca para decir algo, pero no atinó a articular una palabra coherente. Todo su ser clamaba un gigantesco ¿cómo?

—Sé que es difícil de asimilar, imagínate cómo me siento yo... — prosiguió Alonso, tratando de meterse en el papel del detective profesional y dejando, en la medida de lo posible, los sentimientos a un lado—. Pero de alguna manera, mi pad... Santos dio con Ulises, le encontró en esa vieja casa. Tuvieron algún tipo de enfrentamiento y tu padre murió —Alonso se calló unos instantes, dejando a Carmen procesar la información—. La policía nos dirá más cuando examinen el lugar. Habrá que esperar, quizás nunca sepamos a ciencia cierta lo que pasó ahí dentro.

La mujer, que tenía la cabeza clavada entre los hombros, comenzó a emitir pequeños suspiros que iban acompañados de lágrimas. Samuel pensó que ese sería un buen momento para el remate final, darle lo que tanto ansiaba, aquello que lo desencadenó todo. Y también para lanzarle la última, pero no menos impactante, revelación del día.

El detective acudió a la parte delantera de su escritorio y abrió el primer cajón. Ahí estaba el esférico objeto de oro castigado por el tiempo. El viejo reloj de Ulises. Lo tomó y se dirigió hacia la posición de Carmen. Se agachó junto a ella quedando sus cabezas a la misma altura y extendió la mano abierta. Carmen no tardó en percatarse del brillante objeto que portaba. Miró un instante a Samuel con los ojos inyectados en lágrimas y éste le devolvió un solemne asentimiento. Un instante después, el reloj estaba con su legítima dueña.

—Siento mucho todo esto. Créeme —dijo Alonso, volviendo a ponerse de pie.

—No. No es culpa tuya —respondió la mujer limpiándose las lágrimas y observando con devoción el reloj.

—El reloj lo tenía una señora llamada Pilar Cárceles —Alonso se detuvo tras decir el nombre, esperando alguna reacción en Carmen que no se produjo—. Al parecer ella y tu padre Ulises tuvieron una aventura a finales de 1980.

—¿Ella fue...?

—Ella fue parte del lío en el que se metió tu padre, sí. De alguna manera pertenecía a ese grupo extremista. Desconozco todos los detalles, pero si estás interesada, ella podrá contártelo todo —Alonso cogió un folio que tenía sobre la mesa y un bolígrafo y escribió el nombre completo de Pili y su dirección—. Aquí la podrás encontrar. A ella y a su hijo.

—¿Su hijo? —Carmen dio un respingo mientras agarraba el folio.

—Sí. Ella dice que es de Ulises. Que quedó embarazada antes de que él desapareciera...

—En... entonces él... él es...

—No lo sé. Puede ser —terció Alonso negando con la cabeza y mordiéndose el labio. Ya no podía más con la incómoda escena, ardía en deseos de que todo acabase de una vez, de que Carmen abandonase el despacho y que el nudo que sentía en el estómago poco a poco se deshiciera —. Te prometo que ya he acabado. Ya no sé más.

Carmen quedó inmóvil, cabizbaja, durante unos instantes. Después, lentamente, abrió su bolso e introdujo en él el reloj y el folio que acaba de darle Samuel doblado por la mitad. Tras cerrarlo con un clic se puso en pie y, sin añadir nada más, se dirigió con pesados pasos hacia la puerta. Alonso la detuvo.

—Perdona, Carmen, una cosa más —se dio la vuelta y sacó de una caja que había tras el escritorio una cinta de cassette Sony con una C escrita a *boli* en la pegatina—. Escúchala, es una grabación de Ulises. Estaba entre los archivos de mi padre. Ahora esta cinta te pertenece.

La mujer tomó la cinta con rostro desencajado. Hizo un mohín con la boca y asintió antes de reanudar su lenta marcha. A Alonso le dio la sensación de que levitaba. Justo antes de coger la puerta y abandonar el despacho para no volver jamás, giró levemente la cabeza hacia el detective.

—Envíame la factura y te ingresaré tus honorarios mañana —su mirada fue subiendo de forma paulatina del suelo hasta quedar en línea con la del detective—. Gracias. Muchas gracias por todo, de verdad.

Alonso le respondió con un casi imperceptible movimiento de cabeza. Un instante después, Carmen desaparecía del despacho y la puerta se cerraba. El detective sintió como si hubiese estado aguantando la respiración durante demasiado tiempo, fue verla marchar y su cuerpo entero se relajó, el aire entró de nuevo, volviendo a salir en un largo y reconfortante suspiro. Apoyó las palmas de las manos en la mesa, dirigió su mirada a la luz de media tarde que entraba potente por la ventana. Cerró los ojos y trató de volver a la tranquilidad que hacía días que no tenía, a una calma que debía crear de nuevo, con esfuerzo y con tiempo. No era trago agradable cambiar la vida de una persona con unas palabras. En apenas diez minutos.

Al abrir los ojos se fijó en el par de cajas viejas que había subido de su

peculiar trastero. Una contenía objetos de su padre, algunos informes, artículos personales, era la caja donde encontró el revólver de Santos y la cinta de cassette de Ulises, así como la vieja placa de policía y algunos papeles. Lo cierto es que no estaba para nada escondida, solo apilada junto a media docena más en un rincón, criando polvo y humedad. Era como si Santos quisiera que algún día la descubriera, que se supiera una verdad que él mismo enterró. Lo que a Samuel le llamó la atención de ella es que no llevaba ningún rótulo ni etiqueta, era la única así. La otra caja que subió era más reciente, llevaba la palabra «Recuerdos» escrita a rotulador en un frente. En ella había, sobre todo, fotos. Viejas fotos en un álbum, en marco, y sin nada, sueltas de cualquier manera que el propio Samuel había recogido de la que durante tantos años fue su casa poco después de la muerte de su padre y poco antes de la venta de dicho inmueble. Alonso se acercó a la caja y la abrió, lo primero que vio fueron los típicos marcos plateados con las fotos de Comunión tanto suyas como de su hermano. ¡Qué gordo estaba él! En cambio, su hermano parecía un ratoncito con esas paletas, esas gafas redondas. Debajo de ese marco había otro de unas vacaciones familiares en Cabo de Palos. Toda la familia posaba en una hermosa cala. Fue antes de lo de su madre. Todos juntos, todos ¿felices? Más abajo encontró una foto en blanco y negro del día de la boda de sus padres. Un sonriente Santos trataba de entrar por la puerta de casa con una radiante Concha a cuestas. En el fondo de la caja había un álbum marrón con letras doradas. Fotos. Toda una biografía en imágenes, primero de su hermano, después la suya. Después juntos, los cuatro, después los tres. Posando, jugando, en el coche, en la calle, en la playa otra vez, en cumpleaños, en santos, en Navidad. Un torrente de recuerdos que llegaba a un sensible y afligido Samuel, que no estaba para eso, pero que no podía evitar detenerse en cada página con cariño y melancolía.

Al poco vibró su móvil. Era Violeta, un mensaje de Whatsapp que decía: «Ya estoy en el Café & Té». Alonso volvió a guardar el teléfono en el lugar donde estaba después de responder un lacónico «Ok», dejando el álbum y demás portarretratos sobre el escritorio. Apagó el aparato del aire, bajó un poco la persiana y abandonó el despacho. Fue andando. Café & Té era una de las más conocidas cafeterías de la Plaza Cardenal Belluga, situada frente al Palacio Episcopal y con la portentosa presencia de la Catedral de Santa María a un lado. En apenas cuatro minutos se personó allí, bajo el abrasador fuego de la tarde, entre los valientes paseantes, los turistas y sus cámaras, las

palomas y sus miguitas. Bajo el toldo de la terraza, y junto a uno de esos aparatos que refrescan el ambiente con agua vaporizada, se encontraba Violeta sentada en una pequeña mesa redonda sobre la que había un refresco sin burbujas. Violeta llevaba grandes y negras gafas de sol y vestía un bonito y cómodo vestido anaranjado. Al ver a Alonso sonrió, se quitó las gafas, le indicó con la mano que se sentara en la silla que había vacía frente a ella.

—¿Cómo ha ido? —preguntó con interés—. Llevo pensando en ti todo el día.

—No muy bien —Samuel tomó asiento, el camarero llegó a la vez arqueando las cejas—. Una Fanta de naranja, gracias... Si no ha sido el día más extraño de mi vida poco le ha faltado.

—Imagino —Violeta puso una sonrisa de circunstancias—. Debe haber sido muy duro.

—No sé qué visita ha sido peor, la verdad. Lo que te puedo asegurar es que ese Infer sigue siendo un hijo de mala madre, por muy enfermo y tetrapléjico que esté.

—¿Y qué te esperabas? Dicen que el que tuvo, retuvo, ¿no? —dijo Violeta antes de dar un sorbo a su refresco.

—Pues se ve que éste tuvo bastante. Es un guiñapo, no había nada más que su mirada, pero menuda mirada. No diría que era el mal personificado, como dijo Pili, pero sí alguien que ha disfrutado viendo sufrir a la gente. Me ponía enfermo.

—Hay muchos así, por desgracia —Violeta hizo un alto, el camarero estaba de nuevo allí dejando sobre la mesa un botellín de Fanta que se apresuró a abrir y un vaso con hielo—. Nunca tienen suficiente, porque el dolor no tiene límites.

—No fue difícil hablar con ese malnacido, decirle lo que tenía que decirle. Merecía cada palabra, cada acusación que le lancé. Me despaché a gusto, la verdad. En cambio, con Carmen fue otro cantar, es tan buena persona...

—Parece. Parece buena persona —puntualizó Violeta abriendo sus grandes ojos verdes—. Creo que si debes extraer alguna lección de todo esto es que la gente no siempre es como parece.

—Bueno, puede que tengas razón —terció Alonso encogiéndose de hombros y mirando fijamente a su bebida naranja—. Es muy chungo creer que conoces a alguien y que luego, de repente, en un instante, toda tu percepción

cambie. Todo lo que creías saber de él se pone en entredicho —los ojos de Alonso comenzaban a restallar un brillo, era genuina emoción—. En este momento no sé nada de él, Violeta. Es una sensación muy rara. Siento que no conocí a mi padre.

—Te entiendo, y lo siento mucho, pero debes tratar de ser justo. Hay muchas cosas que no sabes.

—Y visto lo visto, miedo me da saberlas algún día. Me da pánico cada cosa nueva que descubro de él... Llevo días sin dormir bien, repasando recuerdos, desde niño a adulto. Todo ha cambiado, los recuerdos han cambiado. Ahora mismo no sé si eran o no de verdad, han perdido... autenticidad. Entiéndeme, es mi padre y siempre le querré, nos crio lo mejor que supo a mi hermano y a mí cuando mi madre murió, eso no desaparece, pero de pronto se ha emborronado todo. Los años, los recuerdos, se han manchado con sus secretos, con la sangre de Ulises.

—Tú mismo me dijiste que viste señales de lucha en esa villa. Una vieja escopeta enterrada, cartuchos, ¿agujeros de bala en una puerta? —explicaba Violeta con vehemencia—. No sabemos qué pasó ahí, pero parece que no fue algo bueno. Quizás tuvo que hacerlo.

—¿Matarle? ¿Tuvo que matarle? —Alonso hizo hincapié en el «tuvo»—. Siempre debe haber más opción que la de acabar con la vida de alguien. ¿No crees?

—No lo sabes. Esa es la cuestión. Sé que es difícil, pero no deberías sacar conclusiones precipitadas. Al final toda esta tormenta pasará y las cosas irán volviendo a su lugar. Estoy segura.

—Mi padre es un asesino, antes no lo era. Ya nada podrá ser como fue. Lo que siento es más que decepción, es amargura, la noto aquí —el detective se señaló un punto ente el pecho y el estómago—. Justificado o no debió dar parte, llamar a la policía, perseguir a los malos. Pero no, en vez de eso lo enterró como a un perro, selló sus labios y siguió viviendo tan ricamente. Por más vueltas que le doy no lo puedo entender.

—Todos hacemos cosas de las que después nos arrepentimos, pero las hacemos igualmente —Violeta se echó hacia adelante. Observó que los cubitos del vaso de Samuel ya estaban casi derretidos—. A veces es difícil decidir.

—Pues no debería serlo. Yo también he tomado decisiones de las que no me siento orgulloso, pero quiero mejorar, quiero cambiar eso. ¿En qué nos convierte repetir los mismos errores una y otra vez? —Alonso hizo una pausa,

mirando con ojos de carnero degollado a Violeta. De nuevo acudió a su mente la cabina roja, la humedad londinense, la frustración, la ira, la noche que mandó a paseo a la ley. No quería volver a eso—. Siento que llevo un tiempo a la deriva y ya es hora de encauzar mi camino. De seguir unos ideales y no salirme de ellos. No quiero por nada del mundo convertirme en él.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Violeta con evidente gesto de extrañeza.

—En toda la vorágine que hemos vivido en los últimos días, Violeta. Las cosas que he hecho. Estoy pensando en esa mujer, Eloína, y en ese pobre chaval, el Spiderman de las casas baratas o cómo sea —Alonso cerró los ojos un instante, vio sus caras tal y cómo las vio por última vez—. No quiero que me vuelva a pasar algo así. Nunca.

—Lo de Isra fue un accidente, fue su culpa, ya lo sabes. En cuanto a lo de Eloína... me duele haberte involucrado, pero ya te prometí que nunca más te verías en algo parecido. Tienes mi palabra, Samuel.

—Estamos hablando de dos delitos que quedaron impunes. En un caso allanamiento, amenazas y quién sabe si más... En el otro un accidente, sí, pero no te equivoques, fue por nuestra culpa. Por perseguirlo. Y nos fuimos de allí a escondidas —Samuel negaba ostensiblemente con la cabeza—. Eso no estuvo nada bien.

Violeta se le quedó mirando de hito en hito, sabía muy bien qué rumbo estaba tomando la conversación, un rumbo que no le colocaba en buena posición, un rumbo que no le gustaba un pelo.

—¿Estás tratando de decirme algo, Samuel?

Alonso exhaló una buena bocanada de aire. No quería decir lo que iba a decir, pero sentía que tenía que hacerlo, era necesario para hacer borrón y cuenta. Para volver a poner en marcha la maquinaria de su vida debía dejar atrás todo lo que le aportaba negatividad.

—Por el amor de Dios, Violeta. Eres una delincuente, yo un detective privado. ¿Cómo se supone que vamos a manejar esto?

—¿Esto?

—Sí, esto, esta cosa invisible que flota y nos atrae el uno al otro. Esto de lo que nunca hemos hablado ni nombrado. Esto.

Violeta sabía perfectamente a qué se refería, uno de esos mastodónticos elefantes en la habitación del que se pasaba de forma reiterada. Quizás porque era más fácil así, vivir sin necesidad de explicaciones ni de ponerle nombres a

las cosas.

—Creo que estás siendo un poco injusto en tu enfoque —terció Violeta, sintiendo cada vez más calor—. Si lo piensas bien, seguro que hay más cosas que nos unen de las que nos separan. Pero ya está en ti centrarte en una cosa o en la otra.

—Ojalá fuese tan simple, Violeta, ojalá. Pero no sé —Alonso hizo una pausa, entrecerró los ojos como quien espera un guantazo—. Te vas a reír, pero es que venimos de mundos muy distintos.

—¿Mundos dices? Vaya —Violeta soltó una amarga sonrisa—. Solo hay un mundo, Samuel, por más que te empeñes en dividirlo.

—Yo no estoy tan convencido de eso.

—Es cuestión de matices. De metros. Si lo piensas, crecimos muy cerca el uno del otro.

—Cierto. Yo bajo la línea del peligro, tú sobre ella. Nadie la cruza si no es verdaderamente indispensable. Por eso nunca nos conocimos.

—Igual sí pero no lo recordamos. Es imposible acordarse de toda la gente que pasa por tu vida —Violeta alargó sus manos sobre la mesa y tomó, con suavidad, las del detective, no quería que la cosa acabara mal entre ellos—. Mira Samuel, no quiero que creas que te estoy intentando convencer de algo, solo quiero que abras los ojos, que dejes los prejuicios a un lado. No hay buenos ni malos, solo personas.

—Lo siento, pero me cuesta estar de acuerdo con eso. He visto demasiada porquería —Alonso acarició con sus pulgares las manos de Violeta—. No me malinterpretes, no me pongo por encima de nadie, solo quiero estar en mi lado, estar seguro de cómo es y cómo quiero actuar. Quiero agarrarme a eso, a mí mismo.

—Ya... ¿Y cuál es tu lado? Yo diría que esa es una conclusión a la que no se puede llegar a la ligera. Y menos en caliente, con todo esto tan reciente —Violeta tomó su vaso y lo apuró—. Para empezar, ¿volverás a la oficina, a esa empresa de trabajo temporal? Contable o detective, son dos caminos bastante diferentes.

—Bueno, he comprendido que este asqueroso trabajo, de alguna manera, me da la vida... Supongo que nunca podré dejar de ser detective —lo dijo como quién acepta agotado su destino—. Lo que tengo claro por encima de todo es que no quiero volver a verme involucrado en nada ilegal, y tú deberías hacer lo mismo.

—Samuel... —Violeta soltó sus manos de las del detective.

—No ya por ti, lo digo por el bebé. ¿Qué pasará si algún día te detienen? ¿Y si vuelves a la cárcel? Dime, ¿qué será de él? O ella. ¿Has pensado en eso?

—Tengo mis planes. Recuerda que esto no fue por sorpresa.

—¿Lo dejarás? —Alonso exorbitó exageradamente sus ojos—. ¿Dejarás esta vida atrás?

—En cierto modo, sí.

—En cierto modo —repitió irónicamente Samuel—. ¿Qué significa eso?

—Digamos que me retiraré a una posición más segura. Lo llevo preparando todo mucho tiempo...

—Eso no me alivia nada. ¿Qué serás, la líder en la sombra o algo así? ¿La Corleone murciana? —Alonso no podía dejar de negar con la cabeza—. ¿Tan difícil es cortar por lo sano?

—Cada uno es como es —Violeta se repantingó en su sitio, cogió las gafas de sol y se las volvió a colocar—. No puedo echar por tierra lo que tanto me ha costado construir. No puedo renegar de lo que soy. Yo nunca te pediría que dejases de ser detective privado.

Samuel se quedó mirando a los cristales de esas grandes y oscuras gafas de sol. Cuando la chica giró el cuello para mirar a un lado pudo ver reflejados en ellos parte de la fachada de la catedral, con sus entrantes y sus salientes, sus columnas, sus mártires y sus santos. Ahí estaban, pasado y presente, quizás futuro, unidos en una única y preciosa estampa. Miedos, esperanzas, cambios, puntos sin retorno, todo flotaba en el aire, todo era posible aún. El pasado brillaba en esa fachada, fuerte y orgulloso, pero en sus adentros era oscuro y perturbador, pocas convicciones y muchas dudas arreciaban al detective. El presente lo tenía al alcance de la mano, flotaba con más de treinta y siete grados centígrados sobre su cabeza, un botellín de Fanta exudando, una mujer que le aceptaba tal y cómo era. Al fin, tal y como él era. No era poco, no era fácil, puede que nunca encontrase a alguien así. A alguien dispuesto a no juzgarle, a no inmiscuirse en sus rarezas y desvelos. El futuro era su propio reflejo en una esquinita del cristal izquierdo de esas enormes gafas de sol, pequeño, deformado, con sus propósitos, sus ideales y su destino. Podía hacer algo o no hacer nada, aunque no hacer nada era también hacer algo. Era dejarlo correr, permitir que las cosas se pusieran en el sitio que les correspondía.

Perdido, confuso, con la mente a tope, el detective optó por darse una tregua, cogió el refresco y bebió. Optó por dejar que las cosas sucediesen a su ritmo, paladear el presente y dejar las decisiones transcendentales para otro momento. Sabía perfectamente que aquello no iba a durar, no era posible. Quizás Violeta estaba en lo cierto, solo había un mundo, pero él quería vivir en la superficie, mientras sentía que con ella se vería arrastrado a las profundidades.

—No me digas que esto va a terminar así... tan serio —retomó Violeta mientras Alonso bebía ensimismado de su aguada Fanta.

—¿Qué esperabas? —el detective dejó su refresco sobre la mesa—. Estos días han sido desgarradores.

—Pero pasarán, interiorizaremos los cambios, las cosas se normalizarán. Al final siempre pasa.

—Me encantaría encontrar un atajo para eso, ¿sabes?, un agujero de gusano o lo que sea que me llevara directo al momento en que todo este sufrimiento haya pasado. Al momento en que ya no duela tanto.

—Uhm —Violeta no pudo evitar soltar una risilla—. No seas tramposo, no te tenía yo por un cobarde. Tienes que pasar por lo malo para llegar a lo bueno, así lo valorarás más y sabrás de verdad qué es lo que quieres. Es lo que intento decirte, tienes que tratar de relajarte. Pensar en otra cosa.

—¿Cómo qué? ¿La macroeconomía en China?

—No seas tonto, a ver... empieza por contarme algo gracioso. Pero gracioso de verdad, no como esos supuestos chistes que vas soltando y de los que no se ríe nadie.

—Por increíble que te parezca, ahora mismo no se me ocurre nada —dijo el detective frunciendo los labios.

—Alguna batallita de las tuyas, algo gracioso que te pasara en uno de tus casos. Vamos, algo se te ocurrirá...

—Bueno —Alonso hizo una larga pausa, miró hacia abajo—. Una vez unos mafiosos me cortaron un dedo del pie.

—¿Qué?

—Sí, no, no fue tan grave, al final pudieron reimplantármelo. Apenas se nota una pequeña cicatriz si te fijas muy bien.

—Madre mía... —Violeta volvió a quitarse las gafas, la boca le llegaba a la mesa—. ¿Y eso se supone que es gracioso?

—Pues no sé, supongo que depende de la forma en que lo cuente.

Capítulo 8

La sangre no salta

30 de diciembre de 1980

Hay una playa de esas de aguas turquesas y suave arena blanca, como las de los posters y los calendarios. Hay un banco de madera pintado de rojo en un sitio donde no suele haber ningún banco. El cielo está encapotado, la brisa riza el mar. Empieza a chispear con insistencia. Santos se acerca al banco, no tiene ni frío ni calor, las gotas de lluvia no le molestan, lo que le fastidia es no saber dónde delante se encuentra ni cómo ha llegado hasta allí. En el banco hay sentado un hombre algo más joven que él, pelo negro, complexión delgada, viste polo blanco y vaqueros gastados. Hay algo en su cara que le resulta tremendamente familiar.

—Vamos, hombre. Siéntate, que no te voy a cobrar —dice el hombre del banco rojo dando un par de palmaditas al sitio que tiene justo al lado.

Santos lo mira desconfiado, lo repasa de arriba abajo. El hombre del

banco le mira con una tranquilidad pasmosa, como si fuese lo más normal del mundo, como si le conociese de toda la vida.

—Bueno, pues quédate de pie, pero ya no creo que vayas a crecer más — dice de nuevo el del banco, ofreciendo una cómplice media sonrisa.

—¿De qué va esto? —pregunta Santos aproximándose con tiento al extraño banco rojo.

—Tú sabrás, aquí el que manda eres tú.

—No sé de qué estás hablando. ¿Quién eres?

—Puf, no tenías una pregunta más tonta, ¿eh? —el hombre del banco arquea las cejas—. Eso ya lo sabes.

—No, yo no sé nada.

—Vaya un filósofo estás hecho. El día que juntes más de cinco palabras seguidas serás la bomba.

—Pero ¿qué demon...?

—Pobrecillo, se te ve hecho una pena... —el hombre del banco le radiografía de arriba abajo—. Tienes cara de necesitar un buen par de oídos. Si quieres contarme algo este es buen momento, no hay mucho que hacer por aquí salvo hablar.

—Hablar.

—Eso es, habla, larga, platica, estás sufriendo, lo llevas grabado en la cara. Vamos, suéltalo, ya verás como no te hace mal.

Santos sigue mirando al hombre como si fuese un extraterrestre, manteniendo la distancia, preguntándose de qué le conoce y no obteniendo respuesta alguna por el momento.

—¿Por qué te iba a contar nada a ti? —pregunta Santos.

—¿A quién si no? Piensa un poco, no tienes demasiadas opciones, casi nadie te aguanta —el hombre del banco niega ostensiblemente con la cabeza—. Yo soy el único que te ha escuchado siempre... Aunque a menudo me pregunto por qué.

—¿Tú? Esto es de locos... ¿Por qué estás tan interesado? ¿Qué más te da a ti lo que me pase o deje de pasar?

—Solo quiero ayudar.

—Ayudar... Como si fuera tan fácil. No tienes ni idea de donde estoy metido. Ni idea...

—Y voy a seguir así como no empieces a contármelo de una vez.

El detective opta por rendirse al fin. Da un par de pasos titubeantes y se

sienta con mucho tiento al lado del hombre, sin dejar de observarlo. Desde esa distancia la familiaridad es aún mayor, le escuece en las entrañas, sabe la respuesta, pero no se acuerda.

—He matado a un hombre —suelta Santos ante la estupefacta mirada del tipo del banco.

—¿Qué?

—Sí, lo hice. Era él o yo. Tuve suerte de que no me volara la cabeza. Le disparé después. —El hombre del banco le mira con atención, incluso conmovido, exhortándole a Santos a continuar—. Fue instintivo. No quise hacerlo, pero lo hice. Y lo he ocultado.

—¿Cómo dices? —el hombre del banco se sobresalta—. ¿Ocultado cómo?

—Lo enterré... En un sitio perdido. Estoy bastante seguro de que nadie lo va a encontrar.

—Pero a ver, eso... eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Por qué has hecho algo así?

—Porque tengo que hacerlo. Hay gente detrás, gente peligrosa, más de lo que parece. Tengo una familia, ¿sabes? Debo protegerlos.

—No digas más chorradas y llama a la policía, ellos se encargarán, te darán protección, a ti y a tu familia. Vamos, hombre, coge el teléfono y llama, es así de simple.

—Claro, la policía —por primera vez el hombre del banco ve algo parecido a una sonrisa en Santos—. Esos me tienen muchas ganas. Llevo en su lista negra demasiado tiempo. Sería la excusa perfecta... Les pondría mi cabeza en bandeja.

—¡Venga ya!, no será para tanto. Tienes una visión extremadamente pesimista de las cosas. Habrá una investigación y todo el rollo, la verdad saldrá a la luz. Así debe de ser.

—¿La verdad? —Santos no puede dejar de negar con la cabeza—. ¿Y qué es eso? Objetiva, única, ¿no? No, hijo, no. La verdad no...

En este momento Santos se detiene. Siente una extraña presión en el pecho, mira al individuo que tiene sentado al lado y no puede creer lo que acaba de llamarle. Hijo, le acaba de llamar hijo. En cambio, le parece algo natural, esa es la forma en que tiene que llamarlo. Estupefacto, mira alrededor y ve un cielo cada vez más negro y una lluvia cada vez más persistente que ya empieza a calarles hasta el alma. No puede cerrar los ojos, no puede dejar de

mirar a ese hombre.

—Sé a lo que te refieres, en nuestro trabajo se ve mucha basura —dice el hombre del banco, el cual lleva ya el pelo empapado y pequeños ríos caen por su rostro—. Muchas cosas raras que te hacen preguntarte qué es lo que está bien y lo que está mal. Muchas cosas que te dejan hecho polvo... ¡Detectives privados! La gente se cree que vivimos como marqueses.

—Entonces me entiendes bien —tercia Santos, quien siente como un escalofrío recorre todo su cuerpo.

—Bueno. La verdad a veces es muy... —el hombre arruga la frente, se quita agua, trata de dar con la palabra que busca— voluble, interpretable, pero al final siempre sale a flote. De una forma o de otra.

—No tiene por qué.

—Yo creo que sí.

—Esta verdad solo puede traerme dolor, ¿no lo ves?

—Ya tienes dolor, y no poco, no te librarás de él así, Santos.

—¡No me gusta que me llames San...! —el detective detiene su impulso.

—Lo sé, lo siento.

Santos y el hombre se quedan mirándose fijamente, el gesto de ambos se va dulcificando con el paso de los segundos, hay un entendimiento más allá de lo absurdo, de lo imposible. Una unión, una conexión íntima que conocen muy bien, aunque no se atreven a expresar.

—En fin, tú haz lo que tengas que hacer —dice el hombre del banco poniéndose de pie y mirando al cielo lluvioso—. Solo espero que tengas claro que la sangre no salta.

—¿Cómo? —Santos también se pone en pie—. ¿La sangre?

—Claro. Puedes limpiarla de tus zapatos o de tu camisa, lavarla bien de tus manos, pero no saltará de tu cabeza —el hombre se toca la sien derecha—. Por mucha tierra que le echas encima siempre estará ahí, atormentándote.

—Pero tú, tú ¿cómo sabes eso?

—No lo sé, pero así es como debe ser —responde el hombre, dispuesto ya a partir—. En fin, ya sabes lo que pienso. Ya sabes lo que pasará si tiras por ese camino, no lo aceptaré, no puedo estar contigo en esto.

—¡Espera! —Santos trata de seguirle, pero una fuerza invisible le retiene, la atmósfera se revuelve, la lluvia arrecia, todo se vuelve brumoso—. No te vayas, yo... no sé qué debo hacer...

—Sí que lo sabes. Sopésalo, decídete y hazlo. La decisión es tuya —el

hombre echa una última mirada atrás y emprende el paso bajo la pesada lluvia —. Me tengo que ir ya. Feliz Navidad, papá.

De pronto el cielo comienza a girar, un remolino arrasador se lleva consigo el mar y las nubes, la arena y el banco rojo. Todo da vueltas, el universo se ondula, los límites de lo real y lo irreal estallan. En la vorágine, Santos es arrastrado sin misericordia mientras grita un nombre.

El detective despierta sobresaltado en el asiento del piloto de su Seat 124. Su pecho se llena y se vacía, su frente está empapada de sudor a pesar de que no hace ningún calor. No ha podido evitar la cabezada, la pasada noche no pudo conciliar ni un minuto de sueño, pensando y considerando sus opciones. Padeciendo el martirio interior que le dejó sus manos manchadas de sangre. Imaginándose cómo sería el encuentro que ha concertado para dentro de un rato.

Todavía desorientado por un perturbador sueño del que ya ha olvidado la mayor parte, mira la hora en el reloj de su muñeca y echa un vistazo a través del cristal de su ventanilla. Aún falta casi una hora para su cita. Se encuentra en una de las calles paralelas al río, muy cerca del jardín de Floridablanca, el concurrido lugar que ha elegido para verse las caras con Mario Infer. Realizar la cita no fue complicado, tan solo tuvo que esperar en la puerta de su casa a que reapareciesen los tipos del Renault 5 gris, acercarse a ellos y darles una nota para Infer que decía: «Caso cerrado. Mañana a las 16:00 en el jardín Floridablanca. Ven solo. S.»

Santos sabía que Infer aparecería, lo de que lo hiciese solo ya lo ponía más en duda, pero no era determinante. Lo importante es que apareciese, que pudiera hablarle con seguridad, que pudiera poner fin de una vez por todas a la pesadilla en que se había convertido el caso Ulises.

Pone la llave en el contacto y arranca, decide dejar el coche todo lo cerca posible del Jardín. Después de un par de vueltas logra encontrar un hueco en la calle Proclamación. Abandona el auto y dirige sus pasos hacia la confitería Roses, aquella que visitaba algunos domingos por la tarde con sus abuelos. No recuerda cuándo fue la última vez que probó bocado, ninguna comida o cena familiar, puesto que ha pisado lo justo su casa en los últimos días, puede que alguna tapa en algún bar al que fuese en busca de cobijo. Pide un pastel de carne y un vaso de agua. Se toma su tiempo para comérselo, no hay prisa, no hay más lugar al que ir. La hora de la cita, entre bocados y nervios, resoplidos e incertidumbre, se va acercando poco a poco.

Cuando abandona la confitería, únicamente restan diez minutos para su decisivo encuentro. Entre centenarios ficus, coloridos claveles y orquídeas, bustos de gerifaltes y otros monumentos, media docena de bancos, mucho trasiego, muchos críos jugando, muchas parejas paseando. Santos avanza hasta la mitad del enrejado parque y toma asiento en un banco vacío. Decide que no se va a pasar el rato vigilando a cada persona que pase a su lado, simplemente trata de relajarse, calmar la tempestad del interior contemplando la naturaleza. Sorprendentemente le funciona. A los pocos segundos ha perdido la mirada entre las enormes raíces que emergen de la tierra, en sus intrincadas formas, buscando arraigo. Hay palomas, alguna ardilla trepando un tronco, un chaval se percata de ella y corre a darle caza piedra en mano. Alguien en algún lugar cercano toca un conocido villancico con su violín. Las cosas están en su sitio, el de toda la vida.

Santos ha elegido este lugar para el encuentro por dos motivos. El primero porque tiene mucha afluencia, más si cabe durante las fiestas, es perfecto para hablar con tranquilidad en una posición segura, nada grave va a pasar en un lugar público, al aire libre y con decenas de pares de ojos como testigos. El segundo motivo es que el Jardín de Floridablanca le trae a Santos un grato recuerdo, esos que no se sabe muy bien por qué se alojan en un lugar privilegiado de la mente, aflorando de cuando en cuando, haciendo recordar una escena que en las películas saldría en blanco y negro. Santos y Concha tienen veinte y dieciocho años respectivamente, él luce un bigote que es apenas pelusilla, ella va acompañada por su prima Teresa, su carabina oficial. Él la coge de la mano aprovechando cada segundo de ese casto, pero a la vez íntimo contacto. Vienen de oír misa en la iglesia del Carmen, la noche ha caído mientras estaban dentro, fuera el Jardín bulle de gente de toda edad y condición, un puesto de castañas en una esquina y otro de churros que no anda muy lejos pues su dulce aroma impregna la atmósfera. Santos propone acercarse y comprar media docena de porras, Teresa secunda la moción. Concha cree que eso es demasiado para ella, aún le dura el empacho de la comida en casa de sus padres. Al final consiente, me comeré un bocado, dice, y los tres se dirigen plaza abajo en busca del churrero. A medio camino se les cruza una gitana que les detiene y les insta a leerles la buenaventura. Santos se niega en rotundo, a punto está de enviarla a paseo si no es por el suave apretón que recibe en su mano de Concha. Ésta, interesada siempre en temas místicos, no duda en sacar unas monedas de su bolsillo y ofrecérselas a la señora. La

gitana las coge con sumo gusto para tomar la mano ya liberada de la joven Concha. La vidente, o bruja sacacuartos, como después la llama Santos, frunce el ceño y mueve los ojos con gran rapidez mientras lee las líneas de la palma de la mano de Concha. Por momentos su rostro se ensombrece, pero pronto cambia de registro. Una sonrisa acude a sus labios, seguidas de las palabras serás feliz con este hombre. No todo será color de rosa, pero al final él estará a tu lado. Veintitantos años después, Santos podía recordar cada una de estas palabras como si las estuviera escuchando ahora mismo. En su momento no le otorgó ninguna importancia, él nunca creyó en esa chorrada de la adivinación y la videncia, pero ciertas o no, aquellas palabras removían su interior por lo bien que se ajustaban a su relación con su mujer. Ahora mismo nada es de color de rosa, todo se ha tornado oscuro, tanto como la sangre.

—Hola, compatriota. Qué puntual.

La voz hace salir a Santos de su embobamiento, del curioso y vívido recuerdo, golpeando con contundencia su estómago. Sentado a su lado, ataviado con su *bomber* negra, sus vaqueros ajustados y sus botas militares, se encuentra Mario Infer y su estúpida mueca. Se saca un paquete de Celtas y se dispone a fumarse un cigarrillo.

—No lo enciendas.

—¿Qué?

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque lo odio, al tabaco y a ti, hijo de perra.

Infer le mira de soslayo con el cigarrillo sin encender pegado en el labio inferior. Sonríe, toma el cigarrillo y se lo pone tras la oreja derecha.

—Tranquilo, hombre. Calma, me lo fumaré luego —Infer mira a la gente que les rodea ajena a todo—. Estoy aquí porque tú me lo has pedido, ¿recuerdas? No hay por qué ser grosero.

—¿Grosero? —Santos no quiere ni mirarlo, pero no puedo evitar girarse y enfrentarlo de cara. Baja el volumen al comprobar que hay una pareja en el banco de al lado mirando—. Desgraciado. Debería romperte el cuello aquí mismo.

—¿A mí? ¿Y eso? —pregunta con sorna, con su estúpida sonrisa de suficiencia.

—No finjas, ahora no. La paliza. La nota amenazante... En otras circunstancias no estaríamos sentados hablando.

—Vamos, hombre, eso no me lo tengas en cuenta, solo intentaba animarte, ¿entiendes? Veía que necesitabas una motivación extra, y por eso pasó lo que pasó.

Santos guarda silencio y se acaricia nervioso el bigote, aprieta la mandíbula, si las miradas matasen, Infer ya sería un fiambre.

—Además, ya te informo de que no ha sido para tanto —continúa Infer, gustándose—. Mandé a uno de los míos a preguntar al hospital, le dije que se hiciese pasar por un primo segundo de tu amiguito Carlos. Te tranquilizará saber que se pondrá bien, le dijo una enfermera que a lo mejor perdía un ojo. Y bueno, lo que le ha quedado allí abajo no le va a servir de mucho... Lo siento, ya no podrás jugar con eso más.

—Enfermo hijo de...

—No hablemos de quién está más enfermo aquí, ¿eh, desviado? Que lo tuyo no tiene ni cura.

Santos debe hacer un mastodóntico esfuerzo por contener esa vena que se infla en su cuello, ese impulso, las ganas de abalanzarse sobre aquel desgraciado y matarlo con sus propias manos.

—Escucha, he venido a decirte que se ha acabado, ¿me oyes? Se ha acabado.

—Claro que sí, jefe. Se ha acabado, porque tú lo dices. Tú hablas, yo obedezco —dice Infer en tono socarrón—. Así funciona esto, ¿no?

—Déjate de mierdas y escúchame.

—No, escucha tú esto —Infer se desplaza un palmo en el banco, quedando a apenas diez centímetros de Santos, su mirada echa chispas—. Por mucho encuentro que hayas organizado ambos sabemos que no eres tú el que domina la situación. En la nota decías que el caso estaba cerrado, ¿no? Pues habla ya y deja esa pose de machito que ambos sabemos que no te pega nada o me largaré.

—Ulises ya no está —dice Santos al fin.

—¿Cómo que ya no está? —Infer arruga la frente—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Ya no es un problema. Ya no está... —Santos mira a diestra y siniestra, las palabras salen de su garganta como cortadas por una cuchilla—. Ulises... está muerto.

El líder del Frente Antimarxista mira de arriba abajo al detective con cara de estupefacción. La boca abierta, los ojos como platos. Otra vez esa mueca.

—Buen intento, amigo. Pero no me lo trago. ¿Qué le ha pasado? ¿Se resbaló en la ducha?

—Lo hice yo.

—¿Tú? —repone con desprecio.

—Yo, maldito psicópata. No tuve otra... Le maté antes de que él me matara a mí.

Infer se le queda mirando en silencio, procesando la información, leyendo en esos ojos que tanto odio le proyectan. A punto está de pellizcarse para cerciorarse de que no es un sueño.

—Por eso se ha acabado —continúa Santos, recompuesto, con voz firme—. Ya no hay Ulises, ya no hay problema. Se acabó.

—Ya, ya... —Infer se mesa la barbilla, no le quita ojo a Santos—. Y yo me lo tengo que creer, así sin más.

—Está en Villa Añoranza, una vieja casa de huerta al final de la Senda de Granada. En el patio trasero. Compruébalo.

—Tú... ¡ja! ¡Serás cabrón! —Infer suelta una risotada—. ¿Es verdad eso que dices?

—He limpiado bien mis huellas, nada me relaciona, ya no existe el arma. Para mí no ha ocurrido. ¿Estamos?

—Claro, hombre, claro. Por supuesto. Faltaría más —de nuevo esa mirada sibilina, esa mueca de superioridad, de disfrute con el dolor ajeno—. Menudo elemento estás hecho, ¿eh? No me equivoqué la otra noche contigo. Tuve que apretarte un poco las tuercas, pero al final has respondido. Trabajas bien. Haces lo que hay que hacer. Eso me gusta.

—Me importa un carajo lo que te guste. Solo quiero que salgas de mi vida y de la de los míos para siempre. ¿Me oyes? Para siempre.

—Vamos, hombre, para el carro un momento —Infer extiende sus manos hacia el detective—. ¿Por qué dejarlo aquí? Eres un buen activo, mejor de lo que pensaba en un principio cuando me enteré de que eras otro maricón. Quizás pueda volver a necesitar tus servicios, ¿eh? La cuerda que nos ata ahora es muy corta...

Santos cierra los ojos y respira hondo. Trata por todos los medios de no reventarle la cabeza a ese tipo ahí mismo, cosa que podría hacer sin demasiada dificultad y con cierto placer, además. Aleja esos pensamientos, esos instintos primarios de su ser. Trata por todas las formas posibles de ceñirse al plan que lleva rondando su cabeza los últimos dos días, hacer lo

que tiene que hacer sin fastidiarlo.

Abre los ojos, echa un vistazo y la gente sigue ahí, simplemente a lo suyo, ajenos a la tormenta de dolor y mentiras en la que se está convirtiendo su vida. Conversan y ríen, juegan, pasean, comparten una bonita tarde en un bonito lugar. Así debería ser todo. Se abre la chaqueta y saca de uno de los bolsillos interiores una grabadora de cassette. Sin mirar siquiera a su acompañante de banco le acerca el aparato y pulsa el *play*: «¿Qué me estás contando, amigo? Eso no es así. El gran problema de esta sociedad, de las nuevas generaciones, de la sobrevalorada democracia, es que todos son unos blandos».

Infer reconoce enseguida su propia voz. Siente un pinchazo en el pecho, un hormigueo incesante que nace en la planta de sus pies. Empieza a adivinar por donde van a ir los tiros.

«Hombre, por suerte todos no, Mario».

El terrorista también reconoce esa voz, la voz del hombre que intentó matarle, el hombre que liquidó a dos de los suyos, aquel que con tanto ahínco buscó. La voz del hombre que, si ese detective no miente, yace en el patio de una vieja casa de campo.

«Con una mano se pueden contar y sobran dedos, te lo digo yo, Ulises. ¿Cómo te creías que eran las cosas en Madrid? ¿Eh? Muchos se apuntaban a la causa, la mayoría de boquilla, porque luego a la hora de la verdad no tenían lo que había que tener... Panda de débiles, empezando por el grandísimo y magnífico líder. Me tuve que ir porque ya no nos aguantábamos... ¿Cómo se dice? Nuestros ideales no congeniaban. Se supone que luchábamos por lo mismo, pero él quería hacerlo todo bien, agotar la vía diplomática, me dijo una vez. Politiqueos y chorradas. Vaya un mierda, así se va a arreglar España, hablando y tomando cafés como señoritos».

«Te entiendo, Mario, no se puede tirar la piedra y esconder la mano. Si quieres algo hay que hacerlo, no andar pisando de puntillas y pidiendo las cosas por favor».

«Veo que me captas. Yo hice las cosas que hice por una razón, por la más grande de todas, por España. Quién te crees que se cargó a ese concejalucho... joder, ni siquiera recuerdo su nombre... Querían secuestrarlo, pedir cosas, exigir cambios, ser escuchados. Yo les dije: solo hay una forma de que se enteren bien de lo que somos y lo que queremos. Ni bombas ni historias, le esperé una noche en la puerta de su casa y cuando fue a tirar la basura me acerqué y le pegue dos tiros en la cara. PUM. PUM. A tomar por

saco, mensaje más claro imposible, ¿no crees?»

Santos detiene la grabación y vuelve a guardarse la grabadora-reproductor en la chaqueta. Infer, a su lado, suda rojo como un tomate y aprieta dientes y puños, en otro lugar más íntimo habría estallado en mil pedazos.

—No pienses en hacer una tontería. Es una copia —informa el detective, mirada al frente, a uno de los árboles vetustos.

—¿Qué crees que tienes con eso?

—Una confesión cojonuda.

—Eso habría que verlo.

—Exacto, habría que verlo.

—Bastardo hijo de...

—¿Lo entiendes ahora, malnacido? —corta Santos, clavando su mirada en los rojos ojos de Infer—. Esta cinta estaba en posesión de Ulises, la guardaba en una caja de seguridad bajo la cama en la que dormía en Villa Añoranza.

—Ulises. Ese traidor...

—Se hizo pasar por uno de tus antimarxistas para llegar hasta ti, ¿verdad? Primero trató de incriminarte, acabar contigo por lo legal. Pero pasó algo...

—Pasaron muchas cosas.

—Pili. Se enamoró de ella, le contó lo que le hacías, tus maltratos y vejaciones... —Santos le apuñala con la mirada—. Entonces olvidó la cinta y trató de acabar contigo con sus propias manos.

—Sí. Pero la cagó, se pensó que sería fácil matarme... ¡A mí! Esa maldita rata comunista creía que podía acabar conmigo.

—Pudo llevar la grabación a la policía, pero no lo hizo porque sabía que no acabaría bien para él. Mató a dos de tus hombres, eso es cárcel.

Santos e Infer se quedan mirándose durante unos segundos, unas miradas llenas de odio y desprecio, de repulsa por estar ahí, manteniendo esa conversación, por haberse incluso conocido. Un duelo de palabras en un banco de un florido parque que está a punto de finalizar.

—Es más que eso... —deja Infer en el aire.

—Sí, lo es. Su hija —Santos parece ensimismado, mirando hacia la gran nada—. Su hija cree que es un santo, un héroe casi, un buen hombre. Él prefirió morir a que se descubriese esa parte de él.

—Está bien, entiendo. Todos tenemos secretos —tercia Infer incómodo, ansioso—. Ahora dime, ¿qué piensas hacer con esa cinta tan cojonuda?

El detective lo mira con desprecio, balancea su cabeza, respira profundo.

Se está descomponiendo.

—Guardarla bien y olvidarme de que existe. Siempre y cuando tú te olvides de mí y todo lo relacionado conmigo.

El terrorista asiente mientras se muerde el labio inferior, tiene las manos juntas en una suerte de rezo o invocación. Siente como su cuerpo arde.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué me has contado lo de Ulises? ¿Por qué no llevas esa cinta a comisaría y te ganas una medallita? Se supone que eras policía, ¿no?

El detective sabe bien lo que tiene que decir, lo que tiene que hacer. Le ha estado dando tantas vueltas, le ha costado tanto tomar la decisión más importante de su vida que decirlo le resulta fácil pues lleva horas de ensayo mental, convenciéndose a sí mismo de que es lo que tiene que hacer. De que no tiene otra salida.

—Porque es la única forma de que acabe todo —suelta al fin—. Si no te hubiese contado lo de Ulises no te habrías detenido. Querías venganza. Ahora sabes que ha acabado, yo me iré por mi lado y tú por el tuyo.

—¿Y ya está?

—Ya está.

—¿Por qué me iba a fiar de ti?

Santos traga saliva, duele tanto que siente que su alma se está resquebrajando, los cimientos sobre los que pretende construir el resto de sus días están hechos de sufrimiento e incertidumbre.

—Sencillo. Ambos tenemos secretos que podrían destrozarnos nuestras vidas.

—Tú guardas mi secreto y yo los tuyos. ¿Es eso?

—Sí. No quiero que ensucies mi nombre con lo que sabes —el detective habla bajito, pero pronuncia bien clara cada palabra—. Si dices algo de mí, de mi relación con Carlos... la cinta saldrá. Si te acercas a mí o a mi familia, la cinta saldrá. Si me pasa algo... ya he dado instrucciones. La cinta saldrá.

—Yo no sé nada.

—No sabemos nada.

—No nos conocemos.

—Nunca nos hemos conocido.

Infer se levanta y se gira hacia Santos. Alarga y tiende su mano hacia el detective. Éste se lo piensa, deja la mano de su contrincante flotando en el aire durante unos segundos. La mano de un criminal, la mano de un asesino, la

mano que puede ayudar a enmascarar los secretos, las atrocidades cometidas. La mano que puede devolverle a su vida anterior, posibilitar una nueva mejor. Santos se pone de pie y, defecando sobre su propio orgullo, estrecha la mano de su enemigo. El apretón apenas dura un segundo, pero la sensación de derrota, de traición de unos valores y bajeza durará toda la vida. Sin más palabras ni gestos Infer se va caminando despacio entre la gente.

Es entonces cuando Santos se percata de la presencia de dos personas que habían permanecido desapercibidas hasta ese momento, el grandullón del mentón prominente al que partió algunos dientes y una mujer que viste un voluminoso abrigo de piel y sombrero a juego que se encuentran unos metros más adelante, junto a la fuente del Conde de Floridablanca. Ella lleva media cara cubierta con un voluminoso vendaje. Con el ojo que queda al descubierto mira fijamente hacia el detective, uno de esos momentos que parecen durar una eternidad. La mujer parece analizarlo, escrutar cada rasgo, tratar de leer en su descompuesto rostro. Le gustaría hablarle, pero es obvio que no lo va a poder hacer. Preguntarle decenas de cosas que van a quedar irremediadamente sin respuesta. Lo va a tener que dejar para la vida que viene. Infer pasa por su lado y la agarra con decisión por el brazo haciéndola girar sobre sus talones. Santos observa como la mujer intenta volver la cabeza un par de veces, pero es arrastrada hacia adelante y se pierde entre la muchedumbre junto a sus dos acompañantes. Está condenada a vivir con el monstruo, acompañada por el miedo y la ira, un ojo abierto cada noche al irse a dormir, una cárcel de violencia que encerraría su mundo. Santos lo sabe, pero no ha hecho nada por evitarlo.

Santos vuelve a tomar asiento en el banco y hunde la cabeza entre los hombros, se agarra la cabeza con ambas manos, tira sin querer de su pelo. Siente náuseas, ardor de estómago, su mirada se ve enturbiada por unas impertinentes lágrimas. Trata de disimular lo mejor que puede, le cuesta, pero con el paso de los minutos se recompone. Nadie debe verle mal, pues nada ha pasado para que esté mal. Ulises se ha ido en un barco que zarpó del puerto de Cartagena, iba con el nuevo amor de su vida, eso será lo que contará a su hija. Una historia complicada, un nuevo rumbo. Le dará el reloj de oro, herencia familiar, símbolo de su espíritu y lucha, eso hará el relato veraz. Le dirá que le dijo que la quiere mucho, que es lo mejor que le ha pasado en la vida, pero que, aunque le duela en el alma, ahora debe hacer esto. Debe marchar, una nueva etapa se abre ante él. La gente a veces comete locuras, en un chasqueo

de dedos cambia de vida, lo que le llenaba deja de hacerlo, necesita otros vientos, necesita otros mares.

Con un leve temblor en sus piernas, el detective abandona el lustroso jardín y vuelve a su coche. Antes de cerrar la puerta vomita el pastel de carne sobre la acera. Con bastante desatino logra introducir la llave en el contacto y arranca. Pone la calefacción y se echa la mano a uno de los bolsillos, saca la grabadora con la cinta dentro y la mete en la guantera. Allí ve otro cassette de marca Sony con una C garabateada en la pegatina. Se queda mirando ensimismado a la cinta, una cinta que ya ha escuchado varias veces pero que por algún recóndito motivo quiere volver a oír. Es su castigo, su penitencia. La introduce en el aparato estéreo y espera.

«Hola, hija. Yo... no sé qué hago grabando esta cosa. Llevo tanto tiempo encerrado entre estas cuatro paredes que creo que estoy perdiendo la poca cabeza que me queda... Espero que nunca tengas que escuchar esto, pero si al final todo sale mal y lo haces, quiero que sepas que tu padre te quiere, que te quiere y que te ha querido siempre mucho. Da igual lo que te digan de mí, habrá cosas ciertas y otras que solo serán sucias mentiras, pero eso da igual porque eres mi hija y no he querido a nadie más de lo que te quiero a ti».

«Tengo que decirte que lo siento mucho, que siento muchísimo todo lo que ha pasado, lo que sin querer te he hecho, dejarte sola y preocupada... Ya eres toda una mujer, y no podría estar más orgulloso de ti, de lo que has logrado, eres el reflejo de tu madre, ya lo sabes, pero aun así he actuado mal, fatal, lo reconozco. No voy a contarte otra vez mi vida, tampoco quiero ser melodramático. Supongo que ha sido mejor que algunas, peor que muchas. Pasé muchas calamidades cuando era un crío y eso te marca, te hace más fuerte con el tiempo, pero también más desconfiado y solitario. He tendido toda la vida a refugiarme solamente en mí, apurando una fortaleza que a lo mejor no era tan grande como yo pensaba... Ya sabes que soy algo retraído, algo raro. He sido un idiota, un idiota con mala suerte también. Mis padres me abandonan, creerían que era lo mejor para mí, no lo dudo, pero se equivocaron...»

«Luego me caso, dos veces, las dos cáncer, ¿qué posibilidades había? La fatalidad me dejó solo... a no ser por ti, Carmen. De entre todas las cosas que me han pasado en la vida, lo único que ha valido de verdad la pena has sido tú. Lo único que ha perdurado en el tiempo, que nada ni nadie me ha arrebatado has sido tú, y quizás por eso me he tenido que esconder aquí como

una rata. Puede que no me entiendas, pero solo trato de protegerte. He sido un estúpido presuntuoso, Carmen, me he juntado con la gente equivocada, creí que ya estaba bien de pasar por todo sin hacer nada, sin implicarme de verdad, ya estaba bien de ser un tibio, de mirar y callar... Para una maldita cosa que he tratado de hacer, algo con lo que quizás podía cambiar un poquito el mundo para mejor, lo que he hecho ha sido condenarme. La he cagad..., la he fastidiado bien, Carmen, he querido cambiar de papel, de presa a cazador, pero me ha salido el tiro por la culata».

«No tengo ni idea de cómo ni cuándo acabará esto, imagino que el día menos pensado derribarán la puerta y me coserán a bal..., bueno, y todo llegará a su fin. Joder, hija, sin pretenderlo me he convertido en eso que tantas veces había visto y que tanto odio. Ahora lo veo todo un poco más claro. Todo tiene sus repercusiones, nada te sale gratis en esta vida. He tenido que luchar siempre por cada trozo de pan que me he llevado a la boca, aquí o en Rusia, da igual, allí era un extranjero, nunca me sentí acogido de verdad, aquí, cuando volví, solo era un rojo sospechoso al que la secreta le dio más de una paliza para intentar sacar información. Tiene gracia, ¿información de qué? Me dieron de palos intentando preguntarme algo que ni ellos ni yo sabíamos... Y qué decir del trabajo, fui danzando de sitio en sitio, porque no encajaba, porque no me querían de verdad en ninguno. ¿Por qué te crees que dejé el taller? Eran un hatajo de desgraciados todos, del primero al último. Yo no decía nada, iba a lo mío sin abrir la boca, pero lo veía en sus miradas, estaba todo allí. En fin, esto es tan estúpido... condenada grabadora, al final me voy a creer que estoy hablando con alguien y todo. Supongo que necesito desahogarme, decir cosas en voz alta porque mi cabeza va a estallar de un momento a otro. No tengo miedo, Carmen, esa sensación hace mucho que la perdí, solo siento decepción, haberte decepcionado como padre. Así que nada, aquí estoy, escondido en mi agujero, esperando lo inevitable. Ojalá todo tuviera una solución, algo que simplemente arreglara las cosas, o mejor que las borrara. He hecho algo horrible y me arrepiento, pero más que nada por lo que significa, por la línea que he traspasado, por el ejemplo que te puedo dar. Tú no te mereces esto, si algún día sale a la luz será una mancha que no te podrás quitar, tendrás que aprender a vivir con ella cada día, y me odio por eso. Espero que me recuerdes siempre como lo que fui, puede que un desgraciado, sí, pero un buen hombre, también. Aunque ya no sé si lo merezco después de lo que he hecho... ¿Puede un solo acto empañar toda una vida?

Seguramente sí, aunque eso debe juzgarlo cada uno».

«En el fondo soy un cobarde, no tengo fuerzas para enfrentarme a esto, a volver a lugares donde no puedo volver. Por eso sigo aquí, agazapado en la oscuridad, consumiéndome poco a poco... Tengo la impresión de que llevo una eternidad y que nunca saldré de esta maldita casa. Es algo así como mi castigo, un castigo que merezco y del que ya no puedo huir».

«Creo que estoy desvariando. No sé qué hago, ni qué digo. Voy a cortar ya. Debería quemar esta cosa, debería quemarlo todo conmigo dentro, así acabaría esta tortura... Perdóname, no digo más que tonterías. Ojalá y un día todo esto no importe, que haya pasado lo que tenga que pasar y podamos estar otra vez juntos, aunque lo veo complicado. Así que vive, hija, vive sin miedo, sin odio. Algunas cosas tendrás que aceptarlas tal y como son, otras podrás cambiarlas, luchar por ellas, pero siempre dentro de unos límites. Tú sabes bien donde están, tu bondad es pura, no como la mía, que se fue pudriendo por el camino. Ojalá y pueda darte este consejo en persona. Mi felicidad es la tuya. Todo lo que hago, hasta lo más horrible y despreciable, es por ti».

Un chasquido indica que la grabación ha terminado. Santos no puede evitar sentirse tan conmovido como nocivamente cercano a la persona que había matado, enterrado y dejado en el olvido. Lloro y llora, cada lágrima cae como un cuchillo cortando sus mejillas. Debe guardarlo todo, confinarlo en un agujero. Debe apechugar con su decisión, hacer efectivo el pacto, y lo va a hacer por la misma razón por la que Ulises hizo lo que hizo, aunque no sea el buen camino, aunque se equivoque. Lo va a hacer por los suyos. Debe volver a casa con Concha, ser el esposo y padre que se supone que quiere ser. Estar con su mujer y su hijo, aguardar ilusionado a la inminente llegada del segundo. Hoy es el primer día del resto de su vida y debe empezar a hacerlo bien.

Debe ir un momento al despacho, guardar allí el revólver y las cintas y volver raudo al hogar. Deja el coche en la calle y sube las escaleras. Entra en el despacho, llega hasta el escritorio y guarda en el último cajón, allí donde descansa su botella de vino jumillano, la pistola con su funda y la grabadora. Va abandonar ya el despacho cuando repara en una luz intermitente en el contestador automático. Rebobina y le da al *play*: «Santos, ya viene. Acabo de romper aguas. Me lleva el marido de la Puri al hospital. No tardes, haz el favor».

El detective clava su dedo en el botón de stop y tira hacia la puerta. Cierra, toma las escaleras y se precipita al coche. Se salta un par de

semáforos, que se esperen los que pretenden cruzar por el paso de cebra. Pronto sale del centro de la ciudad y coge la carretera de El Palmar. No puede creer que con la de veces que ha hecho este camino acompañado, acompañando a Concha en la inmensa mayoría de sus revisiones, lo esté haciendo ahora solo. Justo éste. No siente pesar por él, lo siente por ella. Ahora cree tener bien claras cuáles son prioridades y lucha por no defraudar en ese empeño. Quiere alejar de su mente todo lo que no sea el futuro, lo que está por llegar, desterrar de una buena vez lo que ya no le va a servir. El tiempo de las lamentaciones pasó, también el de la acción, ahora es turno simplemente de vivir... Tarea que poco o nada tiene de simple.

Corriendo como un loco, haciendo caso omiso del límite de velocidad, el detective hace los diez minutos que le separan del Hospital de la Arrixaca en menos de siete. Aparca donde primero pilla y llega corriendo hasta el edificio de Maternal. Pregunta en recepción y coge el ascensor. Breves instantes después aparece fatigado en la sala de espera. Allí le aguarda su suegra con el pequeño Pedro en su silleta, los vecinos Puri y su marido y una decena más de padres fumando y pululando de aquí para allá, nerviosos ante la gran noticia que cambiará sus vidas para siempre.

La suegra le recibe con una gran sonrisa, gesto sin duda inusual, que Santos sabe interpretar muy bien. El bebé ya ha nacido, su segundo hijo ya está en el mundo. Ha llegado tarde una vez más. Ha llegado tarde por última vez.

—Hombre, ¡el currante del año! —expresa la suegra, abriendo sus brazos hacia Santos.

—Menos sorna, señora. Dígame, ¿ha ido todo bien? —pregunta el detective haciendo como que abraza brevemente a la madre de su mujer.

—Sí, sí, todo ha ido muy bien gracias a Dios. Con este ha sido todo mucho más rápido. Como ya estaba el camino hecho, como digo yo....

—¿Y Concha?

—Ella está estupendamente, más feliz que una perdiz. Y eso que menuda criaturica más hermosa ha *parío*, cuatro quilos y una mata de pelo más negra que el tizón.

Santos se va emocionando por momentos, dejando a un lado sus miserias, centrándose en el ahora. La suegra le toma la mano y le arrastra hacia un pasillo, los vecinos y algunos desconocidos comienzan a agasajarle. Entre enhorabuenas y palitos en la espalda le llevan hasta una gran habitación llena de camas y primeras voces, traspasa el umbral que separa el pasado de su

futuro. Lo hace solo, la suegra comprende que este es un momento para ellos, quedando a la espera en la puerta.

En una de las camas que hay junto a la ventana se encuentra Concha embelesada con la criatura que tiene entre los brazos. Su rostro denota la extenuación del parto, el dolor del momento crucial y la felicidad inmensa que viene después. Una sonrisa perpetua la delata, la emoción en sus ojos, en su respiración, en la brillante aura que parece rodearle. Son los primeros minutos que pasa con su pequeño. Nada necesita, nada, y a la vez todo, todo le preocupa, el momento es perfecto. El presente es hermoso.

Cuando se percata de la presencia de su marido abre aún más su sonrisa. No va a ser ésta ocasión de reproches, no hay cabida para caras largas o reprimendas. Aunque quisiera hacerlo no le saldría. La felicidad es tan plena, la sensación es tan mágica, que no puede ver lo negativo, lo positivo gana la batalla por K.O. Concha le hace una señal con la mano a Santos para que se acerque. Éste, que parece estar esperando a que su señora le dé permiso, camina despacio dibujando una sonrisa en su rostro. Una serie de arrugas afloran alrededor de sus ojos, una fina película acuosa se forma entre el ojo y el espectáculo de la vida. Llega hasta la cama y besa en la frente a su mujer, la cual aparta un poco la manta en la que se encuentra enrollado el bebé, dejando totalmente al descubierto su pequeña, redonda y preciosa cara. Santos mira al bebé y después a ella, a ambos se les escapa una exhalación de felicidad. El detective vuelve a fijar su mirada en el bebé, alarga su mano derecha y acaricia uno de sus cálidos mofletes con el dedo índice. El bebé reacciona, bosteza y abre los ojos, enormes a pesar de estar aún hinchados. Padre e hijo se quedan mirándose durante apenas tres segundos, tiempo más que suficiente para que se establezca la primera conexión, la ternura se despierta, también el miedo, la necesidad de protección ante todo y todos.

Santos sabe bien lo que ha de hacer, sabe muy bien lo que le va a costar, lo que ya le está costando. Cree tener clara la vida que desea, la vida que le quiere dar a ese don que la naturaleza le acaba de regalar. Entre la corriente de sentimientos, de certezas y contradicciones, Concha rompe el silencio para dar la buena nueva.

—Ya tengo nombre para nuestro pequeño. Lo llamaremos Samuel.

Epílogo

El anaranjado cielo surcado de deshilachadas nubes azules indicaba que la noche estaba muy próxima. El verano daba sus últimos coletazos. Había sido largo, tórrido e intenso, muy intenso. Hacía falta una purificación, agua, y en grandes cantidades. Agua que limpiara, que se llevara toda la porquería hacia algún agujero. Samuel Alonso tomaba el fresco en la terraza, apoyado en la cornisa y dejando que los ecos de la ciudad, sus olores y sensaciones, le llegaran de a poco.

Trataba de no pensar en nada, poner la mente en blanco y dejarse llevar por una paz que le era esquiva, cuando una presencia se hizo notoria sin necesidad de articular palabra alguna. Alonso se dio la vuelta para mirar al tipo que había junto a la puerta de la terraza. Cincuenta y tantos, quizás sesenta años. Bastante delgado, pelo gris en abundancia, camisa remangada, pantalones chinos oscuros. Lo que más llamaba la atención en él era el parche negro que llevaba en su ojo derecho, que dejaba a la vista solo a un ojo. Media mirada, que era puro tormento.

—Samuel Alonso, ¿verdad? —preguntó entonces el tipo dando un paso. Cojeaba a duras penas—. El detective.

—El mismo —respondió, aguzando la mirada.

—La señora de al lado de tu despacho me ha dicho que te encontraría aquí.

—Ya. Y mira que le he dicho que no hable con extraños —Alonso esbozó una sonrisa—. Pero ya ve, ella ni caso.

—Bueno, igual no soy tan extraño —dijo el hombre, deteniéndose a un par de pasos de Samuel.

—Mire, es un poco tarde para jugar a las adivinanzas. Si lo desea le insto a que venga mañana a las nueve, abajo, a mi despacho. Hablaremos de lo que quiera, de quién es y quién deja de ser. Y si quiere contratarme...

—No he venido a eso —cortó el hombre, cuyo ojo brillaba en la creciente penumbra—. No quiero contratarte. He venido a hablarte de tu padre.

A Alonso se le saltó una alarma en el interior. Otra vez su padre, el tema estrella de las últimas semanas, el único tema, en realidad, el que lo ocupaba todo, el que lo arrasaba todo a su paso.

—Mire, caballero, de verdad, yo... —comenzó a decir Alonso.

—Soy Carlos Vela. Tu padre y yo... —el hombre dejó las palabras en suspenso durante unos segundos—. Él fue especial para mí.

—¿Especial? No sé si lo pillo.

—Sí, sí que lo haces, lo que pasa es que no quieres aceptarlo. Tu padre y yo estuvimos juntos casi un año y medio. Por temporadas. Aparecía y desaparecía, pero siempre acababa volviendo. A pesar de estar casado... A pesar de que tú estuvieses en camino.

Alonso no pudo reprimir la chispeante electricidad que recorrió sus entrañas al oír aquellas palabras. No es que le resultara una enorme sorpresa, no después de saber lo que su padre había hecho, de los secretos que guardaba, de los lugares oscuros por los que transitaba. Aquello era una de esas cosas que uno sospecha pero que inconscientemente deja pasar, están ahí, hay pistas, detalles, pero pasan desapercibidos. Quizás lo sabía toda su vida, aunque nunca se había atrevido ni siquiera a pensarlo.

—Siento mucho decírtelo así, pero tu padre le fue infiel a tu madre. Muchas, muchísimas veces. No era buena persona.

—No entiendo... ¿Por qué me cuenta esto?

—Porque debes saberlo. Tu padre no era solo un asesino, también un cobarde que nunca se atrevió a ser quien era de verdad —se advertía un profundo odio en su voz, rabia en su mirada—. Prefirió vivir una mentira, la

mentira que le dijeron que debía vivir.

—No me diga que todo este numerito es porque está despechado. ¿Treinta y tantos años despechado? No sé, no tiene sentido.

—Igual esto te hace comprenderlo todo mejor —el hombre metió la mano en un bolsillo de su pantalón y sacó un pequeño revólver negro. Lo sujetó con firmeza, apuntando a Samuel—. No te creerías lo fácil que es hacerse con un trasto de estos. Hoy en día todo es fácil, no como antes. Antes era duro, ahora puedes tener lo que quieras. Puedes ser lo que quieras.

De pronto el tiempo empezó a funcionar de otra manera. Los segundos pesaban en el aire, cada mínimo movimiento suponía un esfuerzo atroz. Samuel podía ver cada movimiento despacio, como a cámara lenta, como si la atmósfera pesara con el triple de gravedad. Su cuerpo comenzó a producir adrenalina como si no hubiese un mañana. El detective pegó su espalda a la cornisa, elevó las manos al aire instintivamente, sin dejar de mirar el arma. Se obligó a respirar hondo, a pensar bien cada palabra, a dejarse de chorradas y centrarse en aquel hombre destrozado que tenía delante.

—No sé qué piensa hacer con eso. El hombre con el que debería haberlo usado lleva ya siete años muerto.

—Pero aquí estás tú, mírate, su misma estampa —Carlos no dejaba de apuntarle a algún punto entre el pecho y la barriga—. He estado treinta y cinco años escondido del mundo. Nadie me quería cerca. Solo era un desecho, un despojo. Terapia, libros, cine. Me he refugiado en todo lo que he podido, tratando de olvidar, intentando borrar todo lo que tu padre me hizo... Pero ha sido imposible. Cuando te vi en las noticias el otro día casi me desmayo. Eras su viva imagen. Hablaban de que Santos era un asesino, no me sorprendió, era un desgraciado capaz de eso y más. Cuando te vi en las noticias todo se me revolvió por dentro, de repente volví atrás, al dolor, al odio reprimido. Llevo una semana sin dormir pensando en él, pensando en ti.

—Así que me va a matar porque mi padre siguió con su familia en vez de quedarse con usted. Está loco.

—Loco. Sí. Hace mucho que perdí la cabeza. Pero perdí algo más antes —en un rápido movimiento, se señaló sus partes con la mano en la que portaba el revólver—. El ojo no se me cayó solo. ¿Sabes? Tampoco me cortaron la polla por accidente. Todo fue culpa suya. Todo fue culpa de tu padre.

Los pensamientos se agolpaban en la cabeza de Alonso, aquel torrente de palabras y de imágenes mentales le saturaban, le hacían cada vez más y más

grande el estado de incomprensión. Trataba en vano de unir cabos. ¿De qué demonios le estaba hablando ese hombre?

—Nunca dije nada, no abrí la maldita boca. Los que me mutilaron me dijeron que era por él, que iba a sufrir, que me iban a joder la vida por haberme liado con ese detective.

Alonso no podía evitar mirar con pena a aquel pobre diablo que tenía delante, un desgraciado que podía acabar con su vida en cualquier momento, un desgraciado que quería castigarlo por ser el hijo del hombre al que supuestamente amó. El hombre responsable de tantas cosas. O eso era lo que él entendía. Por una vez en su maldita vida no sabía qué decir, no sabía qué hacer. Estaba a su merced, estaba paralizado por los secretos, pero debía hacer un esfuerzo. Su vida podía depender de eso.

—Venga, baje el arma, Carlos —Alonso dio un paso adelante—. Le ayudaré, daremos con quién le hizo eso.

—¡Ya te he dicho quién me hizo esto! Y lo hizo por ti, por vosotros. Él me lo quitó todo, ahora yo se lo quitaré a él. Le quitaré lo que queda de él en el mundo.

—Eso le hará ser como él.

El disparo resquebrajó el aire. Alonso no duró mucho tiempo en pie. Acostado sobre el suelo de la terraza, se quedó mirando las oscuras nubes sobre un cielo cada vez más azul marino. Se llevó una mano al torso y sintió el fluido. Presionó. En su cara se dibujó una inoportuna sonrisa, como si en algún momento de su vida hubiera fantaseado con que le acabaría pasando algo así, como si no estuviera muerto de miedo. Trató de concentrarse en el aire, en la respiración, en las primeras estrellas centelleando. No tenía intención de visitarlas pronto. Después se concentró en la sirena. Tenía tantas cosas por hacer, tantos casos que investigar, tanta gente a la que tocar las narices. Algo le decía que ese no iba a ser su final. Era demasiado dramático, muy peliculero. Los detectives de tres al cuarto no morían de esa manera.

Agradecimientos

Una trilogía literaria no se escribe en un día ni en dos. Y, por supuesto, no sale adelante sin el apoyo e intervención de varias personas. Es a estas personas a las que tengo el placer y el honor de dedicarle mi más sincero agradecimiento en las siguientes líneas.

Es de justicia empezar a nombrar a mi entorno más cercano, a aquellos que me apoyan sin condición y que, además, tienen que aguantarme día a día. A mi mujer y a mi hija, a mis padres, mis suegros, mi hermano, cuñados, amigos y resto de familia que están cuando tienen que estar y que se alegran y viven un pedacito de esta historia conmigo.

Como digo, que el detective Samuel Alonso haya aparecido ya en tres novelas tiene varios responsables o en este caso irresponsables, como ellos mismos se denominan. Me refiero a Francisco Marín y Antonio Parra Sanz, capos de Cartagena Negra y dos grandes tipos que nunca han dudado en apoyarme y contar conmigo en sus eventos, introduciéndome en este maravilloso mundo de las letras.

No me olvido de mi editor, el osado Javier Salinas, el tío que ha apostado por mí no una sino dos veces, transmitiéndome siempre su confianza y energía, logrando así que se extienda mi sueño.

Por último, quiero agradecerte a ti lector, sí tú, que de entre los miles de

libros que copan las librerías, bibliotecas y el ciberespacio has escogido éste buscando intriga, aventura o mero entretenimiento. Gracias de corazón, sin todos vosotros esto no tendría sentido.

Alfonso Gutiérrez Caro